

VIDAS VERTICALES MUNDOS VERTICALES



*"Nos hallamos pues de instante en
instante ante dos Caminos: el Horizontal
y el Vertical..."*

*Es ostensible que el Horizontal es muy
"cursi", por él andan "Vicente y toda la
gente", "Villegas y todo el que llega", "Don
Raimundo y todo el mundo"...*

*Es evidente que el Vertical es diferente; es
el camino de los rebeldes inteligentes, el
de los Revolucionarios...*

*Cuando uno se acuerda de sí mismo,
cuando trabaja sobre sí mismo, cuando
no se identifica con todos los problemas y
penas de la vida, de hecho va por la Senda
Vertical..."*

S.A.W

INTRODUCCIÓN

¡QUE PODAMOS VER LA REALIDAD!

—Casandra, estoy muy preocupada por ti.— dijo Penélope, mirando a los ojos a su compañera de piso — ¿Por qué no nos dices de una vez qué es lo que te pasa?
Conchita, la otra compañera, la miró también, expectante.
Casandra se quedó callada unos instantes y luego contestó:
—Está bien, os lo diré. Supongo que es mejor que lo sepáis.
—Bueno, venga, — propuso Penélope —vamos a sentarnos y nos lo cuentas.
Las tres se sentaron alrededor de la mesa del salón.
Casandra miró durante unos momentos a las otras dos chicas, y luego dijo:
—Estoy embarazada.
Penélope abrió más los ojos, sorprendida, pues eso sí que no se lo esperaba.
—¡Así que era eso!— exclamó.
Mientras Conchita decía:
—¡Embarazada!
—Sí.— respondió Casandra.
—Bueno,—dijo Penélope —la verdad es que me ha pillado de sorpresa. Pero al menos ya veo que no es nada malo.
Casandra la miró extrañada.
—¿Por qué dices eso?— preguntó.
—Pues porque creía que estabas enferma de algo grave.— respondió Penélope
— Pero ahora me doy cuenta de que los síntomas que tenías no eran de ninguna enfermedad, sino del embarazo.
—Ya.— exclamó Casandra, muy seria.
—Pero ¿cómo ha ocurrido?— intervino Conchita — ¿Cómo es posible?
Casandra la miró con el ceño alzado.
—Conchita, ¡no me digas que no sabes cómo vienen los niños!
Conchita hizo un gesto de impaciencia y respondió:
—¡Me refiero a que cómo no has usado algún método anticonceptivo!
—¡Bueno, son cosas que pasan!— replicó Casandra, con fastidio — ¡Y ya está!
—¡Pues vaya!— exclamó Conchita —¡Tenías que haber sido más precavida!
¡Ahora te ha echado a perder todo!
—Conchita, no digas eso. — intervino Penélope —Es un cambio, sí, pero no tiene por qué ser a peor. Un hijo es algo maravilloso.
—Puede ser. — respondió Conchita —Pero ahora... mientras está estudiando... no es el momento más apropiado.
Casandra se quedó callada.
—¿Y qué te ha dicho tu padre?— inquirió Conchita.
—No se lo he dicho.

Conchita asintió.

—Te comprendo. ¡Menudo marrón!

—¿Y Gonzalo?— preguntó Penélope

—¿Él?... bueno, no lo sabe.— respondió Casandra.

—¿Aún no?— se extrañó Penélope —Pero tendrás que decírselo, ¿no?

Casandra se quedó callada.

Las otras dos muchachas la miraron expectantes.

—¿Es que no se lo vas a decir?— preguntó Penélope.

Casandra suspiró y respondió:

—No. No se lo voy a decir.

—¿Por qué?— inquirió Penélope —De todas maneras tarde o temprano se va a enterar.

—No se va a enterar.— contestó Casandra.

—¿Cómo no se va a enterar! — exclamó Conchita — ¡En cuanto pasen algunos meses, se te va a notar!

—No me va a notar nada.

Las otras dos chicas se quedaron mirándola extrañadas.

—¿Vas a regresar a tu pueblo?— preguntó Penélope.

—No.— respondió Casandra.

—¿Entonces?— volvió a insistir Penélope, extrañada.

Casandra hizo una pausa y luego respondió:

—Voy a abortar.

Penélope sintió como un golpe en el corazón, y se quedó sobrecogida.

—¡Ah, bueno!— dijo Conchita —En ese caso, desde luego, no tiene por qué enterarse.

—Pero Casandra, — dijo Penélope, compungida en el corazón— ¿lo has pensado bien?

Su compañera la miró largamente y luego respondió:

—Bueno... simplemente, es lo mejor.

—Pero... lo mejor ¿para quién?

—Penélope, yo no estoy preparada para criar un hijo. Tengo 19 años, y una vida por delante, y mis planes. Quiero terminar mis estudios, ser abogada, y más adelante, puede ser que tenga hijos... Pero ahora no es el momento. Ni siquiera tengo independencia económica, tendría que estar con mi padre... ¡uf!... ¡No! ¡No! Él es un buen padre y es cariñoso, pero yo tengo que independizarme, terminar la carrera, trabajar y vivir mi vida.

—Por supuesto, —intervino Conchita —Casandra lleva razón. Me pongo en su lugar, y desde luego, creo que es lo mejor.

—¿Y quién se pone en el lugar de la criatura que llevas en tu vientre?— dijo Penélope.

—Pero Penélope,— contestó Conchita — ¡si ahora mismo, sólo es un feto!

—Bueno, ¿y qué?— rebatió Penélope —Es así como comenzamos todos, ¿no? Es un feto de un ser humano. No es una mosca, o un pez, o un perro. Es un ser humano. Un ser humano vivo.

—Sí, tiene vida, —respondió Conchita —pero también tiene vida un espermatozoide o un huevo. Y, ¿va a ser más importante un montón de células, que Casandra, que sí es una persona?

—Es que un feto es una persona gestándose.— contestó Penélope.

—Pero, —continuó Conchita,— esas células son parte de Casandra, y ella tiene derecho a decidir sobre su cuerpo.

—¡Pero es otro ser humano gestándose!— insistió Penélope.

—¡Bueno, dejadlo ya!— exclamó Casandra — ¡De todas maneras, voy a hacer lo que yo vea conveniente!

—¡Claro!— apoyó Conchita—¡Es tu vida, y es tu derecho!

Penélope se quedó callada, sintiendo una gran pena.

—No tenía que haberos dicho nada.— dijo Casandra —Hubiera sido mejor hacer las cosas en silencio.

—No, Casandra.— contestó Penélope —Es mejor que nos lo hayas dicho. Así no lo llevas sola. Siento que no estemos de acuerdo, pero respeto tu decisión. Aunque sí te pediría que lo reflexionaras bien un poco más. Para que en el futuro no puedas arrepentirte de una decisión prematura tan importante.

Casandra la miró pensativa y luego contestó:

—Está bien. Sí, lo reflexionaré un poco más. Pero no creo que cambie de opinión.

Penélope asintió, mientras pensaba: "¡Dios mío, que Casandra pueda ver la realidad! ¡Que todas podamos ver la realidad!".

Más tarde, en la noche, Penélope se metió en su dormitorio y miró por la ventana.

"¡Ojalá cambie de opinión!", pensó.

Luego se tumbó en la cama y continuó pensando: "Apenas hace unos meses que nos conocemos, pero ya nos tenemos un gran cariño las tres. Está claro que somos muy distintas, pero..., esto... no sé... Si decide seguir adelante con el aborto... lo voy a sentir mucho. ¡Ojalá cambie de opinión!".

La joven estaba muy afectada por la noticia que su compañera acababa de darle y esto le llevó a reflexionar sobre los últimos meses de su vida:

PRIMERA PARTE: REVISANDO EL PASADO



CAPÍTULO 1

VOY A IR POR EL CENTRO, A VER QUÉ ENCUENTRO

Penélope nació en un pequeño pueblo llamado Villalta de Pinares, en el seno de una familia humilde de tradiciones muy arraigadas. Su padre era el panadero del pueblo, y su madre le ayudaba a ratos, pues la panadería daba trabajo para los dos.

Siendo la mayor de cinco hijos, Penélope asumió la triple responsabilidad de cuidar de sus hermanos, de ayudarles en sus deberes de la escuela, y de jugar con ellos.

Pero cuando cumplió los doce años, su vida dio un pequeño cambio. El primero de muchos que le esperaban.

Como ya no podía seguir estudiando en la pequeña escuela del pueblo, se vio obligada a asistir a un instituto de una ciudad situada a 30 km. Y aunque iba y venía todos los días, de manera que seguía viviendo con su familia, por otro lado tuvo que abrirse a situaciones nuevas, amistades nuevas, y por supuesto, más trabajo.

El siguiente cambio llegó cuando tenía los 18 y entró en la Universidad. Cambio de ciudad, cambio de casa, cambio de costumbres, y cambio de amistades.

Para ello pudo conseguir alquilar un piso a medias con otras dos chicas, a las cuales no conocía. Sin embargo, Penélope se adaptó rápidamente a su nueva vida.

Sus compañeras de piso, Casandra y Conchita, provenían también de diferentes poblaciones, y eran muy distintas a ella.

Casandra era una muchacha muy rebelde, y de fuerte carácter. Sus padres habían estado muy implicados en la política con ideología de izquierdas. Y ella había heredado ese convencimiento. Con el fin de poder ayudar a gente desfavorecida, estaba estudiando derecho.

Por otro lado, Conchita era una simpática joven a la que le gustaba vestir bien, y en general cuidaba mucho su imagen. No mostraba ningún interés por la política y estaba estudiando turismo.

Por su parte, Penélope estaba estudiando filología inglesa. Tampoco estaba realmente interesada en las cuestiones políticas. Y aunque sus padres siempre habían sido de derechas, ella nunca se había parado a reflexionar nada más.

No obstante, entre las tres fue surgiendo una buena amistad.

Ciertamente echaba de menos a su familia, pero poco a poco, fue centrándose en sus estudios y en las nuevas rutinas.

Casi dos meses después de empezar las clases, estaban las tres comiendo a medio día, cuando Casandra comentó:

—Esta tarde voy a ir a una reunión abierta para todos los ciudadanos en las que vamos a proponer y debatir propuestas de mejora para la ciudad, y para el país en general. Se trata de la plataforma "Derechos del pueblo, ya", y pretendemos llevar esas propuestas al gobierno. ¿Queréis venir?

—¡Uf! Yo paso de esas reuniones.— respondió Conchita —A mí no me interesa nada la política. Total, todos los políticos son iguales.

—Bueno, pero es que se trata de proponer cosas concretas para la mejora del país.— rebatió Casandra —Y además, ¿cómo puede no interesarte la política, si la política está en todo? Gracias a la política, tienes derechos como poder estudiar, o recibir asistencia médica, o tener trabajo y derecho a desempleo si lo pierdes, etc. Todo tiene que ver con la política.

—Me da igual.— contestó Conchita — A mí me va bien, así que paso de esas reuniones y de quebraderos de cabeza.

Casandra hizo un suspiro, con un matiz de enfado, y luego miró a Penélope.

—¿Y tú?

A Penélope no le gustaba nada que le presionaran, y, por sistema, reaccionaba diciendo que no cuando alguien le insistía. Pero la explicación de Casandra le pareció razonable, y no quiso negarse rotundamente. Sin embargo, ella también tenía sus propios planes para aquella tarde.

—Pues no sé si voy a poder.— dijo —Esta tarde quiero ir a una librería a buscar un libro que llevo tiempo queriendo comprar. Y ya me había buscado hueco para eso, porque siempre estoy tan liada... Y es que quería leerlo en el fin de semana.

—¿Y dónde está esa librería?— inquirió Casandra.

—No tengo una librería concreta. Voy a ir por el centro, a ver qué encuentro. Es que todavía no conozco bien toda la ciudad.

Entonces Casandra le dijo:

—En la plaza de Al Ándalus, hay una bastante grande. Incluso tiene una sala de lectura.

—¿En la plaza de Al Ándalus?— repitió Penélope, pensativa —Bueno, puedo ir allí. Eso es en el centro, ¿no?

—Sí. Si quieres podemos ir juntas.

Penélope la miró desconcertada.

—Bueno. ¿Pero no ibas a ir a esa reunión?

—Es que es allí mismo.

—¿En la librería?— preguntó Penélope

—¡No, mujer! ¡En la plaza! ¡La reunión es en la calle!

—¡Ah, vale!— respondió Penélope, mientras pensaba: "Me ha pillado. Ahora no tengo excusa."

—Puedes aprovechar y quedarte en la reunión. — dijo Casandra.

—Está bien. Me quedaré para ver qué tal va. Si me interesa, me quedo, y si no, me voy.

Casandra asintió conforme.

A las siete y media, las dos jóvenes partían en dirección al centro.

Casandra iba hablándole a su compañera acerca de todas las injusticias que se estaban cometiendo por parte del gobierno en el país. Le habló del aumento de parados después de una reforma laboral que servía más bien a los grandes empresarios; de las bajadas de los sueldos, e incluso de eliminaciones de pagas extras; del aumento de la pobreza en su propio país; de la cantidad desmesurada de desahucios que cada vez aumentaba más; de los recortes en la sanidad, en la educación, y en general; y de muchos otros problemas que se desencadenaban como consecuencia de los que ya le había contado.

Penélope iba escuchando con atención, y pensaba: "Yo no sé si está exagerando o es verdad todo lo que dice, porque yo no me había dado cuenta de esto y si es así, me parece muy injusto."

Al llegar a la plaza de Al Ándalus, vieron que ya había alguna gente reunida.

—La librería está allí. — señaló Casandra.

—Sí, ya la veo. — contestó Penélope.

—Bueno, yo voy a estar por ahí. —le dijo Casandra— Búscame, si quieres.

—Bueno.

Y Penélope se dirigió a la librería, mientras Casandra se acercaba al grupo.

CAPÍTULO 2

¡A MÍ ME GUSTARÍA SABER ALGO MÁS DE ESE CONOCIMIENTO!

Cuando llegó a la librería, había bastante gente.

Se trataba de un establecimiento de grandes dimensiones, tal y como le había dicho Casandra. Había varios pasillos con diferentes estanterías llenas de libros.

Ella empezó a echar un vistazo, empezando por la que tenía más a mano. Después de unos minutos entretenida mirando diferentes libros que no tenían nada que ver con el que buscaba, escuchó a alguien decirle:

—¿Te puedo ayudar?

Ella miró y vio que era una de sus profesoras.

—¡Hola, profesora Angelina!

—¡Hola, Penélope! ¿Qué tal?

—Muy bien. Me habían hablado de esta librería y he comprobado que es enorme. Y estaba echando un vistazo general.

—Sí. En realidad esta librería es como un laberinto. Un laberinto de teorías y de historias diversas... pero entre ellas, puedes encontrar algún tesoro escondido.

Penélope se rio.

—En realidad,— dijo —estaba buscando "La Odisea" de Homero, en inglés.

La profesora sonrió y le contestó:

— Ven conmigo, abajo la encontraremos.

—Pero... ¿esta librería es suya?

—No. Pero sé dónde hay varias versiones.

—¡Ah, vale!

Las dos bajaron a una planta semisótano en la que había más pasillos de estanterías con libros de todo tipo de contenido.

—¿Has leído ya "La Iliada"?— preguntó la profesora.

—Sí. La terminé el fin de semana pasado.

—¿Y qué te pareció?

—Me gustó. Por eso quiero continuar con "La Odisea".

—Supongo que sabes que la esposa de Ulises se llamaba Penélope, como tú.

La joven sonrió y asintió con la cabeza:

—Sí. Ya lo sabía. Y Telémaco su hijo. No he leído todavía el libro, pero he visto películas sobre la historia de Ulises.

La profesora sonrió.

—¿Has leído otros libros de la mitología griega?— preguntó.

—Sólo algunos libros juveniles que hablan de Perseo, de Hércules, de Teseo, y otros, pero en español.

—¡Um! Bueno. No está mal.

—Sí, a mí me gustaron.

—En todas las mitologías hay personajes que tienen cosas en común. La lucha entre el bien y el mal, pruebas para mostrar la valía de los héroes, un amor que va más allá de lo terreno...

Penélope sonrió.

—¿Cree usted que hay algún tipo de mensaje oculto en esas historias?—inquirió.

—Indudablemente.— respondió la profesora —Hay una bonita historia que sirve para entretener a los profanos, pero guarda dentro de sí un conocimiento muy superior que muestra un camino interior exclusivo para almas buscadoras...

Penélope se quedó callada unos momentos.

—¿Y cómo se pueden entender esos mensajes?— preguntó.

—Buscando. Y el que busca, encuentra. Y al que llama, se le abre.

Penélope miró a la profesora muy atenta, sintiendo una profunda inquietud por conocer algo más.

—Profesora, ¿usted ha encontrado algo?

La mujer sonrió.

—A mí me gustaría,— dijo Penélope — saber algo más de ese conocimiento.

—¿De veras? —le dijo la profesora— ¿Estás segura?

—Sí. Claro que sí.

—Bien, si es así, haz el siguiente experimento: esta noche, cuando te acuestes en tu cama, cierra los ojos y concéntrate observando lo que ocurre en tu interior. Conviértete en espía de tu propio sueño. No te dejes llevar por los pensamientos que pasan por tu mente, simplemente obsérvalos y déjalos ir. A medida que vayas concentrándote, notarás una lasitud y te vendrán las primeras imágenes ensoñativas. Entonces, sin pensar en nada más, levántate y sal de la habitación. Luego observa lo que ocurre. Y mañana hablaremos.

La joven escuchó todo atentamente y contestó:

—Está bien. Así haré.

La profesora sonrió.

Luego, le dio el libro que quería, y Penélope lo pagó en el mostrador que había junto a la entrada de la librería.

—¡Hasta mañana, profesora!

—¡Hasta mañana, Penélope!

CAPÍTULO 3

CREO QUE ÉSA NO ES LA SOLUCIÓN

Al salir de la librería, tal y como había quedado con su compañera, Penélope se dirigió hacia la concentración de gente, que ya parecían estar inmersas en un debate.

Vio a Cassandra, en el centro, muy atenta a lo que hablaba un joven de unos 30 años, acerca de los parados a quienes se les había acabado el subsidio de desempleo. Y de la necesidad de una renta básica para todos.

Penélope no se acercó hasta su compañera, porque habría tenido que atravesar una gruesa barrera de personas sentadas en el suelo, y no le apetecía tener que hacerlo. Así que se quedó escuchando desde donde estaba.

Lo que decía aquel joven, no le parecía mal, pero por alguna extraña razón no llegaba a identificarse con esa forma de solucionar las cosas.

Algo en su interior, le decía: "creo que ésa no es la solución."

Llevaba ya casi media hora allí, cuando se dijo: "Me parece que me voy a ir. No termino yo de conectar con esta gente."

Entonces un joven cercano a ella, la miró unos momentos y después le saludó:

—¡Hola!

Ella le miró y le reconoció.

Le veía cada día al ir a la facultad. Era un joven que acompañaba en moto a una compañera de clase de Penélope, con la cual ella no mantenía ninguna relación. A Penélope siempre le había parecido que aquella chica era bastante "pija". Y eso le hizo extrañarse de que su novio estuviese en aquella reunión ciudadana.

—Hola. — respondió Penélope por educación.

Él sonrió mirándola fijamente y le dijo:

—Eres nueva aquí, ¿verdad? Sin embargo... yo te conozco.

"Claro que me conoces." pensó ella "Y yo te conozco a ti."

—No soy nueva. — dijo Penélope —En realidad, sólo me he parado a escuchar un poco.

—¡Claro! Así es cómo han empezado toda esta gente.

Penélope negó con la cabeza y respondió:

—Siento contradecirte, pero era sólo para echar un vistazo. En realidad no estoy interesada en la política.

El joven se rio.

—¡Así que no te interesa la política, pero sí eres curiosa!— contestó.

La muchacha se le quedó mirando un momento y luego le dijo:

—¿Y a ti? ¿Te interesa esto realmente? No me parece que esta gente sea de derechas.

Él volvió a reírse y le respondió:

—¿Qué te hace pensar que yo sí sea de derechas?

—Pues no sé... Tal vez... ¿que tu novia sí lo sea..., por ejemplo?

—¿Mi novia?— repitió él, sorprendido, pero entre risas.

Penélope asintió con la cabeza.

—Estoy segura de que es de derechas. —dijo — Por la forma que tiene de vestir y de actuar, no me creo que sea de izquierdas. A no ser... que en realidad pase de la política, como yo.

—Me parece que me estás confundiendo con otra persona. — dijo el joven, riéndose.

—No. Estoy segura de que eres tú.

Él levantó las cejas, divertido, como si realmente le extrañase lo que ella le decía, y luego le respondió:

—A lo mejor a quien te refieres es a mi hermano gemelo.

Penélope se sorprendió.

—¡Ah! ¿Tienes un hermano gemelo?

—En realidad, no. — contestó él riéndose.

—¿Entonces por qué me has dicho que...?

La joven hizo una pausa y comprendiendo que era una broma, frunció el ceño y le dijo:

—¡Oye!, ¿tú eres así, siempre?

—¿Así?, ¿cómo?

—¡Pues así de liante y de cuentista!

Él se rio, de buena gana, y luego le dijo:

—Pero bueno, vamos a ver, ¿cómo conoces tú a mi novia?

—Porque es compañera mía en la Universidad. Es Adela Gutiérrez. Te he visto llevarle muchas veces a la facultad.

—¡Ah! ¡Ahora lo entiendo!— exclamó él riéndose.

Penélope le miró apretando los labios, y entornando los ojos, al mismo tiempo que giraba la cabeza sutilmente de un lado a otro, mientras pensaba: "¡Cuentista! ¡No tiene rollo, ni nada!".

—Bueno, yo ya me voy. Que tengo cosas que hacer.— dijo ella, echando a andar.

—¿Ya te vas? — exclamó el joven —¡En fin! ¡Ha sido un placer hablar contigo! ¡Aunque no me hayas dicho tu nombre!

—¡Ni falta que te hace!— respondió ella, mientras se marchaba y dejaba al otro riéndose.

"¡Vaya geta!", se dijo " ¡No me extrañaría que su novia ni siquiera sepa que viene a estas reuniones!".

La muchacha iba caminando con esos pensamientos, hasta que se acordó: " ¡Ahí va! ¡No le he dicho nada a Casandra!... ¿Qué hago? ¿Debería avisarla de que me voy?... ¡Puf! Si no, ya le explicaré cuando estemos en casa."

Más tarde, en la noche, Penélope no pudo decirle nada a su compañera, porque se acostó antes de que Casandra regresara.

CAPÍTULO 4

¡ÉSTE ERA EL FIN DEL EXPERIMENTO DE LA PROFESORA!

Antes de dormir, Penélope estuvo un rato leyendo en la cama el libro que había comprado. Pero se acordaba continuamente de su conversación con la profesora.

Al cabo de un rato, dejó el libro en su mesita y se tumbó, dispuesta a hacer el experimento que la profesora le había propuesto.

Una vez que cerró los ojos, se concentró únicamente en observar qué ocurría en su interior. Conforme le iban viniendo pensamientos, los dejó irse, sin dejarse llevar por ellos, y poco a poco fue sintiendo una relajación muy agradable, y una somnolencia que la iba envolviendo muy suavemente. Cuando empezó a notar que le venían unas imágenes ensoñativas, sin plantearse nada más, se levantó de la cama y luego salió de la habitación.

Una vez fuera, se dijo: "Bueno, y ahora, ¿qué?"

La joven miró hacia el fondo del pasillo y pensó: "No sé el sentido de este experimento. Pero bueno, voy a beber un poco de agua." Y se dirigió hacia la cocina.

Al pasar por el salón, vio a Conchita viendo una película en la televisión.

Penélope se quedó un momento mirando la película y dijo:

—¡Ah! Ésta ya la he visto.

Pero Conchita no dijo nada.

Penélope se sonrió pensando: "Cuando ve una película de su ídolo Filipo Estívenson, ya no escucha nada más."

Y se metió en la cocina.

Pero he aquí, que cuando fue a abrir el armario para coger un vaso, su mano atravesó el enganche de la puerta.

Penélope se quedó pasmada.

—¿Qué ha pasado?— dijo en voz alta.

Volvió a intentar abrir la puerta del armario, y de nuevo atravesó el enganche.

La joven volvió a asombrarse.

Un poco temblorosa, intentó tocar la puerta, y vio con asombro que su mano la atravesaba.

—Pero, ¿esto qué es?— exclamó.

Algo asustada, gritó:

—¡Conchita!, ¡Conchita! ¡Ven, rápido!

Pero la otra joven no apareció por allí.

Entonces Penélope se fue corriendo hacia el salón y le dijo a su amiga:

—¡Conchita, me acaba de pasar una cosa rarísima!

Pero Conchita no se inmutó.

Penélope se acercó a ella y le gritó:

—¡Conchita! ¿Me estás escuchando o qué?

Nada. Conchita no reaccionaba. Seguía viendo la película, sin mover un sólo dedo.

Penélope empezó a sospechar que algo estaba pasando que iba más allá de su imaginación. Y con el corazón empezando a latirle con fuerza, se fue a su habitación. Cuando entró, vio su cuerpo acostado en su cama.

"¿Qué es esto?", se dijo, intentando mantener la calma. "¿Acaso estoy muerta?".

Entonces se dio cuenta de que de su cuerpo salía una especie de cordón semitransparente plateado que llegaba hasta ella.

"No. Creo que no estoy muerta. Este cordón me mantiene vinculada a mi cuerpo. Además, oigo mi cuerpo respirar... ¡Ahora comprendo! ¡Éste era el fin del experimento de la profesora!"

Y acto seguido, sintió un tirón, regresó al cuerpo instantáneamente y se despertó.

CAPÍTULO 5

PERO ENTONCES... ¿QUIÉN SOY YO?

Al día siguiente, cuando Penélope llegó a la facultad, vio al joven del día anterior, que estaba esperando a alguien, apoyado en su moto.

"¡Míralo!", se dijo ella, "¡ahí está el liante!... Seguro que acaba de dejar a su novia."

Él la vio, sonrió y se acercó hasta la muchacha, llevando el casco en una mano.

—¡Hola!— saludó él, alegremente.

—Hola.— respondió ella, sin dejar de andar.

—¡Oye, oye! ¡Párate un poco!, ¿no?— le dijo el joven.

—¿Para qué? ¿Para que me cuentes otro cuento?... ¿Hermano gemelo?— esto último lo dijo con retintín.

El joven se rio y se puso delante de ella.

—¡Espera, mujer! ¡No aguantas una bromita de nada!

—¡Lo que pasa es que me vas a hacer llegar tarde a clase!— respondió ella, con impaciencia y bordeándole para continuar su camino.

Él se rio y le dijo desde donde estaba:

—Yo me llamo Ulises, ¿y tú?

Penélope se detuvo sorprendida, y le miró.

—¿Cómo lo sabes?— le dijo al joven.

—¿El qué?

—¿Te lo ha dicho Adela?

—¿El qué?— repitió él.

—No sé cómo lo has averiguado, pero no pienso seguirte el juego.— dijo ella, bastante molesta.

Él se reía, pero ponía cara de no saber qué pasaba.

—¿Pero de qué hablas?— preguntó.

Penélope no le contestó y se dio la vuelta, bastante molesta, dejando al joven allí, riéndose.

"¡Ulises!", pensó la joven, mientras se dirigía a la clase, "Seguramente alguien le ha dicho mi nombre y se ha inventado eso... ¿Es que acaso está intentando ligar conmigo, teniendo novia? ¡Vaya tipo!"

Y se metió en clase.

Más tarde en la mañana, después de la clase con la profesora Angelina, salió rápidamente detrás de ella, para poder hablar de lo ocurrido la noche anterior.

—¡Profesora! ¡Espere!— exclamó ella.

—Hola Penélope. ¿Ya has comprobado lo que es un desdoblamiento astral?

La joven sonrió y asintió.

—¡Así que se trataba de eso!— exclamó.

—Bien. Este primer paso te sirve para darte cuenta de que tú no eres tu cuerpo.

—Es cierto. — respondió Penélope, pensativa —Pero entonces... ¿quién soy yo?

—Ésa es una buena pregunta. Para saberlo por ti misma, vas a hacer otro ejercicio.

—De acuerdo.— contestó la joven, con entusiasmo.

—Vas a empezar haciéndote consciente de ti misma. A recordarte a ti misma y a no identificarte con lo que te ocurra en la vida diaria. A separarte psicológicamente de lo que ocurra a tu alrededor. Por ejemplo, si surge una situación cualquiera, pongamos que te encuentras con que tienes que hacer un trabajo que no te resulta agradable: fregar los platos.

Penélope sonrió, pensando: "¡Justamente!"

—Bien, — continuó la profesora — si te olvidas de ti misma y te identificas con esa situación, seguramente vas a empezar a enfadarte porque tienes que realizar esa tarea. Empiezas a protestar, mentalmente o incluso de viva voz. Friegas con desgana y te sientes desgraciada... Pero si en medio de esa situación decides recordarte a ti misma, a hacerte consciente de ti misma, comprobarás que puedes separarte de lo que ocurre a tu alrededor, en este caso de la tarea que tienes que hacer, y esa situación no te afectará como otras veces. También para ayudarte puedes reflexionar por ejemplo de que de nada sirve que protestes, porque si tienes que hacerlo, ¿para qué protestar? Y además ese trabajo tiene su fin de utilidad. Entonces, ¿por qué protestar? Si protestar no te va a servir de nada, salvo para sentirte mal, gastar energías psíquicas, y mantener tu conciencia dormida en un rechazo por algo tan insignificante como es un trabajo manual que además es necesario.

—¡Oh!— exclamó la joven —¡Vaya! ¡Nunca me lo había planteado!

—Bueno, éste es sólo un ejemplo para hablarte del recuerdo de sí mismo, separándote psicológicamente de las situaciones que te rodeen o te ocurran. Y si es necesario, ayudarte de la autorreflexión de forma consciente, para no identificarte con las cosas de la vida diaria. Esto, como primer paso para aprender a conocerte a ti misma. Porque conociéndote a ti misma, podrás llegar a conocer el Universo.

—Está bien.— respondió Penélope muy incentivada—Creo que lo he entendido. Lo pondré en práctica.

La profesora sonrió.

—Bien.— respondió— Si es así, ya seguiremos hablando.

—De acuerdo.— contestó Penélope.

La profesora se marchó, y la joven se quedó pensativa.

En ese momento, pasaron por su lado Adela Gutiérrez y un par de amigas.

Penélope pensó: "Ahí está Adela. Tal vez debería saber que su novio no es muy legal, que digamos... ¿Se lo digo?... Pero por otro lado, ¿qué le voy a decir? ¿Que me ha estado gastando bromitas? ¡Tampoco es que eso sea un crimen!... Creo que será mejor no decirle nada. A lo mejor estoy exagerando las cosas. "

Y alejándose de Adela y sus amigas, se fue a la cafetería de la facultad.

CAPÍTULO 6

¡SIENTO HABER SIDO TAN LIGERA EN MIS CONCLUSIONES!

A la mañana siguiente, Penélope llegó temprano a la facultad. Mientras hablaba con una compañera, vio llegar a Adela con el joven motorista.

La muchacha se bajó de la moto, se quitó el casco y se lo entregó al joven. Luego éste lo enganchó en la parte de atrás de la moto y se quitó su propio casco.

Entonces él pareció divisar a Penélope y se sonrió. Al ver que la chica que estaba hablando con ella se marchaba a otro lado, le dijo algo a Adela, le cogió de la mano y se dirigió de frente hacia Penélope.

Ésta se preguntó qué trataba de hacer, pero una extraña curiosidad le mantuvo donde estaba, como esperando que se acercaran los dos.

Por fin la pareja llegó hasta donde estaba Penélope, y el joven le dijo a la otra muchacha:

—Adela, ¿quieres presentarme a tu compañera?

Ésta miró a Penélope seria y muy detenidamente y luego le dijo al joven:

—¿Qué tramas, Ulises? ¿De qué va esto?

Penélope se sintió verdaderamente incómoda, y se dijo: "Penélope, lárgate de aquí, antes de que sea peor."

E iba a marcharse, pero el joven le dijo:

—¡Espera, mujer! ¡No te vayas! ¡Me has juzgado mal y quiero que te des cuenta de una cosa!

Penélope se detuvo, expectante.

—¡Venga, Adela!— insistió el joven —¡Preséntanos!

—¡Buff!— exclamó Adela —¡Qué pesado eres! ¡Si no sé de ella nada más que está en mi clase!

—¡Venga!— insistió el joven.

—¡Bueno, está bien!— consintió, por fin, Adela, de mala gana — Bueno...estooo... lo siento pero no recuerdo tu nombre.— le dijo a Penélope — ¡Es que somos tantos! Pero, en todo caso, te presento a mi hermano Ulises.

Penélope se quedó sorprendida.

—¿Es tu hermano? ¿No es tu novio?

—¿Mi novio? ¡Qué tontería! ¡Por supuesto que no! ¡Ya es bastante con que sea mi hermano, y si no lo fuera, desde luego que no sería mi novio!

El joven se rio, y le dio un beso en la sien a su hermana. Ésta se dejó hacer, haciendo una mueca fingida de disgusto.

—¿Y te llamas, de verdad, Ulises?— preguntó Penélope.

Él asintió.

—Así es.

—¡Vaya!— exclamó Penélope —¡Entonces... perdona por la confusión!

—Bueno, yo me voy. — dijo Adela, mirando a Penélope de arriba a abajo, con cierto desdén.

Y se marchó, dejando a los otros dos jóvenes.

—Pero, ¿por qué no me dijiste desde el principio que Adela era tu hermana? preguntó Penélope.

—Pensaba hacerlo, pero siempre te estabas escabullendo y no me dejabas hablar.

La joven estaba muy sorprendida, y al mismo tiempo se sentía culpable de haber pensado mal de él.

—¡Siento haber sido tan ligera en mis conclusiones!

—Bueno, no importa. ¿Pero ahora me dirás por fin tu nombre?

Ella sonrió mientras emitía un suspiro, como si se diese por vencida.

—Está bien.— dijo —Pero... tienes que prometerme que no te vas a reír.

—¿Reírme?— exclamó Ulises —¿tan raro es tu nombre?

—No es que sea raro, pero estoy segura de que te vas a reír.

—Está bien. Te prometo... que haré un esfuerzo para no reírme.

—Me llamo Penélope.

—¿Penélope?— repitió él, sonriendo y, al mismo tiempo, pensativo —¡Así que Penélope! —repitió —Pues... no es nada raro..., y además... es un bonito nombre. No entiendo por qué creías que me iba a reír.

La joven pensó: "Se ve que no conoce la Odisea de Ulises. Bueno, ¡mejor!".

—Vale.— dijo —Creí que te iba a hacer gracia... Pero se ve que no soy muy buena deduciendo... Tampoco tiene mayor importancia.

—¡Hombre!— exclamó él — ¡Lo que sí tendría gracia es que nos casáramos y luego tuviéramos un hijo al que llamásemos Telémaco!

Y mientras él la miraba, forzándose para no reírse, ella se quedó de primeras sorprendida, hasta que al final terminó sonriendo, moviendo ligeramente la cabeza de un lado a otro.

—¡Eres un caso! —dijo —Te has vuelto a quedar conmigo. Por un momento creí que no conocías "la Odisea".

—¡Claro que sí!— respondió él, riéndose —He leído "la Iliada" y "la Odisea" de Homero.

—¿De verdad? ¡Ya no sé qué pensar!

—¡Venga ya! ¡No seas tan suspicaz!— exclamó el joven —Es cierto. Me atrae bastante la mitología en general, y por supuesto, también la griega.

—Está bien. Te creo. A mí también me encantan las historias de la mitología.

Él sonrió:

—En todo caso, ya ves que tenemos muchas cosas en común. ¡Ésa es una muy buena señal!

Ella sonrió, más relajada.

—¿Tienes novio?— le preguntó el joven.

La joven se sorprendió y luego hizo un gesto de suave reproche, mientras le decía medio riéndose:

—¡Oye, tú sí que eres directo!, ¿no?

—Bueno, es para tener tanta información de ti, como tú ya tienes de mí.

Ella siguió riéndose y se dio la vuelta diciendo:

—Tengo que irme a clase... No quiero llegar tarde... pero no. No tengo novio.

Y se marchó riéndose, mientras el joven se reía también.

Mientras la muchacha caminaba deprisa por los pasillos, pensaba: "Ciertamente le había juzgado mal...y creo que he sido un poco antipática con él... Pero ahora que ya se ha aclarado todo, me parece que ya no me cae tan mal."

CAPÍTULO 7

¿QUÉ MÁS COSAS SE PODRÁN HACER?

Aquella noche, cuando Penélope se acostó, quiso hacer de nuevo el ejercicio de desdoblamiento astral. La noche anterior se había quedado dormida rápidamente debido al cansancio. Pero en esta ocasión, tuvo la precaución de no acostarse tan tarde.

Repitió los mismos pasos de la primera vez, vigilando cómo le venía el sueño, y en el momento mágico en que sintió aquella somnolencia y aquella lasitud característica junto a las primeras imágenes ensoñativas, se levantó sin pensar en nada más.

Una vez de pie, miró su cama y vio su cuerpo. No obstante, ya había reconocido la misma ligereza que sintió la primera vez, así que antes de ver su cuerpo estaba segura de haber conseguido el desdoblamiento. Luego decidió salir de su dormitorio, y lo hizo atravesando la puerta. Después se fue hacia la puerta de la entrada y también la atravesó. Tras ello, bajó las escaleras, dando enormes saltos que recorrían cada tramo. Y por fin llegó a la calle.

La muchacha estaba entusiasmada.

Se dijo: "¿Qué más cosas se podrán hacer? Tendría que haberle preguntado a la profesora Angelina."

—Hola Penélope.— escuchó detrás de ella.

La joven se volvió y vio a la profesora en persona.

—¡Hola, profesora!— saludó gratamente sorprendida —¡Justamente estaba pensando en usted!

La mujer sonrió.

Penélope la miró detenidamente y luego le dijo:

—¿Quién es usted, realmente? Quiero decir, aparte de ser profesora, ¿quién es usted? ¿Qué es usted?

La profesora la miraba con simpatía y le contestó:

—Mi verdadero nombre es Frella. Aunque en el mundo físico me conocéis como la profesora Angelina. Por ahora, sólo puedo decirte eso. Tal vez un día te cuente un poco más.

—¡Oh! ¡Está bien!— exclamó la joven, algo frustrada pero al mismo tiempo, intrigada — Pero tal vez podría decirme, qué más cosas se pueden hacer en este estado.

—En primer lugar, date cuenta de que te encuentras en otra dimensión, como has podido verificar, y que no se trata de un sueño, o de una proyección mental, sino de algo real. Pero por otro lado, tienes razón cuando dices "en este estado", porque gracias a que tienes este estado de conciencia de vigilia, por decirlo de alguna forma, puedes ser consciente de lo que te está pasando.

—¿Quiere decir que ahora mismo estoy en otra dimensión? ¿No se trata de un sueño?

—Eso es. En realidad, todo el mundo cuando duerme, se sale fuera de su cuerpo. Todo el mundo se desdobra y se mueve en esta dimensión mientras su cuerpo físico duerme. Lo que ocurre es que la inmensa mayoría de las gentes no se dan cuenta de ello porque tienen la conciencia dormida, y en esos momentos, a pesar de que están moviéndose en otra dimensión, en el mundo astral, están proyectando sus sueños. En tu caso, hoy y hace dos noches hiciste el esfuerzo de ser consciente durante el proceso de desdoblamiento, y por eso ahora podemos estar hablando aquí, de una forma tan natural, como si estuviéramos en el mundo de las tres dimensiones, el mundo físico.

—Ya comprendo. — dijo Penélope.

—Mira, — prosiguió Frella — existen cuatro estados de conciencia. El primer estado es el estado de sueño. Es el que normalmente casi todo el mundo tiene durante el proceso del sueño físico, en el cual, están fuera de su cuerpo, en el mundo astral pero sin darse cuenta de ello, pues se mueven con la conciencia dormida, proyectando todo tipo de historias basadas en las rutinas del día, en deseos, en miedos, etc. A veces historias con sentido, otras completamente incoherentes, pero todas ellas son proyecciones mentales, que les impiden ver la realidad del mundo en el que se encuentran. El segundo estado de conciencia es la vigilia. Es el estado que la mayoría de las gentes tienen cuando están despiertas físicamente. Es el estado habitual en las actividades normales y cotidianas de la vida, como en el trabajo, en la escuela, en la calle, en la casa, con los amigos, con la familia, etc... Este estado de conciencia, aunque se llama de vigilia, es también un grado de conciencia dormida, porque el ser humano no tiene realmente conciencia de lo que hace, piensa o siente. Actúa de forma mecánica, y aunque cree que hace, en realidad todo le sucede. Lo que ocurre es que el grado de sueño psicológico es menor que cuando se está durmiendo físicamente por las noches.

Frella hizo una pausa y luego continuó:

—El tercer estado de conciencia es la autoconciencia. Es el principio del despertar de la conciencia. Es cuando el individuo se hace consciente de todos sus procesos psicológicos, de manera que empieza a dejar de ser víctima de las circunstancias, y no sólo eso, sino que empieza a crear nuevas circunstancias. Y el cuarto estado de conciencia, es la conciencia objetiva. Ésa es la conciencia de los grandes Maestros autorrealizados. En ellos no existe el sueño psicológico. Están despiertos aquí y en todas las dimensiones, y actúan con libertad absoluta, en el sentido más objetivo de la palabra.

—¡Oh!— exclamó Penélope, asombrada —¿Quiere decir que, por ejemplo yo, en estos momentos estoy en... ¿cuál estado?

—Podría decirte que ahora mismo, a pesar de que tu cuerpo físico está dormido en la cama, tú estás en el segundo estado de conciencia, o sea del estado de vigilia. A veces, en el primer estado, en el estado de sueño, se pueden tener ráfagas del segundo estado, del estado de vigilia, como por ejemplo en este caso. Pero también pasa cada vez que uno está soñando y de repente se da cuenta de que está soñando. También ocurre con los demás estados, en los que se pueden tener ráfagas del estado superior. O sea, en vigilia, ráfagas de autoconciencia. Y alguien que tiene ya un nivel alto de autoconciencia, puede tener ráfagas de conciencia objetiva.

—Entonces, ¿cómo se puede conseguir un estado de conciencia superior?— preguntó la joven.

—Haciendo un esfuerzo consciente. Empezando por hacerse consciente de todos los procesos psicológicos de uno mismo, aquí y ahora.

—¿Quiere decir con el recuerdo de sí?

—Sí. Pero también aprendiendo a autoobservarse psicológicamente. Es decir autoobservar los procesos del pensar, sentir y actuar. Los pensamientos, sentimientos e impulsos que surgen de nuestro interior. Pero, quizás esto sea mejor que lo hablemos mañana, cuando estés despierta, en la facultad.

La muchacha sonrió.

—Está bien, profesora.

—Puedes tutearme y llamarme Frella, si quieres.

Penélope asintió.

—Vale, Frella. Pero también me gustaría saber qué más cosas se pueden hacer en este mundo astral. Ya he visto que puedo flotar y atravesar sólidos, pero no sé qué más puedo hacer

—Éste es todo un mundo por descubrir, porque aunque te mueves en él todas las noches, no lo conoces, pues hasta ahora lo habías hecho con la conciencia dormida. Pero a medida que uno va despertando, puede asistir a Templos de Sabiduría, en los que se aprenden todos los misterios de la vida y de la muerte, del pasado y del futuro de uno mismo y también del planeta y de los mundos, del origen de todas las cosas, de los sufrimientos, del karma, de las vidas anteriores, etc...

—¡Oh, qué extraordinario!— exclamó Penélope —¡Cómo me gustaría poder visitar uno de esos Templos!

Frella sonrió. Y mientras comenzaba a marcharse, le contestó:

—Pero para eso tendrás que empezar a trabajar sobre ti mismo. De otra manera, aunque lo visitases, no comprenderías nada, porque el sueño de la conciencia te lo impediría.

—Entiendo. — asintió la joven, mientras la veía alejarse.

Y tras ello, se despertó.

CAPÍTULO 8

¡QUÉ FINA ES LA LÍNEA QUE NOS SEPARA DE LA LIBERTAD DEL OTRO!

La joven se quedó muy quieta en su cama, recordando detalladamente todo lo que acababa de vivir.

"¡Qué increíble es todo esto!", se dijo "Y a la vez, ¡qué maravilloso!"

Luego se dio la vuelta, contenta, pensando en la suerte que había tenido al conocer a la profesora.

Pero de repente, le surgió una duda: "¿Había sido real todo aquello, o sólo se trataba de una simple fantasía?"

Entonces escuchó la puerta de la calle abrirse y luego cerrarse.

"Debe ser Casandra", pensó.

Como tenía sed, se levantó y se dirigió hacia la cocina.

Allí estaba su compañera.

—¡Hola!— saludó Casandra.

—¡Hola!— respondió Penélope.

—¿Te he despertado?— preguntó la compañera —He intentado no hacer ruido.—

—No, no te preocupes. Es que tenía un poco de sed.

—¡Ah!— exclamó Casandra.

Penélope se sirvió el vaso de agua y miró a su amiga mientras bebía.

—¡Qué!— exclamó Casandra, con una media sonrisa.

—¡Nada, nada!— dijo Penélope.

—Estás deseando preguntarme. No disimules.

Penélope se rio y le dijo:

—Bueno, vale. Últimamente vienes bastante tarde. ¿Estás saliendo con alguien?

—Sí.— respondió Casandra.

Penélope sonrió.

—¿Está en la facultad contigo?

—Sí.

—¿En tu clase?

—Pues... sí.

—¿Y cómo se llama?

Se llama Gonzalo.

—¿Y cómo es?

—Pues... — Casandra se quedó callada, con la mirada pensativa, y con una sonrisa en los labios —es... no sé cómo explicarte.

—¿Es simpático?

—Sí..., y no.

Penélope levantó una ceja, y apretó la boca, mientras movía la cabeza.

—¿Es guapo?

—Pues... sí... y no.

A Penélope le dieron ganas de reírse, pero se contuvo, porque veía a su compañera como ensimismada.

—¿Es amable?

—Pues...

—No me lo digas. Sí y no.

Cassandra miró a Penélope, y ésta ya no pudo aguantar la risa.

Por fin, Cassandra pareció salir de su ensimismamiento y sonrió.

—Lo que pasa— dijo — es que con los demás es de una manera, y cuando está conmigo es de otra.

Penélope paró de reírse y preguntó:

—¿Por qué? ¡Eso es un poco raro!

—¡No!— exclamó Cassandra — ¡No me malinterpretes! ¡No es un bicho raro! Lo que pasa es que él es... bueno, para qué me voy a esconder, si no tiene importancia. Él es profesor. Entonces se comporta con los demás alumnos de una forma. Pero conmigo, es diferente. ¿Comprendes?

—¡Ah! Pero entonces, ¿es muy mayor?

—¡No, no! Tiene veintinueve años. Es mayor que yo, claro, pero no tanto.

—¡Ah, bueno!

—Verás, él es más bien serio, pero cuando está conmigo, es... diferente.

—Ya lo comprendo. Y me alegro por ti. ¿Y cuánto tiempo lleváis saliendo?

—Pues desde finales de Octubre.

—¡Vaya! ¡Qué en secreto lo llevabas!

—Sí, es cierto. Es que por un lado, temíamos que se enteraran otros profesores y tuviera represalias, aunque ya hemos comprendido que no hay nada que nos lo prohíba. Pero por otro, no sabíamos si el que lo supieran otros alumnos... Y bueno, a vosotras no os lo había dicho, porque al principio tampoco teníamos tanta confianza entre nosotras, ¿no?

—Sí, claro. Lo comprendo.

Cassandra sonrió y Penélope también.

En ese momento entró en la cocina Conchita.

—¿Qué hacéis?— inquirió.

—¿Te hemos despertado?— preguntó Penélope.

—No. Estaba chateando con el grupo de amigos de la facultad. Cassandra, ¿has llegado ahora?

—Sí.

—¿Dónde has estado?

—Por ahí.

—¿Con quién?

—¡Oye! ¡Ni que fueras mi madre!

—Estoy segura de que se lo has contado a Penélope. Así que ahora, cuéntamelo a mí.

Cassandra miró a Penélope, y ésta se rio:

—Lo siento, pero me parece que no te queda otra. Ya sabes lo pesada que se puede poner Conchita.

—¡Eso!— confirmó la aludida.

—Está bien. Estoy saliendo con uno de mis profesores. Se llama Gonzalo. Y es... encantador.

Silencio.

Al cabo de unos segundos, Conchita preguntó:

—¿Y eso es todo?

—¡Eso es todo!

—¡Pues vaya! ¡Qué poco emocionante!

Penélope se tuvo que aguantar la risa.

—Pero bueno,— insistió Conchita —¿vais en serio o es sólo una aventura?

—¡Qué cosas tienes!— exclamó Casandra —Uno no se plantea esas cosas. ¡Hay que vivir el presente y ya está!

—Sí, pero en el fondo tienes que saber si es sólo que te gusta, o es algo más.

—De momento, confórmate con que estamos saliendo.— respondió Casandra, con impaciencia —Si me caso con él ya te avisaré.

—¡Hija! ¡Qué picajosa eres!— exclamó Conchita, ofendida —¡Si yo estuviera saliendo con algún chico os lo contaría todo!

—¡Sí,— exclamó Casandra —eso dices precisamente porque no estás saliendo con nadie!

—¡Bueno, pero cuando lo haga, os lo contaré!

—¡Tú haz lo que quieras!— contestó Casandra, algo enfadada — ¡Pero déjame a mí que yo haga las cosas como yo quiera!

—¡Calmaos las dos!— intervino Penélope —Yo creo que lo mejor es que cada una actúe como crea conveniente y respete a las otras. Y en todo caso, yo me voy a acostar. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches!— respondieron las otras dos, aún molestas.

Y Penélope se fue pensando: "¡Qué fina es la línea que nos separa de la libertad del otro!".

CAPÍTULO 9

ME HABRÍA GUSTADO TENER UN HERMANO MAYOR

Por la mañana, cuando Penélope se dirigía a la facultad, iba pensando en la experiencia que había tenido la noche anterior y se dijo: "Estoy deseando ver a la profesora para comprobar si aquello sólo fue una fantasía o fue real".

En ese momento, pasó por su lado una moto. Eran Ulises y su hermana. Y Penélope les reconoció.

"¡Qué suerte tiene Adela de tener un hermano mayor, que le lleve a la facultad!", pensó. "¡Yo tengo tan lejos a mi familia! ¡Y además, también me habría gustado tener un hermano mayor que yo!".

Iba así, metida en esos pensamientos, mientras caminaba, hasta que llegó a la universidad.

Ulises la estaba esperando, y Penélope le vio enseguida.

Los dos se sonrieron, y el joven se acercó hasta ella.

—¡Hola, Penélope!

—Hola, Ulises.

Los dos se rieron.

—Me alegra ver que por fin no me das calabazas. — dijo él.

Ella volvió a reírse.

—Espero que no estés malinterpretándome. — aclaró la joven —Que te hable, no quiere decir que...

—¿Que ya seas mi novia?— terminó la frase Ulises.

De nuevo, risas de la muchacha.

—¡Eso mismo!— respondió.

—¡Bueno!— contestó él — ¡Poco a poco! ¡Yo soy muy paciente!

Penélope seguía riéndose, divertida, mientras negaba con la cabeza.

Él también se reía, mirándola con simpatía.

—Oye,— dijo, de repente —¿te gusta la ópera?

—¿La ópera?— repitió, la joven sorprendida.

—Sí. ¿Te gusta?

—Pues... no sabría qué decirte. Nunca he escuchado ninguna ópera entera. Sólo algunos fragmentos más o menos conocidos. ¿Por qué me preguntas eso?— dijo ella, sospechando alguna estratagema del joven.

Entonces él se sacó del bolsillo de la camisa dos papeletas y se las mostró.

—Tengo dos entradas para una ópera magnífica. Te invito. Si es cierto que te gusta la mitología, creo que te va a gustar.

Penélope se quedó callada y le observó, para ver si hablaba en serio.

—¡Mira, desconfiada!— le dijo él, riéndose y dándole las entradas.

Ella las tomó y las leyó:

—Sigfrido, de Richard Wagner. Sábado 28 de Noviembre. 8 de la tarde. ¡Eso es mañana!—

—¿Lo ves?

La joven se quedó pensando: "Bueno, tal vez esté interesante."

—Está bien.— dijo —Acepto.

Él sonrió, mostrando su contento, mientras ella le devolvía las entradas.

—¡Pero te lo advierto!, — le dijo Penélope —¡después de la ópera, cada uno a su casa!

Él echó una carcajada y respondió:

—¡Está bien! ¡Está bien!

La muchacha se quedó pensativa y luego le dijo:

—Nunca he ido a ver ningún espectáculo, y ni mucho menos algo así. No sé si tendré ropa tan elegante para eso.

—No te preocupes. Como vayas estarás bien. La gente ya no se arregla tanto como antiguamente.

—Bueno. Pero estoy pensando otra cosa. La ópera no es en español, ¿no?

El joven se rio.

—¡No, claro que no! Cantan en alemán.

—Pero entonces... me parece... que no me voy a enterar de nada.— dijo la muchacha, con desilusión.

—¡No te preocupes, mujer! ¡Hay una pantalla al lado del escenario, donde ponen los subtítulos!

—¡Ah, menos mal!

Él la miró con ternura.

—Debes pensar que soy una pueblerina.— dijo ella — Y llevarás razón, porque vengo de un pueblecito muy pequeño.

—No pienso nada de eso. Me pareces una chica encantadora.

Penélope se rio.

—Bueno, bueno. No me des mantequilla, que yo no soy de las que se creen fácilmente las alabanzas.

Ulises se rio:

—¡Sí, ya me he dado cuenta de que eres un hueso duro de roer!— exclamó.

La joven continuó riéndose.

—Bueno, pero entonces,— dijo — ¿cómo quedamos?

Él sonrió y empezó a contestar:

—Si quieres podemos quedar para comer por ahí, y luego...

—¿A comer?— le cortó la joven — ¡De eso nada! ¡Quedamos a las siete y media en la entrada de la ópera!

—Está bien.— respondió él, forzando el ceño fruncido —Está visto que voy a tener que tener más paciencia de la que me pensaba.

Penélope sonrió divertida y echó a andar hacia la facultad, mientras le decía:

—¡Hasta mañana!

—¡Hasta mañana, cruel Penélope!— exclamó él, con voz lastimera.

La joven se marchó riéndose, pensando: "Desde luego sigue siendo un liante. Pero ahora, no sé por qué misteriosa razón, ya no me importa..."

CAPÍTULO 10

"EN PACIENCIA POSEERÉIS VUESTRAS ALMAS"

—¡Frella!, ¡espera, por favor!— dijo Penélope, al terminar la clase.

Frella sonrió.

—¿Quieres que vayamos al jardín durante el descanso y continuamos la conversación de anoche?— propuso la profesora.

—¡Sí! ¡Vale!— contestó la joven, entusiasmada de comprobar que su experiencia de la noche anterior había sido real.

Las dos se dirigieron hacia el bonito jardín situado en el centro mismo de la facultad.

—Frella, anoche quedamos en que me hablarías más sobre la forma de hacerse consciente de todos nuestros procesos psicológicos.

—Sí. Hablábamos de aprender a autoobservarse psicológicamente. Para ello, lo primero es aprender a separarse psicológicamente de todo cuanto ocurra a nuestro alrededor. Es decir, no identificarse con las circunstancias, sean cuales fueren, y recordarse a sí mismo de instante en instante.

—Yo lo he intentado, pero se me olvida enseguida.

—Bueno, es normal empezar como un principiante. Es a base de práctica, como se van consiguiendo resultados cada vez mayores.

—Sí, claro. Eso pienso yo. De hecho, cada vez me acuerdo con más frecuencia.

Frella sonrió.

—Bien, pues la autoobservación psicológica debe ir dirigida a los procesos psicológicos, tales como pensamientos, sentimientos, movimientos, gestos, y todo lo que hacemos de forma mecánica y rutinaria. De esa manera, podemos comprobar que todo o casi todo lo que nos impulsa a actuar, pensar o sentir, surge de una forma mecánica, sin que medie una voluntad consciente en ello. Es lo que te decía anoche sobre el segundo estado de conciencia. La mayoría de los seres humanos, desde que se levantan hasta que se acuestan, actúan sin conciencia, de forma totalmente mecánica. Parece que están despiertos, pero en realidad, no lo están. Se levantan mecánicamente, se lavan de forma mecánica, desayunan de forma mecánica, van a trabajar o a la escuela de forma mecánica, saludan a otros seres humanos de forma mecánica, sin ser conscientes, etc... Por ejemplo, aquí mismo, en la facultad, los alumnos asisten a las clases sin ser conscientes de sí mismos. Aprenden intelectualmente montones de teorías, pero no son conscientes de sí mismos. Son víctimas de las circunstancias. Sufren, se enamoran, ríen, odian, sospechan, envidian, se alegran, se enorgullecen, critican, etcétera, de forma inconsciente.

A Penélope le vino instantáneamente el recuerdo de las sospechas que había tenido de Ulises, y de sus críticas.

—Es cierto.— dijo.

Frella sonrió.

—Todo eso ocurre —continuó — porque la conciencia está dormida, atrapada por el ego. El ego, en realidad se ha creado y se ha robustecido por la identificación con

las diversas circunstancias de la vida. Además, el ego está compuesto por multitud de diferentes defectos, vicios y errores. Por multitud de diferentes yos o yoes. Yoes de vanidad, yoes de ira, yoes de pereza, yoes de glotonería o de gula, yoes de lascivia, yoes de miedo, yoes de envidia, etcétera. En definitiva, yoes que atrapan la conciencia y la mantienen dormida. Afortunadamente, todavía hay quien tiene algo de conciencia despierta en su interior, y de esa manera aún tiene la posibilidad de trabajar sobre sí mismo, eliminando el ego de su interior y rescatando la conciencia que tenía atrapada. Y para ello, debe comenzar por autoobservar pensamientos, emociones e impulsos motores, instintivos y sexuales. Y de esa forma podrá ver al ego en acción. Porque para poder eliminar el ego, hay que observarlo primero, para conocerlo. Eso sí, es muy importante no perder el recuerdo de sí mismo, y cuando se ve la manifestación de un yo, no identificarse con él, sino separarse. Es decir, durante la autoobservación de sí mismo, se produce una separación entre el observador y el observado. El observador es la conciencia y el observado es el yo que se esté manifestando, bien a través de un pensamiento, o de una emoción, o de un hábito motor, o de un impulso sexual. ¿Comprendes?

Penélope asintió.

—Sí, creo que sí. Pero ¿podrías ponerme un ejemplo de una manifestación de un yo?

—Claro que sí. Con un ejemplo vivido, tal vez lo comprendas mejor. — contestó Frella.

En ese momento, le dio un suave toquecito en la frente a la joven, y Penélope, se vio a sí misma unas horas antes en la calle, justo en el momento en que iba hacia la facultad y Ulises y su hermana pasaban montados en la moto. Entonces ella pudo recordar cómo en ese momento:

Unos pensamientos surgían en su mente diciendo: "¡Qué suerte tiene Adela de tener un hermano mayor, que le lleve a la facultad!", mientras sus ojos miraban a los dos hermanos alejándose en la moto, y al mismo tiempo, sentía una cierta melancolía. Pero continuaron los pensamientos: "¡Yo tengo tan lejos a mi familia!", y sus ojos bajaron, mirando primero hacia la acera, y después hacia sus pies, y la melancolía iba formando una especie de presión a nivel del tórax. Y siguieron los pensamientos: "¡Y además, también me habría gustado tener un hermano mayor que yo!", y seguidamente hizo un suspiro.

Frella volvió a darle otro toque en la frente, y la joven volvió en sí.

—¿Qué me puedes decir de lo que acabas de recordar?— preguntó la profesora.

—Pues que caminaba hacia la facultad, sin estar consciente de ello, de forma mecánica, absorta en pensamientos de envidia... y melancolía... y no sólo pensamientos, sino también había emociones, y movimientos inconscientes.

—Esos pensamientos, esas emociones y esos movimientos eran provocados por diferentes yoes. La conciencia estaba dormida por esos yoes. Y así ocurre normalmente. Pero si tú eres capaz de recordarte a ti misma en cada momento, y de autoobservar esos pensamientos, esas emociones y esos movimientos, empezarás a fortalecer la conciencia y a desarrollar el tercer estado de conciencia, del que hablamos anoche.

—¿Entonces ésa es la fórmula para despertar conciencia? ¿Para eliminar el ego?

—No. Ésta es la fórmula, como tú dices, para conocer al ego y fortalecer la poca conciencia que el ego no tiene aún atrapada. Para eliminar el ego y liberar la conciencia que tiene atrapada, es necesario trabajar con la muerte del ego.

—¡Oh! ¿Y es muy difícil?

—La técnica no es difícil. Es muy sencilla. Pero depende de la calidad del trabajo que ya conoces. Es decir de recordarse a sí mismo, para no identificarse con las circunstancias de la vida diaria, y de autoobservarse de instante en instante. De esa manera podrás comprobar que en tu interior no existe un yo, sino una multitud de yoes que utilizan tu personalidad. Por eso son necesarios estos primeros pasos, pues sin ellos, no sirve de nada conocer la técnica para la eliminación del ego. Voy a dejarte que empieces a practicar con lo que ya sabes, y en otro momento, te enseñaré esa técnica.—

La joven sonrió, conforme.

Frella sonrió.

—Bien, vamos a dejarlo por hoy. — dijo —Seguiremos hablando en otro momento.

—Vale. Muchas gracias, Frella.

La profesora sonrió y luego se marchó, dejando a la joven, muy animada.

Era tanto el entusiasmo que se había provocado en ella, que durante el día, estuvo acordándose numerosas veces de su conversación con Frella. Y eso le hacía llevar a la práctica las enseñanzas que había recibido.

Por eso, cada vez que se acordaba, procuraba recordarse a sí misma, y estar atenta a pensamientos, emociones, y movimientos o posturas. Haciéndose consciente de viejos hábitos, y de reacciones mecánicas ante profesores, compañeros, en la calle, en la casa...

Por supuesto, no es que lograra recordar este trabajo interior todo el tiempo, pues sólo estaba comenzando, pero cada vez le resultaba menos dificultoso mantener ese estado de conciencia un poquito más tiempo. También dependía de si la situación que estaba viviendo era tranquila, o más estresante. Pero lo importante es que ya había comenzado ese trabajo, y lo realizaba con entusiasmo.

Como consecuencia, y quizás como premio, por la noche logró volver a desdoblarse conscientemente de su cuerpo físico. Y en cuanto lo hizo recordó a Frella, y la llamó.

Y la profesora apareció.

—Hola Penélope.— saludó, sonriente.

—¡Hola Frella!— saludó la joven —Perdona si soy muy pesada.

—Nada de eso. Me alegra ver que estás poniendo en práctica todo lo que has aprendido. Pues la práctica es la que te va a ayudar. No lo que yo te cuente, si sólo lo dejas en teorías. El despertar de la conciencia se basa en esfuerzos conscientes, perseverancia y paciencia. Las teorías en sí mismas no sirven. Se puede ser un erudito, pero tener la conciencia dormida. Por eso, este trabajo se basa en practicar, practicar y practicar.

La joven sonrió y asintió.

—Frella, tal vez esté siendo impaciente, pero me gustaría saber cómo se trabaja con la eliminación del ego.

—Pues es un método muy sencillo. Pero necesita una pequeña explicación. Ya sabes que tú no eres tu cuerpo. Tu conciencia es una parte de tu alma. Y tu alma es una parte de tu Ser interior profundo. De tu Dios interior. El Ser interno es una unidad múltiple perfecta que tiene diferentes partes o facetas. Una de esas partes es la Madre divina particular de cada uno. Esa parte de nuestro Ser interior tiene una fuerza sobrenatural y poderosísima. Otro día te hablaré de los diversos poderes y facetas de la Madre divina, pero en esta ocasión me voy a referir a su poder para eliminar el ego. Hay quien cree que el ego es algo que basta con reprimirlo, o simplemente con conocerlo y aceptarlo, para ser felices. Pero la realidad es que el ego es incompatible con la verdadera felicidad. Porque la felicidad es un estado natural de la conciencia, pero mientras ésta esté atrapada por el ego, todo lo que creamos que es felicidad, es sólo una apariencia pasajera.

Frella hizo una pausa y luego continuó:

—Para poder liberar la conciencia, es necesario eliminar de nuestro interior todos y cada uno de los yoes o defectos psicológicos, que la tienen atrapada. Para eso, no se trata de utilizar la mente. Porque el ego mismo, es mente. Hay que recurrir a un poder superior, y ese poder es nuestra Madre divina.

La profesora hizo otro pequeño silencio, dejando asimilar sus palabras a la joven y continuó:

—Para ello, si estamos en estado de alerta percepción, es decir en recuerdo de sí mismos, y en autoobservación, en el momento en que captamos cualquier defecto psicológico, cualquier manifestación de un yo, pediremos instantáneamente a nuestra Madre divina que aparte de nuestra psiquis ese defecto y que lo elimine. Así: "¡Madre mía, aparta de mi psiquis este yo y elimínalo!". Y en ese momento, la Madre actuará, y uno puede captar el resultado inmediatamente.

—¡Vaya!— exclamó la joven —No parece difícil.

—No lo es. Sólo es cuestión de recordarse a sí mismo, y de estar atento a la manifestación de cualquier defecto psicológico.

Penélope se quedó pensando y luego le dijo a Frella:

—Vale, creo que lo he comprendido. Pero me podrías hablar un poco más del alma. ¿Mi conciencia es entonces mi alma?

—Tu conciencia forma parte del alma. Pero el alma es mucho más. Cuando el Maestro Jesús de Nazareth decía: "*en paciencia poseeréis vuestras almas*", estaba indicando que el ser humano corriente aún no la tiene, o más bien podríamos decir que sólo tiene un porcentaje pequeñísimo del alma, y debe trabajar muy duramente sobre sí mismo para poseerla completamente, recuperando conciencia y eliminando el ego. El que no trabaja sobre sí mismo, y deja que el ego atrape más y más su conciencia, termina por perder su alma por completo.

—¡Oh! ¡Eso es horrible!

—Pues sí. Pero uno no es consciente de eso. A no ser que comience a trabajar sobre sí mismo, intensamente.

—Ya veo.

—A su vez, el alma se divide en dos partes: el alma divina y el alma humana. El alma humana es la que se forma a través del trabajo interior que te he explicado, y cuando está preparada se une al alma divina. Esas son las verdaderas almas gemelas,

que están en nuestro interior. En los cuentos se las representa como el caballero y la doncella. La doncella es el alma divina, que está encerrada en un castillo guardada por un dragón, y el caballero, es decir el alma humana, a través del trabajo interior, logra eliminar al ego, en este caso al dragón, liberando a la conciencia, y hallando al alma divina. Luego se produce la unión de las dos almas. Ejemplos de lo que te estoy diciendo, los vemos a menudo en las historias antiguas mitológicas. Por ejemplo, me dijiste que habías leído sobre héroes de la mitología griega. Ahí tenemos a Hércules luchando contra la hidra de Lerna, el monstruo de siete cabezas, es decir el ego, constituido de muchos yoes. O Perseo que mata a la medusa, cuyo cabello eran miles de serpientes, representando también los muchos yoes. En otro momento, Perseo mata al dragón con su espada, y libera a Andrómeda. ¿Ves? O Teseo, que se enfrenta al Minotauro, y es ayudado por Ariadna a salir del laberinto gracias a un hilo conductor. De este hilo de Ariadna te hablaré en otra ocasión, pero para que te hagas una idea, está relacionado también con el despertar de la conciencia. Pero no encontramos esta simbología sólo en la mitología. Conoces el cuento de la "Bella Durmiente", ¿no?

—Sí, claro.

—Pues es lo mismo. En este caso, el ego está representado por la hechicera que duerme a la princesa mediante un encantamiento. Después llega el príncipe, lucha contra el dragón, que no es otro que la hechicera, y encuentra a la princesa dormida. La besa, y ese beso de amor, la despierta. Y después vienen las bodas reales. La unión mística de los dos. ¿Ves? Hay muchos cuentos, que hablan de ese trabajo psicológico, de una forma sencilla.

—¡Oh! ¡Ya entiendo!— exclamó Penélope.

—Por cierto, — dijo Frella —la ópera que vas a ver mañana, tiene también mucho simbolismo.— dijo Frella.

Penélope se sorprendió por las palabras de la profesora.

—¿La ópera de mañana?— repitió — ¿Te refieres a "Sigfrido"?

—Sí. Creo que te gustará. En ella podrás ver también de forma simbólica las dos almas, la muerte del ego, y el despertar de la conciencia.

—¿De verdad?— exclamó Penélope, muy contenta — En ese caso, me alegro de haber aceptado la invitación de Ulises.

La profesora asintió.

Penélope se quedó pensando un momento y luego preguntó:

—Hablando de Ulises, ¿tiene también algún tipo de simbología la odisea de Ulises?

—Sí, claro. Ulises tiene que pasar por una serie de pruebas, como las que tiene que pasar cualquier discípulo que esté trabajando sobre sí mismo a nivel interno, y por supuesto tiene que eliminar a esos parientes intrusos que se adueñaron de su casa y pretendían a su esposa. Los parientes intrusos son los defectos psicológicos que se han adueñado de nuestra casa interior, o sea de nosotros mismos, y la esposa, en este caso Penélope, es el alma divina que aguarda el regreso de su esposo amado, del alma humana.

—¡Oh, vaya!— exclamó la joven, gratamente sorprendida.

—Bien,— dijo Frella, sonriendo —creo que ya tienes bastante material para seguir trabajando sobre ti misma.

—Muchas gracias, Frella.— respondió la joven, agradecida.

Frella sonrió y se marchó.

Penélope se despertó y se mantuvo muy quieta para no perder ningún recuerdo de toda la experiencia que acababa de tener.

CAPÍTULO 11

ME GUSTA ESTA HISTORIA

Penélope se quedó muy intrigada por el comentario de Frella acerca de la ópera. Eso la incentivó a querer saber más sobre la obra.

Por eso, el sábado en la mañana estuvo mirando en internet acerca de ella. Sólo páginas de lectura, pues se encontraba en la biblioteca.

"Me gusta esta historia.", se dijo "Ulises tenía razón. Creo que hice bien en aceptar su invitación... Aunque no sé yo si la música... me gustará. No estoy yo acostumbrada a escuchar música clásica... En fin, ya veremos."

Horas más tarde, Penélope llegó al teatro de la ópera. Ya estaba allí Ulises, esperándola. Estaba hablando con una pareja.

La joven se aproximó sólo un poco hacia ellos, pero no quiso interrumpir la conversación.

Ulises se dio cuenta y la miró contento. Luego despidió a sus amigos y se acercó a ella.

—¡Hola!— saludó.

—¡Hola!— respondió la joven.

—¡Has venido!— exclamó él.

Ella se rio.

—¿Creías que no iba a venir?

—No estaba seguro.

Penélope volvió a reírse.

—¡Bueno, pues ya ves que sí!— exclamó —Seré cruel, pero no tanto. ¡Te dije que vendría y aquí estoy!

Ulises se rio, asintiendo.

—Es que me parece mentira, después del duro trabajo que me costó romper la coraza de hielo.

La joven sonrió.

—Bueno, he de admitir que aunque no se me pasó por la cabeza no venir, además alguien muy especial me ha hablado de esta ópera y me advirtió que me iba a gustar.

—¿En serio?— dijo él.

—Sí. Y además he estado mirando un poco en internet de qué iba, para tener una idea. Y creo que puede estar interesante.

—¿Y se puede saber quién es esa persona tan especial que te habló de la ópera?— preguntó el joven.

—Pues... — empezó a decir Penélope, no sabiendo bien qué contestar.

—Bueno, déjalo.— dijo Ulises —Soy demasiado curioso. No importa quién sea. Lo importante es que te ha animado a venir. Y eso me alegra.

—No tiene importancia. En realidad es una de mis profesoras. Lo que pasa es que no es una persona corriente. O al menos a mí no me lo parece.

El joven sonrió, asintiendo como signo de comprensión.

—En fin, cuando quieras podemos entrar.— dijo.

—Pues por mí, ya.

Él se rio.

—¡Pues vamos!

En medio de un barullo de gente, Penélope pudo comprobar que su acompañante parecía ser bastante popular, pues fue saludado por bastantes personas, desde que entraron por la puerta, hasta que llegaron a sus asientos.

Ella estaba bastante intrigada por ello y cuando ya por fin se sentaron, le preguntó:

—¡Oye! ¿Eres famoso o qué?

Él se rio.

—¿Qué te hace pensar eso?— dijo.

—¡Hombre! ¡Es que parece que todo el mundo te conoce!

Él siguió riéndose.

—¡No creo que tanto!— respondió — Lo que pasa es que muchos de los asistentes y yo nos movemos en el mismo círculo.

—¡Ah, ya comprendo! ¿Y puedo preguntar qué círculo es ése?

—La música.

—¿Eres cantante?

—Pues... sí. Has acertado... A veces canto en la ducha.— contestó el joven riéndose.

Penélope apretó los labios y frunció el entrecejo, mientras pensaba: "¡Ya estamos otra vez!".

—¡Venga, no te enfades!— le dijo Ulises —En realidad, doy clases de música en el conservatorio y también dirijo una orquesta.

—¡Oh! ¡Ya entiendo! Por eso te gusta la ópera.

—¡Claro! Y la música clásica en general. Aunque tengo mis preferencias, lógicamente.

—¡Vaya! ¡Nunca lo hubiera pensado! ¡No pareces tan mayor!

El joven volvió a reírse.

—¡Caramba! ¡Eso sí que es un halago!

Penélope sonrió.

—Aparentas tener unos veintitantos. Pero si eres director de orquesta debes de ser mucho mayor, ¿no?

Él siguió riéndose y luego le contestó:

—Tengo veintiséis. Lo que pasa es que empecé muy pequeño con la música, y la carrera la terminé con veinte. Y la orquesta que dirijo, es la orquesta del conservatorio. No es una filarmónica, pero son excelentes músicos. Un día tienes que venir a un concierto.

Penélope sonrió y asintió.

Por fin se apagaron las luces y salió el director de la orquesta de la ópera, en medio de los aplausos del público.

Y comenzó la obertura.

Para Penélope, que alguna vez había oído trozos famosos de óperas italianas, aquella música que empezaba a escuchar, la cual contenía un toque dramático y a la

vez misterioso, le empezó a producir un extraño encantamiento. A medida que la obertura continuaba y el telón se abrió mostrando en la escena una cueva en medio de un bosque, y al nibelungo Mime intentando forjar una espada, la joven ya no apartaba sus ojos del escenario y de los subtítulos que había en la pantalla de al lado, mientras se sentía conmovida por aquellas melodías...

Cuando terminó el primer acto, Ulises le miró sonriente y le preguntó:

—¿Qué te está pareciendo esta ópera?

—Pues... por ahora, me ha parecido... extrañamente hermosa. Nunca había escuchado nada igual, pero creo que es la música más maravillosa que he escuchado en toda mi vida.

Él asintió.

—Sabía que te gustaría. Pero te he visto mucho más entusiasmada de lo que pensé. Te he mirado varias veces, y estabas completamente concentrada.—

Ella se rio.

—Sí, reconozco que me ha encantado. Esta mañana no estaba segura de a lo que venía, pero ahora estoy muy contenta de haber aceptado tu invitación.

Él asintió con un gesto de contento.

—Salgamos a tomar algo.—dijo —Aún quedan dos actos y al menos media hora de descanso entre uno y otro.

Penélope asintió.

Una vez en el bar de la ópera, Ulises le preguntó a la joven:

—¿Qué ha sido lo que más te ha gustado?

—En general, todo. Pero lo que más, ha sido cuando Sigfrido forja la espada Notung.

—Sí. A mí también.

En ese momento, Penélope vio a la pareja que hablaba con Ulises a las afueras del teatro de la ópera. Ella se quedó mirándolos por una enigmática atracción.

Ulises se dio cuenta y al ver que los miraba, llamó a sus amigos:

—¡Ana, Iván!

Ellos le miraron y se acercaron.

Ulises sonrió mirando a Penélope y luego miró a sus amigos.

—Chicos, ésta es Penélope. Penélope, ella es Ana, y él, Iván.

Los tres se saludaron.

—Iván también es profesor en el conservatorio.— explicó Ulises — Somos compañeros. Y Ana es su mujer.

—¡Ah, ya veo!— dijo Penélope.

—¿A ti también te gusta la ópera?— inquirió Ana.

—Pues la verdad es que es la primera vez que veo y escucho una.— respondió Penélope.

—¿Y qué te parece lo que has escuchado hasta ahora?— preguntó Iván.

—¡Me está encantando!— contestó Penélope.

Iván asintió sonriendo.

Mientras, Ulises miraba contento a la muchacha.

Penélope miró a la joven pareja con detenimiento, mientras pensaba: "Hay algo en ellos que me parece diferente... pero no sé qué será."

Ana le sonrió y dijo:

—Es curioso que os llaméis Penélope y Ulises. Como en la Odisea.

Penélope se rio:

—Sí. Es verdad. Cuando Ulises me dijo que se llamaba así, creí que estaba de broma.

Los jóvenes se rieron.

—Bueno,— dijo Iván — sentimos dejaros, pero vamos a pedirnos algo para tomar.—

Ulises y Penélope asintieron.

—Encantada de conocerte, Penélope.— dijo Ana.

Iván asintió, mostrando estar de acuerdo.

—Sí.— respondió Penélope —Yo también me alegro de haberos conocido.

Y la pareja se marchó.

Poco después Penélope y Ulises regresaron al teatro y comenzó el segundo acto, en el que aparece el dragón Fafner que custodiaba el tesoro de los nibelungos, y al que Sigfrido mata con valentía, adquiriendo de esta manera el tesoro, el anillo de los nibelungos, y el yelmo, con el cuál podía hacerse invisible o adoptar la forma que quisiera. Además, al sacar la espada del cuerpo del dragón, Sigfrido siente que la sangre de la bestia quema su mano y al querer lamerla para calmar la quemadura, se da cuenta, al probar la sangre del dragón, que entiende el lenguaje de las aves. También puede conocer los oscuros pensamientos del nibelungo Mime, quien desea matarlo para quedarse con el tesoro, y gracias a ese entendimiento, Sigfrido puede salvar su vida, acabando con la vida de su enemigo.

Más tarde, en el tercer acto, es cuando Sigfrido sube la montaña rocosa rodeada de fuego en la que duerme la valquiria desde mucho tiempo atrás. Allí él le da un beso y ella despierta de su sueño.

Cuando la ópera terminó, Penélope estaba entusiasmada.

Ya fuera del teatro, ella le dio una vez más las gracias a Ulises por haberla invitado.

Él se reía contento.

—Escucha.— le dijo —Es tarde. ¿Vives lejos?

—A unos veinticinco minutos.

— Entonces te acompaño a tu casa.

—Está bien.— aceptó la joven.

Mientras caminaban él volvió a preguntarle:

—Dime, de la segunda y de la tercera parte, ¿qué es lo que más te ha gustado?—

—Pues de la segunda, cuando Sigfrido lucha contra el dragón y después de matarlo, se despiertan en él ciertas facultades. Y de la tercera parte, cuando encuentra a la valquiria y la besa y de esa forma la despierta.

Ulises sonrió, y ella también.

Por unos momentos, Penélope pensó si hablar con el joven acerca de las enseñanzas que había recibido de Frella, pero por otro lado, no sabía qué hacer. Hasta que de repente él dijo:

—La valentía de Sigfrido me recuerda el cuento de Juan sin miedo. ¿Lo conoces?

—Sí. Lo tenía en un libro de cuentos cuando era pequeña.

El joven sonrió.

—Sí.— asintió —Pero aparte de ese cuento, esta historia de Sigfrido, no es exclusiva. Muchos héroes han luchado contra dragones y monstruos y han despertado o liberado doncellas.

Penélope le miró sorprendida, y Ulises se rio:

—¿Por qué me miras así? Esta vez no he dicho nada raro, ni ninguna broma.

—Lo que pasa es que curiosamente, anoche... quiero decir ayer, estuvimos hablando de eso..., la profesora que te mencioné antes, y yo.

—¿De verdad? ¿Y a qué conclusión llegasteis?

—Pues...

Penélope no sabía cómo comenzar a hablar del tema, pero el joven la miraba, expectante, sin decir nada.

—Es que estuvimos hablando del paralelismo entre diversos personajes de la mitología griega y de algunos cuentos. Como Perseo, o Teseo, o Hércules. O también el príncipe que despierta a la Bella durmiente.

—Eso es. Parece que hay un hilo común, ¿no?

—Sí.

—¿Y cuál creéis tu profesora y tú que es ese hilo común?

—Pues... que se trata de historias simbólicas que hablan de unas... hazañas o luchas a nivel interno en el ser humano.

Ulises se quedó pensativo unos momentos y luego respondió:

—A ver. Cuéntame un poco más de esas hazañas.

Entonces Penélope vio la puerta abierta para poder hablar al joven sobre todas las enseñanzas que había recibido de Frella. Y muy entusiasmada, le habló de la multiplicidad psicológica del ser humano, de la conciencia y de los cuatro estados: sueño, vigilia, autoconciencia y conciencia objetiva. Le habló del recuerdo de sí mismo, de la autoobservación psicológica, de la eliminación de los defectos, y también del desdoblamiento astral.

Él le escuchaba muy atento, haciéndole algunas preguntas de vez en cuando, y reflexionando sobre las respuestas de ella.

Ya hacía un rato que habían llegado al portal de la vivienda de la joven, pero era tanto el entusiasmo que tenían los dos, que aún permanecieron casi una hora hablando sobre esos temas.

Entonces llegó Casandra acompañada de un joven.

A Penélope le sonaba la cara del acompañante de su amiga. Hasta que Ulises dijo:

—¡Hola chicos! ¿Qué tal?

—¡Hola Ulises!— saludaron los dos.

—Penélope —dijo Casandra —No sabía que conocías a Ulises.

—Pues sí. Ya ves.— respondió la joven, algo desorientada.

—¡Vaya! ¡No me digáis que sois vecinas!— exclamó Ulises.

—Pues no. Vecinas, no.— respondió Penélope —Lo que pasa es que compartimos piso.

—Así es. Nosotras dos y otra compañera más.— añadió Casandra.

—¡Qué pequeño es el mundo!— dijo Ulises, riéndose.

—¿Y tú debes ser...?— empezó a decir Penélope, no atreviéndose a meter la pata, dirigiéndose al acompañante de Casandra.

—Es Gonzalo.— contestó Casandra.

—¡Ah, sí!— dijo Penélope —Casandra me ha hablado de ti. ¿Cómo estás?

Gonzalo le sonrió y también le saludó, acercándose a ella y dándole dos besos.

"El caso es que su cara me suena, pero no sé de qué", pensó Penélope.

—Bueno, yo me voy a marchar ya. — dijo Gonzalo —Ulises, quería comentarte algunas cosillas que he pensado. ¿Te va bien que te llame mañana por la mañana? Es que me gustaría estudiarlas antes de comentarlas el próximo martes en la reunión.

—Sí, claro. — respondió Ulises —Pero espera, — miró la hora — me despido y me voy contigo. Así me cuentas.

—Está bien.— contestó Gonzalo.

Ulises empujó suavemente a Penélope por la espalda, para apartarse un poco y le dijo:

—Me quedaría todo el tiempo del mundo aquí hablando contigo sobre todo lo que me has dicho, y mucho más. Pero creo que es una hora razonable para liberarte de mí.

La joven se rio.

—Dime una cosa,— dijo — ¿de qué conoces a Casandra y a Gonzalo?

Él se sonrió:

—Los conozco de la plataforma ciudadana "Derechos del pueblo, ya". Justamente en la reunión del martes pasado, fue donde te conocí. ¿No lo recuerdas?

—¡Ah, ya comprendo!— exclamó la joven, al recordar que Gonzalo era aquel joven que hablaba en aquella reunión, acerca de los parados y del subsidio de desempleo, cuando ella se acercó.

—Bueno, y ahora sí. — dijo Ulises — No puedo expresarte con palabras, lo feliz que me he sentido estas últimas horas contigo.

La joven se rio:

—Para mí también ha sido una noche muy especial... Me ha encantado la ópera, y estoy muy contenta por haber podido compartir contigo las enseñanzas que me ha entregado... mi profesora.

—Bueno, me alegro de que estés contenta. Espero que nuestra relación vaya prosperando poco a poco, hasta que algún día por fin... se cumpla nuestro destino.—

Penélope se rio otra vez y le dijo:

—¡Anda, anda! ¡No te hagas ilusiones y no sueñes tanto!...Y ahora, no hagas esperar a Gonzalo. Gracias de nuevo por esta velada, y buenas noches.

El joven dio un resoplido medio en broma y respondió:

—Está bien. ¡Buenas noches... inaccesible Penélope!

Y se marchó con Gonzalo, mientras Penélope y Casandra se metían en el portal.

—¿Estás saliendo con Ulises?— preguntó Casandra.

—Pues... sí y no. Sí, como amigos. No, como nada romántico.

Casandra se rio.

—Conozco un poco a Ulises, y creo que es un chico muy majo.

Penélope sonrió y asintió:

—Sí. La verdad es que me cae muy bien.

—Bueno, es un buen comienzo.— contestó Casandra.
—No sé. Ya se verá.— respondió Penélope.

CAPÍTULO 12

SEGUIRÉ LO QUE ME DIGA EL CORAZÓN

El lunes siguiente, Penélope volvió a encontrarse con Ulises, al llegar a la facultad.

—¡Hola!— le saludó él mientras se acercaba a ella.

—¡Hola!— respondió la joven.

—He estado poniendo en práctica lo que estuvimos hablando el sábado.—

—¿De verdad? ¡Qué bien!

—Sin embargo, no te creas que me ha resultado fácil lo del desdoblamiento. Pero algo creo que conseguí. De todas maneras, he estado pensando, y quería preguntarte si me podrías hablar un poco más de todo lo que me estuviste enseñando.

—Bueno, yo no soy una experta. Yo sólo acabo de comenzar. Pero tal vez...

—¿Sí?

Penélope pensó: "Podría presentarle a Frella, pero quizás tenga que hablarlo con ella primero. No le voy a decir nada a Ulises de momento, hasta que no esté segura."

—Bueno, si quieres, podemos seguir hablando un poco más, en otro momento.

—¡Estupendo!— exclamó el joven.

—En fin, supongo que estarás muy liado con el trabajo, ¿no?

—Yo tengo un horario de trabajo un poco irregular. Quiero decir que hay días que trabajo de mañana, como hoy. Comienzo las clases dentro de media hora en el conservatorio, que está a dos manzanas de aquí. Y otros días trabajo de tarde. Pero lo alterno con los ensayos de la orquesta. Si tienes tiempo, podríamos quedar esta tarde.

—Normalmente por las tardes es cuando estudio. Pero no me viene mal un descanso. Si te va bien que quedemos cerca de donde yo vivo...

—¡Sí! ¡Por supuesto que sí!— exclamó Ulises, entusiasmado —Cerca de allí, hay una pizzería. Si quieres, te invito a cenar, y me cuentas.

—Bueno, está bien.— dijo —Acepto tu invitación. Y así podremos hablar.

—¡Estupendo! ¿A qué hora?

—¿A las 9 está bien?

—¡Está magnifico! ¿Te recojo en el portal?

—Vale.

—¡Allí estaré!

Penélope se rio, al ver el entusiasmo del joven.

—Me voy que no quiero llegar tarde.— dijo.

—De acuerdo. ¡Hasta las nueve, entonces!—respondió él.

Mientras Penélope se dirigía a su clase, pensaba: "A ver si luego hablo con Frella."

Y efectivamente, en un descanso de media mañana, la encontró.

—Frella, he estado hablando con un amigo acerca de las enseñanzas que me has dado. Es que después de ir con él a la ópera, estuvimos hablando, y a mí me pareció que se interesaba mucho.—

—Ulises y tú os conocéis de vidas anteriores.— dijo Frella.

Penélope se quedó asombrada.

—¿De verdad?

—Sí. Algún día, si te lo propones, podrás recordar aquellas vidas.

—Pero... entonces entre Ulises y yo...

—Bueno, está claro que hay una relación muy antigua. Vosotros no os habéis encontrado porque sí, por casualidad. Hay leyes superiores en la Naturaleza que rigen a las personas dormidas y también a los Maestros despiertos. Por ejemplo, tenemos la Ley del retorno, que no es lo mismo que la reencarnación. En la ley del retorno, las conciencias dormidas vuelven a nacer, en los lugares y circunstancias que de acuerdo a sus actos en existencias anteriores, marca la ley del karma. La reencarnación es distinta, porque eso sólo es para Maestros despiertos que deciden cuándo, dónde y cómo volver a tomar un cuerpo físico. Además existe también la ley de recurrencia. También para los dormidos de conciencia. Ésta es una ley de repetición, en el sentido de que en cada existencia, las personas dormidas vuelven a repetir una y otra vez los mismos actos de las existencias anteriores. Pero no sólo los actos, sino también los mismos pensamientos, y emociones. Esto ocurre porque el ego actúa de forma mecánica. Es decir, se vuelven a repetir existencia tras existencia las mismas situaciones, sólo variadas por la época, la condición social, y por el karma.

—Entonces, ¿por eso Ulises y yo nos hemos conocido?

—Sí.

—¿Pero eso es bueno, o malo?

—No se trata de que sea bueno o malo. De lo que se trata es de romper con la recurrencia. Y la única manera de hacerlo es trabajando sobre sí mismos. Cuando alguien empieza a morir psicológicamente, las circunstancias empiezan a cambiar. Porque si el ego muere, no hay actores que puedan representar esos dramas. Y al surgir la conciencia despierta, se crean nuevos eventos. Está claro que hay recurrencias fatales que pueden, por ejemplo, amargarnos toda una existencia, o incluso llevarnos a la muerte. Hay otras que son más inofensivas, pero que no dejan de ser una mera repetición de existencias anteriores. Quien trabaja sobre sí mismo, se va liberando de esta ley repetitiva.

—Entiendo.— dijo Penélope, pensativa —Pero Frella, ¿podrías decirme si la recurrencia que tengo con Ulises es de las que acabará mal o bien?

—No. No te lo puedo decir. Simplemente por el hecho de que es algo que tú misma debes descubrir. Ahora tienes la posibilidad de trabajar sobre ti misma, y crear nuevas circunstancias. Además, con el hecho de que yo te diga si te va a ir bien o mal, no se va a cambiar la recurrencia. Es sólo con tu trabajo interior.

—¡Oh! ¡Vaya!— exclamó la joven, algo frustrada —Pero en fin, si hubiera algún peligro... tal vez podrías prevenirme.

Frella sonrió.

—Debes aprender a seguir tu corazón.— dijo.

—Está bien.— respondió Penélope —Pero, ¿hago bien hablándole a Ulises sobre estos temas?

—Sigue tu corazón.— repitió Frella.

La joven suspiró, sintiéndose vencida.

—Mira,— dijo la profesora — yo te estoy dando ciertas enseñanzas que conducen al despertar de la conciencia, para que tú puedas aplicarlas, si quieres. Pero no puedo decirte qué debes hacer en tu vida, ni cómo actuar. Se trata de que despiertes y seas libre, no de que dependas de lo que te digan otros, ¿comprendes?—

—Sí. Lo comprendo. Perdona por mi insistencia.

—No tengo nada que perdonar.

Penélope sonrió agradecida. Y la profesora se marchó.

La joven se quedó pensando: "Al final no le he preguntado si le podía presentar a Ulises. No me he atrevido, por no insistir más. Pero me ha dejado igual que antes con respecto a él. O peor. Porque si es cierto lo que dice de que ya nos conocemos... pero no sé cuál es la recurrencia que tengo con él. Si es buena, o todo lo contrario... ¡Uf! ¡Qué lío!".

La joven se sacudió la cabeza ligeramente y se dijo: "¡Bueno, ya está bien de comerme el coco! Seguiré lo que me diga el corazón y ya está. Y estaré atenta a lo que vaya surgiendo en mi interior, para empezar a cambiar la recurrencia."

CAPÍTULO 13

SE HA DESPERTADO EN MÍ OTRO TIPO DE INTERÉS EN LA VIDA

Aquella noche, a las nueve en punto, cuando Penélope bajó al portal de su casa, ya se encontraba allí Ulises.

—¡Hola!— saludó él, muy entusiasmado.

—¡Hola! ¡Qué puntual!

—¡Claro!

Penélope se rio.

—Bueno, ¿y dónde está esa pizzería? ¡Espero que hagan buenas pizzas!

—Está muy cerca de aquí. Y sí. Creo que te gustarán.

—Bueno, yo me conformo con una.

El joven se rio.

—¡Bien! ¡Vamos bien!— exclamó — ¡Me alegro que estés de tan buen humor, como para gastar una broma!

—No, pero si lo digo en serio.— dijo ella, riéndose.

Él la miraba contento, mientras caminaban.

Entonces la joven se acordó de las palabras de Frella: *"Ulises y tú os conocéis de vidas anteriores... está claro que hay una relación muy antigua. Vosotros no os habéis encontrado porque sí, por casualidad."*

—¿En qué piensas, que te has puesto tan seria?— le preguntó el joven.

Penélope le miró a los ojos y le sonrió.

—Algún día te lo diré.

—¿Algún día?— repitió él, intrigado — Pues ya que piensas contármelo, ¿por qué no ahora?

—Porque ahora no veo que sea el momento apropiado.

—¡Ah! ¡Caramba!— exclamó Ulises, más intrigado aún.

Pero luego sonrió y dijo:

—¡Así que también eres misteriosa! No importa. Ya te dije alguna vez que tengo mucha paciencia.

—Bueno. Eso es una buena cualidad. — respondió la joven.

Por fin llegaron a la pizzería. Escogieron la mesa que más les gustó y después de mirar la carta, pidieron lo que les apeteció.

—Como te decía esta mañana,— comenzó a decir Ulises — he intentado hacer el desdoblamiento astral que me enseñaste, pero sólo logré lo siguiente: abrí los ojos, y vi mi habitación, entonces pensé que estaba despierto y volví a cerrar los ojos. Y de repente me desperté. Fue entonces cuando me di cuenta de que cuando había abierto los ojos, estaba en realidad dormido. Quiero decir, que mi cuerpo ya estaba dormido, y yo debía de estar a punto de desdoblarme. ¿No crees?

—Pues... sí. Creo que llevas razón.

—Luego volví a intentarlo otra vez, pero ya me desvelé, y al cabo del rato me dormí sin darme cuenta.

—Sí. Es fácil dormirse así, cuando uno no se concentra. Por eso, hay que practicar la concentración.

—¡Lástima que no lo conseguí! ¡Pero algo es algo!

Penélope le sonrió.

El camarero les trajo sus pizzas y ellos empezaron a comer.

—¡Umm! — exclamó la joven — ¡Tenías razón! ¡Esta pizza está muy buena!

—Me alegro que te guste.— respondió Ulises — ¿Quieres probar ésta?

—Bueno, está bien. Toma tú un trozo de la mía.

—Vale.

Los dos se intercambiaron un trozo de pizza del otro.

—Y ahora, — dijo el joven — háblame más cosas de las que te ha enseñado tu profesora.

—Pues hoy hemos estado hablando de leyes de la naturaleza.

—¡Ah! ¿Te refieres a la evolución de las especies o algo así?

—No, de eso no hemos hablado. Pero ya que lo mencionas, le preguntaré sobre eso.

—Entonces, ¿a qué leyes te refieres?

—A la ley del retorno y a la reencarnación. Y a otra ley que se llama ley de recurrencia. Y un poco sobre el karma.

—A ver, explícame cómo va eso.— dijo el joven, muy interesado.

Y mientras comían, ella le fue explicando todo lo que había comprendido de las enseñanzas que le estuvo dando Frella aquella mañana.

—¿Sabes una cosa?— dijo el joven — Yo siempre he estado seguro de que ésta no era la única vida que había tenido. A veces, me vienen como ráfagas de recuerdos de vivencias que no se corresponden a esta vida. Lo que pasa es que son tan rápidas y fugaces, que no logro concretar nada sobre esos recuerdos.

—¡Qué curioso!— exclamó Penélope, pensativa — En fin, no sé si...

Ulises la miró expectante.

—¿Si qué?— inquirió.

—Está bien. Te diré qué era lo que estaba pensando antes, cuando veníamos hacia aquí y que te dije que algún día te lo diría.

—¡Ah! ¡Estupendo!— exclamó el joven, entusiasmado.

—Es que mi profesora me ha dicho esta mañana que tú y yo ya nos conocíamos de vidas anteriores.

Ulises asintió sonriendo.

—¡Lo sabía! ¡Yo sabía que te conocía de antes! Cuando te vi en aquella reunión de la plataforma ciudadana sabía que te conocía, pero no lograba recordar de qué.

Ella se quedó pensativa recordando aquel momento y exclamó:

—¡Ah, ya me acuerdo! Pero cuando me dijiste eso, creí que era porque me habías visto en la facultad, cuando llevabas a tu hermana.

—¡No! ¡No, no!— contestó él — En la facultad, no. En la facultad, ni me había dado cuenta, porque siempre la dejaba y me marchaba en seguida al conservatorio. ¡Era de antes! ¡De una vida anterior!

Penélope se rio.

—Bueno, tal vez fuimos amigos en aquella vida. O incluso parientes, como por ejemplo hermanos.

El joven negó con la cabeza sonriente.

—No lo creo.— dijo.

—¿Y por qué no? ¿Es que recuerdas ya algo más?

—No. Pero presiento que fue algo más que eso.

La joven sonrió, pero no dijo nada. Sólo pensó: "¿Quién sabe?".

—Oye, — dijo Ulises —háblame un poco de ti.

—¿De mí?— repitió ella, riéndose.— ¿Y qué quieres que te cuente?

—Pues por ejemplo de tus orígenes... ¿De dónde eres? Porque tú no eres de aquí, ¿verdad?

Penélope sonrió.

—¡Bueno, está bien! — dijo— No. No soy de aquí. Nací en un pequeño y bonito pueblo llamado Villalta de Pinares que está situado en medio de las montañas. Allí hay bosques preciosos con montones de árboles de alta montaña y el río tiene el agua transparente y muy fría. En los bosques y en la montaña puedes encontrar ciervos, corzos, cabras alpinas, ardillas, jabalíes, y muchos más animales salvajes. También águilas, y otras aves rapaces y muchos buitres.

—¡Vaya!— exclamó él — ¡Algún día me gustaría conocer tu pueblo!

La joven se rio.

—¿Y qué me dices de tu familia?— inquirió el joven.

— Mis padres son los panaderos del pueblo, y tengo cuatro hermanos. Yo soy la mayor de ellos, y la que prácticamente los ha criado, porque mi madre tenía que ayudar a mi padre con la panadería. Bueno, y luego tengo algunos tíos y primos allí. Aunque tengo más parientes, pero se han ido yendo a vivir a otras ciudades.

—¿Y tú? ¿Te gusta más vivir allí o en la ciudad?

—Bueno... a mí me gusta mucho mi pueblo, pero... tengo que reconocer que en la ciudad hay otras posibilidades. Aunque la paz, la tranquilidad, y la belleza de la Naturaleza superan con creces los méritos de vivir en un pueblecito como el mío.

El joven asintió sonriendo.

—Bueno, ahora te toca a ti.— dijo Penélope —Ya sé que eres director de orquesta y profesor de música, y que tienes una hermana que se llama Adela. Cuéntame algo más.

—Pues... yo sí soy de aquí. Tengo otro hermano, que es mayor que yo. Él lleva el negocio familiar desde que mi padre murió. Y los tres hermanos vivimos con mi madre. Aunque yo estoy a punto de emanciparme.

—Ya veo. Y todas las mañanas llevas a Adela a la facultad.

—Sí. Es que vivimos... a las afueras y la moto es lo más rápido. Y a mí me pilla de paso.

—Pero... yo veo a Adela muy diferente a ti. No sé cómo explicarte...

—Sí, bueno. Es que yo soy la oveja negra de la familia.

Penélope se rio.

—¿De verdad?

—Sí, bueno, más o menos. Pero ahora sigue hablándome de ti.— insistió él — ¿Cuáles son tus aspiraciones?

—Pues... hasta hace poco quería sacarme la carrera, y dar clases o algo así. Pero desde que mi profesora empezó a hablarme del trabajo interno, se ha despertado en mí otro tipo de interés en la vida. No sólo a nivel de la vida normal y corriente, sino... a nivel de la conciencia y de mí misma. ¿Entiendes?

—Sí, por supuesto que te entiendo.

—¿Y tú? Porque tú sí estás interesado en la política, ¿no?

—Bueno, en estos tiempos que corren, no puede uno mantenerse indiferente ante las injusticias que se están cometiendo por todas partes.

—La verdad es que yo no estoy muy al tanto de esas cosas. Apenas veo la tele, y los telediarios no los soporto. Y la política me parece un rollo.

El joven sonrió.

—Pero es que la política interviene en casi todas las cosas de la vida.—dijo — Los derechos y libertades del individuo. Derechos a tener una educación, sanidad, una casa, un trabajo, libertad de expresión, protección y seguridad, etcétera.

—Sí, eso decía un día Casandra. Justo el martes pasado, cuando me convenció para que me acercara a la reunión de esa plataforma ciudadana.

—¡Ah! ¡Por eso estuviste allí!— exclamó el joven — ¡Pues me alegro de que te dejaras convencer! ¡Así pudimos reencontrarnos otra vez!

Penélope se rio y luego dijo:

—¿Pero realmente creéis que podéis hacer algo contra esas injusticias del gobierno, reuniéndoos en la calle?

—Bueno, esta plataforma sirve para compartir ideas, que pueden servir a todos. ¡Y desde luego, algo hay que hacer!

—No sé. Sigo pensando que eso no va a servir para mucho. Además, yo tampoco veo las cosas tan mal.

—¿Que no las ves tan mal?— repitió el joven, pensativo —Vale, de acuerdo que no veas los telediarios y no leas los periódicos, pero me parece extraño que no haya gente a tu alrededor que lo esté pasando mal a causa de la crisis. ¿Es que no tienes familiares o amigos que estén en el paro desde hace tiempo? ¿O que hayan tenido que irse al extranjero para trabajar, porque no encuentran un trabajo digno aquí?

—Pues... ahora que lo dices... sí. Conozco algunas personas. Dos primas mías se han ido a trabajar al extranjero.

—¿Lo ves? Pero eso no es nada. Al menos tienen un trabajo. Pero hay familias enteras en las que nadie trabaja porque no encuentran trabajo. Muchas veces tienen que recurrir a sus padres ancianos. Y vivir todos con la pensión de ellos.

—¿Pero de eso tiene la culpa el gobierno?

—Bueno, es que se han hecho reformas laborales que perjudican a los trabajadores y benefician a los empresarios.

—¡Oh, vaya!— exclamó la joven asombrada.

Entonces Ulises continuó hablándole de los otros problemas que se habían generado desde que empezó la crisis económica en el país. Le habló de que el gobierno había pedido un préstamo al banco central de la unión de países para los bancos nacionales. Pero ese préstamo y los intereses eran pagados en última instancia por los ciudadanos. Para ello, se habían hecho muchos recortes en actividades que le eran claramente beneficiosas al ciudadano, como por ejemplo en sanidad, cerrando

hospitales enteros o en parte, así como centros de salud en pueblos pequeños; también en educación, cerrando colegios en pequeños pueblos, o recortando plantillas de profesores, u otorgando menos becas, y con menos dinero; también se habían recortado en las pensiones, y en las ayudas para familiares dependientes. Por otro lado existía un gran problema de corrupción masiva a nivel de políticos y banqueros. En algunas ciudades, algunos ayuntamientos habían vendido por un dinero simbólico viviendas de protección oficial a fondos buitres que luego subían los precios de las viviendas a sus ocupantes de manera escandalosa, de forma que éstos no podían pagar. Y el resultado eran desahucios masivos...

Y así, el joven estuvo largo tiempo explicándole a Penélope, muy por encima, muchos de los problemas sociales y económicos que estaban sufriendo las gentes del país.

La muchacha le escuchó muy atenta y al final le dijo:

—Bueno, y según tú, ¿qué se puede hacer?

—Pues justamente en las asambleas ciudadanas se ponen en común ideas. Allí acuden personas de todo tipo. Se dan ideas, se tratan, se comparten, se ven los pros y los contras, y se decide.

—Pero al final, digo yo, que dará igual lo que decidáis. El partido que esté en el gobierno será quien decida, ¿no?

—Pero es que se trata de que el pueblo se haga consciente de los problemas, y cuando vaya a votar, lo haga sabiendo lo que hace, sabiendo a quién vota. Y ver que hay otros partidos, aparte de los de siempre, que quizás tengan buenas ideas o puedan ayudar de verdad al pueblo. Tú eres muy joven y supongo que no has votado nunca. Pero hasta hace poco el gobierno se estaba balanceando entre dos partidos. Supongo que eso sí lo sabrás, ¿no? —

—Sí, claro. Sé que el "Partido Público" o "PP" es el de derechas, y el "Partido Sindical Operario Equitativo" o "PSOE" es el de izquierdas.

—Eso es. Bueno siempre ha habido otros pero que en las elecciones obtenían muchos menos votos. Aparte de que el sistema electoral que tenemos hace que siempre tengan ventajas añadidas los partidos que más votos tengan. Pero cada año electoral surgen nuevos partidos que buscan otras alternativas. Y por ejemplo últimamente ha salido uno que tal vez tenga posibilidades porque parece que se ha formado por gente del pueblo y para el pueblo, con otras visiones de la política.

—Sí, creo que sé a cuál te refieres. He oído hablar de ese partido nuevo. Se trata de "Pongámonos", ¿no?

—Sí, ése. También hay otro que ya existía en una provincia del norte, y que ahora sus militantes se han extendido a nivel nacional. ¿Te suena?

—Sí, te refieres a "Compatriotas".

—Exacto. Y también hay algunos partidos minoritarios y candidaturas ciudadanas con ideas de izquierda que se han unido para formar una unión popular.

—Sí. También lo sé.

—Bueno, veo que no estás tan desinformada.

Penélope se rio.

—Lo que pasa es que le he oído algo a Casandra. Pero también a mis padres y en el pueblo.

Ulises sonrió.

—Pero... — empezó a decir Penélope — me pregunto si verdaderamente esos partidos nuevos pueden hacer algo real por todos esos problemas que me dices. Me surge la duda de por qué esas cosas les pasan a unos y a otros sin embargo no. Tiene que haber algo más. Mi profesora me dijo que cuando las personas dormidas vuelven a nacer, lo hacen de acuerdo a su karma. Y ahora me pregunto si los errores de existencias anteriores intervienen en la vida actual. Porque si no, ¿cuál es el sentido de que unos sufran y otros no? ¿Caprichos del destino? No lo creo. Yo creo que tiene que haber algo más que se nos escapa y que por tener la conciencia dormida no alcanzamos a comprender... Mañana le voy a preguntar a Frella sobre esto.

—Lo que dices me parece interesante. — dijo Ulises — Oye, ¿Frella es tu profesora?

—¡Oh!— exclamó Penélope, dándose cuenta de que se le había escapado el nombre —Sí. Bueno, ése es su verdadero nombre, aunque en la facultad es conocida como la profesora Angelina.

—¡Vaya! ¡Qué curioso! ¿No podrías presentarme a Frella? Me gustaría conocerla y preguntarle también sobre muchas cosas.

—Pues... mira, vamos a hacer una cosa, si mañana surge la ocasión, te la presentaré. ¿Vale?

—¡Vale!— asintió el joven, entusiasmado.

Como los jóvenes habían terminado de cenar un rato antes, ella dijo:

—Creo que es mejor que nos vayamos ya. Es tarde y mañana tengo que levantarme temprano para estudiar antes de ir a la facultad.

—Está bien.—

Ulises la acompañó hasta su casa, y luego se marchó.

CAPÍTULO 14

¿ES POR ESO POR LO QUE HAY TANTO SUFRIMIENTO EN EL MUNDO?

Pero al día siguiente, Penélope no vio a Ulises. Pensó que tal vez había llegado antes y ya se había marchado, aunque le extrañó.

A media mañana pudo por fin hablar con Frella.

La joven le comentó sus inquietudes acerca de la conversación que había tenido con su amigo el día anterior, sobre los problemas políticos y económicos del país. Y la profesora le respondió:

—La ley del Karma no es una ley mecánica como por ejemplo la ley del Retorno o la de la Recurrencia. Es una ley dirigida por seres conscientes, por Maestros de la Justicia divina. Existe una justicia humana, pero también existe la Justicia cósmica que es totalmente objetiva. La justicia humana puede equivocarse, pero la justicia divina, no. Todos tenemos un registro a modo de libro en el que están anotados todos nuestros actos. Y este registro se encuentra en el tribunal de la Ley Divina, en dimensiones superiores. Puede ser que alguien cometa fechorías, y aquí, en el mundo tridimensional, pueda salir impunemente por falta de pruebas. Pero en las dimensiones superiores todo eso se ve reflejado en el registro de cada uno. En el libro se apunta todo. Lo bueno y lo malo, lo correcto y lo incorrecto, las buenas obras y el daño que hayamos hecho. Y la ley del Karma, que no es otra cosa que una ley de acción y consecuencia, basada siempre en el equilibrio entre la justicia y la misericordia, dará como resultado un debe y un haber. Las malas obras tendrán una consecuencia negativa y las buenas obras serán recompensadas. En una misma existencia o en otra posterior. La ley del Karma también es conocida por la ley de la balanza cósmica. En un platillo son pesadas las malas acciones, y en el otro las buenas. Si el platillo de las malas obras pesa más, vendrán dolor y sufrimientos, que servirán de aprendizaje a la conciencia. Pero si pesa más el de las acciones correctas, entonces vendrán alegría y bienestar.

—Ya comprendo.— dijo la joven —Pero ¿y qué me dices del arrepentimiento? ¿Sirve para algo?

—Bueno, depende de si es un arrepentimiento profundo que provoque un cambio real en la persona. No vale sólo con decir: "estoy arrepentido". Lo que vale son los hechos. Me explico. Las malas acciones no se borran automáticamente con un arrepentimiento. Esas acciones ya están apuntadas en el libro cósmico y las consecuencias serán de dolor. Pero analicemos quién es el que hace esas malas acciones.

—El ego.— respondió Penélope.

—Exactamente. Entonces cuando alguien comienza a trabajar sobre sí mismo y a eliminar el ego, puede empezar a negociar su karma.

—¿Negociar el karma?— repitió Penélope —¿Y cómo?

—Se puede negociar de varias formas. Una es haciendo buenas obras para hacer que la balanza se equilibre, de manera que el platillo de las malas obras no pese más que el de las buenas. Pero a veces las malas obras han sido tan fuertes que el karma ya

está en acción y no se pueden evitar las consecuencias. En ese caso, siempre es mejor hacer lo posible por hacer buenas obras para aligerarlo un poco, y esperar que pase, con paciencia. También se puede cancelar karma eliminando el yo o los yoes que lo han provocado. Y por otro lado, cuando uno es capaz de desdoblarse conscientemente en el mundo astral, puede acudir al templo del karma, al templo de la justicia cósmica y pedir que le enseñen su libro, ver cómo lleva sus cuentas del debe y el haber, y si tiene karma doloroso por venir, puede negociarlo si tiene con qué pagar. Y cuando digo con qué pagar, me refiero a capital cósmico, que es el que se obtiene mediante las buenas obras.

—¿Con las buenas obras te refieres a dar dinero a los pobres o apuntarte a organizaciones de ayuda a los más desfavorecidos?

—Lo ideal es obrar de forma consciente, porque a veces creemos que estamos haciendo un bien, y en realidad, es todo lo contrario. Por ejemplo, si tú le das una limosna a alguien que pide dinero para bebérselo en alcohol o para tomar drogas, no es un bien. Y por dormidos de conciencia, se actúa inconscientemente y se cometen errores. Por eso, lo más directo es trabajar sobre sí mismo y despertar. Pero indudablemente, la caridad, la compasión, la solidaridad, el ponerse en el punto de vista ajeno, el comportarse con los demás como nos gustaría que se comportaran con nosotros, y en general todas aquellas acciones que se basen en el amor, todo eso es una forma de acumular capital cósmico, que nos sirve para contrarrestar todo el mal que hayamos hecho.

Penélope asintió, en señal de comprensión.

—Entonces, —dijo— ¿es por eso por lo que hay tanto sufrimiento en el mundo?

—Mucho sufrimiento es debido al karma que cada uno tiene. Pero también, hay mucho sufrimiento que se produce por el mismo ego. Por ejemplo, la envidia, el odio, la codicia, el deseo, los miedos, los apegos, los celos, etcétera... todo eso provoca sufrimiento en aquél que se deja llevar por esos defectos. Y muchas enfermedades también son provocadas por esos mismos defectos. Hay quien lleva una vida sencilla y sin grandes comodidades y es dichoso, y otros con grandes fortunas, se sienten desgraciados. Hay quien con una enfermedad o una incapacidad, se conforma y sabe apreciar las cosas buenas que se le presentan. Y otros con una salud de hierro, todo lo ven mal y están amargados. Es decir, que en última instancia, el origen del dolor y del sufrimiento es el ego. Por eso, cuando se trabaja sobre sí mismo y se elimina el ego, la conciencia se libera y se conquista la verdadera felicidad. Felicidad que no tiene nada que ver con placeres y alegrías pasajeras. Sino una felicidad auténtica.

La joven volvió a asentir.

—Pero ¿y qué me dices de la política? ¿Sirve entonces para algo, o no?— preguntó.

—Al igual que existe una ley subjetiva en el mundo tridimensional, y una ley objetiva en los mundos superiores, también existe una política subjetiva en este mundo físico, y otra política objetiva, dirigida por Maestros conscientes especializados en esta rama. Los políticos de este mundo, en su inmensa mayoría, son seres dormidos de conciencia. Unos actúan por propia conveniencia, y otros con buenas intenciones, pero también cometen errores por tener la conciencia dormida. La ley divina también actúa en este caso utilizando fichas para hacer pagar karma. Verás, existe el karma

individual, es decir de cada persona. Pero también existe el karma colectivo, en el que se pesan las acciones de un colectivo de personas, como puede ser una familia, una ciudad, un país, o incluso un planeta. Porque se cometen errores también a nivel colectivo. Entonces las fichas del karma son personajes públicos que actúan dormidos pero sirven para que un colectivo pague sus errores del pasado. Puede ser por ejemplo un jefe de una empresa, o un padre de familia o un dictador o un jefe de gobierno, etc... Por supuesto, los resultados de ese karma colectivo afectará a quienes hayan incurrido en esos errores, y los que no, no sufrirán los efectos negativos de ese karma, ¿comprendes?

—Sí. Creo que sí. ¿Pero las fichas son siempre para pagar karma, o hay también fichas buenas?

—Sí, claro. También hay seres que hacen el bien y benefician o salvan a un pueblo, incluso dando su vida.

—Pero entonces, si en estos momentos el país está sufriendo tanto con problemas de paro, recortes, abusos de poder, corrupción, etcétera..., ¿podemos hacer nosotros algo por los demás?

—La sociedad cambia cuando el individuo cambia. Porque la sociedad es la extensión del individuo. Y lo que hay fuera de uno está también dentro. Por eso, si uno trabaja sobre sí mismo, ya está mejorando la sociedad. Si todo el mundo eliminara de su interior los yoes de codicia, de envidia, de la mentira, del deseo, del egoísmo, del odio, de los celos, del miedo, etcétera..., la sociedad sería muy distinta. No habría ni guerras, ni fronteras, ni lo tuyo, ni lo mío. Pero para eso, sería necesario un cambio radical. Un cambio verdaderamente revolucionario. Un cambio interior profundo y real. Sería necesario trabajar sobre sí mismo. Por tanto, mientras el ego continúe existiendo en el interior del ser humano, seguirá habiendo dolor y más dolor. Porque el ego, cuando no es eliminado, va a más, va aumentando, hasta atrapar toda la conciencia. Por eso, la solución real para cambiar el mundo es empezar por cambiar uno mismo.

—Lo comprendo. Pero por otro lado, ¿sirve de algo votar un partido u otro? ¿Hay algún partido que realmente pueda ayudar al país? ¿Cómo debemos actuar? ¿Es mejor votar o es mejor pasar?

—En otra ocasión te dije que debías aprender a seguir los dictados de tu corazón para saber qué hacer en todo momento. No sirve de nada que hagas lo que otros te dicen. Eres tú quien debe hacer el esfuerzo de despertar y actuar de la manera más consciente posible. Y si te equivocas, aprende de ello, para que te sirva de trampolín para futuras experiencias.

—Sí, tienes razón. Definitivamente lo mejor es trabajar sobre sí mismo, para no cometer más errores. Pero, Frella, encuentro que no es fácil este trabajo, porque mantenerse alerta en todo momento...

—Bueno, nadie ha dicho que sea fácil. Pero conforme se va trabajando, se van consiguiendo avances que van reforzando el poder de la conciencia y de mantenerse más consciente.

—Sí, eso es verdad.

Frella le sonrió.

—Ulises quería conocerte,— dijo la joven — porque también está muy interesado en el trabajo interior. Pero se ve que no ha podido ser. Tal vez otro día.

—Pero tú le estás instruyendo bien.— contestó la profesora.

Penélope se rio.

—Bueno, hago lo que puedo.

—Y de esa forma estás acumulando capital cósmico.— dijo Frella.

La joven se quedó sorprendida y luego respondió:

—¡No se me había ocurrido!

La profesora volvió a sonreír.

—En realidad, — dijo Penélope — Ulises es la única persona con la que hablo de estos temas, porque ha surgido así, de una forma muy natural. Pero me temo que las demás personas que conozco no parecen estar interesadas, porque alguna vez que he dicho alguna cosa sobre el tema, parece que no les ha llamado la atención.

—Sin embargo, hay personas cercanas a vosotros, que conocen este trabajo interior.

—¿Personas cercanas a nosotros? ¿Quiénes?

—Lo sabrás pronto.

—¡Oh!— exclamó la joven, muy intrigada —Pero, ¿y por qué no me he dado cuenta antes?

—Porque aún no era tu hora.

—¡Oh!— volvió a exclamar Penélope.

La profesora sonrió y le dijo:

—Por hoy, creo que es suficiente. Nos vemos en clase.

—Está bien, Frella. Muchas gracias.

Y Frella se marchó, dejando a la joven maravillada.

CAPÍTULO 15

"¡QUÉ TONTA HE SIDO!"

Algunas horas después, al salir de la última clase, Penélope se sorprendió cuando Adela se acercó a ella y le dijo:

—Eres Penélope, ¿verdad?

—Sí.

—Tengo algo para ti.

—¿Para mí? ¿Qué es?

Adela llevaba un sobre en su mano derecha, y le dijo, muy seria y mirándola muy fijamente:

—Esto me lo ha dado mi hermano para ti. Se me había olvidado dártelo. Tómallo.

Y se lo entregó a Penélope.

Ésta, al cogerlo, vio que el sobre había sido abierto, por lo que comprendió que Adela lo había leído. Iba a decírselo, pero algo en su interior le hizo callar, y simplemente le miró y le contestó:

—Gracias.

Entonces Adela le preguntó, en un tono que denotaba un cierto matiz áspero:

—¿Estás saliendo con mi hermano?

Penélope se quedó un poco parada por la pregunta de la otra joven y tras unos segundos contestó:

—Hemos quedado un par de veces, sí, pero como amigos.

Adela siguió mirándola fijamente y luego repitió, con un tono exigente:

—¿Como amigos?

Penélope empezó a ponerse nerviosa ante la insistencia de la otra muchacha, y empezó a reaccionar:

—Eso he dicho, sí.

Adela la miró de abajo a arriba.

—¿Y tú también estás con las mismas tonterías que él?— preguntó.

Penélope sintió que poco a poco se encendía por dentro.

—No sé de qué me estás hablando.— contestó.

—¿No lo sabes?— dijo Adela, con una mirada despectiva.

—No.

—Pues yo creo que sí. Por eso Ulises te envía este mensaje.

Penélope no sabía qué responder porque aún no había leído el contenido del sobre y sólo acertó a responder:

—Sigo sin saber de qué me hablas.

—¿No? ¿Tú no estás también con esas ideas del cambio revolucionario?

Penélope se sorprendió de las palabras de la otra joven y pensó: "Es posible que Ulises haya querido compartir con ella las enseñanzas sobre el trabajo interior y no le han gustado. Como a la mayoría de la gente."

—¿Qué dices, eh?— dijo Adela —¿Te has quedado muda, o qué?

Pero Penélope se encendió más aún y le contestó:

—Para empezar, tienes muy mala educación abriendo la correspondencia de otras personas. Y además, tú no me conoces a mí y no tienes derecho a hablarme en ese tono. Y por otro lado, no tengo por qué contestar a tus preguntas si no quiero. ¿Has comprendido?

—¡Claro que he comprendido! ¡Lo he comprendido perfectamente! ¡Encima que te hago un favor entregándote el sobre que te envía mi hermano, tú me sales con esas! ¡Pues si te crees que le voy a llevar tu respuesta o que te voy a servir de mensajera, estás apañada!

—Pero es que yo no necesito ninguna mensajera.

—¿Ah, no?

—¡No!

—Entonces, en ese caso...

Y sin que Penélope tuviese tiempo para reaccionar, la otra joven le arrancó el sobre de las manos y se lo metió rápidamente en el bolso.

—¡Y ahora, te buscas la vida para hablar con Ulises!— dijo Adela.

Penélope se quedó parada, sintiendo una gran rabia contra aquella joven, pero no podía hacer nada. Su orgullo no le permitía disculparse y pedirle de nuevo el sobre.

—Haz lo que quieras. ¡En realidad me da igual!— contestó, mintiendo.

—¡Vale! ¡Le diré a mi hermano que no has querido leer su mensaje!— contestó Adela, con una sonrisa irónica.

Y echó a andar para marcharse.

Pero en cuestión de segundos, Penélope se estuvo debatiendo entre pedirle disculpas y rogarle que le diera el mensaje, o si aguantar estoicamente sin decirle nada.

En realidad, lo que estaba ocurriendo en su interior, era la lucha entre un yo de orgullo, otro de soberbia, otro de amor propio herido, y otro de ira, contra otro de miedo a perder a su amigo.

Y venció el de la soberbia, pero con el del miedo dándole puñaladas cada dos por tres.

Todo eso provocó en el interior de la joven un sufrimiento indecible.

Así, cabizbaja, y muy deprimida, se marchó a su casa.

Pero mientras caminaba, le vino el recuerdo del trabajo interior y se dijo: "¡Qué tonta he sido! ¡Me he identificado con todo lo que ha pasado! ¡Me he olvidado de mí misma! En lugar de haber reaccionado de esa forma, tenía que haberme autoobservado para ver los yoes que estaban reaccionando... Ahora, por culpa de estos yoes de orgullo y de ira, ya no sé qué es lo que me quería decir Ulises... Espero que no fuera importante... Y encima, ¡ahora, a saber lo que le va a decir Adela!...".

Y mientras pensaba esto último, empezó a notar que volvía a encenderse por dentro, pero esta vez se dio cuenta y separándose del yo de ira, que era el que le estaba produciendo esa emoción tan fuerte en su plexo solar, le pidió a su Madre Divina que lo apartara de su interior y que lo eliminase.

CAPÍTULO 16

NO SE PUEDE PERMANECER SIEMPRE CON EL MISMO NIVEL

Al día siguiente, mientras iba hacia la facultad, Penélope se dijo: "Tendré que explicarle a Ulises lo que pasó."

Y como al recordar la escena del día anterior, empezó a sentir que algo volvía a revolverse en su interior, aplicó el trabajo psicológico de eliminación del yo con su Madre Divina, y se tranquilizó.

Mas al llegar a la universidad, a pesar de que era temprano, vio a Adela llegar con una de sus amigas, a pie.

Y Adela también le vio a ella. Entonces se sonrió, y le dijo algo al oído a su amiga. Luego, ésta miró a Penélope y las dos amigas se rieron.

Penélope notó que de nuevo se movía algo en su interior, y al principio se dejó llevar por un remolino de pensamientos y emociones, pero como se había propuesto trabajar de verdad sobre sí misma, hizo un súper—esfuerzo para separarse de aquel torbellino interno y volvió a aplicar la técnica de disolución del yo, con la Madre Divina.

La mañana se pasó como una de tantas. Hasta que pudo volver a ver a la profesora fuera de clase.

—Frella, ayer hablábamos de lo difícil que es el trabajo sobre sí mismos. Y hoy me ratifico.

La profesora sonrió.

—Pero lo importante es no desfallecer y siempre que se fracasa, volver a empezar. Como decía un Maestro: "No son las pérdidas ni las caídas lo que pueden hacer fracasar nuestra vida, sino la falta de coraje para levantarnos y seguir adelante".

Penélope asintió:

—¡Es cierto!

—Hablemos hoy de otra ley, ¿quieres?

—¡Claro! —asintió la joven, entusiasmada.

—Vamos a ver la ley de las octavas. Conoces las notas musicales, ¿verdad?

—Sí, claro. Do, Re, Mi, Fa, Sol, La, Si.

—Eso es. Pues bien, imagina las notas como en una escalera. En el primer peldaño estaría el Do, en el segundo el Re, en el tercero, el Mi, y así, sucesivamente.

—De acuerdo.— dijo la joven.

—Pues bien, cualquier entendido en música, sabe que existe un intervalo entre el Do y el Re, luego entre el Re y el Mi. Pero cuando llegamos a esta nota, la nota Mi, existe un intervalo diferente hasta la nota siguiente, hasta la nota Fa. Eso lo ves muy claro en un piano.

—Sí, ya sé a qué te refieres.

—Todos los proyectos en la vida se basan en esa ley de octavas. Uno comienza un proyecto, por ejemplo de trabajo, un negocio, etcétera, y entonces la ley de octavas digamos que ya se pone en marcha. De forma que cuando se empieza ese proyecto, se comienza con la nota Do. Luego hay que hacer un pequeño esfuerzo, para seguir

adelante con el proyecto y ese esfuerzo nos sube a la nota Re. Luego otro esfuerzo y resuena en la nota Mi. Pero aquí nos encontramos con que entre la nota Mi y la nota Fa hay un escalón diferente, lo cual supone que hay que hacer un esfuerzo mayor para seguir adelante con el proyecto. Entonces empiezan a venir pequeñas dificultades que tendremos que salvar para poder seguir con nuestro negocio o con el proyecto que sea. Una vez superado ese escalón entre Mi y Fa, volvemos a seguir con otros escalones, algo más ligeros, de manera que con continuidad, con perseverancia, y con esfuerzos vamos subiendo los escalones. Vamos subiendo las notas: de Fa a Sol, y de Sol a La y luego a Si. Pero también vendrán nuevas dificultades y habrá que hacer un súper—esfuerzo para pasar a la siguiente octava superior para pasar al Do de la siguiente octava. ¿Comprendes lo que te digo?

—Sí, creo que sí.

—Bien, pues el trabajo interior se basa también en la ley de las octavas musicales. Es lo que se llama "la Corriente del Sonido". Se basa en esta ley, porque cuando se empieza a trabajar sobre sí mismo, se comienza, digamos, por la nota Do. A medida que uno va avanzando, tiene la necesidad de hacer súper—esfuerzos para superar las dificultades que se le ponen a nivel interno. Y de esa manera, ir escalando la escalera de las notas musicales. Por ejemplo, uno aprende las primeras nociones del Trabajo interno: empieza la nota Do. Luego, se le presentan situaciones espléndidas que le sirven para auto—descubrirse y es capaz de no identificarse con ellas: sube a la nota Re. Después empieza a aplicar la técnica de autoobservación que ha aprendido: llega a la nota Mi. Todo eso son superaciones que van elevando interiormente al discípulo. Pero entonces se encuentra con que para pasar a un nivel superior, o sea la nota Fa, no basta con lo que ya ha conseguido. Tiene que hacer un esfuerzo aún mayor. Y se le va a presentar la ocasión, porque le surgirá tal vez un gimnasio psicológico, es decir una situación que lo pone a prueba para poder conocerse a sí mismo y despertar conciencia. Entonces ya no basta con no identificarse y autoobservarse. Ya es necesario trabajar con la eliminación de los defectos. Y ese súper—esfuerzo para no dejarse llevar por la vida tal cual, es lo que le va a hacer subir al siguiente escalón y subir la nota en su interior. Y así sucesivamente, seguirá subiendo escalones, subiendo notas, en las que siempre hace falta un esfuerzo, pero en las que también hay notas que exigen un súper—esfuerzo mayor.

—Entiendo. Sí. Lo veo lógico. No se puede permanecer siempre con el mismo nivel, sino... ¿de qué sirve mejorar un poco? Se trata de despertar toda la conciencia. ¿No?

—Sí. Pero es que además el problema es que cuando uno no hace esos súper—esfuerzos para subir las notas musicales, uno no se queda en el mismo nivel siempre. Cuando uno no supera esos momentos en los que tiene que subir la nota, bien sea a nivel del trabajo interno, bien sea en las cuestiones de la vida común, uno no se mantiene, porque lo agarra otra ley, que es la ley de Entropía, la cual iguala todo pero en los niveles inferiores. Es decir, por ejemplo, si un negocio comienza, y cuando llegan las dificultades en las que se tiene que hacer el esfuerzo para subir la nota o la octava, si no se hace ese esfuerzo, el negocio no se mantiene, porque lo coge la ley de Entropía y poco a poco se va viniendo abajo hasta el fracaso. Lo mismo ocurre con el trabajo interno. Cuando el discípulo no va dando choques conscientes a su trabajo interno,

haciendo esfuerzos para ir avanzando y subiendo las notas musicales, o las octavas, la entropía lo agarra y poco a poco irá bajando el nivel y olvidándose de sí mismo y del trabajo interno.

—¡Pero eso es horrible!— exclamó la joven —¿Y esa ley de entropía no tiene vuelta a atrás? ¿No se puede superar?

—¡Claro que sí, mientras se tenga algo de conciencia y ganas de trabajar internamente! Quiero decir que a un estudiante de sí mismo le puede coger la ley de entropía, pero si uno se da cuenta, antes de que sea demasiado tarde y de que esté demasiado dormido, sólo tiene que volver a trabajar sobre sí mismo y a reconducirse de nuevo en la escalera maravillosa de las notas musicales que ascienden hasta la liberación total de la conciencia. La ley de entropía, pues, se vence con el trabajo sobre sí mismo.

—¡Ah!— suspiró Penélope — ¡Claro! ¡Qué tonta soy! Es lo que dice ese Maestro que me has dicho antes, de que no son las pérdidas ni las caídas lo que nos hace fracasar, sino la falta de coraje para levantarnos y seguir adelante.

—Otro día te hablaré de otro aspecto del trabajo que tiene que ver con las energías del ser humano, y que también opera con esta ley de las octavas.

—Vale. En resumen, si no lo he entendido mal, es que el trabajo sobre sí mismos es un trabajo paulatino, que requiere constancia y esfuerzos para ir progresando, avanzando cada vez más, ¿no?

—Esfuerzos conscientes, pero en muchas ocasiones, no bastará con un esfuerzo, se requerirá un súperesfuerzo.

La joven asintió, sonriendo.

—Una vez más, te doy las gracias por todo lo que me estás enseñando.— dijo.

Frella sonrió.

—Bueno, ahora te toca a ti llevarlo a cabo.

—Sí, claro. Pero dime, ¿cuándo voy a saber qué personas cercanas a mí también aceptan este trabajo sobre sí mismo?—

La profesora se rio y contestó:

—Comprendo que tengas ganas de saber quiénes son para compartir con ellas tu inquietud. Pero recuerda siempre que este trabajo es muy individual pues nadie puede hacerlo por ti.

—Sí, eso lo he entendido.— respondió la joven riéndose —Pero por otro lado, me gustaría, como tú dices, conocer a otras personas que también estén motivadas por este trabajo.

—Pronto, muy pronto. Pero debes tener paciencia.

—Está bien.

—Y ahora vamos a dejarlo. En otro momento veremos más aspectos de este trabajo.— dijo Frella.

—Vale.— asintió la joven, contenta.

Y la profesora se marchó.

CAPÍTULO 17

CREO QUE EL OTRO DÍA NO EMPECÉ CON MUY BUEN PIE

Penélope no volvió a ver a Ulises en la facultad ni al día siguiente, ni al siguiente. Y cuando le preguntó a Casandra si él había ido a la reunión ciudadana del martes por la tarde, su compañera le respondió que no.

Era ya viernes, y se presentaba un puente de cuatro días de fiesta. Penélope ya tenía previsto marcharse a su pueblo para pasarlo con su familia, pues no les había visto desde finales de Septiembre.

Sin embargo, no se le iba de la cabeza Ulises. Se preguntaba si estaría bien o habría ocurrido algo.

En vista de lo cual, a la salida de la última clase, Penélope se decidió y se acercó a Adela.

—Adela, ¿tienes un momento?

La otra muchacha se sonrió y respondió:

—¿Qué quieres? ¡No me digas que ya sí necesitas una mensajera!

Penélope ya estaba preparada para una respuesta parecida, pero ya se lo había pensado bien antes de enfrentarse a esa situación.

—Escucha, creo que el otro día no empecé con muy buen pie. ¿Qué te parece si hacemos borrón y cuenta nueva?

—Tendrás que hacer borrón y cuenta nueva tú, porque yo no hice nada malo. ¡Encima de que pretendía ayudar!

—Bueno, sí. Está bien. Fui yo la que empezó mal, no tú. Pero me gustaría que no nos llevásemos mal. Yo estoy dispuesta a ello.

Adela se quedó mirándola pensativa, y tras unos momentos respondió:

—Está bien.

Penélope sonrió.

—Gracias.— dijo.

—¿Qué es lo que quieres saber?— le dijo Adela.

—Pues... supongo que ya no tienes la carta, ¿no?

—No. Se la devolví a mi hermano.

—Ya veo. Pero... en fin, ¿él está bien?

—Está estupendamente.

Penélope se quedó callada, pensando: "Bueno, ya sé que está bien. Pero me parece que me va a costar sacarle más información. No sé, a ver si lo logro."

—¿Y puedo saber qué me quería decir el otro día?— preguntó.

Adela volvió a sonreírse, con cara de victoria.

—Si quieres que te lo diga, antes tienes que contestarme a una pregunta.

"¡Vaya!", pensó Penélope "¡Ya va a empezar otra vez!".

—Está bien. A ver, ¿qué quieres saber?

—¿Estás enamorada de mi hermano?

Penélope se quedó parada unos momentos, pues no esperaba esa pregunta y luego contestó:

—Pero... ¿no te dije que sólo éramos amigos?

—Me dijiste que habíais salido como amigos, pero yo quiero saber si tú estás enamorada de él.

—No sé a cuento de qué me preguntas eso— dijo Penélope, algo nerviosa — Le conocí la semana pasada, y apenas nos hemos visto. No entiendo de dónde sacas esas ideas. Tenemos algunos intereses comunes, lo reconozco, pero nada más. Ya te digo que apenas nos conocemos.

Adela le miró muy seria y luego respondió:

—Bueno, no sé si creerte, pero por si acaso, no te hagas muchas ideas con él. Mi hermano no ha salido nunca con ninguna chica. Y ya que quieres que nos llevemos bien, te voy a prevenir que es mejor que te quites de la cabeza el tener una relación romántica con mi hermano. ¿Entiendes?

Penélope se sorprendió por las palabras de su compañera de clase, pues no sabía cómo interpretarlas, y eso la descolocó tanto, que no acertó a responder nada.

Y parece que Adela se dio cuenta porque su semblante cambió y le sonrió.

—Bueno, ahora te contestaré a lo que querías saber. Lo que mi hermano te quería decir el otro día es que tenía mucho trabajo y que no podía quedar contigo.

Penélope sintió que algo en su interior se rompía, y le inundó una profunda decepción.

Tragó con dificultad, porque se le hizo un nudo en la garganta, y luego respondió, forzando una sonrisa para disimular su tristeza:

—Está bien. Ya veo que no es que está enfermo, ni nada de eso, y me alegro. Claro que entiendo que tendrá mucho trabajo.

—¿Quieres que le diga algo?— le dijo Adela.

—Pues... — la joven se quedó pensando y luego le contestó — bueno, si quieres, le puedes decir que cuando esté menos liado, ya tengo la información de la que hablamos.

Esas palabras parecieron molestar a Adela

—¿Acerca de qué?— inquirió con curiosidad.

—Bueno, eso ya lo sabe él. Y perdona que no me pueda parar más, pero es que tengo un poco de prisa, porque tengo que ir a casa, comer, y luego coger un autocar para irme a mi pueblo. Y no me puedo permitir el lujo de perderlo que ya no sale otro hasta mañana.

Adela hizo un gesto de fastidio.

—Está bien. Intentaré acordarme del mensaje.

—Gracias, Adela. Me tengo que ir. Adiós.

Y Penélope se marchó deprisa para no tener que seguir hablando con la otra joven, y llevar en silencio su desengaño.

CAPÍTULO 18

¡YA ESTOY EN CASA!

Mientras Penélope viajaba en el autobús hacia su pueblo, su cabeza no paraba de dar vueltas a las palabras de Adela, y su corazón también se sentía tocado profundamente.

"¿Qué significaban las palabras de Adela? ¿Y esa frialdad por parte de Ulises para decirle que tenía demasiado trabajo para poder verla?"

La joven por fin se hizo consciente de que Ulises no era un amigo corriente para ella. Y que sus sentimientos por él, eran mucho más fuertes que los de un simple amigo.

"¡Pero esas bromas que me hacía!", se decía la joven "¿acaso eran de verdad sólo bromas? ¡Yo me reía y no le hacía caso, pero en el fondo, creí que él sentía algo por mí!"

Por fin, después de un buen rato identificada con pensamientos y emociones muy alteradas, confusas y negativas, se volvió a acordar del trabajo sobre sí misma, y se puso en alerta interior, y a trabajar con la eliminación de los muchos defectos de miedo, deseo, ira, amor propio herido, y desilusión que le fueron surgiendo.

Al cabo de un par de horas, el autobús llegó a un pueblo llamado Fuerte Real. Allí, la joven descendió, cogió su equipaje del maletero del autocar, y se fue hacia la sala de viajeros de la estación.

Unos cinco minutos más tarde, llegó una furgoneta. Penélope reconoció al conductor y cargando su bolsa de viaje se acercó hasta el vehículo.

—¡Hola Píndaro!

—¡Hola Penélope! ¿Qué tal el viaje?

—Bien. Ha sido tranquilo.

—Me alegro.— contesto él —Dame la bolsa, la guardaré detrás.

—Bueno.

Penélope se sentó en el asiento del copiloto y Píndaro arrancó.

—¿Cómo va todo en Villalta?— preguntó Penélope.

—Bien. Tranquilo.

—¿Y cómo está Perístera?

—Está bien. Lleva bastante bien el embarazo.

—¿Para cuándo esperáis que dé a luz?

—Para Febrero.

—¡Estaréis ilusionados!, ¿no?

—¡Sí! ¡Mucho!— dijo él con una sonrisa.

—Píndaro, ¿cuánto tiempo lleváis ya casados?

—Algo más de tres años.

—Sí, me acuerdo.— dijo Penélope riéndose —Ése otoño fue el de las bodas. Por lo menos hubo cuatro, ¿a que sí?

Píndaro sonrió, recordando aquel año.

—¡Incluso mi prima Heliadora también se casó!— continuó la joven, riéndose —
¡Y con la persona que menos se podía uno imaginar!

—Sí. En realidad, creo que ninguno podíamos imaginar que íbamos a casarnos y con quién.

—Y tus padres, ¿están bien?

—Sí, muy bien.

—Por cierto, ¿que opina tu padre de cómo están las cosas en el país?

—Pues mal. Como todo el mundo. En el pueblo no podemos quejarnos demasiado. No han quitado la escuela porque hay demasiados niños, y el consultorio tampoco, por suerte. Pero sabemos que hay otros pueblos que han cerrado tanto la escuela como el consultorio. Pero creo que Servio y Dora tienen que desplazarse dos veces a la semana a Belteta, y a Quechilla.

—¿Es que allí no tienen médico?

—Ni médico, ni auxiliar. Por eso van los dos.

—¡Uf! ¡Pues vaya! Pero les pagarán más, ¿no?

—La verdad es que no lo sé, pero sinceramente, no lo creo.

—¡Oh, vaya!— exclamó la joven —¿Y a ti, cómo te va?

—Bueno, yo no me puedo quejar. Don Cenobio sigue teniendo mucho ganado y también otros vecinos del pueblo. Y también viajo a otros pueblos, donde necesitan un veterinario. Vivimos humildemente, pero no estamos mal.

—Me alegro mucho.

Así, hablando de unas cosas y otras, llegaron hasta Villalta.

Tanto el pueblo, como los alrededores, estaban ya nevados, y Penélope sintió el contento en su corazón al volver a su pueblo natal.

—¡Ya estoy en casa!— exclamó.

Píndaro se rio.

—¡Bienvenida seas!— le dijo.

La joven sonrió y le contestó:

—Gracias. Sí, es muy grato volver al hogar.

Píndaro aparcó al lado de su casa y la muchacha descendió de la furgoneta, agradeciendo al joven su amabilidad, mientras él le entregaba su equipaje. Luego Píndaro se marchó.

Su familia la esperaba con alegría y a ella le pareció como si todo el pasado vivido en la capital desapareciera, como si nunca se hubiera marchado.

CAPÍTULO 19

TENGO QUE ESTAR AQUÍ Y AHORA, DE FORMA CONSCIENTE

Sin embargo esa sensación de no haberse ido de su pueblo, no le duró mucho. Indudablemente ella se encontraba a gusto en su casa. Pero había algo de la capital, que no se le olvidaba. O más bien deberíamos decir alguien...

A pesar de su desengaño, y a pesar también de que ella trabajó duramente sobre todos los defectos psicológicos que estaban relacionados con ese desengaño, algo seguía recordándole a su amigo. Con el que había compartido poco tiempo, pero muy intenso, porque había aprendido muchas cosas, y también había enseñado muchas otras.

Pero lo que le hacía recordarlo, no era en sí el haberle conocido, sino sus sentimientos por él. Porque ya no podía autoengañarse más: definitivamente, ella estaba enamorada del joven.

A veces se acordaba de Frella, pero era un recuerdo muy diferente. Además, ella sabía que iba a verla de nuevo cuando volviera a la facultad. Pero a Ulises... La joven ya no sabía qué iba a pasar con él.

Mas Penélope intentó hacer el esfuerzo de vivir el presente y se dijo: "Ahora estoy en Villalta. Y lo que tengo que hacer es estar aquí y ahora de forma consciente, y no pensando en otros sitios y en otros momentos."

Así, con esa disposición, comenzó el día siguiente.

Después de desayunar mientras charlaba alegremente con sus hermanos, su madre le dijo:

—Penélope, ¿por qué no vas un rato a ver a tu tía Filomena? La pobre está muy pachucha.

—¡Ah! ¿Qué le pasa?

—Es que está un poco deprimida.

—¿Deprimida? ¿La tía Filomena? ¿Con lo enérgica que es?

—Sí, es verdad, pero es que... ¡a ver!, ¡hablando claro!, ¡desde que tu tía Flaminia se vino a vivir con ella, en esa casa no hay nada más que problemas!

—Entiendo.

—Flaminia quiere hacer su vida y Filomena sufre mucho porque no la comprende. Flaminia estaba acostumbrada a vivir en la capital y a hacer una vida independiente, pero tu tía Filomena es una mujer muy tradicional, de su casa, y no entiende las cosas de su hermana.

—¿Y por eso está deprimida?

—Sí. Yo no sé si los años le pesan, pero ya le cuesta más adaptarse a la época. Ella creía que cuando tu tía Flaminia se separó de su marido y se vino a vivir a Villalta, iba a reformarla, y ha sido todo lo contrario. Y claro, no la puede echar de casa, porque ¿a dónde se va? Al fin y al cabo, ésa era la casa de tus abuelos. Y por cierto, que a tu padre le corresponde una parte, y a tu tía Radegunda, otra.

—¡Pues vaya!— exclamó Penélope — ¿Entonces qué solución hay?

—Tu padre decía que tu tía Flaminia se viniera a vivir con nosotros pero, como tú comprenderás, yo me he negado rotundamente. ¿Qué necesidad tenemos nosotros de cargar con ella? ¡Que se vaya con Radegunda y Vinicio! ¡Que verás tú cómo la trata Vinicio!

Penélope se rio.

—Y al fin y al cabo, — prosiguió la madre — Radegunda y Vinicio ya tienen a todos sus hijos casados y viven solos. No como nosotros, que estamos al completo.

La joven se rio de nuevo.

—Bueno, voy a verla y la animo un poco.— dijo.

—¡Sí!, ¡anda! Ya sabes que ella te quiere mucho, porque eres su ahijada.

—Sí, es verdad. Y yo también la quiero a ella.

Así pues, Penélope se arregló un poco y se fue a visitar a su tía.

Cuando llegó a su casa, Filomena la acogió con gran cariño:

—¡Penélope! ¡Ay qué buena moza te estás haciendo de ir a la universidad!

La joven se rio y le dio un par de besos.

—Bueno, tía Filomena, ¿y tú cómo estás?

—¡Hija! ¡Cómo quieres que esté! ¡Pues ya vieja, y esperando que me llegue la muerte!

—¡Pero qué dices, tía! ¡Si no tienes tantos años!

—¡Ay que no! ¡A mí ya no me quedan muchos telediarios!

—¡Qué exagerada y fatídica eres! ¡De verdad que no te conozco! ¿Tú eres mi tía Filomena? ¿O eres otra persona que se hace pasar por mi tía? ¡A ver, dime! ¿Qué has hecho con mi tía?

—¡Sí, hija soy yo! ¡Quién me ha visto y quién me ve!, ¿verdad? ¡Con lo que he sido yo!

—¡Y lo sigues siendo! Te lo noto en la mirada y en la voz.

—¡Ay, hija! ¡Qué más quisiera yo!

En ese momento, apareció por la puerta Flaminia, en bata y con cara de sueño. Al ver a Penélope exclamó:

—¡Uy, Penélope! ¡Ya has venido de la capital! ¡Con las ganas que tenía yo de verte!

La joven se levantó y sonriendo se acercó a su tía y le dio dos besos.

—¿Cómo estás, tía Flaminia?

—¡Bueeeno!— exclamó, moviendo la boca ligeramente hacia un lado, y mirando de reojo a su hermana —¡Podría estar mejor!

—¿Mejor todavía?— exclamó Filomena —¡Si haces lo que quieres y no das ni golpe! ¿Tú te das cuenta, hija,— dijo dirigiéndose a Penélope — de la hora que es y acaba de levantarse?

—Es que anoche no me podía dormir.— dijo Flaminia.

—¡Hombre, ni tú, ni nadie!— contestó Filomena —¡Te estuviste con la televisión puesta a toda voz, hasta las cuatro de la mañana! ¡Claro, como luego no das ni golpe en todo el día!

—¡Buf!— exclamó Flaminia— ¡Ya estamos! ¡Siempre igual! Penélope, justamente yo quería hablar contigo, porque ya estoy harta de estar aquí en este pueblo encerrada. He pensado volver a la capital, buscar un trabajo y quedarme allí.

—¡Oh!— exclamó la joven, sospechando que no se avecinaba nada bueno — ¿Pero ya tienes pensado cómo?

—Pues sí. He pensado que ya que tú ya estás allí instalada, me puedo ir contigo a tu piso, y desde allí, empezar a buscar trabajo.

La muchacha pensó: "¡Ay madre la que me ha caído! ¡Tengo que buscar una excusa pronto!"

—Pero tía, yo no vivo sola.— dijo, intentando mantener la calma — Vivo con otras dos chicas.

—Bueno, a mí no me importa compartir piso con ellas

Penélope miró a su tía Filomena y vio que ésta la miraba a ella, llevándose el dedo índice de la mano derecha a la sien, y girándolo, como diciendo: "Está loca."

A la joven le hizo gracia el gesto de su tía, pero por otro lado sentía cierto vértigo ante la posibilidad de que Flaminia se le metiera en el piso. Así que volviendo a mirar a Flaminia le dijo:

—El problema tía, es que no nos queda ningún cuarto libre. Sólo tenemos tres dormitorios, uno para cada una.

—Bueno, pero tú y yo podemos dormir juntas. Yo no ronco y no necesito mucho espacio en el armario para mi ropa.

La joven hizo una pausa, mientras sentía en su plexo solar que el vértigo aumentaba.

—Pero, en fin, tía, es que mi cuarto no es muy grande y la cama es pequeña, no es de matrimonio.

—¡Uy, Penélope! ¡Pero si yo estoy acostumbrada a dormir dónde sea! ¡Si cuando yo era pequeña, dormíamos las hermanas juntas!, ¿a que sí, Filomena?

—¡No digas ya más tonterías!— exclamó Filomena —¿Cómo te vas a ir a vivir con esas mozas que están estudiando? ¡Si te quieres ir a la capital, búscate la vida! ¡Pero no voy a permitir que metas a Penélope en esto! ¡Ya bastante tuvo Dorita, para que se repita la historia!

—¡No sé por qué dices eso! ¡Gracias a mí, Heliodora tuvo un lugar donde vivir! Es justo que nos ayudemos entre la familia. Por eso, Penélope me va a ayudar, aunque tú no quieras, porque ya es mayor de edad y está estudiando en la universidad, y puede decidir por sí misma, sin que tú tengas que meterte. ¡Aunque seas su madrina!

Penélope se quedó callada pensando: "¡Ay, madre! ¿Y ahora cómo salgo yo de ésta? ¡No puedo decirle que no a mi tía, pero que se venga conmigo es impensable!".

CAPÍTULO 20

EN TODAS LAS RELACIONES HAY QUE HACER PEQUEÑOS SACRIFICIOS

En ese momento alguien llamó desde abajo:

—¡Tía Filomena!

—Es Dorita.— dijo Filomena —¡Sube, hija!

La joven subió hasta el comedor. Iba acompañada de Andrés.

—¡Buenos días! —saludó él — ¡Hombre, Penélope!

—¡Hola!— dijo Heliodora¹ — ¡Así que has venido a pasar el puente de vacaciones!

—Sí, ¡hola! — respondió Penélope, aún con los nervios en el estómago.

Tras lo cual, les dio un par de besos a su prima y a su marido.

—¿Y qué tal te está yendo en la capital?—preguntó Heliodora.

—Bien. Creo que me he adaptado bien. No conozco todavía muchos sitios, pero lo poco que he visto me ha gustado.

—Y ya habrás hecho amistades, supongo.

—Sí, claro...— contestó Penélope, recordando a Ulises, lo cual le ayudó a relajarse —He conocido gente estupenda.

—Me alegro mucho.— dijo Heliodora.

Penélope sonrió.

—Bueno, tía,—dijo Heliodora, dirigiéndose a Filomena — estarás más contenta, ¿no? ¡Que ha venido tu sobrina preferida a verte!

—¡Oye, oye!— exclamó Filomena —¡Que Penélope es mi ahijada, pero a mis sobrinos los quiero a todos por igual!

Las jóvenes y Andrés se rieron.

—Vale. —contestó Heliodora, sonriéndose —Pero estoy segura de que te ha dado alegría verla.

—¡Cómo no me va a dar alegría, si lleva tanto tiempo fuera del pueblo!

—¡Tampoco es para tanto!— dijo Penélope, riéndose —Me fui a finales de Septiembre.

—Pero eso es mucho. ¡Más de dos meses!— contestó Filomena.

—¡Pues yo estuve más tiempo fuera y no me echabas de menos así!— intervino Flaminia.

Filomena la miró y le contestó:

—¡Desde luego que no te echaba de menos! ¡Era cuando podía vivir tranquila!

Flaminia hizo un gesto de desdén y respondió:

—¡Pues ahora te vas a volver a quedar tranquila, porque pienso irme con Penélope!

¹ Véase la historia de Heliodora en <http://www.elenasantiago.info/avanzadas/vidas—paralelas—mundos—paralelos.html>

Heliodora puso cara de sorprendida y miró a su prima, luego a Andrés, que también parecía sorprendido, y de nuevo a Penélope. Ésta le miró también a ella, y le hizo un gesto de estar en apuros.

—Pero ¿cómo es eso, tía?— preguntó Heliodora a Flaminia —¿Cómo es que dices que te vas a ir con Penélope?

—Pues sí, porque aquí me siento encerrada. ¡Con la libertad que yo tenía en la capital! ¡Que hacía todo lo que quería! ¡Y lo feliz que era! ¿A que sí, Dora?

—¡Hombre, tía... feliz, lo que se dice feliz... no te veía yo!

—¿Cómo que no? ¿Y lo bien que nos lo pasábamos tú y yo cuando vivíamos juntas?

—Bueno... tampoco es que estuviésemos...

—¡Mi hermana no dice nada más que tonterías!— interrumpió Filomena — ¡Ahora se le ha ocurrido que se va con Penélope a su piso, en el que está viviendo con otras dos mozas!

Flaminia hizo un gesto de fastidio y contestó:

—¡Tú no tienes que meterte! ¡Eso es cosa entre Penélope y yo! ¡Y si las dos estamos de acuerdo, no hay más que hablar!

Penélope ya no pudo quedarse callada.

—Pero tía, yo no puedo... no puedo acogerte, porque... como ya te he dicho antes, el piso lo compartimos tres personas... y todo... absolutamente todo, tenemos que decidirlo entre las tres.

—¡Pues lo hablas con ellas y las convences! — insistió Flaminia —Yo hablo con ellas, si quieres.

Penélope se vio atrapada, y no sabía qué más excusas poner.

—¿Y tenéis sitio para otra persona más?— preguntó Heliodora a su prima.

—Bueno, ése es el problema. — contestó Penélope —Que sólo tenemos tres dormitorios.

—Pero ya te he dicho que a mí no me importa compartir el dormitorio contigo.— dijo Flaminia. Y si no cabemos las dos en la cama, pues una de las dos se puede ir a dormir al sofá.

Penélope miró a su prima, y ésta la miró a ella con cara de no saber qué responder. Luego miró a Andrés y éste parecía estar aguantándose la risa. Esto irritó más a Penélope porque se sentía incomprendida por el marido de su prima.

—En fin... — dijo Penélope, muy agobiada — yo no sé qué decir...

—¿Y qué vas a decir? —intervino Filomena — ¡No hay nada que decir! ¡Mi hermana está loca y a donde tiene que ir es a un manicomio!—

Ahí sí que a Penélope casi le da un ataque de risa, pero tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no estallar. Y no quiso mirar a su prima, porque le pareció que también estaba a punto de soltar una carcajada.

—¿Lo veis?— dijo Flaminia —¡Mi hermana no me quiere nada! ¡Por eso es por lo que me quiero ir de aquí! ¡Y pronto! ¡Y ahora es la oportunidad perfecta! Estando Penélope allí, instalada, en un piso. ¡Yo sólo tengo que ir, y buscar trabajo, y ya está!

—Bueno, Flaminia, parece una buena idea. —intervino Andrés —Pero creo que no has tenido en cuenta que el dueño del piso no va a dejar a sus inquilinas meter a alguien más. Si el piso es de tres dormitorios, el dueño no va a querer que se meta más

gente. Ni aunque paguen más. Y aunque ellas no digan nada, seguro que el dueño se enterará por los vecinos o de otra forma, porque al final, todos los chanchullos salen siempre a la luz. Y por supuesto, es capaz de echar a Penélope del piso. Y, como tú bien sabes, ella se tendría que quedar en la calle, porque en esta época del año es muy difícil encontrar otro piso para alquilar. De manera que no podría seguir estudiando en la facultad. Tendría que regresar al pueblo y esperar a otro año. Eso, si le conceden la beca para otro año. Y el dinero que tu hermano y su mujer han invertido en los estudios de tu sobrina, se habría perdido. Y tú no quieres eso para ella, ¿verdad?

Flaminia se quedó callada y Penélope miró a Andrés y le sonrió en señal de agradecimiento.

—¡Hombre...! — dijo Flaminia — Quizás lleves razón. Yo no quiero perjudicar a Penélope... pero... es que...

Flaminia se sentó en la silla, en señal de vencimiento.

Filomena la miraba con un gesto de compasión, pero no dijo nada.

—Andrés lleva razón. — apoyó Heliodora —Tía, tienes que buscar otra solución. ¿Por qué no hacéis las dos un esfuerzo por comprenderos y llevaros bien?

Flaminia se encogió de hombros y Filomena le dijo:

—¡Venga, venga! ¡No te pongas así! ¡Todo en este mundo tiene solución menos la muerte!

—¡Claro, tía!— dijo Heliodora —¿Por qué buscar una solución fuera y no hacerlo dentro? ¿Quién te dice a ti que si te fueras a vivir a la capital, allí serías más feliz? Precisamente tú te viniste al pueblo, porque no eras feliz allí. Yo creo que para ser feliz uno tiene que poner de su parte. Y hace mucho el pensar en los demás y ser generoso. ¿Por qué no habláis las dos, como hermanas que sois, tratando de comprenderos la una a la otra, y respetándoos y sacando la generosidad que lleváis dentro?

—Dora tiene razón.— dijo Penélope — Tenéis que hacer un esfuerzo para llevaros bien, y os va a merecer la pena. En todas las relaciones hay que hacer pequeños sacrificios de vez en cuando. Entre hermanos, entre padres e hijos, entre marido y mujer o entre novio y novia, entre amigos, entre compañeros de trabajo o de piso, socios de un negocio, etcétera. Al principio de una relación todo es más fácil, pero luego vienen dificultades de muchas maneras, y si se quiere continuar esa relación, unas veces hay que hacer un pequeño sacrificio, y otras veces hay que hacer un sacrificio mayor. Eso es en todo. Por ejemplo, también cuando comienzas un negocio, o un trabajo, hay una relación de la persona con su negocio, con su trabajo. Al principio todo es perfecto, maravilloso, se comienza con gran entusiasmo, pero luego la vida presenta dificultades y entonces uno tiene que hacer un esfuerzo, un sacrificio, porque si no lo hace, ese negocio se viene abajo y como consecuencia la ruina. Y eso también pasa con las personas. Entonces, yo creo que ha llegado la hora de que vosotras os planteéis sacrificar algo de vosotras mismas, para poder continuar una relación de hermanas, feliz o al menos armoniosa.

Heliodora y Andrés escucharon con gran interés las palabras de Penélope, pero no dijeron nada. Y Filomena respondió:

—¡Qué gran razón tienes, hija!— y mirando a su hermana— Flaminia, tú y yo tenemos que hablar de muchas cosas. Pero hablar de verdad. Porque hace mucho tiempo que lo único que hacemos es discutir o hablarle a la pared.

Flaminia asintió:

—Está bien. Hablaremos. Yo también quiero que hagamos las paces.

Los tres jóvenes sonrieron.

—Bueno, pues entonces, nosotros nos vamos.— dijo Heliodora —Habíamos venido para ver cómo estabas, tía — dijo esto dirigiéndose a Filomena —Pero ahora es mejor dejaros solas.

Andrés asintió.

—Sí. Yo también me voy.— dijo Penélope, mientras pensaba: "¡Me voy rápido, vaya a ser que tía Flaminia cambie de opinión!"

Y tras despedirse, los tres jóvenes se marcharon juntos.

CAPÍTULO 21

¿DE VERDAD QUERÉIS QUE OS HABLE DE ELLO?

Al salir a la calle, Heliadora le dijo a Penélope:

—Me ha parecido muy interesante lo que has dicho de los esfuerzos y sacrificios que hay que hacer de tanto en tanto para continuar algo que hemos comenzado.

Penélope sonrió.

—Sí, es algo que aprendí con una profesora mía, hablando de otras cosas, pero que me ha parecido aplicable a las relaciones humanas.

—Ya veo.— contestó Heliadora mirando a su prima fijamente — Parece que fuera filósofa, tu profesora.

—No exactamente, pero casi. En todo caso, es una mujer muy sabia. Me ha enseñado muchas cosas. Bueno, y todavía más que creo que me va a enseñar.

—¡Ah!— respondió Heliadora —¿Y qué más cosas te ha enseñado por ahora?—

Penélope miró extrañada a su prima, que la observaba detenidamente, y luego a Andrés, que parecía como si estuviera escudriñando sus gestos y palabras.

—Pues... — empezó a decir, algo cortada — me ha hablado acerca del conocimiento de uno mismo.

—Eso es muy interesante.— dijo Heliadora — ¿No crees, Andrés?

—¡Vaya si lo creo!— exclamó su esposo.

Penélope los miró incrédula, y respondió:

—En fin, no sé si estáis hablando en serio o más bien me queréis seguir la corriente, como el que escucha a un loco.

—Estamos hablando muy en serio.— contestó Heliadora.

—¡Claro!— dijo Andrés —¿Por qué no nos cuentas algo de ese conocimiento?

—¿De verdad queréis que os hable de ello?

—¡Por supuesto que sí!— respondió Heliadora —Nos gustaría mucho saber algo de ese conocimiento que has aprendido.

—Pues... bueno, pero así, de repente, no sé por dónde empezar.

—Tal vez por explicarnos quiénes somos.— dijo Heliadora — O de dónde venimos, o por qué vivimos, o para qué vivimos. Aunque tal vez eso sea mucho pedir.—

En ese momento se encendió la lucecita en la cabeza de Penélope: "¡Ellos son las personas cercanas que Frella me había advertido que conocían el trabajo interior!"

—¡Sois vosotros!— exclamó la joven, maravillada por la magia de aquel momento vaticinado por su amada profesora.

Esta vez fueron Heliadora y Andrés los que se quedaron extrañados al ver la reacción de Penélope.

—¿Qué quieres decir?— preguntó Heliadora.

—¡Vosotros ya conocéis el trabajo psicológico sobre sí mismo!

Los esposos se miraron entre sí, luego se dieron un tirón de un dedo de una mano y después miraron a Penélope.

—¿Cómo lo has sabido?— preguntó Heliadora².

² Véase más sobre Heliadora en la obra "Vidas Paralelas. Mundos paralelos", en elenasantiago.info

—Porque Frella me lo advirtió.

—¿Frella es tu profesora?

—Sí. En realidad en la facultad todos la conocen como la profesora Angelina, pero su verdadero nombre es Frella.

—¡Qué extraordinario!— exclamó Andrés.

—¡Sí!— respondió Penélope, muy entusiasmada.

—Sí, es cierto que todo esto es algo fuera de lo normal.— dijo Heliodora, pensativa —Escucha, ahora hemos quedado con Tulia y Marselio, pero me gustaría que pudiésemos hablar de todo esto con más tranquilidad. ¿Por qué no vienes luego a casa y hablamos más profundamente sobre ello, y compartimos conocimientos y experiencia?

—¡Vale! ¡Me parece estupendamente!— contestó Penélope, muy entusiasmada.

Los tres se rieron.

—Entonces, ¿te parece bien esta tarde, después de comer?— propuso Heliodora.

—¡Sí!

—Entonces quedamos así. Tú ven cuando quieras.

—Vale.

Y los tres se despidieron y se fueron, unos por un lado, y la otra por otro.

CAPÍTULO 22

¿Y VOSOTROS DESDE CUÁNDO CONOCÉIS TODAS ESTAS COSAS?

Por la tarde, Penélope se dirigió muy contenta a casa de su prima, tal y como habían quedado.

Heliodora le preguntó si quería un café o una infusión, y Penélope aceptó una infusión.

Y de esta manera, las dos jóvenes y Andrés se pusieron a hablar.

—Sigo bastante asombrada con esta situación.— dijo Heliodora.

Y acto seguido volvió a darse un tirón de un dedo de una mano.

Penélope se quedó extrañada al ver ese gesto.

—Esta mañana también os vi hacer eso con los dedos.—dijo —¿Por qué lo hacéis?

Heliodora miró a Andrés y luego le preguntó a su prima:

—¿Te ha hablado tu profesora acerca de otras dimensiones?

—¿Te refieres al mundo astral?

—Sí. Bueno, al mundo astral y a los otros.

—¿Los otros? ¿Es que hay más? Yo sólo conozco el astral. Pero bueno, ya te dije que espero que me va a enseñar más cosas.

—Sí, claro. Lo entiendo. Pero me doy cuenta de que has dicho "conozco el astral". ¿Quieres decir que ya has tenido alguna experiencia consciente en el mundo astral?

—Sí.

—¡Vaya! ¡Eso es fantástico!—exclamó Heliodora.

Andrés asintió sonriendo.

—¿Vosotros también?—inquirió Penélope.

Los dos esposos asintieron.

Penélope sonrió.

—¿Y lo del gesto ése que hacéis con el dedo, qué tiene que ver con otras dimensiones?

—¿No te has dado cuenta de que en el mundo astral las cosas no son exactamente como aquí?— dijo Heliodora — Me refiero por ejemplo a la ley de la gravedad o a la de cohesión molecular.

—Pues, ahora que lo dices, sí.— contestó Penélope —Allí se puede flotar y atravesar puertas o paredes.

—Eso es. Y también puedes alargar cualquier parte de tu cuerpo, por la misma razón que puedes atravesar una puerta.

—¡Oh, ya entiendo! ¡Os tiráis del dedo para ver si se alarga!

—¡Exactamente!

—Pero... si no estáis en el mundo astral, ¿por qué lo hacéis? Aquí no se va a alarga

—Es una fórmula para comprobar si estamos en el mundo físico o en el astral.

—No entiendo bien.

—Bueno, tú entiendes que el mundo astral es el mundo de los sueños, ¿no?

—Sí. Lo que pasa es que por estar dormidos de conciencia, a pesar de que nos desdoblamos todas las noches, no nos damos cuenta.

Heliadora asintió.

—Sin embargo, uno puede hacerse consciente de que está fuera del cuerpo físico dentro del mismo sueño.— explicó.

Penélope se quedó pensativa y luego dijo:

—Ya comprendo. Frella me habló de los cuatro estados de conciencia. O sea el estado de sueño, el de vigilia, el de autoconciencia y el de conciencia objetiva. Y me dijo que a veces se tienen ráfagas de un estado superior. Normalmente porque se provoque, como por ejemplo, cuando estamos en el estado de vigilia durante el día, que en realidad es un estado de sueño psicológico aunque nuestro cuerpo físico esté despierto, pero cuando uno se pone en íntima recordación de sí mismo y en autoobservación de sus procesos psicológicos, está activando un estado de conciencia superior. O sea, pasa del estado de vigilia al de autoconciencia. Y también me dijo que a veces en el estado de sueño, también podemos tener ráfagas del estado de vigilia, porque nos damos cuenta de que estamos soñando.

—Eso es.—contestó Heliadora —Entonces, como normalmente cuando soñamos no somos conscientes de que estamos soñando, si nosotros utilizamos un truco para verificar en qué dimensión nos encontramos, eso nos puede ayudar a despertar al estado superior. Por eso, si uno se acostumbra a preguntarse durante el día, ante cualquier evento extraordinario o fuera de lo normal, si estará en el mundo físico o si estará en el mundo astral, es decir, si estará despierto o soñando, y luego lo verifica con algo que pueda hacerle distinguir si está en una dimensión o en otra, las consecuencias serán dos. Una, saber en qué dimensión está, y otra, activar la conciencia.

Penélope se quedó pensativa, intentando comprender bien el truco.

—Pero, ¿te das el tirón durante el día? No entiendo bien.—

—Lo que pasa — dijo Andrés — es que si te acostumbras a hacer esa verificación durante el día, llegará un momento en que por la noche, en el sueño, lo repetirás, porque en ti va a ser una costumbre. Entonces te darás cuenta de que cuando estiras el dedo, éste se alargará. Y en ese momento despertarás conciencia en el astral.

—¡Ah, claro! ¡Ahora lo comprendo!

—También puedes hacer otros trucos como por ejemplo, dar un salto.— añadió Heliadora —Si estás en el mundo físico, volverás inmediatamente al suelo, pero si estás en el astral, flotarás o descenderás muy lentamente.

Penélope asintió, muy entusiasmada por la técnica que acababa de aprender.

Y para verificar si aquella situación era real o estaba en un sueño, se tiró del dedo corazón de la mano izquierda.

Heliadora y Andrés sonrieron.

—Oye, Dora,— dijo Penélope —¿Y vosotros desde cuándo conocéis todas estas cosas? ¿Y cómo las aprendisteis?

—Pues yo comencé a conocer todo esto hace unos... cinco años. Entonces yo estaba en la capital. Trabajaba en un hospital y allí hice amistad con un compañero y

con su esposa que también habían aprendido todo esto de su Maestro al que conocieron de una forma bastante curiosa. Él y su mujer me enseñaron muchas cosas. Me regalaron algunos libros y luego fui aprendiendo mediante la práctica. Después me vine a Villalta, como bien sabes, y conocí a Andrés.

Éste se rio.

—Sí.— dijo —Entonces ella empezó a martirizarme, explicándome con cuentagotas las enseñanzas que había aprendido.

Heliodora se rio.

—¡No le hagas caso!— exclamó — Lo que pasa, es que todo no se podía explicar en un día. Había que ir poco a poco, para ir asimilando.

—Claro.— asintió Penélope.

—Y más,— continuó Heliodora — teniendo en cuenta lo que él era entonces, y la importancia del trabajo con las energías sexuales.

Penélope le miró extrañada.

—¿Las energías sexuales?

—¿De eso no te ha hablado Frella?

—No. Bueno, todavía no.

Heliodora miró a su esposo y éste la miró a ella.

—¿Qué pasa con las energías sexuales?— preguntó Penélope.

—Dime, ¿de qué más te ha hablado tu profesora?

—Pues hemos hablado de las técnicas de autoobservación, del recuerdo de sí mismos..., de la eliminación de los defectos con la Madre Divina... ¿Todo eso lo conocéis vosotros?

—Sí. Pero dime, ¿algo más?

—Pues sí. También me ha hablado de diferentes partes del Ser. Del alma humana y del alma divina. De la simbología en los cuentos y en la mitología de todo esto.

Los esposos asintieron.

—Y por otro lado, me ha hablado de leyes de la naturaleza. La ley del retorno, la ley de la recurrencia, la del Karma, la reencarnación, la ley de las octavas y la de la entropía...En fin, más o menos, hemos hablado de todo eso.

—Está muy interesante.— dijo Andrés —¿podrías hablarnos un poco de todo eso?

—Bueno. Pero ¿qué me decís vosotros sobre eso de las energías sexuales?

—No sé si Frella tiene un plan para darte estas enseñanzas.— dijo Heliodora Pero si es una verdadera Maestra, tarde o temprano tendrá que hablarte del trabajo con las energías sexuales.

—¿Si es una verdadera Maestra? ¿Por qué dices eso?

—Porque los verdaderos Maestros trabajan con tres factores. Uno es la eliminación de los defectos psicológicos, otro es el trabajo con las energías sexuales para crear cuerpos en otras dimensiones, y un tercero es el sacrificio por la humanidad. Ésa es la base fundamental del trabajo completo para poder auto—realizarse íntimamente.

—Pero, ¿por qué no me habláis vosotros de ese trabajo con las energías sexuales?

Heliodora se quedó pensativa.

—Mira Dora, —dijo Penélope —si Frella me dijo que iba a encontraros, ella sabía que íbamos a hablar de estos temas. Además estoy convencida de que es una verdadera Maestra.

Su prima sonrió y asintió.

CAPÍTULO 23

¿CUERPOS PARA OTRAS DIMENSIONES?

—¿Tienes novio?— preguntó Heliadora a su prima.

Ésta tardó en contestar:

—No. No tengo.

—¿No estás saliendo con ningún chico?

Penélope negó con la cabeza, mientras se acordaba de Ulises.

Heliadora la miró pensativa y luego le dijo:

—Bueno, sólo te lo preguntaba porque a la hora de trabajar con las energías sexuales, es muy valioso el hecho de que la pareja esté de acuerdo en ese trabajo. Porque si uno trabaja con las energías y el otro no... es más difícil.

—¡Oh, vaya!— exclamó Penélope.

—Así es.— dijo Heliadora —Pero bueno, ¿quién sabe? Quizás te enamores de algún chico que esté interesado en este trabajo.

Penélope asintió en silencio, recordando a Ulises y los obstáculos que se habían presentado.

Heliadora siguió mirándola un poco más y luego le dijo:

—Bueno, de todas maneras, te voy a hablar un poco sobre esto. Verás, en nuestro cuerpo existen diferentes tipos de energías. Esas energías nos sirven para muy distintas actividades en la vida, pero la que verdaderamente es una energía creadora es la energía sexual. Prueba de ello es que todos hemos nacido en este mundo físico gracias a la energía sexual de nuestros padres. Nadie nace por un pensamiento, o por una emoción, ni tampoco por un movimiento. Es la energía sexual la que crea. Eso todo el mundo lo sabe. La unión del polo masculino con el femenino, puede crear un nuevo cuerpo físico. Eso está claro. Pero hay otro aspecto superior de la utilización de la energía sexual que también es para crear, pero a nivel de otras dimensiones. No sólo crea nuevos cuerpos físicos, sino que también podemos utilizar esta energía para crear cuerpos para otras dimensiones.

—¿Cuerpos para otras dimensiones?— repitió Penélope —Pero si ya hemos visto que nosotros salimos en astral todas las noches, ¿qué papel juega ahí un cuerpo para esa dimensión? ¿No lo tenemos ya?

—Normalmente no. Si nos movemos en el mundo astral es gracias a que tenemos una especie de vehículo tipo fantasmagórico..., como un saco en el que se mueven el ego y la poca conciencia que tenemos despierta. Pero no tenemos un cuerpo astral real, como este cuerpo físico. Si lo tuviéramos, lo sabríamos porque lo usaríamos, igual que usamos el cuerpo físico. Con muchas más ventajas, porque en el mundo astral uno se puede desplazar a velocidades increíbles, de manera que puede ir a otras partes del mundo en cuestión de segundos. Y también puede entrar a templos, y salir y entrar en el cuerpo físico a voluntad, sin necesidad de hacer una práctica de concentración.

Penélope asintió.

—Además, hay otras dimensiones.— continuó Heliadora —Están el mundo mental, que es de una vibración superior a la del astral. Y el causal, que es aún superior. Y después, también existen otros más. Pero para crear los cuerpos que nos sirvan para movernos libremente en esas dimensiones, tenemos que crearlos con la energía sexual. Pero en este caso, para poder crearlos, es indispensable que la energía no se pierda nunca y se transmute mediante ejercicios respiratorios, imaginación, concentración y oración. ¡Ah!, y siempre en pareja. Pareja de hombre y mujer, porque son necesarias las dos fuerzas, positiva y negativa, las cuales al unirse crean una tercera que es la neutra, y de esa manera se crea.

—¿Quieres decir que en el momento...?

—Sí, en el momento de la unión sexual de la pareja, en vez de llegar al espasmo sexual, en el que se pierde toda esa valiosa energía, cada uno va controlando el nivel de excitación sin llegar jamás a ese espasmo, y concentrado va transmutando.

—Entiendo. Pero entonces, si no tienes pareja, ¿no puedes trabajar con esas energías?—

—Evidentemente, no. Hace falta la unión de los dos.

—Ya veo.

Andrés sonrió y le dijo:

—No te preocupes. En el momento apropiado, conocerás a alguien con el que podrás compartir todo esto.

—Sí, claro.— contestó Penélope, con cierta decepción.

—Te lo digo por experiencia.— dijo él —Yo conocí a Heliadora en el momento apropiado.

Heliadora sonrió.

—Sí.— respondió Penélope —Si lo comprendo. Lleváis razón.

—De todas maneras, tú eres aún muy joven.— dijo Andrés — ¿Qué tienes, 18?

—Sí. Cumpliré los 19 el mes que viene.

—¿Lo ves?— dijo él — No te entristezcas porque ese chico no cumpla tus expectativas.

Penélope se extrañó de esas palabras.

—¿Qué dices? ¿De qué hablas?

—¡Vaya! ¡Perdona! Ya he vuelto a pecar de demasiado hablador.

—Es que no entiendo. ¿A qué te referías?

Heliadora regañó a su marido con la mirada.

—No le hagas caso.— dijo —Es que todavía conserva la manía de querer meterse en todo.

Andrés echó una carcajada, y luego cogió la mano derecha de su esposa y la besó.

—Es verdad.— dijo él —Penélope, tú no me hagas caso. Es que es un defecto profesional que todavía me da la lata.

Penélope se rio, recordando los orígenes del joven.

—No obstante,— dijo Andrés— ahora que Heliadora te ha hablado un poco sobre el trabajo con las energías, ¿por qué no nos hablas tú de las cosas que has aprendido en relación con las leyes de las que nos hablabas esta mañana?

—Vale— asintió Penélope.

Y se puso a explicarles todo lo que había aprendido con Frella.

Los tres estaban muy entusiasmados con la conversación. Y ya era tarde cuando Penélope se marchó a su casa.

CAPÍTULO 24

NO TENGO NI IDEA DE NADA DE UN PREMIO

Al día siguiente, mientras desayunaban, el hermano pequeño de Penélope le dijo:

—¿Penélope, te han dado ya el premio que has ganado?

La joven lo miró extrañada.

—¿De qué hablas, Aimón?

—Pues del premio que has ganado.

—¿Qué premio?

—¡Pues el que has ganado!— chilló el chiquillo.

Penélope miró a su madre y luego a su hermano otra vez.

—¿Se puede saber de dónde sacas que yo he ganado un premio?

—Me lo dijo ayer un hombre.

—¿Un hombre? ¿Qué hombre?

—¡Pues el del premio!

Penélope empezó a impacientarse y se dirigió a su madre.

—A ver, mamá, ¿de qué habla?

—¡No sé! ¡Yo tampoco sé nada de ningún premio!

Penélope miró a su hermana Marfisa.

—¿Tú sabes de qué está hablando Aimón?

—Es que... yo no me enteré muy bien, porque estaba con la bici.

—¿Pero de qué no te enteraste muy bien?

—No me enteré de lo que dijo el hombre.

—¿Pero cuándo ha sido eso?— preguntó el padre, que no había prestado atención hasta ese momento.

—Ayer.— dijo Marfisa.

—A ver,— dijo el padre —contadnos todo desde el principio.

—Pues estábamos en la plaza y llegó un coche.— contestó la niña — Entonces, se bajó un hombre y empezó a hablar con Aimón. Pero yo no me enteré bien.

—¿Qué te dijo, Aimón?— preguntó el padre.

—Me dijo que si yo conocía a los panaderos.

El padre miró a Penélope y resopló.

—¿Y tú qué le dijiste?— preguntó él al niño.

Penélope se mordió los labios para no reírse, porque sabía que la explicación iba para largo, ya que a su hermano, que tenía aún ocho años, había que sacarle siempre la información con sacacorchos.

—Le dije que sí.—contestó Aimón.

—¿Y qué te dijo él?

—Me preguntó que si tenían una hija que se llamaba Penélope.

—¿Y qué le contestaste?

—Que sí.

—¿Y después qué pasó?

—Me dijo que si estaba seguro.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Que sí.

—¿Y después?

—Me preguntó que por qué estaba tan seguro.

—¿Y qué le dijiste?

—Que estaba seguro porque Penélope era mi hermana.

—¿Y qué pasó?

—Se puso contento.

El padre hizo un gesto de extrañeza y miró a Penélope. Luego siguió interrogando a su hijo pequeño.

—¿Y qué pasó después?

—Me preguntó que si podía decirle dónde vivía.

—¿Y tú qué le contestaste?

—Le contesté que sí.

—¿Y qué más?— preguntó el padre subiendo los ojos hacia arriba y dando un suspiro en señal de paciencia.

—Entonces me dijo que dónde.

—¿Y qué más?— preguntó el padre.

—Y yo le dije que en la calle que iba de la plaza de la fuente a la plaza grande.

—¿Y qué máaaas?— preguntó el padre.

—Entonces me dijo que si quería llevarle hasta allí.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Le dije que sí.

—¿Y después?

—Le acompañé hasta ahí abajo.

—Pero ayer no vino nadie aquí.— dijo la madre.

El padre miró a su hijo y le preguntó:

—¿Qué pasó cuando llegasteis ahí abajo?

—Me preguntó que si sabía si estaba Penélope.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Que no estaba.

—¿Y qué pasó?

—Puso esta cara.

Y el niño puso el ceño fruncido y apretó los labios.

Penélope tuvo que aguantarse la risa otra vez.

—¿Y después, qué pasó?— preguntó el padre.

—Me miró y entonces parece que se puso contento otra vez.

—¿Y por qué sabes que estaba contento?

—Porque se reía.

El padre volvió a mirar a Penélope, y luego continuó con las pesquisas:

—Pero en fin, Aimón, ¿puedes contarnos qué es lo que te dijo del premio? Pero cuéntanoslo todo, todo, todo.

El niño cogió aire y dijo:

—Bueno, vale. Es que yo le pregunté que por qué buscaba a Penélope... y entonces él me dijo que porque le traía un premio que había ganado... Y yo le dije que si le había tocado la lotería..., y él me dijo que no... Que le había tocado otra cosa. Y yo le dije que qué le había tocado... y él me dijo que una cosa que le iba a gustar mucho a Penélope... Y entonces le dije que si la tenía en el coche... y él me dijo que sí... y entonces le dije que si podía ver lo que le había tocado a mi hermana... y él me dijo que no podía enseñármelo porque se lo tenía que dar a Penélope en persona... Entonces yo le dije que Penélope se había ido a casa de Heliodora..., y él me dijo que si sabía si iba a tardar mucho... y le dije que me parecía que sí... Entonces él dijo que no importaba... Que ya se lo daría en otro momento... Y luego me preguntó que si había algún hotel en el pueblo y yo le dije que sí... Y le dije dónde estaba el hotel de Don Cenobio. Y se fue.

—¡Uff! — respiró el padre —¿Y eso es todo, Aimón?

—Sí.

Luego el padre miró a Penélope y le preguntó:

—¿Sabes quién puede ser?

Penélope se encogió de hombros y respondió:

—No. No tengo ni idea de nada de un premio. Yo no he participado en ningún sorteo.

El padre puso cara de extrañeza.

—Aimón, ¿cómo era el coche de ese hombre? ¿Era una furgoneta o un coche pequeño?

—Era un todoterreno no muy grande.

El padre siguió cavilando.

—¡A ver si va a ser un timo!— exclamó la madre.

—¿Pero cómo sabe que Penélope vive aquí?— dijo el padre — ¿Y que justamente ahora está aquí?

—A lo mejor no es que sepa que está ahora,— opinó la madre — sino que ha dado la casualidad de que ha venido en el momento en el que ella estaba aquí.

—No sé... Puede ser.— dijo el padre —¿Pero a cuento de qué le trae un premio?

—¡A lo mejor era una broma!— dijo Marfisa.

—¿Una broma?— repitió el padre —Pues no sé... Penélope, hija, de todas maneras, si se te acerca un extraño, ten cuidado. No se te ocurra irte con él.

—¡Papá! ¡Que ya no soy una niña!— exclamó ella —¡Y tampoco soy tonta!

El padre sonrió con ternura.

—Bueno, está bien.

—Aimón, ¿cómo era ese hombre?— preguntó Penélope.

—Pues era... era normal.

—¡Pues vaya definición!— exclamó el padre —A ver ¿era viejo o joven?

—Ni viejo, ni joven.

—¿Cómo yo?

—Un poco menos viejo.

El padre refunfuñó.

—¿Tenía gafas o bigote?

—Sí, gafas sí tenía. De las de sol. Pero bigote, no.

¿Era alto o bajo?

—Alto. Pero no mucho.

—¿Gordo o delgado?

—Pues... no era muy delgado. Pero tampoco gordo.

—¿Alguna idea, hija?— preguntó el padre a Penélope.

—No.— contestó ella.— No tengo ni idea.

—Bueno, pues lo dicho, ten cuidado. Aunque aquí en el pueblo estás segura. No es como en la capital.

—¡Ya lo sé, papá! ¡Tranquilo!

Eso le dijo Penélope a su padre, pero en su interior sentía cierta inquietud...

CAPÍTULO 25

TENGO MUCHO TIEMPO, Y QUIERO APROVECHAR LAS VACACIONES

Después del desayuno, Penélope se puso a estudiar un rato en su cuarto.

Al cabo de un rato, su madre la llamó a la puerta:

—Penélope, ha venido Heliadora a verte. Le he dicho que estabas estudiando, pero me ha preguntado si luego querías salir un rato.

—No pasa nada. Ya voy.— contestó Penélope, levantándose y yendo a ver a su prima.

—Hola.— saludó Heliadora —No quería interrumpirte.

—No importa. Tengo mucho tiempo, y quiero aprovechar las vacaciones.

Heliadora sonrió.

—Entonces, ¿te apetece salir un rato y charlamos un poco más?

—¡Claro! ¡Espérate, que voy a ponerme las botas y el abrigo!

—Vale.—le respondió Heliadora.

Poco después, las dos jóvenes salían a la calle. Hacía un buen día, y el sol templaba ligeramente.

—Vengo de casa de la tía Filomena.— dijo Heliadora —Parece que tanto ella como la tía Flaminia están intentando llevarse mejor.

Penélope sonrió y pensó: "¡Menos mal! ¡Sólo de pensar que tía Flaminia se empeñara otra vez en venirse conmigo, me da algo!"

—¡A ver si por fin se arreglan!— comentó Heliadora — ¡Ojalá!

—¿Vas todos los días, o qué?— inquirió Penélope.

—Bueno, últimamente sí estaba yendo bastante a menudo, porque veía a la tía Filomena muy deprimida. Pero ya parece que está remontando otra vez.

—¡Menos mal que a Andrés se le ocurrió decirle a la tía Flaminia lo de que el dueño del piso en el que vivo no iba a aceptar que acogiéramos a otra persona!— recordó Penélope, riéndose.

Heliadora también se rio.

—Sí. Es que Andrés es muy ocurrente. Y como antiguamente siempre estaba solucionándoles los problemas a los demás...

Las dos jóvenes se rieron.

—¿Sabes una cosa? — dijo Penélope, más seria —Andrés me recuerda mucho a alguien que conozco.

—¿Sí? ¿En qué? ¿En que le soluciona los problemas a la gente?

Penélope se rio, de nuevo.

—No. Me recuerda a...a esa persona porque es muy bromista y se ríe mucho, pero también es una persona con muchos valores, y sería cuando hace falta.

Heliadora la miró y le dijo:

—Es él, ¿verdad?

—¿Él?— repitió Penélope — ¿Qué quieres decir?

—Es el chico que te gusta, ¿verdad?

Penélope se quedó callada unos momentos, mientras se mordía el labio.

—¡No me digas que es cura!— exclamó Heliadora.

Penélope la miró sorprendida y luego se echó a reír.

—¡Claro que no! ¡Ya sería el colmo!

Las dos se rieron.

—Bueno, si no quieres,— dijo Heliadora —no tienes por qué contármelo. Sólo si te apetece desahogarte.

—Está bien, sí. Puedo confiar en ti. Pero no se lo cuentes a nadie. Ni tampoco a Andrés, ¿vale?

—¡Claro! ¡No te preocupes!

Entonces Penélope comenzó a contarle cómo conoció a Ulises, y cómo fue evolucionando su corta pero intensa relación. También le explicó que él estaba muy interesado en el trabajo interno. Y por último le contó sus encontronazos con la hermana de él, y lo último que le dijo.

—Bueno, pero ¿cuál es el problema?— dijo Heliadora — Está claro que su hermana te ha podido decir lo que ella haya querido. Pero cuando tú has hablado con él, por lo que me cuentas, no tiene nada que ver con lo que ella te ha dicho. Tal vez a él le surgió algún contratiempo y por eso no pudo acudir a la facultad, pero no quiere decir que pase de ti. Cuando antes se ha comportado contigo como me has dicho...

—Sí, llevas razón. Pero... la incertidumbre...me tiene un poco...

Heliadora sonrió:

—Todo el mundo tiene problemas e incertidumbres. Pero tú cuentas con una ventaja sobre la mayoría de la gente. Y es que puedes superar todo eso de forma consciente y con la posibilidad de conocerte a ti misma y despertar.

Penélope asintió, sonriendo.

—Es verdad. A veces me acuerdo. Pero a veces me olvido.

Heliadora asintió.

En ese momento se cruzaron con la hermana de Heliadora.

—¡Anda Penélope!— saludó ella, acercándose a su prima y dándole dos besos.

—¡Hola, Paladia!

—Ya me imaginaba que habías venido a pasar el puente.

—Sí. Aunque no falta mucho para Navidad, me venía bien un descansito.

—¡Claro que sí! ¡Y el cambio de ambiente también viene bien!

—¡Sí! Viene estupendamente.

—¿Y cómo te va en la facultad?

—Bien. No me puedo quejar. Tengo un buen horario, buenos profesores, buenos compañeros... buenas compañeras de piso... en fin, ¡todo bueno!

Las chicas se rieron.

—¿Y a ti?— preguntó Penélope —¿cómo te va?

—Tampoco me puedo quejar. Tengo un buen marido, unos niños... bueno, eso mejor lo dejamos. Que Abdiel ya ha entrado en la adolescencia y Macedonio está empezando, y ya se me están poniendo un poco rebeldes. No son malos, pero si siempre han sido inquietos y juguetones, ¡no te digo ahora!

Penélope sonrió.

—Bueno, eso es sólo una época. Ya se les pasará.

—Sí. Eso espero. En fin, me alegro mucho de verte tan bien.—le dijo Paladia.

—Yo también. —respondió Penélope.

—¡Ah, Dora!, —dijo Paladia —hace por lo menos una hora que Andrés me ha preguntado si te había visto. Me ha dicho que si te veía, que te dijese que iba a ver a don Cenobio al hotel. Iba con Marselio.

—¡De acuerdo, gracias!— respondió Heliadora.

La hermana de Heliadora se despidió y se marchó.

—¿Vas a ir al hotel a por Andrés?—preguntó Penélope a Heliadora

—Pues... no sé. No me lo había planteado. Eso se lo ha dicho Andrés a mi hermana porque me dijo que tenía que hablar con don Cenobio de unos toros. Y que iría tal vez a su finca y que no sabría si vendría pronto. Pero se ve que al final se ha encontrado con él en el hotel. ¿Por qué lo preguntas?

—Es que si vas, me gustaría ir contigo.

—Bueno.— respondió Heliadora extrañada —Si quieres podemos ir. Pero ¿tienes alguna razón especial?

—Es que quiero ver algo.

Heliadora miró a su prima y ésta se rio.

Entonces le contó la extraña historia del hombre que había venido al pueblo para entregarle un premio. Y también le dijo que era muy posible que aquel hombre estuviese parando en el hotel. Y tenía curiosidad por ver quién era aquel hombre y qué intenciones tenía. Y como se suponía que él no la conocía en persona, había pensado en acercarse al hotel sin darse a conocer para averiguar todo, de forma que él no supiera quién era.

Heliadora se rio.

—Está bien.—dijo —Vayamos a ver quién es ese hombre misterioso.

CAPÍTULO 26

¿QUIÉN ES? ¿POR QUÉ QUIERE DARME UN PREMIO?

Cuando Penélope y Heliodora se acercaban al hotel, la primera le dijo a la segunda:

—A ver si vemos un todoterreno no muy grande.

Las dos echaron un vistazo a los coches que había aparcados en la zona de aparcamiento del hotel.

—¡Mira! —dijo Penélope —¿Aquél no es un todoterreno?

—Sí, creo que sí. —contestó Heliodora —Yo tampoco entiendo mucho de coches.

—Vamos a mirar a ver si vemos alguna pista. —dijo Penélope.

Heliodora se rio.

—De acuerdo.

Las dos se acercaron sigilosamente al coche y empezaron a mirar por los cristales.

—¿Tú ves algo?— dijo Penélope.

—No. No veo nada de particular.

—¿Se puede saber qué hacéis?— dijo alguien por detrás de ellas.

Las dos miraron y vieron a Andrés con su amigo Marselio, riéndose ambos.

—Estamos buscando pistas. — dijo Heliodora.

Penélope se sintió algo avergonzada.

—¿A quién han matado?— preguntó Marselio.

Heliodora se rio.

—No han matado a nadie.— contestó — Estamos buscando a alguien, pero no sabemos quién es.

—¡Vaya, vaya!— exclamó Marselio, divertido —¿Eso sí que es interesante! Entonces, ¿cómo vais a buscarlo?

—¡Dejadme adivinar!— dijo Andrés, poniéndose los dedos índice y corazón en las sienes, y entornando los ojos — Vamos a ver, vamos a ver... Estáis buscando a una persona... veamos... ¿hombre o mujer?... ¡ah, sí!, ¡es un hombre!

Penélope miró expectante al marido de su prima.

—Esa persona no es de aquí.— continuó Andrés — ¿Voy bien?

—Sí. — respondió Heliodora, reprimiéndose la risa.

—Y ha venido... para entregar algo.

Penélope miró a su prima asombrada, pero Heliodora parecía estar divirtiéndose al igual que Marselio.

—Algo así como... — continuó Andrés — como un regalo.

—Pero — intervino Marselio — ¿qué tipo de regalo es? ¡Trata de adivinarlo!

—Pues... —Andrés hizo un gesto como de hacer un gran esfuerzo — parece un regalo muy personal..., pero... la persona que lo va a recibir... va a estar encantada. ¡Uf! ¡Ya está! ¡Ya no puedo ver nada más!

Marselio se rio y Heliodora también.

—Bueno, Andrés, — dijo Penélope —¿y tú cómo sabes todo eso?

—Él tiene sus métodos.— dijo Heliodora, divertida.

—¿De verdad?— exclamó Penélope.

—Sí, pero no son precisamente los de adivinación. — le aclaró Heliodora.

—¡Oye!— protestó Andrés —¡No me echas por tierra el espectáculo!

Marselio dio una carcajada.

—Seguramente, — dijo Heliodora a su prima —alguno de tus hermanos le ha comentado algo.

—¡Frío, frío!— exclamó Andrés.

Heliodora miró a su marido detenidamente.

—¿Tú has visto a ese hombre?

Andrés sonrió.

—¿Lo has visto?— repitió Penélope.

—Sí.

—¿Dónde?— inquirió Penélope.

—Aquí.—

—¿Y has hablado con él?— le preguntó Penélope.

—Hemos hablado con él.— se adelantó a decir Marselio.

Las dos primas miraron expectantes a los dos amigos.

—¿Y qué os ha dicho?— inquirió Penélope.

—Muchas cosas. Y muy interesantes.— contestó Marselio.

—Pero... ¿quién es?— preguntó la joven —¿Por qué quiere darme un premio?

—¿Un premio?— dijo Andrés —¿Quién te ha dicho que es un premio?

—Me lo ha dicho mi hermano Aimón, que lo vio ayer y le dijo que me traía un premio que yo había ganado.

Marselio empezó a reírse.

Andrés negó con la cabeza.

—Bueno, no sé si será un premio o qué. Pero no te preocupes. Cuando hables con él, se aclarará todo.

—¿Y dónde está ahora ese hombre?— preguntó Heliodora.

—Se fue hace rato.— contestó Andrés —Iba a buscar a Penélope.

La joven empezó a ponerse nerviosa.

—Pero... ¿tenía buenas intenciones? ¡Es que yo no comprendo nada! ¡No sé quién es ese hombre y por qué me trae ese regalo!

—¿No sabes quién es, de verdad?— preguntó Andrés. —¿no sospechas quién puede ser?

—¡No! Según le ha descrito mi hermano, es un hombre de mediana edad, alto pero no mucho, ni muy gordo ni muy delgado, y con gafas de sol.

—¡Tu hermano te lo ha descrito a la perfección!— exclamó Marselio, muerto de risa.

—Bueno, no te preocupes, Penélope,— dijo Andrés acercándose a ella y apoyándole una mano en la espalda —El misterio del hombre ya se va a resolver.

—¿Por qué?— preguntó ella extrañada.

—Porque precisamente está viniendo hacia aquí. Gírate y le verás.

Y Andrés, le empujó suavemente para que se girase y pudiera ver al misterioso portador del regalo.

CAPÍTULO 27

¿PERO QUÉ HACES AQUÍ?

Entonces Penélope miró y por fin descubrió quién era el misterioso personaje.

Por supuesto, era Ulises.

La muchacha se quedó asombrada de primeras, entonces se dio un tirón de un dedo de la mano, preguntándose si estaría soñando. Y como el dedo no se alargó, se dio cuenta de que, efectivamente, aquello estaba ocurriendo en el mundo físico. Luego volvió a mirar al joven, y tras unos segundos, y ante la sonrisa de él, se echó a reír de alegría.

Los demás también se rieron, inclusive el propio Ulises.

—¡Bueno! ¡Por fin se descubrió el misterio!— exclamó Marselio.

Ulises llegó hasta ellos y le dijo a Penélope:

—¡Qué difícil es poder encontrarte! ¡Y eso que es un pueblo pequeño!

Los demás se rieron.

—¡No es que sea difícil!— dijo Marselio —¡Es que Penélope es muy escurridiza!

—¡Dímelo a mí!— exclamó Ulises —¡No hago nada más que subir y bajar esa dichosa calle!

Todos se reían y Penélope miraba feliz a su amigo.

—¿Pero qué haces aquí?— le preguntó.

—Es que me hablaste tan bien de tu pueblo, me lo describiste tan maravilloso, que me dije: ¡Pues no se diga más! ¡Voy a conocerlo!

La joven se sentía muy dichosa.

—Ulises, — dijo Andrés —te presento a mi mujer, Heliadora. Heliadora, Ulises es un amigo de Penélope.

Los presentados se dieron un par de besos.

—Me alegra conocerte, Ulises.— dijo Heliadora.

—¡Oíd!— exclamó de repente Marselio —¡Me acabo de dar cuenta de una cosa!

—¿De qué?— dijo Heliadora.

—¿No lo veis? ¡Él se llama Ulises, y ella Penélope! ¡Como en la historia de la odisea de Ulises! ¡Vaya, vaya, vaya! ¡Qué sospechosa coincidencia!

Penélope se sonrojó un poco, y Ulises se rio.

—¡Anda Marselio!— exclamó Andrés —¿Tú no tenías que recoger a Tulia?

Marselio se rio.

—¡Bueno, bueno! ¡Ya me voooy!— dijo echando a andar hacia la entrada del hotel— ¡Hasta luego, chicos!

—Nosotros también nos tenemos que ir— dijo Andrés —¿Verdad, Heliadora?

—¡Verdad! — afirmó ella —Bueno, Ulises, espero que nos veamos en más ocasiones.

—Yo también.— contestó Ulises.

Heliadora y Andrés se despidieron y se marcharon.

Entonces Penélope le dijo a Ulises, con cierta timidez:

—Bueno... y ¿qué era esa historia de que me había tocado un premio?

Ulises se rio.

—Estaba jugando con tu hermano. Me ha caído estupendamente, sobre todo porque había que sacarle la información con sacacorchos.

Penélope se rio.

—Sí, es así siempre.

Los dos se miraron unos momentos y entonces él se puso más serio y le dijo:

—Cruel Penélope, ¿por qué me tratas así? ¡Creí que éramos amigos!

La joven se sorprendió por las palabras de reproche de él.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué te he hecho?

Él la miró extrañado y luego le dijo:

—¿No le devolviste a mi hermana la carta que te envié, sin darme ni siquiera una respuesta?

—¡Oh, vaya!— exclamó Penélope —¡Se trata de eso!

—Sí. Claro que se trata de eso. He estado esperando toda la semana una respuesta, una palabra tuya. Pero nada...

—Lo siento, de verdad. Pero creo que ha habido un malentendido. No sabía que esperabas una respuesta mía.

—Pero, ¿no leíste mi carta?

—No.

Ulises hizo un gesto de extrañeza.

—¿Cómo es posible? Adela me devolvió la carta abierta.

—Pero no fui yo quien la abrió.

—¿No?

—No.

Ulises se quedó pensativo.

—Escucha, — dijo Penélope —lo que pasa es que tu hermana y yo tuvimos una pequeña... discusión. Ella me entregó la carta, sí. Pero ya estaba abierta. Entonces tuvimos una conversación poco amigable. Y al final... la verdad es que me identifiqué con sus palabras, y me enfadé, y ella me quitó la carta y se fue. Luego vi que no venías los demás días y cuando le pregunté a Casandra, me dijo que tampoco habías ido a la reunión ciudadana. Así que como estaba preocupada, decidí preguntarle a tu hermana el viernes a última hora. Y aunque intenté hacer un esfuerzo para llevarme bien con ella, la verdad es que volvió otra vez a la carga, haciéndome preguntas personales que no me apetecía responder. Y luego...

A esta altura del relato, ella se quedó callada.

Ulises le sonrió.

—¿Y luego?

—Bueno, no tiene importancia.

—O a lo mejor sí. ¡Anda cuéntamelo!

—No. No tiene importancia, de verdad.

—Está bien.— dijo él —¿Pero de verdad estabas preocupada por mí?

—Pues sí. Porque no sabía si estarías enfermo o qué.

Ulises se rio.

—¡Entonces, eso quiere decir... que sí te importo!— exclamó, muy contento.

Penélope se sorprendió de primeras, pero luego se rio.

—¡Qué tonto eres!— dijo— Somos amigos, ¿no? ¡Es normal, entre los amigos!

—¡Sí, por supuesto!

—Pero entonces, ¿qué fue realmente lo que te pasó? ¿No estabas enfermo de verdad?

—¡No! ¡Claro que no! Lo que pasó fue que el que se enfermó fue el director del conservatorio, y entonces a mí me tocó sustituirle. Por eso tenía que ir más temprano al conservatorio, para abrir las puertas. Y de esa manera no me daba tiempo de llevar a Adela. Y también tuve que sustituirle en clases, por lo que tampoco pude ir a la reunión ciudadana.

—¡Ah! ¡Así que sólo fue por eso!

—Sí.— respondió él —Pero me alegro que haya ocurrido porque así he descubierto que no te soy indiferente.

Penélope se rio y le dijo:

—¡Me parece que te voy a tener que aclarar que ninguno de mis amigos me es indiferente!

—Admito que puede ser así. Pero también puede ser que yo sea el que menos indiferente te sea, de todos tus amigos

Ella volvió a reírse.

Él también se reía mientras la miraba con ternura.

—Oye,— dijo la joven — ¿y cómo has sabido que yo estaba aquí? ¿Acaso te lo dijo tu hermana?

—¿Adela sabía que tú estabas aquí?— preguntó Ulises, extrañado.

—Sí. Bueno, al menos yo se lo dije.

Él se quedó pensativo con el ceño fruncido unos momentos, y luego respondió:

—No. No fue ella. Mi hermana no me dijo nada. Me lo dijo Casandra.

—¿Casandra? ¿Y cómo es que te lo dijo ella?

El joven volvió a sonreír.

—¡No te creas que fue fácil, no!

—¿Por qué dices eso? ¿Es que no te lo quería decir?

—¡No, no es eso! ¡Es que tuve que echar mucho valor para ir a tu casa el viernes por la tarde para hablar contigo!

—¿Fuiste a mi casa?

—Sí. Es que tú tampoco me eres indiferente y como tampoco sabía nada de ti, decidí arriesgar mi vida y fui a tu casa.

Penélope se rio.

—Llamé al portero automático— explicó él — y por desgracia tú no estabas, pero por suerte sí estaba Casandra. Ella me abrió y subí a vuestra casa. Le pregunté por ti y entonces fue cuando me dijo que te habías ido al pueblo.

—Ya entiendo. Y luego decidiste venir para conocer Villalta.

—¡Algo así, sí!— dijo Ulises riéndose —Me dije que esta época podía ser tan buena como otra para conocer tu pueblo. Y de paso conocía también a mi posible futura familia política.

Penélope se quedó pensando en el significado de las últimas palabras y luego se rio.

—¡Sí, puede ser!— contestó —¡A lo mejor conoces aquí a alguna chica que no esté muy cuerda y esté dispuesta a casarse contigo!

—¡O a lo mejor ya la conozco!— dijo él, sonriéndose.

La joven iba a contestarle, pero no lo hizo. Sólo sonrió. De alguna manera, ya no le importó que el joven pensara que ella sí podía estar sintiendo algo más profundo por él.

Y Ulises pareció comprender y la miró muy contento.

—Bueno, pero entonces, —dijo Penélope —¿lo del regalo era sólo una broma?

—No. La broma era lo de que te había tocado un premio. Pero es verdad que te he traído un regalo. Ven conmigo al coche y te lo doy.

—Está bien, vale. Pero ¿por qué es el regalo?

—Te lo compré hace varios días.— dijo el joven, mientras abría el maletero del coche. —Espero que te guste.

Ulises sacó un paquete envuelto en papel de colores y se lo entregó a ella.

—Está bien, gracias.

Y empezó a abrirlo.

Se trataba de una colección de dvd con toda la tetralogía de "El anillo del nibelungo" de Richard Wagner.

—¡Oh! ¡Pero esto... te ha tenido que costar muy caro!

—No te preocupes por eso. ¿Te gusta? Mira, esta versión es la que más me gusta porque la puesta en escena es más apropiada a la historia. Es que en muchas de las versiones que se han hecho en los últimos años, las puestas en escena son horribles, desde mi punto de vista.

—¡Es demasiado, Ulises!

—¡Nada es demasiado para ti!

Penélope sonrió con timidez y le dijo:

—Muchas gracias. Cada vez que lo escuche, me acordaré de ti.

Ulises se rio.

—¡Con eso me basta! — dijo.

CAPÍTULO 28

¿NO VAS A QUEDARTE MÁS DÍAS?

—¡Bueno!— exclamó Ulises —¡Ya puedo irme satisfecho!

Penélope le miró extrañada.

—¿Qué dices? ¿Ya te vas?

—Sí. Ya he visto tu pueblo, que por cierto me ha gustado, y ya te he entregado el regalo. Así que ya puedo irme.—dijo riéndose.

—Pero... ¿tan pronto? ¿No vas a quedarte más días?

—No. Ya he hecho lo que venía a hacer.

—Pero... ¡no puedes irte todavía!— dijo la joven, dejándose llevar por sus sentimientos.

Él se rio.

—¿Por qué no?

—Pues es que... no es posible que hayas podido ver todo. El pueblo es pequeño, sí. Pero lo más bonito es el bosque y las montañas... ¡Eso no te ha podido dar tiempo de verlo!

—Sí, bueno. Pero eso lo dejaré para otro viaje que haga en otra ocasión. Quizás en verano.

—¡Pero es muy distinto en verano que ahora! ¡En esta época la naturaleza tiene otro encanto!— ¡Yo podría enseñarte montones de lugares a cual más espectacular!

El joven la miró sonriendo.

—Si no fuera porque me parece imposible, diría que quieres que me quede.

Penélope sonrió tímidamente y se quedó callada unos momentos. Luego contestó:

—Lo que pasa es que me parece que haber hecho un viaje tan largo nada más que para estar tan poco tiempo...

Ulises la miró con ternura.

—Escucha,— dijo —yo me quedaría todo el tiempo del mundo aquí contigo. Pero entiendo muy bien que has venido para estar con tu familia. Y no quiero robar tu tiempo.

La joven se quedó callada, pues no sabía qué contestar. Por un lado él llevaba razón, pero por otro, deseaba que se quedara. Y ante esa disyuntiva, no sabía qué podía hacer.

Él sonrió.

—Ya me enseñarás esos lugares tan maravillosos en otra ocasión.

La joven asintió, en silencio.

—En fin, — dijo el joven —voy a recoger mis cosas, y a pagar la habitación. Penélope, quiero que sepas que me voy muy contento. La semana que viene, trabajaré con el horario normal, creo. Así que ya nos veremos el miércoles en la facultad, cuando lleve a mi hermana.

Ella asintió.

—Entonces... —dijo él —nos vemos, ¿no?

—Sí.— contestó ella.

—Así me contarás más cosas de las que hayas aprendido con Frella.

Penélope le miró y le contestó:

—En realidad he aprendido más cosas con ella, sí. Pero lo que quizás no sepas es que he encontrado otras personas que ya conocían el trabajo psicológico y muchas cosas más.

—¿De verdad? ¿Y dónde las has encontrado? ¿Son estudiantes de la facultad como tú?

—No. Son personas que viven aquí.

—¿Aquí? ¿En el pueblo?

—Sí. Frella me advirtió que las encontraría y así ha sido.

El joven se quedó asombrado.

—¡Vaya! ¡Eso sí que es una sorpresa! ¿Y habéis hablado entonces sobre todos esos temas?

—¡Sí, claro!

El joven se quedó pensativo y luego le dijo:

—Ya veo que tienes muchas cosas que contarme. Tendremos que quedar una tarde, como el otro día. O el fin de semana que viene. Bueno, ya veremos. Lo hablaremos el miércoles. Si es que el director del conservatorio ya está bien, claro.

La joven sintió un impulso y le dijo:

—Ulises, ¿por qué no te quedas?

El joven la miró a los ojos y le respondió:

—Penélope, yo... ya te lo he dicho antes, no quiero que...

Ella le interrumpió:

—A mí me gustaría que te quedaras.

Ulises se quedó callado.

La muchacha se mordió el labio, pensando: "Me parece que me he pasado. Tal vez quiera irse, y yo le estoy presionando. ¿Qué te pasa Penélope? ¡Estás perdiendo el control!"

Así que para corregir su impulso, le dijo al joven:

—¡Vaya, perdona! ¡Qué pesada estoy!, ¿no? ¡Es tanta la pasión que tengo por mi pueblo que estoy deseando enseñárselo a todo el mundo! Debo parecerte una pueblerina latosa que se cree que su pueblo es el lugar más bonito del mundo. ¡Como si no hubiera lugares en el mundo que son maravillosos!

El joven sonrió y le dijo:

—¿Sabes cuál es el lugar más maravilloso del mundo, para mí?

Ella negó con la cabeza y contestó:

—No. No lo sé. ¿Cuál es?

—Es cualquier lugar... en el que te encuentres tú.

Penélope se quedó sorprendida por las palabras del joven y luego sonrió e impulsada por su corazón, se rindió y contestó:

—Y tú haces que este momento y este lugar sean los más maravillosos para mí.

Ulises sonrió expresando su felicidad en todo el rostro, y mirándola a los ojos exclamó:

—¡Dulce y bella Penélope! ¡Has sido muy cruel conmigo, pero eso hace que viva este momento mucho más feliz!

Ella se rio.

—Al final has ganado.— contestó —¡Has logrado conquistar mi corazón!

—Pero Penélope, ¿aún no lo has comprendido?— dijo él.

—¿Qué no he comprendido?

—Tu y yo estábamos ya unidos. Esto no es algo que ha surgido ahora. Incluso Frella te dijo que ya nos conocíamos. Y yo te recordé cuando nos vimos por primera vez en esta vida.

—Sí, puede ser. Aunque yo, desde luego, no recuerdo... — la joven se quedó callada porque una idea le había venido a la cabeza.

—¿En qué estás pensando?— inquirió el joven.

Penélope le miró y después sonrió.

—Acabo de darme cuenta de algo de lo que no había sido consciente hasta ahora mismo.

—¿Y qué es?

—¡Te vas a reír!

—¡Pues, venga, con más razón, cuéntamelo!

—Es que... el primer día que empecé las clases de la facultad, os vi a Adela y a ti llegar en la moto. Y, como te he dicho, en ese momento no era consciente, pero no podía dejar de miraros. Bueno... en realidad, me fijé en ti, porque... no me resultabas extraño. Luego, cada día, te buscaba con la mirada. Ahora me doy cuenta de que en realidad me gustabas, pero como tú nunca me miraste, o al menos nunca me di cuenta de que me mirases, mis sentimientos estaban en forma muy latente, que apenas se notaban. Por eso, cuando te vi en la reunión de la plataforma ciudadana, te reconocí inmediatamente.

—¿Lo ves? En el fondo de ti misma, me recordabas.

—Sí. Ahora me doy cuenta de que es así.

Él se rio.

—Entonces no te extrañará que haga algo que he hecho antes muchas veces.— dijo.

—¿El qué?

—¡Esto!

Y se acercó a ella, la abrazó y los dos se besaron.

Luego la joven le preguntó a él:

—¿Entonces te quedas?

—Sí.— respondió él — Me has convencido. Además, tendré que conocer al resto de mi futura familia política y esos paisajes tan maravillosos.

Penélope se rio.

CAPÍTULO 29

CREO QUE HAN SIDO LOS DÍAS MÁS INTENSOS DE MI VIDA

Tras estar un buen rato conversando de muchas cosas, quedaron en que Penélope iba a hablar con sus padres y por la tarde volverían a verse.

Después de comer, Penélope les contó a sus padres su recién comenzada relación con Ulises. Estuvo un buen rato explicándoles cómo era el joven, y les confesó que a pesar de que no hacía mucho tiempo que se conocían, ella le quería de verdad.

Sus padres sabían que su hija era muy responsable y no tenía la costumbre de tontear con chicos, con lo cual, pensaban que aquella relación tenía toda la pinta de ir en serio.

Así, más tarde, poco antes de la hora de cenar, la joven llevó a Ulises a su casa para presentárselo a sus padres.

Y para alegría de ella, todos se entendieron bastante bien.

También le presentó a Ulises el resto de sus hermanos, y a éstos, daba la sensación de que les hizo mucha gracia que su hermana mayor ya tuviera un novio. Especialmente a las niñas, porque estaban con las risitas todo el tiempo, lo cual parecía divertir bastante al joven.

Por otro lado, Ulises hizo enseguida amistad con otra gente del pueblo. Conoció a Lelio, el padre de Píndaro y líder del partido político de la izquierda, el cual ya había sido varias veces alcalde del pueblo. También a Alejandra, que también tenía fuertes convicciones de izquierdas, y por cierto mostró bastante interés en la plataforma ciudadana a la que solía acudir Ulises.

Y, como no, junto a Penélope pasó varios ratos hablando con Heliodora y Andrés compartiendo inquietudes.

Así mismo, Penélope pudo combinarse perfectamente para poder distribuir su tiempo entre su familia, sus estudios, y el joven.

Y el martes llegó y la joven pareja tuvo que regresar a la capital.

Cuando llegaron por fin al piso que Penélope compartía con sus compañeras, ella le dijo:

—Ulises, cuando me fui nunca pude imaginar todo lo que iba a vivir en estos cuatro días. Creo que han sido los días más intensos de mi vida. He vivido tantas cosas en tan poco tiempo, que me parece que me fui hace un mes, por lo menos.

Él se rio.

—¡Pues imagínate a mí, que he conocido en cuatro días a casi todo un pueblo!

La joven se rio también.

Luego se despidieron como se despiden los enamorados, y se dijeron que se verían al día siguiente.

CAPÍTULO 30

"ALGO LE PASA. ¿QUÉ SERÁ?"

Cuando Penélope llegó al piso, encontró a Conchita cenando.

—¡Hola!— saludó Penélope.

—¡Hola! ¿Cómo te lo has pasado en tu pueblo?

—¡Muy bien! ¡Han sido cuatro días maravillosos!

Su compañera de piso la miró con una media sonrisa.

—¡Ah, sí! ¿Y eso por qué?

—Porque... en fin, luego os lo cuento a Casandra y a ti.

—Cuéntamelo a mí. Porque Casandra ya se ha acostado.

—¿Tan pronto? ¡Qué raro!

—¡Chica! ¡Qué quieres que te diga! ¡Debe de haber cogido un virus o algo así!

—¿Un virus? ¿Por qué? ¿Qué le pasa?

—Es que lleva un par de días que no tiene ganas de comer, y con el estómago revuelto.

—¡Ah! ¡A lo mejor ha comido algo en mal estado!

—No sé, ¡pero está de un humor más tonto!

—¡Hombre, si se encuentra mal...! Pero ¿tiene fiebre?

—No sé. Pero creo que no.

—¡Pues vaya!, ¡pobrecilla!

—Sí. Pero, venga, cuéntame por qué te lo has pasado tan bien en tu pueblo.

Penélope sonrió y pensó: "Conchita no conoce a Ulises. Y ahora no tengo ganas de contarle todo desde el principio."

—Lo que pasa, — dijo —es que nunca había estado tanto tiempo y tan lejos de Villalta y de mi familia, y me dio mucha alegría volver.

—¡Ah, bueno! ¡Eso es normal! Yo, como voy a menudo a casa de mis padres... no les echo tanto de menos.

—Claro, es que tu pueblo sólo está a cincuenta kilómetros de aquí. Y tampoco es tan pequeño como Villalta.

—Algún día tendremos que ir Casandra y yo a conocer tu pueblo.

Penélope sonrió.

—¡Claro! ¡Me encantaría enseñároslo, y también los alrededores!

Conchita se rio.

—¡Hay que ver la pasión que tienes con Villalta!—exclamó.

—¡Sí, es verdad! ¡Me encanta!

En ese momento, apareció Casandra.

—Hola, Penélope.

—¡Hola! ¿Cómo estás? Me ha dicho Conchita que no te encontrabas bien.

Casandra negó con la cabeza, muy seria, y dijo:

—Ya se me pasará. No os preocupéis.

—Pero... ¿cómo te sientes?, ¿estás mejor?

—¡Síiii!— contestó Casandra, con impaciencia — ¡Ya te he dicho que no te preocupes! ¡No tiene importancia!

—¡Bueno, vale! ¡Pero no te enfades!

—¡No me enfado! ¡Sólo quiero que dejéis de estar tan pesadas!

Penélope miró a Conchita y ésta le miró haciendo un gesto como diciendo: "¿Lo ves?".

—¿Y tú?— dijo Casandra —¿Cómo te ha ido en Villalta?

Penélope, algo extrañada por la reacción de Casandra, intentó contestar lo más naturalmente posible:

—¿En Villalta? Pues... muy bien. Todo ha ido muy bien.

—¿Sabes que vino Ulises preguntando por ti el viernes, poco después de que te fuiste?

Penélope sonrió.

—Sí. Sí lo sé. Me lo dijo él.

Casandra la miró extrañada.

—¿Te lo dijo él?— repitió —¿Cuándo?

—¿Quién es Ulises?— intervino Conchita.

—Me lo dijo... el domingo.— contestó Penélope.

—¿Te llamó por teléfono, o qué?— inquirió Casandra— Porque yo no le di ningún teléfono.

—¿Pero quién es Ulises?— insistió Conchita.

—No, no me llamó.— contestó Penélope, sonriendo — Fue allí.

—¿Fue allí?— dijo Casandra asombrada —¿Quieres decir que se presentó en Villalta?

—¡Eso es!

—¡¿Me queréis decir de una vez quién es Ulises?!— gritó Conchita.

Penélope y Casandra la miraron y luego se rieron.

—Está bien, Conchita— dijo Penélope —te lo diré. Es el hermano de una compañera de clase, al que veía todos los días, pero con quien nunca hablé, hasta que me lo encontré en aquella reunión ciudadana a la que fui con Casandra hace un par de semanas. Entonces empezamos a hablar y luego nos encontramos en la facultad y seguimos hablando. Después me invitó a una ópera, porque él es director de orquesta además de profesor del conservatorio. Y luego nos vimos otra vez. El caso es que nos fuimos haciendo amigos... hasta que este fin de semana fue a Villalta y... en fin, chicas, ¡que ya somos novios!

Casandra se rio y Conchita exclamó:

—¡Claro! ¡Por eso estabas tan contenta! ¡No era porque habías ido a tu pueblo, sino porque él se te había declarado!

Penélope se rio:

—Bueno, ¡por las dos cosas!— contestó.

—¡Sí, sí! — dijo Conchita riéndose — ¡Espero que me lo presentes pronto!

Penélope asintió.

—En realidad se veía venir.— dijo Casandra — Pero lo que no me esperaba es que se iba a presentar allí.

Penélope sonrió, feliz.

Cassandra le sonrió también.

—Me alegro mucho por ti, Penélope. Ulises es un buen chico.

—Gracias.

—Ya sólo me falta encontrar pareja a mí. —dijo Conchita riéndose—¡Espero encontrar un príncipe azul, guapo y rico!

Penélope sonrió por la broma. Pero luego miró a Cassandra y la vio muy pensativa y seria.

Y se dijo: "Algo le pasa. ¿Qué será?"

CAPÍTULO 31

ME TIENE UN POCO PREOCUPADA CASANDRA

Por la mañana, cuando Penélope estaba desayunando en la cocina, entró Casandra.

—¡Buenos días!—saludó Penélope

—Buenos días.— respondió Casandra.

—¿Estás mejor?

Casandra resopló y le contestó:

—¡No es nada importante! ¡Ya os lo he dicho! ¡Haced el favor de no preocuparos!

—¡Está bien, está bien! ¡Perdona!— dijo Penélope.

Casandra se sirvió un vaso de agua.

—Hay café recién hecho.— dijo Penélope.

—Está bien. Tomaré un poco.— dijo Casandra.

Casandra fue a servir en una taza, pero de repente, soltó rápidamente la cafetera, mientras hacía gestos como de tener náuseas. Y se fue corriendo de la cocina.

Conchita entró en ese momento.

—¡Ya está otra vez!— exclamó —No ha querido ir al médico, porque decía que ya se le quitaría. Pero la verdad es que lleva así... tres días. Y casi no come.

Penélope se quedó callada, mientras pensaba: "Espero que no sea nada malo."

—Tenemos que decirle que vaya al médico.— dijo Conchita —Aunque se enfade.

—Ya. Pero es que no quiere que le digamos nada.

—Sí. ¡Está de impertinente! ¡En fin! ¡Que haga lo que le dé la gana!— dijo Conchita, algo enfadada — ¡Yo ya no pienso preocuparme por ella!

Penélope se quedó pensativa: "Seguramente estamos exagerando y es sólo una pequeña indigestión."

Más tarde, al llegar a la facultad, vio a Ulises que la estaba esperando.

Los dos se acercaron sonriéndose entre sí.

—¡Hola, bella Penélope!

—¡Hola, astuto Ulises!

Los dos se rieron y luego se dieron un beso.

—¿Qué tal has pasado la noche?— preguntó él.

—Por un lado bien, y por otro mal.

—¿Eh? ¿Qué misterio esconde esa respuesta?

Ella se rio.

—Digo que por un lado bien, porque he dormido de un tirón. Y por otro mal, porque lo ideal sería haber estado consciente en el astral, y no ha sido así.

—¡Ah, ya! En ese caso, yo también podría decir lo mismo.

Penélope sonrió.

—Por lo demás, —dijo él — ¿todo bien?—La joven se mordió un poco el labio y luego respondió:

—Me tiene un poco preocupada Casandra. Lleva tres días con el estómago mal. Come poco y encima me parece que vomita de vez en cuando. Pero no quiere que le

digamos nada. Y según me ha dicho Conchita, nuestra otra compañera de piso, no ha querido ir al médico.

Ulises se quedó pensativo.

—Tal vez quiera ir hoy. — opinó —Recuerda que el lunes y el martes fueron fiesta. Y tal vez no le apetecía ir a urgencias.

—Sí, llevas razón. Pero no sé por qué no quiere que nos intereseamos por ella.

—A lo mejor no quiere preocuparos. Por lo poco que conozco a Casandra, es una chica muy independiente que le gusta tomar sus propias decisiones.

—Sí, ya.— dijo Penélope, pensando en Casandra.

El joven le sonrió y le dijo:

—¡Venga, no te preocupes! ¡Seguro que no es nada grave! ¿Nos vemos esta tarde?

Ella asintió, muy contenta.

—Sí. Pero ahora tengo que entrar, que llego tarde.

—¿Te recojo a las 8 en tu casa?

—Vale.

Se despidieron y luego se fueron cada uno por su lado, con el corazón contento.

Cuando entró en clase, Adela se le acercó:

—Eres una mentirosa. — le dijo, mirándola fijamente y con desprecio.

Y antes de que Penélope pudiera reaccionar, la otra joven se alejó de ella al otro extremo, pues el profesor estaba entrando.

Sin embargo, después de la clase, Adela volvió a acercarse a ella y nuevamente le dijo:

—Eres una mentirosa.

—¿Por qué dices eso?— preguntó Penélope.

—Porque me dijiste que mi hermano y tú sólo erais amigos, pero no es cierto. ¡Os he visto besándoos!

Penélope se quedó callada porque no sabía qué contestar.

Adela continuó:

—¡Ya sabía yo que ibas a por él! ¡Eres una falsa!

Penélope empezó a sentir que hervía por dentro, y rápidamente se acordó del Trabajo Interior, y haciendo un súperesfuerzo por separarse del yo de la ira, pidió a su Madre Divina que lo eliminase.

Y ante su silencio, Adela continuó:

—¡Hasta que no le has atrapado, no has parado! ¡Pero desde luego, no cuentas conmigo para andar de mensajera!

—Pero Adela, — contestó Penélope— ¿se puede saber por qué me tienes esa manía? ¿Qué te he hecho yo?

Adela se quedó callada un momento, como no sabiendo qué contestar, pero después dijo:

—Simplemente que eres una pueblerina con ambiciones, e ideas revolucionarias y estás queriendo llevar a mi hermano a tu terreno. Pero Ulises no es para ti. Él es muy superior a ti, y no le mereces, ¿te enteras?

—Es cierto que vengo de un pueblo pequeño, pero eso no es un crimen. Y en cuanto a las ideas...

Pero Adela le interrumpió gritándole:

—¡Lo que es un crimen es que hayas embaucado a Ulises con tu falsedad!

Penélope la miró sorprendida y le contestó:

—Sigo sin entender por qué me tienes ese odio.

Adela la miró con desprecio y le respondió:

—¡No me...— se quedó callada un momento y luego continuó — no te llevarás a mi hermano!

Y se marchó rápidamente.

Penélope se quedó asombrada y se dijo: "¡No entiendo nada! ¿Qué mosca le habrá picado a esta chica?".

CAPÍTULO 32

ULISES TIENE MUCHAS GANAS DE CONOCERTE

En el descanso, tras la clase con la profesora Angelina, Penélope pudo hablar con ella.

—Frella, se cumplió todo lo que me dijiste.— dijo la joven, muy entusiasmada.— La profesora sonrió.

La joven, le contó su encuentro con su prima Heliodora y su esposo Andrés, y cómo éstos le dijeron que existían otras dimensiones superiores aparte del mundo astral, y también le hablaron del trabajo con las energías sexuales.

Frella asintió.

—Es correcto lo que te explicaron. Se podría decir que hay tres formas principales de utilizar el sexo. Una primera forma es la de quienes lo usan para crear nuevas criaturas, o sea para tener hijos. Una segunda forma es la de aquellos que utilizan el sexo solamente para satisfacer un placer de tipo egoico. Y existe una tercera forma de utilizar la sexualidad, que es la de aquellos que pretenden crear algo superior, es decir, crear cuerpos para otras dimensiones, despertar conciencia y potenciar las facultades divinas latentes en todo ser humano. Para ello, como muy bien te explicó Heliodora, es necesaria la unión sexual del hombre y la mujer sin perder jamás la energía, sin llegar jamás al espasmo sexual. También debes saber que este tipo de trabajo es muy delicado y se practica entre parejas estables. Casadas o parejas de hecho, pero estables. Porque la unión sexual crea un vínculo kármico. Por eso cuando se tienen relaciones sexuales con distintas personas, se ligan kármicamente los unos a los otros. Y en este trabajo alquímico de creación de cuerpos superiores, éste aspecto hay que cuidarlo absolutamente. Pues no es sólo el vínculo que se crea en la pareja que transmuta sus energías sexuales, sino que los canales por los que asciende la energía transmutada, son tan delicados que cualquier cambio de pareja los daña. Es por ejemplo como si tú estás acostumbrada a llevar unos zapatos y de repente te pones otros nuevos y te hacen rozaduras. Por tanto es necesario mantenerse fiel siempre, porque de otra manera, esos conductos se dañan y el trabajo ya hecho se perdería.

—¿Entonces este trabajo, aunque no se pierda la energía, no serviría si se practica con diferentes personas?

—¡Eso es!— contestó Frella.

—¿Y en el caso hipotético de alguien que pierde su pareja, porque haya muerto, o porque le ha dejado o se han divorciado?

—En ese caso, tendrían que esperar al menos un año sin tener contacto sexual. Para que las energías y los conductos se estabilicen. Y para que el vínculo que había a nivel del karma se cierre correctamente.

Penélope asintió.

—Heliodora no tuvo tiempo para explicarme cómo eran las otras dimensiones. ¿Me hablarás tú de ellas algún día?

La profesora se quedó callada un momento y luego dijo:

—Esta tarde voy a ir a la librería en la que nos encontramos el otro día.

—¿La de la plaza de Al Ándalus?

Frella asintió.

—Voy a estar allí a última hora.—dijo.

—¡Um!— asintió Penélope, sonriendo.

La profesora también sonrió y luego se despidió y se marchó por el pasillo.

La joven se quedó pensando: "Seguro que cuando se lo diga a Ulises, va a querer que nos acerquemos a la librería."

Y llevaba razón, porque cuando el joven supo que la misteriosa profesora estaría allí, no dudó en decirle a su novia:

—¡Claro! ¡Vamos a la librería! ¡Nos da tiempo de llegar antes de que cierren!

Mientras caminaban hacia la plaza AlÁndalus, el joven le preguntó a Penélope por Casandra.

—Conchita y yo le hemos preguntado que si había ido al médico y nos ha dicho que tenía cita con él esta tarde. Pero no te creas que nos lo ha dicho de buena gana. Yo la noto preocupada y creo que se está temiendo lo peor.

—¿A qué te refieres?— inquirió el joven.

—Pues... es que hace algunas semanas nos contó que su madre murió de un cáncer de estómago hace algo más de un año.

—Ya veo. Y ahora ella piensa que tiene lo mismo.— dijo él.

—No sé. Puede ser. O a lo mejor eso le recuerda a su madre.—

—Puede ser, sí.— dijo Ulises mirando a la joven —Pero Penélope, no te preocupes. Seguro que no es nada de eso. Ya lo verás.

—Eso espero.— contestó ella mirando a su novio.

Los dos caminaron en silencio un poco, hasta que ella le dijo a él:

—Oye, me parece que no le caigo muy bien a tu hermana.

Él la miró.

—¿No? ¿Por qué dices eso?

—Es que... si te soy sincera, las pocas veces que hemos hablado no ha sido en muy buenos términos. Y hoy... en fin, ya sabe que estamos juntos y... creo que no le ha gustado la idea.

Ulises se quedó pensativo.

—Ella piensa que mereces alguien mejor que yo.— dijo la joven.

—Que te quede una cosa clara.— contestó él —No hay nadie mejor que tú para mí. Más bien tú mereces alguien mejor que yo. Así que no le hagas caso en eso... Mira, mi hermana no es una mala chica, pero ha recibido una educación orientada hacia horizontes muy distintos a los que tú aspiras y a los que yo siempre he renunciado por pura convicción.

—Debe ser eso. Porque me reprocha las ideas que tenemos sobre el trabajo interno.

Ulises se sorprendió por las palabras de ella.

—¿Que te reprocha las ideas que tenemos sobre el trabajo interno? ¿Cómo es posible? ¡Si yo no le he comentado nada de eso, aún!

—¿No? ¿Pues entonces por qué me dice que si yo también tengo esas ideas del cambio revolucionario?

El joven se quedó pensativo y luego se rio:

—La has entendido mal. Seguramente se refería a las asambleas ciudadanas. Mi familia sabe que yo voy a esas reuniones y que tengo otras ideas políticas diferentes a las suyas. Lo cual no les hace ninguna gracia.

—¡Ah, ahora lo entiendo!— exclamó Penélope.

—No le hagas caso a Adela. Ya te conocerá mejor y os llevaréis bien. Ya lo verás.

—¡Ojalá que sí! ¡No es agradable tener enemigos!

—¡Claro, tonta! ¡No te preocupes por eso!— le dijo el joven.

Penélope sonrió pensativa y luego le dijo:

—Entonces no andaba yo muy descaminada la primera vez que te vi en aquella asamblea, cuando te dije que me resultaba raro verte en una reunión de ese tipo.

Ulises se rio.

—No. No andabas muy descaminada, no.

Así, hablando, llegaron a la plaza de AlÁndalus, y se dirigieron directamente a la librería.

Cuando apenas les faltaban unos metros para llegar, salió la profesora de la tienda y les dijo:

—¡Hola, chicos! ¿Os apetece alguna bebida caliente?

Los jóvenes sonrieron. Ciertamente con el frío, apetecía muchísimo.

—¡Pues entonces, entremos en la cafetería de enfrente!— contestó Frella.

Capítulo 33

HELIODORA ME DIJO QUE NOSOTROS NO TENEMOS UN VERDADERO CUERPO ASTRAL

—¡Me alegra conocerte por fin, Frella!— exclamó Ulises, mientras se sentaban en una mesa de la cafetería — ¡Penélope me ha hablado mucho de ti y de las enseñanzas que le has dado!

La profesora sonrió.

—Penélope ha sido una buena transmisora de lo que ha estado aprendiendo.— contestó.

Ulises sonrió y miró a su novia.

—Sí. Eso es cierto.—respondió.

Una camarera se acercó a su mesa y ellos hicieron su pedido.

—Bien.— dijo Frella —Ya conocéis en mayor o menor grado algunas nociones sobre el mundo astral. Existen otras dimensiones superiores y también existen otras dimensiones inferiores o infradimensiones. Las dimensiones superiores son de una naturaleza superior a la tercera dimensión o mundo físico, aunque debe quedar claro que todas las dimensiones se interpenetran. En ellas rigen menos leyes que van disminuyendo conforme se va subiendo de dimensión. La cuarta dimensión, también conocida como mundo vital o mundo etérico, existe aquí mismo, pero con una vibración diferente, y por ello no se puede captar con los sentidos físicos. Sin embargo, todo el mundo posee un cuerpo vital que envuelve a su cuerpo físico y que le da la vitalidad, como su nombre indica. Repara el cuerpo físico en la noche, cuando el ego se sale al mundo astral, y es más duradero que el cuerpo físico, ya que tarda más en descomponerse tras la muerte. Incluso cuando se amputa un miembro, la parte vital todavía permanece un tiempo. De hecho hay quien siente sensaciones en la parte correspondiente al miembro que ya no tiene. En cuanto al mundo vital en sí, es maravilloso. Allí, la naturaleza resplandece con una belleza incomparable. En él se mueven los elementales de las plantas y los minerales. También hay algunas humanidades que vienen desde antiguas razas de la Tierra, desde mucho antes de la Atlántida. Y a veces hay entradas interdimensionales, en las que se puede pasar con el cuerpo físico. Bien por accidente, bien de forma voluntaria.

Los dos jóvenes escuchaban muy atentos a todo.

La camarera les sirvió y se marchó. Y Frella prosiguió:

—En cuanto al mundo mental, éste pertenece también a la quinta dimensión, pero es de una vibración superior y distinta a la del mundo astral. Es el mundo de la mente. Allí también hay templos de sabiduría en los cuales se pueden aprender y hacer otro tipo de investigaciones diferentes a las del mundo astral. Alguien bien entrenado que se mueva en el mundo mental, puede conversar directamente con sus propios yoes, a los cuales los va a ver tal y como son, y conocer sus resortes secretos, cómo se alimentan, etcétera. También allí, se puede trabajar la curación de enfermedades mentales, por medio de Maestros de la Medicina. Para poder desdoblarse al mundo

mental, es necesario tener ya un dominio de conciencia en el mundo astral, porque el desdoblamiento se produce desde el astral al mental.

—Frella, — dijo Penélope — Heliodora me dijo que nosotros no tenemos un verdadero cuerpo astral, y que nos movemos en ese mundo con una especie de vehículo del ego. ¿Ocurre lo mismo con el cuerpo mental?

—Efectivamente. Por eso es necesario trabajar con la alquimia sexual, con la transmutación de las energías sexuales, para poder crear esos cuerpos.

—¿Y lo mismo con el mundo causal?— insistió Penélope —¿También tenemos un vehículo para el ego?

—No. Eso es distinto. En el mundo causal, el ego no se manifiesta de la misma forma que en las dimensiones astral o mental, porque es una dimensión superior. Es el mundo de la conciencia. En ese mundo los Maestros se mueven libremente, pero los aspirantes, sólo llegan a través de la meditación. En ese caso, la conciencia se libera temporalmente del ego y se mueve en el mundo de las causas. Es el mundo de la voluntad consciente. Por eso, cuando alguien logra llegar al éxtasis mediante la meditación, cuando logra llegar al Vacío Iluminador, regresa con una fuerza espiritual enorme. Sin embargo, hay que advertir que aunque la meditación es un alimento magnífico y maravilloso para la conciencia, si no se trabaja con la muerte del ego, al final, la conciencia seguirá atrapada. Hay verdaderos maestros de la meditación que han conseguido unos logros inimaginables, sean monjes, yoguis, o faquires, pero que cuando mueren físicamente y vuelven a nacer, siguen estando tan dormidos como cualquier otra persona que no haya trabajado nunca sobre sí mismo. Y eso es una verdadera lástima.

Penélope y Ulises se quedaron callados, impresionados por las últimas palabras de Frella.

La profesora sonrió.

—Por eso es tan importante trabajar seriamente con la eliminación del ego. — dijo.

—¿Y existen más dimensiones superiores?— inquirió Ulises.

—Sí.— contestó la profesora — Existe el mundo búddhico. Éste también pertenece a la sexta dimensión pero es de una vibración superior. En alguna ocasión hablamos del alma humana y del alma divina. Pues bien, el mundo causal es la región del alma humana, y el mundo búddhico es la del alma divina. El mundo búddhico es el mundo de la intuición. Superior a éste es el mundo átmico, la región de Atman, del Íntimo, de nuestro Dios interno. De nuestro Maestro interno.

—¿Quieres decir que nuestro Dios interno está en esa dimensión?— preguntó Penélope.

—Él se mueve desde esa dimensión.— contestó Frella —Pero recuerda que todas las dimensiones se interpenetran. Sólo que son de diferentes vibraciones.

—¿Y hasta qué dimensión llega el ego?— preguntó Ulises.

—Podríamos decir que en bruto sólo hasta el mundo mental. Eso es porque existe el astral superior y el astral inferior. El ego se mueve en la parte inferior. A partir de la sexta dimensión, es decir desde el mundo causal, los mundos son cada vez más espirituales. Sin embargo, existen unos residuos del ego, o lo que se conoce también por yo causa, que está hecho de detalles minúsculos pero que fue el principio del ego o

la raíz del ego, y que se encuentra en el mundo causal. El trabajo de eliminación del yo causa, se hace cuando ya se ha eliminado un tanto por ciento bastante significativo del ego, e incluso ya se han creado los cuerpos superiores. Ése ya es un trabajo para Maestros.

—¿Y ahí se acaba todo,— dijo Ulises —o existen más dimensiones?

—Sí. Existen más. — contestó la profesora — Están el Nirvana, el Paranirvana, el Mahaparanirvana y el Empíreo. Y también hay otros, pero no nos vayamos tan lejos. Sólo quedaos con lo más importante. Y es que este mundo que captáis a través de los cinco sentidos, no es el único que existe aquí y ahora. Ya habéis podido experimentar el mundo astral, que es el mundo de los sueños. Pero existen otros mundos, otras dimensiones. Y seres que viven en esas dimensiones. Todo lo que ocurre en este mundo físico, no es todo. De hecho, es casi nada. Cuando alguien tiene la conciencia despierta y domina las dimensiones superiores, todo lo que ocurre aquí, se ve desde una óptica muy diferente. Cuando uno conoce las leyes del universo, cuando uno recuerda sus vidas anteriores, cuando comprende por qué le suceden las cosas, cuando ve lo que ocurre realmente en una situación desde un punto de vista completo y objetivo, empieza a dejar de ser víctima de las circunstancias, y comienza a crear nuevas circunstancias de forma consciente.

Los jóvenes asintieron.

—Y para eso,— dijo la profesora —hay que empezar por trabajar con lo que ya tenéis. Y a medida que vayáis profundizando en ese trabajo interior de autoobservación, y de eliminación de los defectos psicológicos, iréis recuperando más conciencia, y veréis cada vez detalles del ego que antes creíais que no eran del ego, y podréis eliminarlos y despertar conciencia paulatinamente.

Penélope y Ulises continuaban callados escuchando. Y Frella continuó:

—Este trabajo de eliminación de los defectos es básico y fundamental y es el primero de los tres pilares de actuación para volver a unir lo que está desunido. Es decir, volver a unir la conciencia a nuestro Real Ser profundo. El segundo pilar es el del nacimiento alquímico, del cual ya tenéis algunas nociones. Es decir crear esos cuerpos superiores para que el Ser pueda utilizarlos. Y el tercer pilar es el compartir de corazón y sin ninguna intención de lucro, las enseñanzas que se han aprendido, para dar la oportunidad a otros de que también puedan llevar a cabo estos trabajos para su despertar y liberación interior.

Los jóvenes asintieron.

— Hoy hemos visto las supradimensiones o dimensiones superiores.— dijo Frella — Otro día veremos las dimensiones inferiores o infradimensiones.

—De acuerdo.— dijo Penélope —Muchas gracias, Frella, por estas explicaciones.

—Sí.— ratificó Ulises —Te estamos muy agradecidos. No sé de qué manera te podríamos devolver lo que nos estás dando.

—La mejor manera es llevando a cabo todas estas enseñanzas, experimentando y viviéndolas en vosotros mismos.

Los muchachos asintieron, en signo de comprensión.

Tras eso, se levantaron, Frella se despidió, y se marchó. Por su parte, Penélope y Ulises se fueron muy animados dando un paseo, a cenar a una bocatería cercana a la casa de ella.

CAPÍTULO 34

TENGAMOS PACIENCIA. TARDE O TEMPRANO LO SABREMOS.

Cuando Penélope llegó a su casa, Conchita estaba en el salón, viendo una película.

—Hola.— dijo Penélope.

—Hola.— contestó Conchita, parando la película.

—¿Ha venido ya Casandra?— preguntó Penélope.

—Sí. Está en su dormitorio.

—¿Y sabes qué le ha dicho el médico?

Conchita negó con la cabeza.

—¡Nada, chica! ¡No ha querido decirme nada! ¡Yo no entiendo por qué se tiene que poner tan borde! ¡Encima que nos interesamos por ella!

Penélope se quedó extrañada.

—¿Pero ha ido o no?— preguntó.

—¡Que no lo sé! ¡No sé si ha ido o no ha ido! ¡No sé si le ha dicho algo o no! ¡No sé nada!— exclamó Conchita enfadada

Penélope suspiró.

—¿Pero tú qué le has preguntado?— inquirió.

—Yo le he dicho: "Casandra, ¿qué te ha dicho el médico?", y ella me ha contestado: "Ahora no tengo ganas de hablar.". Entonces yo le he preguntado si había ido al médico, y ella, con muy malas maneras, me ha contestado: "¡Ya te he dicho que no quiero hablar de eso ahora! ¿Es que eres sorda?". Así que como ya ha colmado mi paciencia, le he dicho: "¡Ea! ¡Pues vale! ¡Pues que sepas que ya me da igual! ¡Y que estoy harta de tu mala leche!". Entonces ella se ha metido en su cuarto, encorajinada, y ya no ha salido ni a cenar. Y claro, yo... luego he empezado a pensar y a pensar, y ya no sé si es que le han dicho algo grave, y no lo quiere admitir, y por eso tampoco nos lo quiere decir. Y como me he arrepentido de haberle gritado, me he acercado a su puerta y le he llamado, y le he dicho: "Casandra, perdona por lo que te he dicho antes.", pero ella no me ha contestado nada. La he vuelto a llamar y entonces me ha dicho: "¡Déjame en paz!". Así que ya... ¿qué quieres que te diga? ¡Ya paso de ella! ¡Encima de que le he pedido perdón, sigue con la mala leche! ¡Pues la verdad es que me da mucho coraje! Y como estaba muy cabreada, me he puesto a ver una película de Filipo Estívensen, a ver si así se me pasaba la rabia.

Penélope escuchó a su amiga y luego le puso la mano sobre el hombro y le dijo:

—Conchita, yo creo que debe de pasarle algo grave, y debe de estar muy preocupada porque ella no es normalmente así.

—¡Si yo estoy de acuerdo contigo! ¡Pero ella también podía darse cuenta de que nosotras también estamos preocupadas!

—Tengamos paciencia. Tarde o temprano lo sabremos.

Conchita asintió.

—Bueno,— dijo Penélope —yo me voy a ir también a la cama, que estoy muy cansada.

Conchita le sonrió y le preguntó:

—¿Y qué tal tú con Ulises?

—¡Muy bien!— respondió Penélope — Hemos estado comiendo en "Pan y Algo".—

Conchita hizo un gesto de sorprendida.

—¿Qué pasa,— dijo — que es tan pobre que no te puede invitar a un restaurante?

Penélope se rio.

—¡Para que veas que no estoy con él por su dinero!

Conchita sonrió:

—Entonces debe de ser muy guapo.

Penélope volvió a reírse.

—Ya te lo presentaré un día de estos.— dijo.

—Vale.— respondió Conchita.

Penélope sonrió.

—Me voy a la cama.— dijo — ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches, Penélope!

Pero ni al día siguiente, ni al siguiente, Penélope ni Conchita lograron saber nada acerca de Casandra. De hecho no lograron verla, porque la joven cuando se encontraba en casa, estaba metida en su dormitorio todo el tiempo.

Y el fin de semana se marchó a su pueblo. Pero no se lo dijo a sus compañeras. Ellas lo supieron porque Casandra les dejó una nota pegada en el frigorífico. Con lo cual, las dos jóvenes pudieron ver claramente que la otra no deseaba hablar con ellas. Y esta forma de actuar las preocupó aún más.

Penélope hablaba de ello con Ulises. Y éste intentaba tranquilizarla, pero la joven estaba muy desconcertada ante la forma de actuar de su amiga.

Por fin llegó el domingo por la noche, y Conchita y Penélope estaban en la cocina terminando de fregar los platos, cuando llegó Casandra.

La recién llegada, al pasar por la puerta de la cocina, las miró y se quedó quieta. Las otras dos la miraron también.

Penélope rompió el hielo y le dijo:

—Hola Casandra. ¿Te lo has pasado bien en tu pueblo?

Casandra suspiró.

—Hola, chicas. Siento haber estado tan... alejada estos días.

Penélope le sonrió, pero Conchita no.

Casandra se dio cuenta del gesto de ésta última y le dijo:

—Y también siento haber sido tan... antipática contigo el otro día.

Conchita asintió y le contestó:

—Bueno, está bien. No te preocupes.

Las tres chicas se quedaron calladas unos momentos hasta que Penélope dijo:

—Casandra, estamos muy preocupadas por ti. ¿Por qué no nos dices de una vez qué es lo que te pasa?

Conchita, la miró expectante.

Casandra se quedó callada unos instantes y luego respondió:

—Está bien, os lo diré. Supongo que es mejor que lo sepáis.

SEGUNDA PARTE

VIVIENDO EL PRESENTE



CAPÍTULO 1

TÚ TAMBIÉN ESTÁS DE ACUERDO CON ESO, ¿VERDAD?

Después de que Casandra les contase a Penélope y a Conchita que estaba embarazada y que había decidido abortar, cada una de las muchachas reaccionó de manera muy diferente y también opinaban de forma distinta.

Para Penélope, el que su compañera de piso y también amiga hubiera tomado esa decisión fue algo que se tomó muy a pecho, y de una forma traumática. Lo cual le producía un dolor enorme:

"¡Embarazada!", se dijo Penélope. "Después de estar pensando que tenía una enfermedad grave, resulta que es que está embarazada. Y ahora... quiere abortar. ¡Qué pena me da sólo de pensarlo! ¡Qué injusto es para la criatura que lleva en su vientre!"

Y así, identificada plenamente con la decisión de Casandra, se quedó dormida, sin darse cuenta.

Al día siguiente, cuando llegó a la facultad y vio a Ulises, le vino un pensamiento: "Seguro que Ulises también está de acuerdo con esas ideologías de izquierdas que están a favor del aborto, como si eso fuera sólo una cuestión de derecho de la mujer, olvidando que existe también el derecho del ser que se está desarrollando."

Y a ese pensamiento, le acompañaba un sentimiento de rabia.

Por eso, cuando el joven, ignorando su estado interior, se acercó alegremente a ella y quiso besarla, Penélope le retiró la cara, y le miró enfadada.

Él se sorprendió y le preguntó:

—¿Qué te pasa?

Ella hizo un signo de negación con la cabeza y le dijo:

—Ahora no quiero hablar contigo. ¡Déjame!— y siguió andando hacia la facultad.

—Pero... ¿qué ha pasado?— preguntó el joven, desconcertado.

—¡Ya te he dicho que no quiero hablar contigo!— continuó ella andando.

El joven se quedó asombrado mirándola y le reprochó:

—¿Se trata de una epidemia o qué?

Penélope, que no entendió la pregunta, se paró y le miró. Entonces él le dijo:

—¡Primero Casandra no os quería hablar a vosotras y ahora no me quieres hablar tú a mí!

La joven se hizo consciente de lo que estaba haciendo y tras unos segundos, suspiró y luego contestó:

—Sí. Admito que tienes razón. Pero es que...

El joven se acercó a ella y la rodeó con sus brazos, mientras le decía con dulzura:

—A ver, bella Penélope, ¿qué es lo que te ha pasado?

—No es a mí. Es Casandra.

Él la miró más serio y dijo:

—Ya veo. ¿Por fin os ha contado lo que le pasa? ¿Es grave?

Penélope suspiró.

—Está embarazada.

Ulises la miró sorprendido y luego sonrió:

—¡Así que era eso! ¡Pero mujer, ésa es una bonita noticia!

Penélope le miró a él fijamente y luego le dijo:

—¿De verdad lo crees?

—¡Claro!

—Pero ella...

Ulises la miró reflexivo y luego dijo:

—A ella no le parece una noticia tan bonita, ¿no es eso?

La joven asintió.

Él siguió pensativo y por fin le dijo:

—Ya sé lo que te pasa... Casandra quiere abortar.

Penélope asintió, reteniendo las ganas de llorar que le estaban dando.

Ulises se quedó callado, acariciándole la cara.

—Tú también estás de acuerdo con eso, ¿verdad?— le dijo ella. —Los que sois de izquierdas estáis de acuerdo con el aborto.

—Eso no es cierto. Hay personas que buscan el bien de los demás, la solidaridad, la igualdad, etcétera, pero no están de acuerdo en otras cosas, como por ejemplo el aborto. No todas las personas con ideas políticas de izquierdas son ateas, ni tampoco todos los de derechas son cristianos o creyentes de otra religión. No tiene nada que ver una cosa con la otra. Lo que pasa es que hay gente que no actúa con el corazón, sino fríamente, o por egoísmo. También hay gente que actúa sin pensar, sin reflexionar, sin analizar, etcétera. Buscando en realidad su propia conveniencia. Por ejemplo, muchas personas actúan porque verdaderamente piensan en el bien de otros, pero también hay quien apoya una ideología u otra porque es la que más le conviene personalmente. Entonces no podemos generalizar. Y el fanatismo también hace mucho daño. Fanáticos religiosos, fanáticos ateos y fanáticos políticos. Y en cuanto a mí, y en relación con lo que estábamos hablando, no estoy de acuerdo con el aborto. Pero respeto a las personas que lo hagan. ¡Allá ellas! ¡Cada cual es responsable de sus actos!

Penélope asintió y suspiró.

—Sí, tienes razón. ¡Pero es que me da tanta pena!

El joven asintió.

—¿Y Gonzalo qué dice?— inquirió.

—No lo sabe.

—¿No? ¡Vaya!

El joven se quedó pensativo.

—Bueno, tengo que irme.— dijo la joven. — Voy a llegar tarde.

Ulises le sonrió y le dijo:

—Al menos dame un beso, ¿no?

Ella sonrió por fin, y asintió.

Y después de despedirse con un beso, la joven echó a andar hacia la facultad.

—¡Eh! ¡No te vayas así de rápido!— exclamó él —¿Nos vemos a las ocho en el portal de tu casa?

—¡Pues claro, tonto!— contestó ella riéndose.

El joven se rio.

CAPÍTULO 2

AHORA COMPREENDO POR QUÉ ME TENÍA TANTA MANÍA.

Cuando Penélope iba a entrar en clase, se le acercó una amiga de Adela y le dijo:

—Oye, quiero decirte algo luego.

Penélope la miró extrañada.

—¿El qué?

—Luego te lo digo. Pero que no se entere Adela.

Y la muchacha se marchó, sin esperar siquiera que Penélope contestase.

Ésta buscó con la mirada a Adela y la vio hablando con otra de sus amigas. Al parecer, no se había dado cuenta de nada.

Penélope se encogió de hombros y se fue a sentarse.

Al terminar la clase, la otra joven se acercó a ella, y pasó de largo, dejando caer una nota.

Penélope se dio cuenta y una vez más se sorprendió por la actuación de su compañera de clase.

Cogió la nota y la leyó:

"En la pausa de clase, te veo en el jardín del Olmo."

Penélope se dijo: "¿De qué va esto? ¡En fin! Iré a ver qué quiere decirme. Aunque no me extrañaría que en realidad sea una estratagema de Adela. Después de que hablé con Ulises acerca de ella, no ha vuelto a decirme nada, pero tal vez esté tramando algo. Vamos a ver. Estaré atenta, por si acaso."

Así, cuando terminó la siguiente clase, Penélope se dirigió al jardín del Olmo. Buscó con la mirada a su compañera y no la vio. Entonces pensó: "Me parece que se ha quedado conmigo... Seguro que ahora estarán riéndose Adela y sus amigas porque he caído en la trampa."

Pero estaba equivocada, porque la otra joven se acercó por detrás de ella y le dijo:

—Hola.

Penélope se dio la vuelta y le contestó:

—Hola.

—Mira, no sé si hago bien o no. — dijo la otra chica —Adela y yo somos amigas desde que éramos pequeñas y la quiero casi como si fuera mi hermana. Y hago esto, porque creo que es lo mejor para ella.

Penélope la escuchó muy atenta.

—Ella no debe enterarse de que he hablado contigo.—dijo la otra muchacha — Prométeme que no se lo dirás.

—Es que... no sé.— dijo Penélope —Me gustaría saber si estás hablando en serio o te envía ella con algún oscuro plan.

La otra joven sonrió.

—Sí.— dijo —Comprendo que no te fíes de mí. Ya sé que Adela no te ha tratado muy bien, que digamos. Pero justamente lo que quiero decirte es algo que te beneficia a ti y también le puede beneficiar a ella, si logras entender lo que te voy a contar.

Penélope miró fijamente a su compañera, como queriendo leer en su rostro si mentía o hablaba en verdad.

—Está bien.— dijo, por fin — Pero antes recuérdame cuál es tu nombre, porque no lo recuerdo.

—Soy Marta.

—¡Ah, es verdad! Perdona mi mala memoria.

—No te preocupes. Si yo recuerdo tu nombre es porque... en fin, porque Adela habla de ti.

—¡Um! ¡Ya veo!... Pero, ¿qué es lo que me quieres decir?

—Prométeme que no le dirás nada de esto a Adela.

—Está bien. Te lo prometo.— le dijo Penélope.

—Bueno, mira, —comenzó a decir Marta — Adela no es una mala chica. Ella se ha criado en un ambiente... un poco... estricto en cierto sentido. Su padre murió cuando ella era pequeña y su madre es una mujer muy fría. No digo que no quiera a sus hijos, pero parece que lo único que le interesara fuera la empresa que fundó su marido, y su posición social. Yo nunca le he visto dar muestras de cariño a Adela. Luego está el hermano mayor de Adela. Ramiro. Es tan frío o más que la madre. Ése sí que está siempre con los negocios, y sólo le importa ganar más y más dinero. Y por otro lado está Ulises. Él es distinto. Es comprensivo y muy cariñoso con su hermana. Prácticamente se podría decir que él ha hecho el papel de padre, madre y hermano para Adela. De repente, pasan dos cosas. Una es que Ulises ha dicho en casa que se va a vivir a otra parte. Y otra es que has aparecido tú. Entonces Adela tiene miedo de perder a su hermano, al único que ella siente que le ha querido. Tú eres para ella una rival. Piensa que le vas a quitar su cariño. Y ella está muy apenada por eso. Adela creía que tú también estabas con la política, al igual que Ulises, pero él habló con ella el otro día. Y aunque ya sabe que tú no estás en esos ambientes, no quiere retractarse, ni hablarte, porque en el fondo sigue pensando que le estás quitando el cariño de su hermano. ¿Comprendes?

Penélope asintió.

—Sí. Lo entiendo. — contestó — Pero yo no voy a hacer tal cosa.

—Bueno, si le hablas a él mal de ella, quizás sí.

Penélope se quedó callada, unos momentos. Ciertamente, tenía que admitir que se había quejado un poco de Adela.

Luego respondió:

—Está bien. No te preocupes. Gracias por contarme esto. Ahora comprendo por qué me tenía tanta manía. Y por supuesto, yo no pretendo quitarle el cariño de Ulises. Ella es su hermana y yo soy su novia. Es muy distinto. Yo tengo hermanos y no les quiero menos porque quiera a Ulises. Supongo que se lo tengo que hacer ver.

—Por favor, ni una palabra de nuestra conversación.— suplicó Marta.

Penélope sonrió y respondió:

—¿Qué conversación?

Marta sonrió también.

—Bueno, me voy antes de que Adela me eche de menos.— dijo.

—Está bien.— respondió Penélope.

Marta se fue y Penélope se quedó pensando: "Así que era eso. Tenía celos porque pensaba que le iba a quitar a Ulises..."

Entonces se acordó de aquel día en que vio a los dos hermanos llegando en moto a la facultad y ella tuvo envidia, pensando que Adela tenía mucha suerte.

"Yo envidiándola a ella," se dijo, "y resulta que Ulises era el único hermano que la trata bien, porque su madre y su otro hermano pasan de ella. Y yo teniendo a mis padres que son tan buenos y comprensivos, y con mis cuatro hermanos que son también tan cariñosos y graciosos."

Poco después, al ir hacia clase, vio a Adela. Ésta la miró unos momentos, pero luego retiró la mirada.

Penélope se acercó hasta ella y le dijo:

—Hola.

Adela la miró muy seria y le contestó:

—¿Qué quieres?

Penélope respiró profundamente y le respondió:

—Quiero que seamos amigas.

Adela la miró de reojo.

—¿Amigas?— repitió.

—Sí.

—¿Qué pretendes?

—Nada. Sólo eso. Que seamos amigas.

Adela se quedó mirándola con los ojos contraídos.

—¿Y por qué quieres que seamos amigas?— dijo.

—Pues porque... me gustaría. Eso es todo.

—Una vez me dijiste eso y luego resultó que me mentiste.

—No te mentí. Te dije que Ulises y yo sólo éramos amigos, y en ese momento era cierto. De hecho, yo ni sospechaba que pocos días después íbamos a ser algo más que eso. Así que no te mentí.

—¡Algo más que eso!— repitió Adela, enfadada — ¿Por qué no dices simplemente que eres su novia?

—Bueno, sí. Soy su novia. Y precisamente por eso, me gustaría que nos llevásemos bien y que fuéramos amigas... Es más, en realidad, me gustaría que contaras conmigo como una hermana.

Adela se quedó callada.

—Sé que Ulises te adora. — dijo Penélope — Es normal. Yo también tengo hermanos y les quiero con locura. Y me gustaría que Ulises también les quisiera. Y creo que también le gustaría a él que tú y yo seamos buenas amigas, ¿no crees?

Adela continuó callada.

La profesora Angelina entró en clase.

Adela la miró y luego miró a Penélope y le contestó:

—Está bien. Lo pensaré.

Y se marchó hacia su asiento.

Penélope miró a la profesora y ésta le sonrió. La joven también le sonrió y se fue a sentarse también.

CAPÍTULO 3

¿QUÉ HAY ENTRE LA MUERTE Y EL NACIMIENTO?

Tras la clase, Penélope pudo hablar con la profesora Angelina.

—Frella, en toda la semana pasada no hemos podido hablar.— dijo la joven —A Ulises y a mí nos encantaría que pudiésemos quedar otro día para continuar aprendiendo más cosas.

La profesora sonrió.

—Sí. Esta tarde voy a ir de nuevo a la librería. Podemos quedar después.

—¡Estupendo!— exclamó la muchacha.

Y...

—¡Estupendo!— exclamó también Ulises cuando, por la tarde, la joven le dijo que iban a reunirse con la profesora Angelina.

Mientras iban hacia el centro, Penélope pensó si comentarle algo de su conversación con su hermana, pero luego pensó que mejor era esperar a ver la decisión final de Adela. Por eso, no dijo nada de ese asunto.

Como la vez anterior, los jóvenes se encontraron con la profesora en la puerta de la librería y después se fueron a la cafetería para poder hablar tranquilamente.

—Frella,— dijo Penélope — mientras veníamos a tu encuentro, hemos estado hablando acerca de una amiga nuestra que está embarazada y quiere abortar. Esto nos ha hecho preguntarnos muchas cosas. Tú me has hablado acerca de la ley del retorno, por la cual volvemos una y otra vez a nacer, y también de la ley de recurrencia que explica cómo volvemos a repetir todo, existencia tras existencia. Yo le he hablado de todo esto a Ulises. Pero nos preguntamos qué es lo que ocurre entre una vida y otra. ¿Qué hay entre la muerte y el nacimiento? ¿Es algo inmediato, o puede pasar mucho tiempo? ¿Y dónde estamos? ¿Y qué ocurre mientras?

Frella sonrió y respondió:

—En el proceso de la muerte, es claro que lo que muere es el cuerpo físico. Pero no sólo eso. También muere el cuerpo vital, aunque más lentamente. Y por último también muere la personalidad. Ésta no tiene nada que ver con el ego o con la conciencia. Es algo muy diferente. La personalidad se crea en la niñez, durante los primeros siete años de la vida, de acuerdo con la educación, la época y el entorno familiar, y se robustece con el paso del tiempo. Y cuando llega la muerte, va desapareciendo lentamente. Aunque hay personalidades que, según lo fuertes que sean, tardan más en disolverse que otras. Incluso lo que se conoce por fantasmas, no son otra cosa que expersonalidades de alguien que ya murió. Pero no tienen ningún poder, ni pueden hacer ningún daño. Aunque las gentes que presencien alguna, se asusten, en realidad son inofensivas.

Penélope y Ulises escuchaban con atención.

—Así pues, ésas son las tres cosas que mueren. —continuó Frella — El cuerpo físico, el cuerpo vital y la personalidad. Lo que no muere y continúa más allá es la conciencia o esencia y el ego.

Los jóvenes asintieron, convencidos de que eso era así.

—En el momento de la muerte física,— dijo la profesora — se producen tres juicios que van a servir a la conciencia del desencarnado primeramente para aprender, y por otro lado para determinar lo que va a ocurrir después. En el primer juicio el moribundo hace una retrospección muy rápida de su vida. En el segundo juicio, hará otra retrospección mucho más lenta, viendo cada detalle de toda su vida: sus aciertos y sus errores. Y finalmente, en el tercer juicio, la conciencia es llevada hasta el tribunal del karma, frente a los Señores de la Ley, los jueces del karma. Allí se pesarán todas sus obras de la existencia que acaba de finalizar, y según el resultado, su destino será una de tres posibilidades. En el caso de haber tenido una gran mayoría de obras buenas, de haberse tratado de alguien que ha hecho mucho bien por la humanidad, y sus buenas obras han superado con creces sus errores o sus malas acciones, esa conciencia tendrá una especie de vacaciones en los mundos superiores de conciencia cósmica, por supuesto en ausencia del ego. Allí estará durante un tiempo, cogiendo fuerza, y tras ese tiempo, retornará de nuevo a la existencia en el mundo físico. Es decir volverá a tener un nuevo cuerpo físico, y una nueva oportunidad para poder trabajar sobre sí misma. No hay ni que decir la fuerza interior que traerá esa conciencia consigo después de esas vacaciones en los mundos superiores. Lo entendéis, ¿verdad?

—Es algo así como el éxtasis de una meditación pero de mucha más duración, ¿no?— dijo Penélope.

—Sí, algo así. Aunque el tiempo en dimensiones superiores es muy diferente que en el mundo físico, pero ciertamente es mucho más largo.— respondió Frella.

Los jóvenes asintieron.

—La segunda posibilidad— continuó la profesora —o segundo camino del desencarnado después del tercer juicio, viene dado si en la balanza cósmica, el platillo de las buenas obras pesa más o menos lo mismo que el de las malas obras. Es decir, están más o menos equilibradas. Entonces esa conciencia y el ego vuelven a retornar y vuelven a tomar un nuevo cuerpo físico. Como ya habíamos hablado en otra ocasión, se escogerá el lugar, la familia, la influencia astrológica, la posición social, etcétera, de acuerdo al karma, es decir, del resultado de sus obras en la existencia pasada.

Frella hizo otra pausa y luego siguió explicando:

—Por último, existe otro camino después del tercer juicio que es el que toman los desencarnados cuyas malas obras han superado con creces las buenas, o cuando el desencarnado no siente ningún arrepentimiento, ni remordimiento de sus malas obras en su existencia pasada, o simplemente cuando el número de existencias con cuerpo físico humano se le han acabado. Ese camino es el ingreso en las infradimensiones de la naturaleza.

Los jóvenes se quedaron callados, pero tras unos momentos Ulises preguntó:

—¿Te refieres al infierno?

—Sí. También se conocen como infierno. Según las religiones se conocen con distintos nombres, y hay mucha fantasía también sobre este tema, pero indudablemente esas infradimensiones existen. Pero este tema lo veremos otro día.

—Frella,— dijo Penélope — has dicho que también se puede ingresar en las infradimensiones cuando el número de existencias con cuerpo físico humano se han acabado. ¿Es que hay un número determinado de vidas?

—Sí. Como ser humano, sí. Pero de eso, os hablaré otro día. Me gusta que vayáis asimilando la enseñanza poco a poco, y con cierto orden.

Los jóvenes asintieron.

—Vale,— dijo Penélope —pero ¿qué me dices del nacimiento? Ya sabemos lo que ocurre después de la muerte y que uno de los destinos es el nacimiento o sea, el retorno a esta vida, de nuevo. Pero, ¿cómo se produce?

—En el instante de la muerte,— dijo Frella — el difunto proyecta con su último aliento un diseño electropsíquico de su personalidad, el cual permanece en una dimensión superior de la naturaleza hasta el momento del nuevo nacimiento, en el que se incorpora en el recién nacido, dándole características y personalidad muy parecidas a las de su vida anterior. Durante la muerte actúa un ángel de la muerte, que se encarga de cortar el cordón de plata, que es ese cordón que nos une al cuerpo físico. Ese cordón que permanece ligado durante el sueño, pues el sueño y la muerte son prácticamente lo mismo. Y si durante la muerte actúa el ángel de la muerte dirigido por la Madre Divina del fallecido que es quien da la orden en el instante preciso, también en el momento de la fecundación es el ángel de la vida quien une el cordón de plata del fallecido al óvulo fecundado que formará el nuevo cuerpo físico de esa conciencia. Es su propia Madre Divina la que dirige el espermatozoide decisivo hasta el óvulo para fecundarlo, y en ese momento se liga el cordón, y la conciencia aguarda su retorno en el mundo astral. Después la Madre Divina sigue organizando todo el proceso de crecimiento desde las primeras células hasta el nacimiento. Y cuando el niño nace y toma aire por primera vez, la conciencia se incorpora dentro del cuerpo. De manera que en el recién nacido sólo se manifiesta la conciencia que tiene libre. Pero más tarde y poco a poco se van incorporando los diferentes yoes que ha creado en existencias anteriores. El niño los ve porque es clarividente, y muchas veces se asusta y llora. Los mayores no entienden por qué llora y piensan que está enfermo, pero en realidad es porque ve esos monstruos que creó en la antigüedad y que le rondan alrededor de su cuna. Y si el niño al principio era bello e inocente, poco a poco se le va viendo caprichoso, iracundo, celoso, egoísta, goloso, vanidoso, etcétera. Hasta que llega un momento en que el ego se ha incorporado totalmente, volviéndose uno de tantos seres humanos dormidos de conciencia y cargado de defectos psicológicos.

—Frella, tengo una pregunta.— dijo Ulises —Las parejas que trabajan en la alquimia sexual para crear los cuerpos de dimensiones superiores, si nunca pierden la energía, hablando claramente, si el hombre nunca eyacula el semen, ¿quiere decir que nunca podrán tener hijos?

—Es posible tener hijos, sí.— respondió Frella —Como os he dicho antes, es la Madre Divina la que conduce el espermatozoide que va a fecundar el óvulo. Para ello, no son necesarios todos los espermatozoides que se desperdician derramando la energía. Existe una práctica concreta para poder tener hijos, sin necesidad de perder la energía. Sólo con un espermatozoide que será conducido por la Madre Divina. Este sistema se llama kriyashakty, en el que no es necesario perder la energía sexual contenida en el ens seminis. Obviamente este sistema es una forma natural y superior de control de la concepción. Pero es posible tener hijos también, utilizando esa técnica.

—¿Y qué me dices del aborto?— inquirió Penélope.

—Como os he dicho, es la Madre Divina quien se encarga de todo el proceso desde la fecundación hasta el nacimiento. Y ahí ya está ligada una conciencia. Con el aborto provocado se está destruyendo una obra de la Madre Naturaleza, o lo que es lo mismo, de la Madre Divina.

—¿Y eso trae karma?— preguntó Penélope.

—Es lógico que esa acción tiene sus consecuencias, como todas las acciones, sean buenas o malas. El aborto voluntario es considerado un homicidio por la Ley Divina, y por tanto, esa acción es pagada tarde o temprano.

—Frella,— dijo Penélope — como te dije antes, una amiga nuestra quiere abortar. ¿Qué podemos hacer nosotros?

—Los Maestros de la Logia Blanca, siempre respetan el libre albedrío de todos. El obligar a alguien a hacer algo que no quiere hacer es considerado magia negra. Por eso siempre respetamos la libertad de los demás. Si se equivocan, ya aprenderán. Tened en cuenta que no todo el mundo quiere trabajar sobre sí mismo. Ni todo el mundo quiere sacrificarse por sus semejantes. Y todo eso hay que respetarlo. Porque cada cual es cada cual, y cada uno tiene su oportunidad o sus oportunidades en el momento apropiado. Y siempre existe la libertad de elegir. Los Maestros siempre respetan esa libertad.

Penélope se quedó cabizbaja.

—Pero Frella,— dijo Ulises — estoy de acuerdo en respetar el libre albedrío de otros, pero a veces digo yo que se podrá orientar, o aconsejar, o explicar a alguien si creemos que va a cometer un error, ¿no?

—Bueno, ten en cuenta que una cosa es dar una opinión cuando nos la piden y otra es tratar de convencer a alguien de algo.

—¿Pero realmente no hay nada que podamos hacer?— preguntó Penélope, con gran pena.

Frella sonrió.

—Sí. Primeramente, no olvidaros de vosotros mismos, y no identificaros con las circunstancias. En segundo lugar, podéis pedir ayuda a vuestro Ser interno para que os oriente si hay algo que realmente podáis hacer. Cuando uno se olvida de su propio Ser y quiere actuar por sí mismo, no se da cuenta de que en realidad lo que está haciendo es crear un nuevo yo. O fortalecerlo. Puede ser un yo con muy buenas intenciones, pero en definitiva un yo, que atrapa la conciencia. Un yo de preocupación, por ejemplo. O un yo de pena. O un yo de rabia. Etcétera. ¿Comprendes?

—Sí.— contestó Penélope —Tienes razón.

—Queriendo solucionar los problemas o la vida de los demás,— insistió la profesora — también puede uno caer en el sueño psicológico. Y se trata de despertar y de hacer todo con la conciencia, no dormidos.

Los jóvenes asintieron.

—Sí. Llevas razón.— repitió Penélope —Pero una última pregunta ¿es violar el libre albedrío de alguien pedir ayuda a nuestro real Ser para esa persona?

—No.— respondió Frella —Pedir por los demás, es compasión y una forma de amor. Procurando hacerlo lo más conscientemente posible.

Penélope asintió.

—¡Bueno, chicos! Nosotros vamos a dejarlo aquí, ¿de acuerdo?— dijo Frella.

Los jóvenes sonrieron.

—Gracias, Frella.— contestó Ulises.

—Sí, muchas gracias.— añadió Penélope —Estos momentos son muy gratos para nosotros. Nos sentimos muy contentos de poder aprender todas estas enseñanzas y también privilegiados. Es una lástima que no haya mucha gente interesada en este conocimiento.—

—Es que la realidad es que este conocimiento es para los pocos, porque exige un gran esfuerzo íntimo, en el que no sirve saberse la teoría, sino que es necesaria la práctica y la experiencia directa. Pero no te desanimes. Hay más personas cercanas que también conocen estas enseñanzas y ya la practican.

—¡Ah, sí! — respondió Penélope —Mi prima Heliadora y su marido.

—Sí. Ellos también.— contestó Frella.

Penélope se quedó un poco extrañada por el tono de la profesora, pero como ésta se levantó, los jóvenes también, para despedirse. Y luego Frella se marchó.

—Oye, Ulises,— dijo la joven — ¿tú qué crees que ha querido decir Frella con que mi prima y su marido también.

—¡Pues eso! ¡Que también conocen estas enseñanzas!

—Sí, pero...

—Pero, ¿qué?— dijo él.

—Me ha dado la sensación de que quería decir que había más personas.

—¿Aparte de Heliadora y Andrés?— dijo Ulises.

—Sí.— respondió ella pensativa

—Pues no sé. No se me ocurre quién.— contestó Ulises.

—Ni a mí tampoco.— dijo Penélope.

—Bueno, pues si existen y nos lo ha advertido, ya las encontraremos, como encontraste a tu prima, ¿no crees?— opinó el joven.

—Sí. Puede ser.— respondió Penélope.

—Y mientras tanto, me ha dado hambre. Te invito a una pizza.— dijo Ulises a la joven.

—Vale.— respondió ella.

Y los dos se fueron hacia la pizzería, charlando acerca de todo lo que habían hablado con Frella.

CAPÍTULO 4

OS HE VISTO ALGUNA VEZ POR EL PUEBLO

Acababan de sentarse en la mesa de la pizzería, cuando Penélope vio entrar una pareja en el establecimiento. Éstos le resultaron conocidos, pero no sabía bien de qué.

Entonces ellos le vieron, se hablaron entre sí y entonces hicieron algo que sorprendió a Penélope: se dieron un tirón de un dedo. Después se volvieron a mirar y sonrieron. Luego se acercaron hasta la mesa de Penélope y Ulises, y ella le dijo a Penélope:

—¡Hola! ¿Tú no eres la prima de Heliadora?

Entonces Penélope los recordó y contestó, mientras se levantaba:

—¡Sí! ¡Vosotros sois los amigos de ella!, ¿no?

—Sí.— respondió la joven.

—Ya me acuerdo.— dijo Penélope —Os he visto alguna vez por el pueblo.

—Sí.— respondió la joven —Es que hemos ido algunos días en verano en los últimos años. Desde que Heliadora y Andrés se casaron.

—Sí. Ya. —Pero no recuerdo vuestros nombres.

—Mi marido se llama Juan Alfonso y yo me llamo Mari Mar. Pero podéis llamarnos Juan y Mar³.

Penélope sonrió y contestó:

—Pues yo soy Penélope, y él es mi novio, Ulises.

Los dos miraron sorprendidos a Ulises y luego sonrieron.

—Hola.— saludaron.

—¡Sí, ya lo sé!— dijo Penélope, con resignación — ¡Nos llamamos como los protagonistas de la Odisea! ¡Es que somos su réplica!

Ulises lanzó una carcajada, y los otros dos se rieron también.

Penélope miró a Mar y a Juan y se quedó pensativa, luego les dijo:

—¿Y cómo conocisteis a Dora?

—Bueno, Heliadora y yo nos conocimos en el hospital en el que trabajo.— explicó Juan — Enseguida hicimos amistad. Y... bueno teníamos ciertos intereses comunes.—

—¿Te refieres al trabajo interior?

Mar y Juan se miraron sorprendidos, y luego se dieron otro tirón de un dedo. Y Ulises los miró expectante.

—Sí.— contestó Juan — Pero, ¿qué sabes tú de ese tema? ¿Acaso te ha hablado Heliadora de eso?

Esta vez fueron Penélope y Ulises los que se miraron y luego sonrieron.

—Sí.— contestó Penélope —Hemos hablado un poco sobre ello. Pero en realidad estamos aprendiendo directamente de una de mis profesoras.

—¿De veras?— dijo Juan.

—¿De una profesora?— dijo Mar, al mismo tiempo.

Penélope y Ulises sonrieron, muy contentos.

³ Véase más sobre Juan y Mar: en la obra "Una Semana Santa Reveladora", en elenasantiago.info

—Escuchad,— dijo Ulises —¿os importaría sentaros con nosotros y hablamos de todo esto?

Mar y Juan se miraron y se sonrieron.

—¡Encantados!— contestó Juan.

Los recién llegados se sentaron y un camarero se acercó para darles la carta del menú y tomarles nota de la bebida.

—Tengo una curiosidad. —dijo Juan, dirigiéndose a Penélope —¿Cómo has sabido que nosotros conocíamos el trabajo psicológico sobre sí mismos?

—Primero porque os he visto daros un tirón del dedo, supongo que para comprobar si estabais en el mundo físico o en el mundo astral. Y segundo, porque Heliodora me contó que había aprendido estas cosas de un compañero que tuvo en el hospital y de su esposa. Y por lo que me has dicho, todo cuadraba.

Mar y Juan se rieron, y Ulises también.

—¿Y dices que es una profesora la que os está enseñando?— dijo Mar —¿Pero enseña esto en la universidad?

—No.— contestó Penélope —Nos lo explica aparte de las clases.

—¡Qué curioso!— exclamó Mar.

—¿Y vosotros?— preguntó Ulises —¿Cómo os ha llegado este conocimiento?

—A nosotros nos llegó a través de Botan.— contestó Juan.

—¿Quién es Botan?— inquirió Ulises.

—Pues... es un hombre enigmático.— respondió Juan —Apareció un día en nuestras vidas, luego desapareció y después volvió a aparecer de nuevo para desaparecer una vez más. Yo creo que no es un hombre corriente. Y ciertamente tiene poderes fuera de lo normal.

—Sí.— dijo Penélope —Eso mismo pienso yo de Frella.

—¿Frella es tu profesora?— preguntó Mar.

—Sí.— contestó Penélope.

La camarera les trajo las bebidas y ellos siguieron hablando.

Los cuatro estuvieron compartiendo conocimientos acerca de lo que habían aprendido unos y otros.

—¿Entonces vosotros recordáis una vida anterior?— dijo Penélope, maravillada.

—Sí.— respondió Mar —Pero en realidad, fue porque Botan nos echó una mano, creo que para ayudarnos a comprender mejor todo lo que nos explicó. Porque nosotros no estamos tan despiertos como para tener esas facultades. Ya os habréis dado cuenta de que el trabajo con la eliminación de los defectos no es algo como "coser y cantar". Y que cada pequeño detalle de nuestra psicología es muy importante trabajarlo.

Penélope y Ulises asintieron.

Así, enfrascados en una amena y profunda conversación, pasó el tiempo y el camarero les avisó que tenían que cerrar la pizzería.

Ellos, muy satisfechos por los momentos vividos, quedaron en verse en otras ocasiones, y para ello, intercambiaron sus números de teléfono.

Después Mar y Juan se marcharon por un lado y Penélope y Ulises, por otro.

Cuando llegaron al portal de la vivienda de Penélope, ella le dijo a él:

—Ha sido una noche intensa, ¿eh?

—¡Desde luego!— afirmó él.

—¿Te das cuenta de que Frella volvió a avisarnos, esta vez del encuentro con Mar y Juan? —dijo Penélope.

—Sí.— contestó él.

Los dos sonrieron, contentos.

—El día de hoy ha sido bastante... variado.— dijo Penélope —Por un lado, lo de Casandra, por otro...

Se quedó callada.

—¿Por otro?— repitió Ulises —¿qué ibas a decir?

—Nada, que por otro, las enseñanzas de Frella y por otro, el encuentro con Mar y Juan.

Ulises miró con gesto escrutador a su novia y le dijo:

—¿Y lo otro?

Ella le miró a la defensiva.

—¿Qué otro?

—Ese otro que no me quieres contar.

Penélope se mordió los labios, como reprimiendo una risa, pues se dijo que Ulises era muy perspicaz.

—¡Venga! ¡Suéltalo!— le dijo él.

La joven sonrió y le dijo:

—No tiene importancia. Ya te lo contaré otro día. Es que es algo que está en proceso.

Ulises la miró de nuevo como queriendo adivinar.

—¿En proceso? ¡Vaya! ¡Ya salió a la luz otra vez la enigmática Penélope!

Ella se rio, y él sonrió mirándola tiernamente.

Luego Ulises cogió las dos manos de la joven y pegó su frente a la de ella, cerrando los ojos. La muchacha se dejó hacer y también cerró los ojos, sintiéndose dichosa.

Entonces él le dijo:

—Te quiero, Penélope.

Y ella contestó:

—Yo también te quiero, Ulises.

Luego se abrazaron y después se dieron un beso.

—Hasta mañana, bella Penélope.

—Hasta mañana, astuto Ulises.

Él se rio y volvió a besarla.

Y tras ese beso, se separaron y él se marchó, y ella se metió en casa.

CAPÍTULO 5

ES VERDAD. SE LO HE DICHO A ULISES

Cuando Penélope entró en el piso, Conchita salió de su cuarto y le dijo en voz baja:

—¡Penélope!, ¡te prevengo!, ¡Casandra está hecha una fiera! —Y como te pille te va a liar una buena!

Penélope se sorprendió por las palabras de Conchita.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Por lo visto su novio se ha enterado que quiere abortar y Casandra cree que es por culpa tuya.

—¿Por mi culpa?

—Sí. Que se ha enterado porque te has ido de la lengua.

—Pero si yo no le he dicho nada a Gonzalo. Ni siquiera le he visto.

—Pero se lo has contado a Ulises.— dijo Casandra desde el quicio de la puerta de su dormitorio —¿A que sí?

Penélope miró a Casandra, algo acobardada.

—¿A que sí, Penélope?— insistió Casandra.

—Pues... sí. Es verdad. Se lo he dicho a Ulises.

—¡Y claro, él se lo ha contado a Gonzalo!

Penélope se quedó callada, comprendiendo que era muy posible que hubiera ocurrido de esa forma.

Casandra resopló, con aire muy enfadado.

—¡Está claro que no tenía que haberos dicho nada!— dijo.

—Pero... en fin,— empezó a decir Penélope — ¿cuál es el problema? ¿Es que habéis discutido?

—¡Pues sí!— le gritó Casandra —¡Claro que hemos discutido! ¡Primeramente se ha enfadado porque yo no le había dicho nada y se ha tenido que enterar por otro lado! ¡Es que eres una bocazas! ¡Y Ulises, otro!

—¡Está bien, perdona!— dijo Penélope compungida —Pero también tienes que admitir que él tenía derecho a saberlo.

—¿Derecho? ¿Pero quién es la que está embarazada? ¿Él o yo?

—Bueno, pero también es su hijo.— contestó Penélope.

—¡A ver si te enteras!— le gritó Casandra — ¡Que esto no es asunto tuyo! ¡Que voy a hacer lo que yo quiera, no lo que tú quieras!

Penélope no pudo evitar que se le saltaran las lágrimas. Y con un nudo en la garganta, le respondió:

—Sí. Llevas razón. Perdóname, Casandra. Me doy cuenta de que me habías confiado un secreto y yo te he fallado. Lo siento.

—¡Sí!— respondió Casandra —¡Eso es exactamente lo que has hecho!

Penélope suspiró.

—¡Pero es que encima,— continuó Casandra — ahora resulta que él no quiere que aborte!

—¡Oh!— exclamó Penélope, sorprendida.

—¡Incluso se alegraba de que estuviera embarazada!, ¿te puedes creer? ¡Y me ha dicho que me fuera a vivir con él y así seríamos una familia!

Penélope la miró, sin atreverse a opinar.

—¡Ya ves,— continuó Casandra — ahora que están recortando profesores en la facultad, y es posible que él sea de los que echen!... ¡Para que encima se quede en la calle!... ¡No! ¡No! Yo ahora no estoy preparada para ser madre, y no sabemos el futuro que nos espera. ¡Qué tipo de vida le puedo dar! ¡Además, yo ya tenía mis planes! ¡Quiero terminar mi carrera! ¡Tengo muchos proyectos y quiero ayudar a otros que están mal y necesitan gente entregada! ¡No! ¡No puede ser! ¡Quizás más adelante! ¡Cuando las cosas estén mejor!

Casandra volvió a resoplar y dijo en un tono más tranquilo:

—De todas maneras, ya lo tengo decidido y no hay vuelta atrás. Tengo cita con la clínica el día dieciocho a las diez... Así que el viernes iré y se acabará toda esta historia.

Penélope sintió de nuevo un golpe en el corazón, y se le volvió a hacer el nudo en la garganta.

Conchita le preguntó a Casandra:

—¿Y eso lo sabe tu novio?

—Sí. Ya se lo he dicho.— contestó Casandra.

—¿Y qué te ha dicho él?— inquirió Conchita.

Casandra negó con la cabeza y contestó:

—¡Qué me va a decir! ¡Me ha rogado y rogado que no! Pero... ¡qué quieres que te diga! ¡Que él es sólo un mero espectador, y que la que tiene que hacer todo el trabajo soy yo! ¡Es mi cuerpo, son mis normas! ¡Si no lo acepta, lo siento!

—¡Claro!— dijo Conchita.

—Y de verdad lo siento, — continuó Casandra, en un tono melancólico —porque Gonzalo es muy importante para mí, pero me ha fallado y no me he sentido apoyada por él.

—¿Entonces lo habéis dejado?— preguntó Conchita.

—Pues... sí. Pero ha sido decisión de él. Yo sigo enamorada de Gonzalo y le quiero, pero me ha dicho que si seguía con el aborto, no quería continuar nuestra relación. ¡Encima me ha hecho chantaje!— dijo medio llorosa —¡Qué injusto!

Penélope las escuchó en silencio, sin intervenir, pues ella seguía viendo las cosas desde otro punto de vista, y comprendía la forma de actuar de Gonzalo. Pero lógicamente, no podía decir nada.

Así que como ya no podía soportar más aquella conversación, dijo con tristeza:

—Perdonad pero estoy muy cansada. Me voy a acostar. Buenas noches a las dos.

Conchita le contestó:

—Buenas noches.

Pero Casandra no dijo nada. Sólo la miró pensativa.

Y Penélope se fue a su dormitorio.

Una vez en su cuarto, se sentó en su cama y cerró los ojos, pidiendo ayuda a su Ser interno para que le diese valor, comprensión, y poder separarse de aquel sentimiento de pena profunda. Y también suplicando a su Madre Divina que eliminase

de su interior todos los defectos que pudo observar relacionados con la situación que acababa de vivir.

CAPÍTULO 6

¡GRACIAS, FRELLA, POR ACUDIR A MI LLAMADA!

Poco después, al acostarse, volvió a concentrarse en su interior y oró por su amiga Casandra y por el ser que estaba vinculado al feto que Casandra llevaba en su vientre.

Y poco a poco, se fue quedando dormida.

Entonces se desdobló del cuerpo físico, y salió de su cuarto. Luego se fue hacia el salón y vio a Conchita y a Casandra hablando.

Penélope se fijó en Casandra y vio que de ella partía un cordón plateado semitransparente, parecido al suyo y se alejaba fuera de la habitación.

"¡Ah!", se dijo, "ése debe de ser el cordón de plata del bebito".

Eso le provocó a Penélope más pena.

No quiso permanecer allí más tiempo y se fue hasta el balcón y saltó con la intención de salir volando.

La joven se puso a volar por encima de los tejados y azoteas de las casas de los alrededores y luego bajó hasta el suelo de una plaza. Entonces llamó a Frella.

Y ésta apareció sonriente.

Penélope sonrió también.

—¡Gracias, Frella, por acudir a mi llamada! Esta tarde mencionaste que el sueño y la muerte son prácticamente lo mismo. ¿Quieres decir que en los sueños podemos ver a las personas que han muerto?

—Sí. El problema es el estado de inconsciencia. Tanto de la persona que tiene su cuerpo físico dormido en la cama, como el del difunto. Normalmente, los difuntos no son conscientes de que han desencarnado. Incluso ven su propio entierro, pero no creen que sea su cuerpo el que está en el ataúd. No lo reconocen por el estado de sueño psicológico. Había alguien que decía que los muertos son felices pero pierden el tiempo. A excepción de los momentos de los tres juicios, en los que la conciencia despierta del difunto es consciente de ellos, el resto del tiempo se lo pasan soñando, igual que las personas vivas que están durmiendo. Y ellos sueñan con lo que hacían durante su vida. Y acuden a los sitios en los que solían estar. Pero no son conscientes de que ya no viven, de que están desencarnados. No son conscientes de que han muerto. Porque su estado de conciencia es el de sueño, ¿comprendes?

—Sí. Y me parece terrible. ¡Estar muerto y no darte cuenta!

—Así es. Como ya sabes, nada del mundo físico se puede llevar después de muerto. Ni dinero, ni títulos, ni pertenencias, ni personas queridas... nada, salvo la propia conciencia con sus poderes y atributos. Ése es el único bien. Por eso, la persona que trabaja sobre sí misma, despierta en el mundo físico, pero también en las demás dimensiones. Y alguien que tiene suficiente conciencia como para mantenerse consciente durante el sueño, y durante la muerte, tiene un sinfín de posibilidades para poder seguir aprendiendo e investigando sobre todos los misterios del universo.

Penélope asintió, admirada de esas posibilidades.

—Pero entonces, si yo estoy consciente, ¿puedo hablar directamente con alguien que ya haya muerto?

—Si el desencarnado también está consciente, sí. Si no, seguramente será como un sonámbulo y a lo mejor, ni te ve, ni te entiende.

—¡Vale, ya comprendo!— exclamó la joven.

—La base está siempre en el trabajo sobre sí mismo.— le recordó Frella.

Penélope asintió.

—Sí. Pero, hablando de otra cosa, ¿realmente no puedo hacer nada por mi amiga? Ella no es una mala chica. Sólo creo que está equivocada. Pero estoy convencida de que Casandra tiene mucho amor por los demás, porque ella busca el bien de los demás, se revuelve en contra de lo que ella piensa que son injusticias, pero no para ella, sino también las que se cometen a otros. Y yo creo que esa solidaridad y esa búsqueda de justicia social, implica una compasión por los demás. Y pienso que es sincera, porque ella realmente no tiene esos problemas, pero no puede soportar ver a otros sufrir. Eso indica algo, ¿no?

—Sí, es una forma de amor. Es señal de que aún existe dentro de ella esa chispita de la conciencia. Aunque, como la mayoría de los humanos, comete errores por dormida.

—Me gustaría poder hacer algo por ella.

—Bueno, lo que estás haciendo por ella está bien. Me refiero a orar por ella. Pero mira que cuando pidas, tienes que saber pedir. Por eso, cuando pidas, hazlo de forma consciente, con la conciencia. Que no sea un yo el que pida, porque entonces no servirá de nada. ¿Comprendes lo que te quiero decir?

—Sí. Creo que sí.

Frella sonrió y Penélope también.

—Gracias, Frella.

Ésta asintió y luego se marchó en un pispás.

Penélope se despertó y se quedó quieta para no perder el recuerdo de todo lo que acababa de experimentar.

CAPÍTULO 7

VOY A ESTAR MÁS ATENTA, Y TRABAJAR MÁS FUERTEMENTE

A la mañana siguiente, Penélope llegó a la facultad, antes que Ulises.

Como no tenía muchas ganas de hablar con nadie, se quedó esperando algo apartada de la entrada.

Poco después llegaron Ulises y Adela en la moto. Ella se bajó, se quitó el casco y se lo entregó a su hermano. Mientras éste lo guardaba, Adela echó un vistazo rápido hasta que vio a Penélope y la miró por unos momentos. Entonces Ulises le dijo algo y ella le miró y le contestó. Luego Ulises vio a Penélope, le sonrió y se dirigió hacia ella, mientras su hermana se encaminaba hacia otro lado.

—¡Buenos días, bella Penélope!— saludó entusiasta Ulises, al tiempo que se acercaba hacia su novia.

—Hola.— respondió la joven, con melancolía.

Él se quedó mirándola pensativo y luego dijo:

—¿Otra vez Casandra?

Ella le miró y le contestó:

—Tú se lo dijiste a Gonzalo, ¿verdad?

El joven se quedó callado unos momentos y luego respondió:

—Así que le ha sentado mal, ¿no?

Entonces Penélope asintió con la cabeza mientras le decía:

—¡Eso está muy bien, Ulises! ¡Tú se lo cuentas a Gonzalo y la que se lleva la bronca soy yo!

—¿Te ha echado una bronca?

—¡Pues claro!— contestó ella, dejándose llevar por la autocompasión.

—¡Vaya, lo siento! Pero, ¿qué querías? ¡Sentí que se lo tenía que decir! ¿O es que acaso tú preferías que no se lo hubiera dicho?

Penélope negó con la cabeza.

—No.— contestó con melancolía —Yo también creo que él tenía derecho a saberlo. Pero al menos, me podías haber avisado.

—Tienes razón. Lo siento.— dijo él

—Lo malo es que eso no ha arreglado nada,— dijo ella, con una pena progresiva —sino que lo ha empeorado.

—¿Qué quieres decir?

Entonces sin poder contener las lágrimas Penélope respondió:

—Pues que como Gonzalo no estaba de acuerdo con el aborto, ahora se han peleado y han cortado la relación. Y lo peor es que Casandra ya tiene cita en la clínica. ¡Es el viernes!

Ulises se conmovió al ver la pena de su amada novia y la abrazó, mientras le decía:

—Penélope, recuerda lo que nos aconsejó Frella. No puedes sufrir tanto con esto. Es algo que debes utilizar para autodescubrirte. Hay tantas injusticias y males en el mundo que cometemos por estar dormidos, que nosotros que hemos tenido la

oportunidad de conocer el conocimiento que nos puede liberar del estado de inconsciencia que tenemos, no podemos, ni debemos identificarnos con todo lo que ocurre a nuestro alrededor, porque así no despertamos, sino que nos dormimos más. Además, piensa que no sabemos si en otra vida o en otras vidas hemos hecho cosas peores. Ni debemos juzgar, ni podemos sumergirnos en la pena o la rabia por lo que creemos que son los errores de otros.

La joven le escuchó y se despegó un poco de él, para mirarle. Luego asintió y le contestó:

—Sí. Llevas razón. Y lo sé. Intelectualmente, lo sé. Pero... cuando me olvido, se me coge la pena... Pero sí. Llevas razón... Voy a estar más atenta, y trabajar más fuertemente.

Ulises le sonrió y le dio un beso en la frente.

—¡Así me gusta!— exclamó él — ¡Eres mi heroína!

Penélope sonrió, mientras negaba con la cabeza.

—No lo creo.— dijo.

—¿Cómo que no? ¡Y no sólo eso! ¡Es que eres mi pueblerina latosa preferida!

Penélope se rio y contestó:

—¡Qué tonto eres!

—¡Oye, que fuiste tú la que me lo dijo una vez!

Penélope siguió riéndose, mientras lo miraba amorosamente. Y él le sonrió, mientras le acariciaba la mejilla.

La joven miró hacia la entrada de la facultad y dijo:

—Tengo que irme. No quiero llegar tarde.

—Está bien.— respondió Ulises —Pero antes quería decirte que esta tarde tenía pensado ir a la reunión ciudadana. ¿Te importa?

—¡No, claro que no!— exclamó Penélope —¡Lo encuentro normal! Y aprovecharé para estudiar un poco más, que entre unas cosas y otras, no estoy dándole a los libros lo suficiente.

—Vale. Pero escucha una cosa, si quedas con Frella, yo estaré en la plaza AlÁndalus, así que te puedes llegar a por mí, porque me interesa más lo que Frella pueda enseñarnos que la reunión.

—De acuerdo. Bueno, te dejo, que voy tarde.

Y se despidieron con un beso y se marchó cada uno por su lado.

Más tarde, en la pausa de la segunda clase, Adela se acercó a Penélope y le dijo:

—Hola.

—¡Hola!— respondió Penélope sonriendo.

—¿Ya estás mejor?— le preguntó Adela.

Penélope se extrañó y le contestó:

—¿Por qué dices eso?—

Adela se quedó mirándola un momento y luego le dijo:

—Te he visto antes, con Ulises.

Penélope se quedó pensando, y comprendió que la había visto medio llorosa y consolada por su hermano.

—¡Oh!— respondió —¡Bueno! ¡Eso! ¡Sí, ya estoy mejor!

Adela se quedó mirándola un poco más, y luego dijo:

—He pensado que te voy a dar una oportunidad. Me refiero a lo de ser amigas.
Penélope sonrió, muy contenta.

—¿De verdad? ¡Me alegro mucho, Adela!

Adela se sonrió levemente y luego le dijo:

—¿Qué te ha pasado esta mañana? ¿Por qué estabas llorando, o casi?

Penélope pensó: "No sé si es que quiere enterarse de todo o es que se está interesando por mí, pero en todo caso, no puedo reaccionar como las otras veces."

—Pues es que estaba muy preocupada por una amiga mía, que está pasando un mal momento. Pero ya he llegado a la conclusión de que lo que pueda hacer por ella lo haré, y ya está. Y que sea lo que Dios quiera.

—¿Y estabas así por tu amiga?— exclamó Adela —¡Debes quererla mucho!

—Pues sí. Le tengo mucho cariño.

—¿Es una amiga de la infancia?

—No. La he conocido al principio de este curso. Es una de mis compañeras de piso, aunque ella estudia otra carrera.

—¿Y sólo con dos meses de conocerla ya le tienes ese afecto?

—Sí. Adela, tú sabes que el cariño no depende siempre de la cantidad de tiempo que trates a una persona. Hay veces en que casi desde el primer momento ya hay una simpatía y enseguida surge el cariño.

Adela se quedó pensativa y Penélope continuó:

—Y en nuestro caso, aunque nosotras no hemos empezado con muy buen pie, especialmente porque yo no he sido muy amable contigo, creo que puede cambiar y llegaremos a ser de verdad muy buenas amigas.

Adela volvió a sonreír levemente.

—Bueno. Tal vez.— contestó.

—Y gracias por interesarte por mí.— dijo Penélope.

—Sí... bueno... no tiene importancia.

Penélope sonrió y Adela sonrió también un poco más.

Luego Adela se fue con sus amigas.

Penélope pensó: "Esta mañana estaba muy triste por Casandra, pero este cambio de Adela me ha alegrado el día."

CAPÍTULO 8

ACERCA DE LA RELACIÓN ENTRE ELLOS, PREFIERO NO OPINAR

En toda la mañana Penélope no pudo hablar con Frella a solas, y tampoco la vio a la salida. Así que no quedó con ella para la tarde.

Por la noche, mientras se preparaba la cena con Conchita, ésta le dijo:

—Vamos a ver cómo viene hoy Casandra de la reunión política de los martes.

—¿Por qué dices eso?

—Pues porque se va a encontrar con su ex. Yo sé que ha estado dudando mucho si ir o no, por no encontrarse con él, pero al final decidió que sí. Y ha hecho bien. Porque, ¿por qué va ella a tener que dejar de continuar su vida por él? ¡Si ha sido él quien la ha dejado! ¡Y todo porque es un egoísta y no piensa en ella!

Penélope no dijo nada, pero suspiró.

—¡En fin!— exclamó Conchita —¡Así es la vida! ¡Amores que vienen, amores que se van!

Penélope continuó callada.

—¿No crees?— le dijo Conchita.

—Pues... si te digo la verdad, acerca de la relación entre ellos, prefiero no opinar.

—Sí, bueno. Desde luego eso es cosa de ellos. Pero también es verdad que Casandra es muy joven, y que tiene toda la vida por delante para conocer a su amor verdadero. Porque está claro que éste no lo era.

Penélope no contestó.

—Y por cierto,— continuó Conchita, mientras se aliñaba la ensalada — ¿cómo te va a ti con Ulises?

—Bien. Nos va bien.

—Me alegro. Por lo menos una de nosotras tiene pareja. No sabemos si será el definitivo, pero al menos tienes a alguien.

Penélope sonrió por cortesía, mientras pensaba: "¡Anda que los ánimos que da!".

—En cambio, yo...— dijo Conchita —Sí que lo tengo difícil.

—¿Por qué?— inquirió Penélope.

—Pues está claro, ¿no?— exclamó Conchita.

—No entiendo.— dijo Penélope, extrañada.

—¡Chica!—contestó Conchita —¿Es que no sabes que mi amor verdadero es Filipo Estívensen?

Penélope la miró sorprendida, y tuvo que hacer un esfuerzo ímprobo para no soltar la risa.

—Pero...— empezó a decir, intentando reponerse rápidamente — ¿realmente piensas que Filipo Estívensen es tu amor verdadero? Porque las películas que ves de él sólo son interpretaciones. Seguramente que él es muy distinto de los personajes que interpreta.

—No te creas. Yo he investigado mucho en internet sobre él. ¡Y creo que es aún mejor que en las películas!

—Ya veo.— contestó Penélope.

—Por cierto, que he comprado otra película que han sacado nueva de él. Estoy deseando verla. ¿Quieres que la veamos juntas mientras cenamos?

—Bueno.— contestó Penélope, pues no se atrevió a negarse. —Mientras cenamos. Pero no me voy a parar mucho, porque aún tengo que estudiar.

—De acuerdo.— respondió Conchita.

En ese momento llegó Casandra de la calle.

—Hola.— saludó.

Las otras saludaron también.

Penélope no se había visto con ella en todo el día y se sintió algo cohibida.

—Casandra,— dijo Conchita —¿quieres cenar con nosotras? Vamos a ver una película de Filipo Estívenson mientras comemos.

Pero Casandra pareció no escucharla, porque estaba mirando a Penélope, muy seria.

Ésta se sintió más cohibida aún.

—Ulises me ha dicho lo que pasó.— dijo Casandra —Me ha contado que no es que tú te fuiste de la lengua con él porque sí. Me ha contado que llevabas varios días preocupada por mí, porque creías que estaba enferma, como mi madre. Y que cuando te dije que iba a abortar, te afectó mucho y él lo notó, y en realidad lo que tú hiciste fue desahogarte con él. También me ha dicho que lo de decírselo a Gonzalo fue cosa de él y que tú no tenías nada que ver.

Penélope se quedó callada, sin saber qué decir.

Y Conchita las miró, en silencio, también.

Entonces Casandra le sonrió a Penélope y le dijo:

—Perdóname. He estado muy ofuscada y he sido muy injusta contigo. El que no estés de acuerdo en lo que voy a hacer, no tiene que ser un escollo en nuestra amistad. Sé que no te gusta mi decisión, pero créeme, es lo mejor. Me gustaría que esto no creara ninguna enemistad entre nosotras.

Penélope sintió que se le hacía un nudo en la garganta y notó cómo las lágrimas querían salir a través de sus ojos, pero se acordó de sí misma, y se separó psicológicamente de aquella situación, estando atenta a lo que surgía desde su interior. E hizo una petición a su Madre Divina para que eliminase aquel defecto que estaba surgiendo de su interior.

Luego le contestó a Casandra:

—Sí. Es cierto. He estado muy preocupada por ti. Y no era mi intención perjudicarte.

—Ya lo sé.— respondió Casandra.

—Bueno, ya está todo aclarado por ese lado.— dijo Conchita —Pero, ¿qué pasa con tu ex?

—Pues...— empezó a decir, Casandra.

Pero no continuó, se quedó callada y cabizbaja.

—¿Habéis hecho las paces?— insistió Conchita.

—No.— respondió Casandra —Él ha querido convencerme de nuevo, pero ya le he dicho que no hay vuelta atrás.

—¡Sigue erre con erre!— exclamó Conchita —¿Entonces habéis cortado definitivamente?

—Sí.— contestó Casandra, con el semblante muy triste —No quiere seguir conmigo si sigo adelante.

—¡Qué egoísta y qué prepotente!— exclamó Conchita —¡Pues tú no te rebajes! Casandra negó con la cabeza.

—No. Gonzalo no es así.— contestó — Lo que pasa es que este tema para él ha sido muy importante. Pero él no es como dices. Lo que pasa es que me pide demasiado...

—¡Claro!— exclamó Conchita, acercándose a ella, y dándole la mano — Tú llevas razón. Y no te preocupes. Aunque sea doloroso, al final le olvidarás y encontrarás a otro que te sepa comprender mejor.

—No sé.— respondió Casandra —Honestamente, chicas, creo que nunca volveré a querer a otro como quiero a Gonzalo. Pero en todo caso, aún si me equivoco, por ahora no quiero saber nada de otras relaciones.

Penélope se dio cuenta de que Casandra estaba realmente desconsolada por haber cortado su relación con Gonzalo y se dijo: "¿Será posible que al final cambie de opinión por él?".

Y en eso vio un rayito de esperanza ante lo que ella consideraba la decisión fatal de Casandra.

CAPÍTULO 9

ME CUESTA TRABAJO CREER QUE YO PUEDA TENER ESOS YOES

Al día siguiente, Penélope le contó a Ulises sus esperanzas.

—Sí, puede ser. —contestó él —Desde luego Gonzalo también se ve muy deprimido por toda esta historia. Y puede ser que Casandra cambie de opinión. Pero tanto si cambia como si no, recuerda que nuestro estado de ánimo no puede depender de eso.

Penélope asintió.

Poco después, era Frella la que le decía:

—Recuerda esto: No juzguéis y no seréis juzgados. Los defectos que más nos molestan de los demás, son un reflejo de lo que llevamos en nuestro interior. Por eso los reconocemos. Con la autoobservación psicológica podemos captar los defectos que tenemos en las capas más superficiales de nuestra psicología, pero hay capas que pertenecen al inconsciente, al subconsciente y al infraconsciente, en las que se mueven yoes insospechados. Defectos horribles y monstruosos que ahora mismo no podríamos aceptar que los tenemos. Pertenecen a la cara oculta de nuestra luna psicológica. La conciencia es solar, pero el ego es lunar. Y en nuestro interior existe una luna psicológica que no es otra cosa que una forma de ver al ego. Y esa luna tiene dos caras, como la luna física. La cara visible y la cara oculta. En la cara visible de nuestra luna psicológica podemos ver los yoes que surgen en nosotros de forma visible, y que se captan con la autoobservación psicológica. Pero para captar directamente los yoes que viven en la cara oculta, es necesario haber trabajado interiormente con la eliminación de los defectos de la cara visible, tal y como te he enseñado, de forma que la cara visible esté limpia de ego. Y los yoes de la cara oculta hay que trabajarlos con la ayuda de la alquimia, utilizando la Fuerza que coge la Divina Madre en el trabajo de transmutación de las energías y usando los cuerpos superiores, pues es necesario moverse conscientemente en otras dimensiones para acabar con esos defectos inhumanos. Sin embargo, para alguien que anhela un cambio interior y desea trabajar sobre sí mismo, hay una forma de darse cuenta de los defectos de la cara oculta, y consiste en hacerse consciente de que los defectos que más nos molestan de otros, los tenemos nosotros. A veces son incluso de la cara visible y sólo hace falta autoobservarse para comprobarlo, pero otras veces, podríamos no admitir que tenemos ese defecto, porque no lo vemos a simple vista. Sin embargo, lo reconocemos. Es porque está en nuestro interior.

—¿Quieres decir que por ejemplo yo puedo tener un yo que sería capaz de matar a otra persona?

—Cuántas veces hemos visto que personas que parecían normales han matado a otra. O fíjate en la guerra. Ahí, se crea un caldo de cultivo que hace salir lo peor de los que la viven. Y hay matanzas, violaciones, robos... etc. Y sin embargo, quizás esas personas, si no estuvieran viviendo la guerra no cometerían esos crímenes. Pero los cometen porque esos yoes ya existían en su interior.

—Tienes razón. Pero... me cuesta trabajo creer que yo pueda tener esos yoes.

Frella sonrió.

—Por ejemplo.— dijo Penélope —Veamos un caso cercano. Casandra quiere abortar porque piensa que tiene derecho a decidir sobre su vida. Entonces yo, aparte de la pena que me produce pensar que va a matar a esa pobre criatura, admito que por otro lado estoy juzgando a Casandra porque pienso que es una egoísta que se quiere quitar de en medio algo que le estorba en su vida. Y que ese algo no es una cosa, sino una persona. Y eso me produce un rechazo muy fuerte. ¿Eso quiere decir que yo también llevo en mi interior un yo que sería capaz de abortar? ¡Porque la verdad es que me parece muy improbable!

—Mira,— dijo Frella — no es mi labor señalarte los defectos que tienes visibles u ocultos. Pero te puedo decir que todos los grandes Maestros, para llegar a serlo, han tenido que trabajar tanto los yoes visibles, como los que habitaban en su inconsciente, en su subconsciente y en su infraconsciente, llevando la luz de la conciencia hasta los más recónditos escondites de su psicología. Sin embargo, utiliza un poco la autorreflexión e intenta comprender por qué te molesta o te produce rechazo la acción de Casandra. ¿Qué es lo que hay detrás de ese rechazo? ¿Estás tú segura de no haber querido hacer muchas veces tu voluntad y querer decidir solamente pensando en ti? ¿No has vivido nunca situaciones en las que alguien te molestaba y has querido quitártela de en medio? ¿No has deseado nunca nada malo para alguien?

Penélope escuchó atentamente a Frella y en ese momento le vino un recuerdo muy claro de una escena ocurrida hacía poco. Se trataba del momento en el que ella se encontraba en Villalta, en casa de sus tías Filomena y Flaminia. Recordó el empeño que tenía Flaminia por irse a vivir con ella a la capital. Penélope pensaba que ella iba a serle una molestia y trató de buscar la forma de "quitársela de en medio". Y de hecho, cuando Andrés, el marido de Heliodora, convenció a su tía de que no era una buena idea irse a vivir con Penélope, ésta se sintió tremendamente aliviada.

—Tienes razón, Frella — dijo la joven —Yo también he sentido la necesidad de desembarazarme de alguien que creía que me iba a quitar libertad.

—Libertad. Bonita palabra. Pero, ¿qué clase de libertad puede tener un dormido de conciencia? Mientras se tenga una multiplicidad psicológica, ¿de qué libertad hablamos? ¿De la libertad de qué yo? ¿De un yo de orgullo? ¿De un yo de codicia? ¿O tal vez de uno de pereza? ¿O quizás de un yo de lujuria? ¿O de gula? ¿O de apego? ¿O de cuál? ¿Acaso cuando uno está soñando tiene libertad? Mientras los distintos yoes nos manejen a su antojo, no podremos tener libertad. La verdadera libertad se obtiene cuando la conciencia se libera del ego. Entonces sí. Entonces tienes libertad, no sólo en este mundo, sino en todas las dimensiones del cosmos. Eso es algo que tal vez parezca increíble o fantasioso, pero es algo natural para alguien despierto. Lo que ocurre es que el ego mantiene dormida a la esencia, y las facultades de la conciencia. Ten en cuenta que la esencia es parte de Dios. Sólo que se ha dormido a través de los siglos, existencia tras existencia, por la identificación con las cosas de la vida, creando los distintos yoes. Pero cuando se trabaja sobre sí mismo, eliminando esos defectos psicológicos, la esencia se libera, y se vuelve consciente, se vuelve conciencia, recupera sus facultades y entonces sí, adquiere la verdadera libertad.

—Sí. Comprendo lo que dices y entiendo que llevas razón. Pero en relación con esos yoes monstruosos que llevamos en la cara oculta, ¿cómo se han podido crear?

Porque entiendo que se puede tener los yoes normales que podemos captar si estamos atentos, pero esos tan horribles que me dices...

—Lógicamente no han aparecido de la noche a la mañana. Como te decía antes ha sido a través de las muchas existencias que se han vivido. Son yoes que comenzaron con un pequeño detalle, pero que a fuerza de alimentarlos mediante la identificación, se han robustecido de manera que ya son verdaderos monstruos. Por ejemplo detrás de un asesinato, puede haber un yo de ira o un yo de celos, o uno de envidia, o de miedo o cualquier otro yo. Un yo de codicia o uno de envidia, o de orgullo, por ejemplo pueden convertirnos en un ladrón. O uno de lujuria en un violador. O cualquier yo puede convertirnos en traidores, etcétera. Y como hablábamos hace unos días, la ley de recurrencia existe porque se está dormido y se repiten las mismas cosas de una existencia a otra. Y de esta manera, el ego se refuerza más. A no ser que se le marque un alto, trabajando seriamente sobre sí mismo. Muchas veces alguien comete un asesinato, y los que le rodean no entienden cómo ha pasado eso, pues esa persona aparentemente era alguien pacífico, o alguien muy normal, como se dice. Pero cuando llega el momento de la recurrencia, el yo surge desde el infraconsciente y entonces comete la fechoría.

—Ya comprendo— dijo Penélope —Pero, ahora que me dices esto, pienso en las personas que operan bajo los efectos del alcohol o de las drogas. ¿Qué pasa ahí? ¿Acaso yoes ocultos pueden salir?

—Claro está que sí. Los hechos hablan por sí mismos. Ten en cuenta que las drogas producen efectos nocivos no sólo en el mundo físico. En el mundo vital van consumiendo el cuerpo vital, lo cual hace que el cuerpo físico se deteriore mucho más rápidamente. En el astral, uno va como un loco, sin sentido, mientras los yoes están de fiesta, pues las drogas los alimentan mucho más. En el mundo mental, el cerebro mental va destruyéndose poco a poco. Y hasta en el mundo causal, las drogas afectan a la propia esencia, que anda como borracha. Así que como ves, las drogas, así como también el alcohol, perjudican no sólo físicamente, sino también en dimensiones superiores, y evidentemente duermen la conciencia más rápidamente. Y al ego le encantan estas sustancias, porque con ellas se robustece mucho más. De hecho, cuando se crea una dependencia del alcohol o de alguna droga, es más la dependencia psicológica que la física. En realidad, todas las dependencias están basadas en yoes. Dependencias como el tabaco, o el juego, o ciertos alimentos, o cualquier otra cosa imaginable o inimaginable, están basadas en yoes que se han alimentado fuertemente. Y para librarse de ellas, lo único definitivo es el trabajo psicológico de esos defectos. En el caso de las drogas, el alcohol, o el tabaco, cuando uno quiere dejarlos, existe el mono físico, pero ése es superable. Lo difícil es la dependencia psicológica. Y ésa sólo se acaba definitivamente eliminando el yo o los yoes que inducen a la persona a tomar esas sustancias.

Penélope asintió.

—Sí. Es lógico.

Frella sonrió.

—Bien,— dijo —espero que puedas seguir sacando provecho de esta conversación. Ahora te dejo. Seguiremos hablando en otro momento.

—Sí, gracias, Frella.

La profesora se marchó dejando a Penélope muy animada. Porque aunque había descubierto algo negativo en su interior, estaba contenta por eso: porque lo había descubierto. Y eso le había dado más luz.

CAPÍTULO 10

—¡ESTO SÍ QUE NUNCA ME LO HABRÍA IMAGINADO!

Aquella tarde, Penélope y Ulises se fueron a la bocatería a cenar.

—El sábado voy a ver un piso.— dijo Ulises —¿quieres venir conmigo a verlo?

—¡Vale! ¿Entonces ya tienes decidido irte de tu casa?

—Sí. Necesito cierta independencia. Que ya tengo edad...— contestó Ulises riéndose.

La joven sonrió.

—¿Y qué me dices de Adela?

—¿De Adela?— repitió él extrañado — ¿Por qué me preguntas por ella?

—Porque me imagino que te va a echar mucho de menos, ¿no?

—Sí.— contestó él con gesto apesadumbrado —Ella ha sido la que ha hecho que tardase tanto tiempo en decidirme. Pero ya es mayor, y comienza a hacer su vida. La universidad le está dando mucha cancha. Pero, ¿qué te ha hecho pensar en ella? ¿Acaso te ha dicho algo?

—No. Ella no me ha dicho nada. Pero creo que está muy unida a ti.

Ulises sonrió.

—Bueno, es mi hermanita. Siempre la he visto así. Y es posible que ella esté más pegada a mí, sobre todo desde que murió mi padre, porque mi madre y mi hermano andan siempre muy ocupados con la empresa que fundó mi padre.

—¿Y de qué es esa empresa?

—De marketing.

—¡Oh! Ya veo. Eso tiene que pedirles mucho tiempo, ¿no?

—Efectivamente. — contestó Ulises sonriéndole.

—¿Y tú no has querido participar en la empresa de tu padre?

—No. A mí no me interesa nada de eso.

La joven asintió, sonriéndole a él.

—Tu vocación es la música.— dijo.

—Eso es. Y por cierto, no te he dicho que el martes que viene tenemos un concierto. La orquesta del conservatorio va a hacer un concierto de Navidad, acompañado del coro del conservatorio y de algunos solistas. Vamos a interpretar algunas piezas del Magnificat de Bach y del Mesías de Haendel. ¿Vendrás?

—¡Por supuesto que sí!— respondió la joven —No tenía muy claro cuándo irme a Villalta, porque el lunes terminamos las clases. Pero me iré el miércoles.

—Sí, claro. Entiendo que vayas a pasar las navidades con tu familia.

—Siento que tengamos que separarnos.— dijo ella.

—Yo también.— contestó él.

Ulises le cogió una mano a la joven y se la besó. Y luego ella, con esa misma mano, le acarició la mejilla a él, mientras se miraban amorosamente.

—Ulises, ¿por qué no te vienes algún día de las vacaciones?

Él sonrió.

—¿Te gustaría?

—¡Qué tonto eres!— contestó ella en tono de reproche —¡Pues claro que sí!
El joven se rio.

—Bueno, tal vez lo haga. Quizás algún día después de Navidad.

—Sí, claro. Supongo que querrás pasarla con tu familia.

—Bueno, más bien con Adela. Es que mi madre y mi hermano suelen tener compromisos esos días.

—¿En Navidad también?— preguntó asombrada Penélope.

—Sí. Ya ves.

—¡Vaya!

En ese momento, una voz detrás de Penélope exclamó:

—¡Hombre, Ulises!

El joven miró y se rio y contestó:

—¡Evaristo!

Penélope miró hacia atrás y vio un joven acercarse hasta su mesa. La muchacha se quedó asombrada al verlo.

Ulises se levantó y los dos jóvenes se abrazaron fraternalmente, riéndose. Luego el recién llegado le dijo:

—¡Cuánto tiempo sin vernos!

—¡Sí!— respondió Ulises — ¡Por lo menos tres o cuatro años!

—Desde el entierro de tu padre.— dijo el otro joven.

—¡Ah, sí! ¡Pues entonces hace ya seis años!— contestó Ulises.

El tal Evaristo miró con satisfacción a Ulises y le dijo:

—¡Te veo fenomenal!

Ulises se rio y le contestó:

—¡Pues tú tampoco estás mal!

Durante esa corta conversación, Penélope estaba alucinando. Incluso se tiró de un dedo para comprobar si estaba soñando o no.

Ulises la miró y luego le dijo al otro joven:

—Evaristo, déjame presentarte a mi novia. Ésta es Penélope.

El joven la miró, y ella se levantó, algo tímida.

—¡Vaya Ulises!— dijo él — ¡Qué novia tan guapa tienes!

Ulises asintió sonriendo y le dijo a Penélope:

—Éste es mi primo Evaristo.

—Hola.— saludó ella, muy cortada.

—¡Hola, Penélope!— saludó él, acercándose a ella para darle dos besos.

Luego Evaristo se dirigió a Ulises:

—Bueno, ¿y cómo te va? ¿Sigues con la música?

—Sí, claro.— respondió Ulises.

Evaristo asintió.

Luego estuvo preguntándole a Ulises acerca de su familia y éste le contestó cómo estaban.

Mientras tanto Penélope seguía asombrada, sin poder dejar de mirar a Evaristo.

Ulises se dio cuenta y le cogió una mano que tenía sobre la mesa y le dijo:

—Penélope, ¿quieres decir algo?

Ella miró a su novio y contestó:

—Es que... — se rio tímidamente y continuó — no sé... pero... ya sé que es una tontería, pero...

Ulises parecía divertido y le dijo:

—Seguro que no es una tontería. Puedes hablar en confianza. Mi primo es de total confianza, ¿a que sí, Evaristo?

—¡Pues claro!— dijo su primo.

Penélope volvió a sonreír tímidamente hasta que se envalentonó y dijo:

—Lo que pasa es que te pareces muchísimo a un actor. ¡Parecéis dos gotas de agua!

—¡Ah, era eso!— contestó Evaristo, como no dando importancia —Sí. Me lo dicen muchas veces. Ya estoy acostumbrado.

—¡Ah, claro!— respondió ella, aún con timidez.

Ulises dio muestras de romper a reír, pero de estar aguantándose las ganas.

Penélope le miró molesta.

Y entonces él al ver su gesto, ya no pudo aguantar más y soltó la carcajada.

—¡Pues no sé de qué te ríes!— dijo ella —¡No soy la primera que piensa que se parecen!

Evaristo también pareció aguantar la risa, al ver a su primo.

—¿Te refieres a un tal Filipo Estívenson?— inquirió Ulises.

—¿Lo ves?—dijo ella —¡Sabes a qué actor me refiero porque tú también le encuentras parecido!

—¡Y tanto que se parece!— exclamó Ulises, partiéndose de risa.

Evaristo miraba divertido la conversación de los otros dos.

—¿Pero se puede saber de qué te ríes?— preguntó Penélope, cada vez más molesta.

—¡No me digas que eres fan suyo!— dijo Ulises.

Penélope se sonrojó y respondió:

—¡No! ¡Claro que no!

Ulises siguió riéndose y miró a Evaristo:

—¡Lo siento, Filipo, pero como has podido escuchar, Penélope sólo es fan de mí!

Evaristo se rio.

Penélope miró a los dos jóvenes sin comprender muy bien, hasta que Ulises le volvió a besar la mano y le dijo con dulzura:

—¡Penélope, vida mía, no te enfades conmigo! Te lo voy a explicar. No es que Evaristo se parezca a Filipo Estívenson. Es que él es Filipo Estívenson. Ése es su nombre profesional.

La joven miró a Evaristo con los ojos muy abiertos.

—¿Entonces, de verdad eres Filipo Estívenson?

Evaristo asintió.

—Sí. Soy yo. Pero a veces me resulta más cómodo presentarme como Evaristo, alguien que se le parece mucho. Pero bueno, en este caso, como eres la novia de Ulises, haremos una excepción.

Penélope sonrió.

—Bueno,— dijo —la que sí es fan tuya es una de mis compañeras de piso. Cuando le diga que te he conocido, no me va a creer.

Él se rio.

—¡Bueno, chicos!— dijo —Os voy a dejar cenar tranquilos y románticamente. Yo me voy a comprar un bocadillo y me voy.

Los dos primos se despidieron con cariño y Evaristo le dio un abrazo también a Penélope, y luego se marchó.

—¡Vaya!— exclamó Penélope, volviendo a tirarse del dedo —¡Esto sí que nunca me lo habría imaginado!

Ulises se rio

—¿Quién es la fan?— preguntó — ¿No será Casandra?

—¡Noo! ¡Qué va! Casandra pasa completamente. Es Conchita. ¡Y realmente es muy muy muy fan suya!

Ulises volvió a reírse.

—Creo que como le diga que le he conocido, me va a dar la lata durante un tiempo.— dijo ella.

—¡Pues no se lo digas!— contestó él, riéndose.

Penélope se quedó pensativa.

—Sí. Quizás sea mejor no decírselo. De todas maneras, ¿de qué le puede servir a ella?

Ulises sonrió.

—Parece que Evaristo te tiene un gran cariño.— comentó la joven.

—Sí. Es que nos hemos criado juntos de pequeños. Tenemos la misma edad y hemos sido grandes compañeros de juegos. Es un chico magnífico. Siempre le ha gustado actuar, y ha escogido lo que le gusta.

—Ya veo. Igual que tú. Que has escogido lo que te gusta.

Ulises sonrió y le contestó:

—¡Claro! ¡Por eso te he escogido a ti!

Penélope se rio.

CAPÍTULO 11

PIDO TODAS LAS NOCHES

Al día siguiente, en la facultad, Penélope le dijo a Ulises, con resignación:

—Mañana es el día.

Ulises la miró pensativo y luego respondió:

—¿Te refieres a lo de Casandra?

Ella asintió con la cabeza.

—¿No ha cambiado de opinión?— inquirió el joven.

Penélope negó con la cabeza.

Él la abrazó y le dijo:

—Bueno, bella Penélope, hemos quedado en que eso no puede afectar nuestros estado de ánimo, ¿no?

—Para ti es fácil porque no la ves a menudo, pero yo...

—Sí. Lo comprendo.— le dijo él.

—Ya más o menos lo voy asimilando y me lo voy tomando de otra forma, porque estoy luchando por no identificarme, pero... no consigo quedarme indiferente. Y reconozco que me gustaría que ella no...

Se quedó callada, pues no se atrevía a continuar la frase.

Ulises la abrazó más fuertemente.

Penélope también se abrazó a él y le dijo:

—Bueno, no te preocupes por mí. Estoy bien. ¡Estoy bien, de verdad!

Ulises la miró y le sonrió:

—¡Esa es mi Penélope! ¡Mi pueblerina latosa preferida!

Penélope se echó a reír y él la miró amorosamente y le dijo:

—¿Te recojo a las ocho?

—De acuerdo. Nos vemos a las ocho. Pero ahora tengo que irme.

—Está bien.— contestó él — Pero ahora dame un beso.

Y los dos se besaron. Y después se despidieron.

A media mañana, Penélope pudo hablar un momento con la profesora Angelina:

—Frella, ya sé que hemos hablado mucho sobre este tema, pero...

—Todavía no te resignas a la decisión de Casandra.— dijo la profesora, sonriendo.

Penélope suspiró.

—Es que... la verdad es que tenía esperanza en que iba a cambiar de opinión.

—Recuerda el respeto al libre albedrío.

—Sí. Lo sé. Pero, ¿de verdad ya no hay nada que podamos hacer?

—¿Tú estás pidiendo por ella?

—Sí. Pido todas las noches. Pido para que le ayuden a despertar y a ver claro lo que debe hacer. No pido que se convenza de lo que yo creo, pero sí que ella pueda ver claro, y que su conciencia pueda brillar.

—Bueno, está bien. Es correcto.

—También pido para mí. Para que yo pueda comprender y despertar, y no dejarme llevar por yoes relacionados con todo este tema. Pero aun así, me pregunto, ¿puedo hacer algo más?

—Sigue pidiendo. Y predica siempre con el ejemplo. Pon en práctica todo lo que ya sabes.

—Está bien. Sí.

Frella sonrió y luego se marchó.

Por la tarde, Penélope se reunió con Ulises.

Y por la noche, cuando llegó a su piso, encontró a Conchita y a Casandra cenando.

—Hola.— saludó Penélope.

—Hola.— contestaron las otras dos.

Penélope miró a Casandra, como esperando alguna novedad. Pero ésta no hizo ningún gesto en ese sentido. Aunque Penélope la vio bastante seria.

—Penélope,— dijo Conchita —¿tú cuándo te vas a tu pueblo?

—¿Yo? Pues seguramente el miércoles. El martes tiene Ulises un concierto y voy a ir.

—¡Anda!— exclamó Conchita —¿Y de qué es el concierto?

—Creo que es un concierto de Navidad. Es la orquesta y el coro del conservatorio.

—¡Ah, puff! ¡Ese tipo de música no es lo mío!

Penélope sonrió.

—¿Y vosotras?— preguntó —¿Cuándo os vais?

—Pues yo creo que me iré también el miércoles.— dijo Conchita —¿Y tú, Casandra?

—Me iré el lunes por la tarde.— contestó Casandra, con un gesto de amargura.

Conchita miró a Penélope, le hizo un gesto disimulado como señalándole a Casandra y luego movió la cabeza de un lado a otro, apretando los labios, como diciendo: "Casandra está mal".

Pero Penélope se encogió de hombros mientras suspiraba, como expresándole a su amiga que no podía hacer nada.

—¡Dejad de haceros señas!— exclamó Casandra, molesta —¡Que no soy tonta! ¡Ya sé lo que pensáis las dos! ¡Así que no disimuléis más!

Penélope se quedó callada, pero Conchita le dijo en tono de regaño:

—¡No te pongas así, porque si estamos preocupadas es porque te queremos! ¡Ya sé que todo esto del aborto no es muy agradable, pero a ver, es lo que hay! ¡Ya somos adultas y tenemos que hacernos la idea de que el mundo no es tan bonito como creíamos de pequeñas! ¡Y que nos va a tocar vivir momentos felices y momentos duros! ¡Y así es la vida! ¡Y ya está! ¡No hay que darle más vueltas!

Casandra la miró, y luego miró a Penélope.

—Está bien.—dijo —Llevas razón. Lo que pasa es que no me gusta que cuchicheéis a mis espaldas.

—¿Quién cuchichea?— respondió Conchita —¡Aquí nadie ha cuchicheado! ¿A que no, Penélope?

Penélope negó con la cabeza.

—Sólo nos preocupamos por ti.— contestó.

Cassandra miró a Penélope y le dijo:

—Mira, vamos a no hablar ya más del tema, ¿vale?

Penélope asintió con la cabeza.

—Bueno chicas, —dijo Penélope—yo estoy muy cansada. Voy a acostarme ya. Buenas noches.

—Buenas noches.— contestaron las otras.

Cuando Penélope se metió en su cuarto, se sentó en su cama, cerró los ojos y volvió a pedir ayuda para Cassandra. Y luego pidió por ella misma. Para tener la fuerza de separarse del yo que no hacía nada más que llevarla una y otra vez al sufrimiento por la decisión de Cassandra.

Minutos después, escuchó desde su habitación que Cassandra se metía en su cuarto.

Y una vez más, Penélope oró: "Dios mío que se haga la voluntad divina y no la mía, pero si es posible, que Cassandra pueda darse cuenta de las consecuencias de lo que va a hacer."

Luego se puso el pijama y se acostó.

Se concentró en su interior, y aguardó que le viniera el sueño.

CAPÍTULO 12

¿QUÉ SIGNIFICA ESTO?

Poco a poco fue notando aquella somnolencia característica, hasta que escuchó una voz que decía:

—¡Casandra! ¡Casandra!

Penélope abrió los ojos y se dijo: "¿Qué pasa? ¡Parece que estuvieran llamando a Casandra!"

Y puso el oído otra vez y se incorporó.

—¡Casandra! ¡Casandra!— llamaron otra vez.

"No parece la voz de Conchita", pensó, "¡Voy a ver!".

Se levantó y de nuevo escuchó la llamada, pero más cercana:

—¡Casandra! ¡Casandra!

Penélope quiso abrir la puerta de su habitación, pero al ver que su mano atravesaba el pomo de la puerta, se dio cuenta de que estaba en el mundo astral y se dijo: "¡Ah! ¡Me he desdoblado! ¡Estoy en el mundo astral!" y entonces, atravesó la puerta y se asomó al pasillo.

Entonces vio a una mujer de unos treinta y tantos años, que llamaba:

—¡Casandra! ¡Casandra!

Penélope se quedó asombrada y pensó: "¿Quién es esta mujer?"

Entonces la joven se acercó a la mujer y le preguntó:

—¿Quién es usted? ¿Por qué busca a Casandra?

La mujer le miró pero no le contestó. Tenía el semblante triste.

En ese momento apareció Frella.

—¡Frella!— exclamó Penélope, acercándose a ella —¿Qué significa esto? ¿Quién es esta mujer? ¿Y por qué llama a Casandra?

—Espera y observa. — contestó Frella.

La mujer volvió a llamar a Casandra. La llamó varias veces más. Hasta que de repente, Casandra salió de su habitación y se asomó al pasillo, diciendo:

—¿Quién me llama?

—¡Casandra, hija mía!— exclamó la mujer.

Casandra se quedó quieta, como estupefacta. Y tras unos momentos exclamó:

—¡Mamá!

Y se puso a llorar.

La mujer se acercó a ella y la abrazó.

Penélope estaba asombrada, y a la vez emocionada.

—¡Pero, ¿cómo es posible?! — exclamó Casandra, con lágrimas en los ojos — ¡Mamá! ¿Cómo es posible que te esté viendo? ¡Si tú estás muerta!

Su madre sonrió y le acarició con ternura la cara.

—¡Casandra, hija mía!— repitió.

—¿Acaso estoy soñando?— exclamó Casandra.

La mujer sonrió y le contestó:

—No. No estás soñando. Aunque ahora mismo estamos en el mundo de los sueños, que también es el mundo de los muertos. Es cierto que mi cuerpo murió, pero yo sigo viviendo aquí en espíritu. Aunque he adoptado momentáneamente la imagen de aquel cuerpo que tuve, para que pudieras reconocerme.

Casandra se quedó asombrada con aquellas palabras.

—¿Y por qué has tardado tanto en acercarte a mí?— preguntó la joven a su madre.

—Casandra, al igual que a ti te han ayudado para que despertaras en el mundo de los sueños, a mí también me han despertado en el mundo de los muertos, porque yo soñaba igual que tú, después de mi muerte.

—¿Qué quieres decir con que nos han ayudado a despertar dentro del sueño?— preguntó Casandra.

—Quiero decir que lo normal es que tanto tú como yo, estemos soñando. Es lo que hacemos habitualmente. Pero alguien que te quiere mucho ha rezado insistentemente por ti, y seres despiertos, podríamos decir seres de luz, nos han ayudado de esta forma.

—Creo que entiendo. Pero, ¿por qué? — preguntó Casandra.

—Para que yo pueda darte un mensaje.— respondió su madre.

—¿Un mensaje? ¿Qué mensaje?— inquirió Casandra.

Y su madre le dijo:

—Casandra, nunca te lo conté, pero yo me quedé embarazada de ti cuando estaba saliendo con tu padre. Yo apenas tenía diecisiete años y no estábamos casados y en aquella época no estaba muy bien visto. Tu abuela, que estaba en contra de mi relación con tu padre, quiso que yo abortara, pero me negué en rotundo, porque desde el primer momento en que me enteré, te quise con todo mi corazón. Tu padre estuvo de acuerdo en que no abortase y por supuesto me propuso que nos casáramos. Y a pesar de tu abuela, finalmente conseguimos casarnos. Pero aunque nos casamos más aprisa porque yo estaba embarazada, nuestra unión fue por amor. Pues tú fuiste concebida por amor.

Casandra se quedó mirando a su madre y le dijo:

—¡No lo sabía!

Su madre sonrió y le dijo:

—Pero debes saber algo más. Mira esto.

Y le señaló el cordón de plata que salía de Casandra y luego el que salía desde su madre. Los dos se extendían hasta la habitación de Casandra.

—¿Qué es esto?— preguntó Casandra.

—Ven y verás.— dijo su madre, cogiéndola de la mano.

Madre e hija fueron hacia el cuarto de Casandra, seguidas por Penélope y Frella.

Entonces Casandra vio su cuerpo tendido en la cama y se quedó asombrada. Luego se dio cuenta de que los dos cordones llegaban hasta su cuerpo.

—Ese cordón es el que nos une a nuestro cuerpo.— dijo la madre.

Casandra se acercó a la cama, aún asombrada y luego miró a su madre.

—Entiendo que haya un vínculo entre mi cuerpo y mi espíritu, pero ¿por qué estás tú también vinculada a mi cuerpo?

—No estoy vinculada a tu cuerpo, propiamente dicho. Estoy vinculada al cuerpo que se está desarrollando dentro de ti.

Cassandra abrió los ojos más asombrada aún.

—¿Quieres decir que tú eres...?

No se atrevió a continuar.

La madre sonrió y asintió con la cabeza.

—Sí. Yo soy tu hija. Porque voy a ser una niña... Si tú me dejas nacer, claro.

Cassandra se quedó parada y luego se echó a llorar.

—¡Cassandra, hija!— dijo su madre —Tengo que irme ya. Me gustaría que no me quitaras la oportunidad de poder vivir de nuevo. Pero haz lo que haz, que sepas que te quiero.

Cassandra no pudo contestar, a causa del llanto.

Entonces su madre desapareció y tras eso, la joven se despertó, sobresaltada.

Penélope que había observado desde el quicio de la puerta, se fue hacia el salón con Frella.

—¡Uf!— exclamó —¡Frella, qué experiencia más fuerte! ¡Me he quedado casi tan asombrada como Cassandra!

Frella sonrió y le dijo:

—Bueno. Vamos a ver si le sirve para algo.

—Gracias Frella. Pero, ¿Cassandra recordará lo que acaba de vivir?

—Mañana lo veremos.— respondió Frella.

—Ojalá que sí.— dijo Penélope.

Frella volvió a sonreír.

Y Penélope sintió un tirón y se despertó en su cama.

CAPÍTULO 13

¿RECORDARÁ CASANDRA LA EXPERIENCIA DE ANOCHE?

Al día siguiente, a las siete menos cuarto de la mañana, Penélope se levantó.

Pensó: "¿Recordará Casandra la experiencia de anoche? Bueno, veremos."

Y tras pasar por el baño y después de arreglarse, se fue a la cocina a desayunar.

Minutos después entró Conchita.

—¡Buenos días!— se dijeron mutuamente.

—¿Sabes si se ha levantado Casandra?— preguntó Penélope.

—No sé si ha levantado o no, pero está despierta.

—¿Y cómo sabes que está despierta?

—Porque lleva un montón de tiempo hablando por teléfono. Como la pared de mi cabecero da a la de su cabecero, la he escuchado hablar, pero no he logrado entender nada.

—¡Ah! Quizás estaba hablando con Gonzalo.

—Pues no lo sé. Es posible. A lo mejor él está intentando convencerla por última vez de que no aborte.

Penélope se quedó callada, pensando: "Sí, puede ser que él esté intentándolo."

—El caso, — dijo Conchita — es que yo no he oído llamar al teléfono. Pero claro, es que cuando me he despertado, ella ya estaba hablando.

—Tal vez sea ella la que le ha llamado a él.— dijo Penélope.

—Pues si es así, es tonta. ¡Después de lo egoísta que ha sido!

Penélope no respondió nada.

Momentos después, apareció Casandra.

Tenía cara de haber dormido poco.

—Buenos días.— saludó.

—Buenos días.— respondieron las otras.

—Te has levantado temprano, ¿no?— dijo Conchita —Al fin y al cabo, no tienes la cita hasta las once, ¿no?

Casandra se sirvió un vaso de agua y luego se lo tomó lentamente, sin decir nada.

Luego miró a Penélope y después a Conchita y les dijo:

—No voy a ir a la clínica. No voy a abortar.

Mientras Conchita la miraba sorprendida, Penélope sintió una alegría inenarrable, que partía desde el corazón y la inundaba por todas las células de su cuerpo.

—¡Casandra!— exclamó —¡Qué alegría!

Casandra la miró y sonrió.

—Pero Casandra,— dijo Conchita —¿Estás segura de lo que haces?

—Sí. Muy segura. Más segura de lo que lo he estado nunca.

—¿Y a qué se ha debido este cambio?— inquirió Conchita —¿Al final Gonzalo te ha convencido?

—No. No ha sido él. De hecho, todavía no lo sabe, porque no se lo he dicho aún.

—¿Entonces, con quién hablabas esta mañana?— preguntó Conchita.

—Hablabas con mi padre.

—¿Con tu padre?— repitió Conchita extrañada.

Penélope también se sorprendió.

—Sí. Hemos estado hablando largamente. Ha sido una conversación reveladora, y que nos ha unido más que nunca. He sabido que mi madre se quedó embarazada de mí, estando novia con mi padre y siendo menor de edad. Mi abuela que no quería a mi padre y quería obligar a mi madre a que cortara con él, quiso que abortara. Pero ellos quisieron seguir adelante con el embarazo y al final mi abuela no pudo hacer otra cosa que aceptar que se casaran, pues no estaba dispuesta a pasar la vergüenza de una hija embarazada sin casarse. ¡Ya sabéis, las murmuraciones de los pueblos! Y luego nació yo. Y aquí estoy.

—¡Ya comprendo!— exclamó Conchita —¡Y te entiendo!

Penélope sonrió y asintió, mientras le decía:

—Me alegro mucho de tu decisión, Casandra. Cuenta conmigo para lo que necesites.

—¡Por supuesto!— dijo Conchita —Yo también te apoyo en tu decisión. Pues de eso se trataba, de que fueras tú la que decidiera. Y puedes contar conmigo también para todo.

Casandra sonrió y les dio las gracias.

Tras desayunar, Conchita dijo:

—Chicas, os dejo, que no quiero perder el autobús.

Y se marchó.

Penélope también se levantó para fregar su vajilla y para irse y Casandra le dijo:

—Espera, Penélope. Quiero preguntarte algo.

—Dime.

Casandra la miró fijamente y luego le dijo:

—Tú estabas ahí ¿verdad?

—¿Dónde? ¿A qué te refieres?

—A anoche.

Penélope se quedó callada pensando y entonces comprendió que Casandra había traído el recuerdo de la experiencia que habían vivido.

—Sí.— contestó.

Casandra sonrió.

—¿Entonces tú también la viste?

—¿Te refieres a tu madre?

—Sí.— respondió Casandra, empezando a emocionarse — ¡O sea que todo fue verdad!

—Sí. Fue verdad. Pero yo creí que no me habías visto.

—Sí. Sí te vi. Estabas con una mujer que no conozco. Pero no te dije nada, porque ver a mi madre me impactó mucho y no podía apartar mi vista de ella.

Penélope sonrió.

—Lo comprendo.

—¿Fuiste tú la que me dijo mi madre que rezó mucho por mí?

—Sí.— respondió Penélope.

Cassandra sonrió.

—Pero... —empezó a decir —entonces, ¿tú sabías que se puede despertar dentro del sueño?

—Sí. Precisamente la mujer que viste a mi lado, es la que me ha estado enseñando a hacerlo y también muchas otras cosas. Se llama Frella y es alguien muy especial.

—¿De verdad? Pues... me gustaría que me hablastes de todas esas cosas.

Penélope sonrió.

—¡Claro! ¡Estaré encantada de hacerlo!

—Bueno, ahora no tenemos tiempo, porque tenemos que irnos, pero podemos quedar para hablar por la tarde o cuando te venga bien.

—¡Sí! ¡De acuerdo! ¡Esta tarde está bien!

—Pero supongo que querrás quedar con Ulises.

—No importa. Podemos juntarnos con él.

Cassandra la miró sorprendida.

—¿Pero Ulises también sabe de esas cosas?

—¡Sí! ¡Él está aprendiendo conmigo!

—¡Vaya! ¡Pues sí que lo llevabais en secreto!

Penélope se rio.

—Entonces,— dijo —¿tú también vas a ir hoy a la facultad?

—Sí. Ya he llamado a la clínica y he anulado la cita. Y ahora me voy a preparar para ir a clase.

—¿Se lo vas a decir a Gonzalo?

—¡Claro!— contestó Cassandra, sonriendo.

Penélope sonrió también.

—¡Qué alegría le vas a dar!—dijo.

Cassandra sonrió.

—Sí. Tengo muchas ganas de verle.

—Bueno.— dijo Penélope —Entonces hablamos esta tarde.

—Vale. Pero si puedes, ¿eh?

—¡Síiii! ¡No te preocupes!— contestó Penélope, muy contenta.

CAPÍTULO 14

CREO QUE PUEDE INTERESARLE TAMBIÉN EL TRABAJO INTERIOR

Cuando Penélope llegó a la facultad, momentos después llegaron Ulises y Adela, en la moto de él.

Penélope se dirigió hacia ellos. Estaba tan contenta que tenía unas ganas enormes de contarle a su amado las novedades de Casandra.

Adela se bajó de la moto y cuando la vio, se quedó mirándola con el casco puesto. Y Ulises se quitó enseguida su casco y le sonrió.

Penélope llegó hasta ellos y saludó:

—¡Hola!

—¡Hola!— contestó Ulises.

—Hola.— respondió también Adela, mirándola con curiosidad.

—¿Qué tal, Adela?— dijo Penélope.

—Bien... — contestó Adela — ¿Y tú?

—¡Yo estoy muy bien!— exclamó Penélope, con entusiasmo.

Ulises empezó a reírse. Y Adela se quitó el casco y la miró detenidamente.

—Estás un poco rara, ¿no?— dijo.

Penélope se rio.

—¿Por qué dices eso?

—Es que tú nunca vienes hasta aquí para hablar con Ulises. Siempre es mi hermano el que se acerca a ti. Y hoy te has acercado tú. Y además, se te ve mucho más contenta que estos días de atrás... Pero ahora que lo pienso, creo que ya sé la razón.

—¿De verdad?— dijo Penélope divertida.

—Sí. Lo que te pasa es que ya se ha solucionado el problema de tu amiga, y estás deseando contárselo a mi hermano.

Penélope sonrió, miró a Ulises, y luego a ella, y contestó:

—¡Has acertado!

Ulises se rio y dijo:

—¿Te das cuenta qué dotes detectivescas tiene Adela? ¡Es mucho más lista que yo! ¡Y ya es decir!

Las dos muchachas se rieron.

—Bueno,— dijo Adela —os dejo para que habléis tranquilamente de ello.

Se despidió de su hermano y se marchó.

Ulises le dio la mano a Penélope y le dijo:

—En cuanto te he visto acercarte, me lo he imaginado. Casandra ha cambiado de opinión, ¿no?

—¡Sí!— respondió ella riéndose.

Él se rio también, contento.

—Pero lo mejor,— dijo Penélope — es lo que le ha hecho cambiar de opinión.

Ulises la miró intrigado.

—¿La ha convencido Gonzalo?

—No. No ha sido él. Han sido sus padres.

—Querrás decir su padre, ¿no?

—Quiero decir su padre y su madre.

—Pero, ¿no me dijiste que su madre había muerto hace algo más de un año?

—Sí. Así es.— contestó Penélope riéndose.

Ulises la miró sorprendido.

—¿Quieres quedarte conmigo? ¡Me dices que su madre que murió hace tiempo la ha convencido! ¡Y encima te ríes cuando me dices que se murió! ¿Me quieres volver loco?

Penélope se rio otra vez.

—No.— contestó — Lo que pasa es que... ahora no tengo tiempo para explicártelo. Te lo explico esta tarde. Es que no quiero llegar tarde.

—¡De eso nada!— dijo Ulises —¡Tú de aquí no te vas hasta que me lo expliques! ¡No me vas a dejar con esta intriga todo el día!

Penélope se reía divertida.

—¡Que no puedo, de verdad! ¡Que como empieza a contarte algo, te vas a quedar más intrigado aún, porque es largo de contar!

—¡Cruel Penélope!— exclamó él, simulando estar dolido — ¡Te aprovechas de mí!

Penélope le dio un beso y le dijo:

—Te quiero. Nos vemos esta tarde.

Pero él la enganchó de la mano y le dijo:

—¡No! ¡Esta tarde, no! ¡A medio día! ¡Comemos juntos! ¡Y no me digas que no, porque no te lo acepto!

Penélope sonrió y le contestó:

—¡Está bien! Recógeme a la salida. A las tres.

—Vale.— dijo él, más contento.

Poco después Penélope pudo hablar con Frella:

—Casandra ha podido recordar todo.— dijo la joven muy contenta —Y lo mejor es que eso la ha incentivado a querer saber más.

Frella la escuchó sonriendo.

—Creo, — continuó Penélope — que puede interesarle también el trabajo interior. He quedado con ella para hablar de ello esta tarde.

—Muy bien. Eso es beneficioso para ella, porque puede aprender, y también es beneficioso para ti, porque eso es una de las formas de sumar capital cósmico en la balanza del karma.

—¡Ah! ¡Claro! ¡Pero yo no lo hago por eso! ¡Es porque me sale naturalmente!

—Bueno, está bien. Pero lo hagas de manera interesada o no, lo cierto es que ese capital se te acumula. Lo que pasa, es que al hacerlo de corazón, también estás haciéndolo por amor, y la conciencia se refuerza.

Penélope asintió contenta.

—De todas maneras, — dijo — también quería darte las gracias por haberme dado la oportunidad de tener aquella experiencia.

—Esa experiencia te la han dado tus padres internos.

—¡Oh! Pero, ¿y entonces por qué no los vi?

—Ellos no suelen manifestarse, a no ser que su hijo o su hija, vaya muy mal interiormente, y lo hacen para advertirle, antes de que sea demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? ¿A qué te refieres?

—Pues a que la conciencia ya esté tan atrapada que no exista la posibilidad de cambio interior.

—Comprendo. Es decir, que si uno se deja, puede perder la oportunidad de despertar la conciencia.

—Claro. En general, se dice que en el ser humano hay más o menos un tres por ciento de conciencia libre. El resto, está atrapada y dormida por el ego. Con el trabajo serio sobre sí mismo ese porcentaje va aumentando a medida que el ego va siendo eliminado, pero si no se trabaja sobre sí mismo, el ego es el que va aumentando de manera que la conciencia va disminuyendo hasta no tener nada. Y para poder despertar es indispensable tener algo de materia prima, algo de conciencia que es la que ve la necesidad de despertar.

—Entiendo. Por ejemplo, esas personas que son asesinos, o violadores, o grandes ladrones que roban incluso a los pobres, etcétera, ¿esas personas ya se puede decir que no tienen conciencia?

—Cuando se tiene el ego manifestándose en esa potencia, lo más normal es que ya no tienen conciencia libre. Aunque ya sabemos que para el indigno todas las puertas están cerradas menos la del arrepentimiento. Pero si ya no hay conciencia en ellos, ¿cómo se van a arrepentir?

—Pues tal y como van las cosas, no me extrañaría que hubiese mucha gente así. Y por lo poco que he visto en lo que está ocurriendo en nuestro país, tampoco me resultaría extraño pensar que hay algunos políticos y personas detrás de bancos y multinacionales que no tienen ya nada de conciencia, y que sólo operan por el ego.

Frella asintió.

—Sí. Pero ten en cuenta que ellos también pueden ser vehículos del karma. Porque el karma mundial es muy grande, ya que el ser humano en general ha hecho muchas fechorías a lo largo de los siglos. Unos más, y otros menos. Por eso, unos sufren más y otros menos. Y también pagan de distinta forma: enfermedades, ruina económica, problemas en las familias, etcétera. Y cuando uno no se acuerda de su Ser interno, o por decirlo de otra manera, de Dios, cuando uno le da la espalda, entonces las cosas le van mucho peor. Porque cuando uno se acuerda de Dios, sus Padres internos no le dejan. Pero hay que tener fe en ellos. Y cuando sobreviene un karma fuerte que ya no se puede cancelar, porque ya está en acción, hay que agarrarse aún más a los Padres internos, al Ser, a Dios, para poder pasarlo lo mejor posible.

Penélope asintió.

—Bien,— dijo Frella — vamos a dejarlo por ahora.

—En fin,— contestó la joven — muchas gracias por todo.

—Nos vemos la semana que viene.— contestó Frella, sonriendo.

CAPÍTULO 15

ME IMAGINO QUE TIENE QUE HABER MÁS GENTE QUE SEPA SOBRE ESTO

Ulises recogió a Penélope en la puerta de la facultad tal y como habían quedado.

Luego la llevó hasta su casa para que dejase los libros, con la intención de marcharse después a comer juntos.

Pero en el portal de su casa, encontraron a Casandra y a Gonzalo, hablando.

Los cuatros se saludaron, animadamente.

—Casandra,— dijo Ulises —ya sé que has cambiado de opinión con respecto a tu embarazo.

—Sí.— contestó ella sonriendo y dándole la mano a Gonzalo, que la miraba feliz.

—Me alegro mucho.— respondió Ulises.

—Penélope,— dijo Casandra — le he contado todo a Gonzalo. Porque no quiero que haya ningún secreto más entre nosotros, y porque creo que también le puede beneficiar saberlo. Y él me ha dicho que también está interesado en saber más sobre el tema.

—Sí, es cierto.— ratificó Gonzalo —Me ha dejado muy impresionado todo lo que Casandra me ha contado. Y tengo entendido que Ulises también sabe sobre ello. ¿Creéis que podríais explicarnos más cosas a los dos?

Ulises, a quien Penélope todavía no había explicado nada sobre los motivos del cambio de Casandra, se quedó extrañado y dijo:

—¿De qué habláis? ¿Qué me he perdido?

Penélope le miró y contestó:

—Es que no me ha dado tiempo de explicártelo.

Casandra y Gonzalo miraron a Ulises y luego a Penélope:

—¡Ah!— exclamó Casandra —¡Yo pensé que ya se lo habías contado!

—¡No! ¡No me ha dado tiempo!— contestó Penélope.

Ulises frunció el cejo y le dijo a Penélope en un tono de reproche:

—¡Tú y tu manía de no llegar tarde a clase!

Penélope se rio, cogió del brazo a Ulises, le dio un beso en la cara y después le dijo:

—Te recompensaré por esto.

Ulises la miró y le sonrió:

—Bien. Me parece justo.

Penélope volvió a reírse.

Entonces Gonzalo les dijo a Penélope y a Ulises:

—¿Casandra y yo íbamos a comer juntos, pero qué os parece si comemos los cuatro y hablamos de ello?

Penélope y Ulises se miraron entre sí, y luego ella contestó de parte de los dos:

—¡Vale! ¡Nos parece bien! ¿Verdad Ulises?

—Sí. Estoy de acuerdo.

Así, los cuatro se fueron a comer juntos a la pizzería cercana. Y una vez acomodados, fue la propia Casandra la que le explicó a Ulises la experiencia que había

tenido en la que se encontraba con su madre, y luego las explicaciones de su padre que le ratificaban todo lo que su madre le había dicho.

Ulises se quedó maravillado por aquella experiencia, pero se maravilló aún más cuando supo que Penélope había sido espectadora directa junto a Frella.

Luego Penélope y Ulises estuvieron dándoles algunas nociones sobre las diferentes dimensiones y también sobre la psicología múltiple del ser humano y del trabajo sobre sí mismo. Y de esa manera, estuvieron varias horas hablando sobre esos temas con gran entusiasmo.

—Me pregunto algo. — dijo Gonzalo cuando se levantaban para marcharse de la pizzería —Nunca había escuchado nada de estas cosas antes. ¿Hay más personas que conozcan estas cosas, aparte de vosotros y de Frella?

—Pues nosotros conocemos a dos parejas.— contestó Penélope —Pero me imagino que tiene que haber más gente que sepa sobre esto. Lo que pasa es que pueden pasar desapercibidos si no se da la oportunidad de que surja este tema. Por ejemplo, una prima mía y su marido saben de todo esto y lo practican. Ellos viven en Villalta, y un día de los que estuve durante el puente, por ciertas circunstancias salió a la luz. Y ahí me enteré de que habían recibido este conocimiento.

—Ya comprendo. O sea que es posible que haya otra gente a nuestro alrededor que sí que sepa algo sobre estas cosas.

—Yo creo que sí.— contestó Penélope —Tal vez la forma de actuar pueda orientarnos un poco. Creo.

—Sí. Seguramente. — contestó Gonzalo.

Penélope sonrió y miró a Ulises. Éste se veía pensativo. Ella se le quedó mirando pero él no se dio cuenta, pues tal ensimismamiento tendría en sus propios pensamientos...

Cuando ya salían de la pizzería, Gonzalo le dijo a Ulises:

—Oye, con todo este tema, hemos olvidado las elecciones.

Ulises sonrió.

—Sí. Es verdad.— contestó.

—Vamos a ver qué pasa.— dijo Gonzalo —Estoy un poco preocupado, porque la gente parece que no escarmienta, y a pesar de que los de siempre no les han ayudado, sino que han metido al país en un pozo, siguen votándoles. No sé, Ulises. No tengo claro que de estas elecciones surja el cambio que hace falta.

Ulises le contestó:

—Es que el cambio que hace falta es mucho más profundo del que pueden hacer los políticos.

Penélope miró a Ulises sorprendida por su respuesta. Por fin parecía haber comprendido.

Gonzalo se quedó mirando a su amigo y luego preguntó:

—¿A qué te refieres exactamente?

—Me refiero a que el cambio tiene que ser de cada persona. Porque mientras exista el yo del robo o de la codicia o del odio, o de la ira, o de la venganza, u otros, no sólo en los políticos que nos gobiernan, sino en cada uno de nosotros, seguirá habiendo engaño, corrupción, mentiras, fraude, racismo, desigualdad, etcétera, en nuestra sociedad.

—Sí. Comprendo lo que dices.— contestó Gonzalo.

—Yo también lo entiendo, — dijo Casandra —pero lo cierto es que entre los que manejan el poder, hay quien está más corrupto que otros. Hay quien se aprovecha más, y quien se enriquece más a costa del pueblo. Otros parecen tener más... solidaridad y estar realmente con el pueblo, sufriendo con el pueblo, y luchando por el pueblo. Yo creo que no se puede dejar que sigan en el poder los mismos de siempre que tanto daño han hecho. Por eso, aunque estoy contigo en que todo el mundo debería cambiar, también pienso que uno no se puede quedar de brazos cruzados cuando existe la posibilidad de elegir a nuestros gobernantes. Ésa es la democracia.

—Sí.— respondió Ulises —Estoy contigo. Al menos, debemos dar la oportunidad a otros que parecen querer ayudar sinceramente al país. Y especialmente a los que peor lo están pasando.

Casandra asintió. Luego miró a Penélope y le preguntó:

—¿Y tú qué opinas, Penélope?

—Pues... la verdad es que no lo tengo claro. Comprendo vuestro punto de vista y en cierto modo lo comparto. Pero por lo poco que conozco de los distintos partidos... quizás el que más me guste también tiene ciertos puntos con los que no estoy para nada de acuerdo, y no sé realmente lo que haré hasta última hora. Así que, me mantengo en "stand by", esperando que me llegue la respuesta desde mi propio Ser.

Los otros tres la escucharon con atención y asintieron.

—En todo caso,— dijo Casandra, riéndose —el "stand by" va a ser corto. Porque las elecciones son pasado mañana.

Los otros se rieron.

Luego las dos parejas se despidieron y Casandra y Gonzalo se marcharon por un lado, y Penélope y Ulises, por otro.

—Mi amor,— le dijo Penélope a Ulises, mientras caminaban —¿puedo preguntarte algo?

Ulises le sonrió tiernamente, mientras le rodeaba los hombros con el brazo.

—¡Claro! ¡Dime!

—Antes te he visto muy pensativo. ¿Puedo saber en qué pensabas?

—¿Antes? ¿Cuándo?

—Cuando le estaba diciendo a Gonzalo que seguramente debe de haber más personas que conozcan el trabajo sobre sí mismo y todo lo que engloba.

—¡Ah, ya! Pues... sí. Es que cuando has dicho que tal vez sean personas que actúan de una forma distinta... me ha venido una idea a la cabeza.

—¿Una idea?

—Bueno, no una idea en sí, sino la idea de alguien. Quiero decir alguien que tiene una forma de actuar diferente de lo normal. O sea, es alguien normal, pero tiene algo... no sé cómo explicarte, un no sé qué diferente.

—¿Sí? Pero... ¿en qué?

—Pues no sé. Es que no sé explicártelo. Es una sensación que me produce.

—¡Oh! ¡Vaya! ¡Qué misterioso! ¡Me gustaría conocer a esa persona!

Ulises la miró pensativo y luego sonrió y le dio un beso en la sien.

—Bueno, no te hagas tantas ideas. A lo mejor estoy equivocado y simplemente es que es así, porque sí. Hay mucha gente rara en el mundo...— dijo sonriendo algo

pícaramente — Incluso hay pueblos enteros de gente rara... Yo conocí hace poco un pueblo de esos... con una pueblerina latosa... que me enredó el corazón.

Penélope se rio y le dio un pequeño empujón en el brazo.

—¡Mira que eres tonto!— le dijo.

Él se rio.

CAPÍTULO 16

ME SONABAN VUESTRAS CARAS PERO NO LOGRABA RECORDAR DE QUÉ

El sábado por la mañana, Penélope acompañó a Ulises a ver el piso que éste quería alquilar.

Sin embargo, a ninguno de los dos pareció gustarle. Nada de vistas, poca luz, y ningún balcón, sólo ventanas. Demasiado triste.

—Bueno, seguiré buscando.— dijo Ulises —De todas formas, ahora con las fiestas de Navidad, tampoco es momento para ver pisos.

Finalmente llegó el domingo, y con él las elecciones generales.

Y tanto Penélope como Ulises, actuaron según sintieron desde su corazón.

Y aquella noche, cuando dieron los resultados electorales, ellos no se identificaron con la derrota de unos y el triunfo de otros. Aceptaron que aquellos resultados eran los que tenían que salir, de acuerdo a lo que el pueblo merecía. Y eso era todo.

El lunes Penélope tuvo el último día de clase antes de las vacaciones.

Por la tarde, no pudo quedar con Ulises, porque éste tenía ensayo con la orquesta y el coro del conservatorio para el concierto del día siguiente.

Pero el martes los dos comieron juntos y después la joven se fue a su piso y Ulises a su casa, para poder descansar un poco y cambiarse de ropa.

Por la tarde, Penélope se fue muy animada a ver el concierto que dirigía su amado.

Cuando entró en el conservatorio, había mucha gente. Niños y mayores. Y se escuchaban sonidos de los instrumentos por todas partes.

La joven miraba hacia un lado y hacia otro, pero no logró localizar a Ulises.

—¡Hola, Penélope!— le dijo alguien por detrás.

Ella se giró y vio a una pareja que le pareció conocida, pero no recordaba bien de qué.

—¿No te acuerdas de nosotros?— preguntó la muchacha.

—Sí...claro... vosotros sois...— empezó a decir Penélope intentando recordar.

—Somos Ana e Iván.— dijo la muchacha —¿No te acuerdas? Nos conocimos en la ópera de Sigfrido.

—¡Ah!— exclamó Penélope —¡Es verdad! ¡Perdonad! ¡Me sonaban vuestras caras pero no lograba recordar de qué!

Los otros dos se rieron.

—¿Y cómo te va?— preguntó Ana.

—Muy bien.—respondió Penélope —No me puedo quejar. ¿Y vosotros?

—Pues tampoco nos va mal.— contestó Ana.

—¿Tú no tocas en la orquesta?— preguntó Penélope a Iván.

—No. Yo no. No soy concertista. Sólo profesor.

—¡Ah!

—Iván sólo da conciertos en privado.— explicó Ana, mirándolo con devoción.

Él sonrió.

Penélope los miró y pensó: "Recuerdo que la otra vez había algo en esta pareja que me llamaba la atención, pero no sé qué. Y lo mismo me está pasando ahora."

Ana le miró y sonrió.

—Penélope, tú no eres de aquí, ¿verdad?— preguntó.

—No. Soy de un pequeño pueblecito entre montañas llamado Villalta de Pinares que está a unos doscientos treinta kilómetros de aquí, en la zona de los montes universales.

—¡Ah,— contestó Ana —¡Debe de ser un pueblo muy bonito!

—Sí. Lo es. Es precioso.—respondió Penélope —Al menos a mí me lo parece.

Ana e Iván se rieron.

—¿Y vosotros?— inquirió Penélope —¿Vosotros sois de aquí?

—Yo sí. Iván, no.— respondió Ana —Él es de la Mancha. De una ciudad llamada Vallerocas. Bueno, la verdad es que yo también nací allí, pero cuando tenía un año, mis padres se vinieron a vivir a la capital. Pero cuando Iván y yo nos casamos, estuvimos viviendo allí tres años hasta que hace un par de años que Iván cogió una plaza en el conservatorio de aquí y nos vinimos para poder estar más cerca de mis padres y de mi hermanito.

—¿Y entonces, cómo os conocisteis? Quiero decir, que si cada uno vivía en un lugar diferente...— inquirió Penélope.

Ana e Iván se miraron sonriéndose.

—Pues nos conocimos... hace mucho... mucho tiempo...— contestó Ana — en una cueva muy cerca de Tánger. Iván me salvó... quiero decir que me ayudó en un momento en el que yo estaba... pasándolo muy mal.

—¿En Tánger? ¿Tánger de África?— preguntó Penélope.

—¡Sí! ¡Eso es!— respondió Ana.

—¡Vaya!— exclamó Penélope, pensativa —¿Y por qué dices que hace mucho tiempo que os conocisteis? Tú no puedes tener más de veintitrés o veinticuatro años. A no ser que os conocierais cuando tú eras una niña.

Ana e Iván se volvieron a mirar y se rieron.

—Para nosotros,— contestó Iván — hace mucho tiempo...

Penélope les miró intrigada y luego les dijo:

—Cualquiera creería que habláis de otra vida.

Los otros dos la miraron sorprendidos y luego le sonrieron.

—¿Crees que eso es posible?— le preguntó Iván.

Penélope les miró profundamente y luego respondió con firmeza:

—Sí. Sí lo creo.

Ana e Iván se miraron y luego Iván contestó:

—Pues me alegro que lo creas, porque ése es nuestro caso⁴.

Penélope sonrió primeramente y luego se puso a reír contenta.

—¡Sabía que había algo en vosotros diferente!— exclamó.

Los otros dos la miraron sorprendidos.

—¡Lo sabía! ¡Y creo que Ulises también lo intuía!

—¿Ulises?— dijo Iván.

—¡Sí!— dijo Penélope.

⁴ Véase más sobre Ana e Iván en la obra "El Viaje del Autodescubrimiento.", en elenasantiago.info

Iván y Ana la miraron pensativos y luego Iván le preguntó:

—¿Vosotros también os conocisteis en otra vida?

—Sí. En fin, creo que sí. Pero no tenemos recuerdos claros, pero sí nos reconocimos cuando nos vimos la primera vez.

—¡Qué curioso!— exclamó Ana.

—Pero mi profesora, — continuó Penélope — que es alguien muy especial, me dijo en una ocasión que Ulises y yo ya nos conocíamos de otra vida. Y yo le creo.

Los otros dos la escucharon con interés.

—¿Y quién es esa profesora tuya?— preguntó Ana.

—Es alguien que tiene un nivel de conciencia muy alto y que posee muchas facultades.

—¿Qué tipo de facultades?— inquirió Iván.

—Pues... facultades de tipo espiritual y psicológico.

—¿Te refieres a que sabe desdoblarse en astral, por ejemplo?—preguntó de nuevo Iván.

—¡Claro! ¡Para ella, eso no es nada! ¡Y me ha ayudado a mí en varias ocasiones!—

—¿De veras?— dijo Iván, pensativo —¿Y te ha hablado acerca de otras cosas?

—Sí, claro.— respondió Penélope —Me ha hablado del estado de sueño del ser humano, de la multiplicidad psicológica, y del trabajo sobre sí mismo. ¿Vosotros sabéis algo de eso?

Los otros dos asintieron.

—¡Esto es extraordinario!— exclamó Iván.

—¡Estoy de acuerdo contigo!— exclamó Ana.

Penélope sonrió y dijo:

—¡Yo también pienso lo mismo!—

Luego Penélope se dio un tirón de un dedo.

Iván y Ana la observaron en silencio, pero no dijeron nada.

En ese momento, entre la multitud apareció Ulises.

El joven se acercó a ellos, muy contento, y al llegar, cogió a Penélope por la cintura y saludó:

—¡Hola, chicos!

—¡Hola!— saludaron los demás.

—Vamos a empezar enseguida.— dijo Ulises —Si queréis podéis sentaros ya.

—Sí.— respondió Iván —Vamos a sentarnos, Ana. Pero, Penélope, nos gustaría continuar la conversación después.

—¡Claro!— exclamó Penélope —¡A mí también me gustaría!

—¿Quieres que te reservemos un asiento al lado de nosotros?— le dijo Ana.

—Vale. Sí.— contestó Penélope.

Y los otros dos se metieron en el salón de actos, mientras dejaban a Penélope y a Ulises que la miraba extrañado.

—¡Vaya!— exclamó éste —¡Veo que has hecho buenas migas con Iván y con Ana!

—Sí.— respondió Penélope riéndose.

Él la observaba curioso.

—¿Se puede saber qué te traes?— preguntó.

—Nada. — contestó ella, divertida por la expresión de su amado —Es sólo que estabas en lo cierto.

—¿Que yo estaba en lo cierto? ¿A qué te refieres?— le preguntó Ulises.

—A lo que me dijiste el otro día. Y a que efectivamente, Iván es alguien diferente. Y Ana también.

Ulises se quedó pensando y luego dijo:

—¿Y cómo sabes que me refería a él?

—Pues porque no quisiste decirme quién era, y eso implicaba que era alguien que yo conocía, porque si no le conociese, no le habrías dado tanto misterio.

Ulises se rio, y le dio un beso.

—Está bien, sí. Era él. Pero ¿por qué me dices eso ahora?

—Porque hemos tenido una pequeña conversación— le dijo en voz baja —y he visto que ellos saben muchas de las cosas que nosotros sabemos.

Ulises se quedó pensativo y luego sonrió.

—¡Esa es una magnífica noticia!— exclamó.

Y como toda la gente estaba ya entrando en el salón de actos, el joven le dijo a su novia:

—Oye, tengo que irme. Después del concierto hablamos.

—Vale. — contestó Penélope — ¡Que te vaya muy bien, mi amor!

Ulises la besó y se marchó por otra puerta.

CAPÍTULO 17

¡MAÑANA ME VOY A VILLALTA Y NO QUIERO IRME!

Una hora y media más tarde, Penélope salió encantada del concierto. Tanto la orquesta, como el coro y los solistas, habían interpretado a Bach y a Haendel maravillosamente.

Y cuando se reunió con Ulises, después de un buen rato esperando a que todo el mundo se acercase a él, le felicitó sinceramente y con gran admiración. Él se reía contento, más que por las alabanzas, por el hecho de que su amada hubiese estado en el concierto.

Luego, junto a Ana e Iván, se fueron a cenar a un bar restaurante de la zona. Y allí tuvieron tiempo de compartir conocimientos.

Sin embargo, cuando horas después regresaban a casa de Penélope, ésta se sentía realmente cansada. Y cuando llegaron al portal, y recordó que al día siguiente se iba a su pueblo, algo en ella se revolvió al pensar que iba a separarse de su amado por un tiempo.

Entonces le dijo al joven:

—¡Mañana me voy a Villalta y no quiero irme!

—¿Eh?— exclamó él, simulando estar sorprendido —¿Cómo es eso? ¿Que no te quieres ir a tu pueblo? ¿A tu maravilloso pueblo? ¿Cómo es posible?

Penélope le sonrió y le contestó:

—No seas tonto. ¡Sabes que no me quiero ir porque voy a echarte mucho de menos!

Ulises le sonrió y le dio un beso en la sien.

—¡Anda, no seas niña!— le contestó —¡Si sólo van a ser unos días!

—¿Vendrás algún día?— le preguntó ella.

—Bueno, voy a ver cómo me organizo.—contestó el joven.

Pero el mismo cansancio físico y mental de la joven, después de un día muy movido, algunos yoes se revolvieron y uno de esos le dijo, con cierto fastidio, a Ulises:

—¿Tan ocupado estás?

Él se rio. Pero a Penélope no le hizo gracia. O mejor dicho, a un yo de apego al joven no le hizo gracia y otro de despecho contestó:

—¡Oye, que si no te apetece venir, no vengas!

Y Ulises continuó riéndose.

Pero en el interior de Penélope "algo" se molestó por la respuesta del joven y dijo:

—En realidad, quizás sea mejor que no vengas.

Ulises paró de reír y le miró sonriendo.

—¡Venga, Penélope! ¡No te enfades!

—¡No me enfado!— contestó un yo mentiroso.

Él la miró con ternura y le dijo:

—¡Claro que iré, tonta!

—¡Me da igual que vengas o que no!— dijo el yo del amor propio.

Entonces Ulises le miró, frunciendo el ceño y le regañó:

—¿Quieres dejar ya de decir cosas que no sientes?

—¿Y por qué crees que no lo siento?— respondió un yo de soberbia — ¡Sabiondo!

Ulises la miró sorprendido y le dijo:

—¡Penélope, déjalo ya! ¡No sigas! ¡Ya te he dicho que sí voy a ir!

—¡Pues ahora yo no quiero que vengas!

—No te creo.

—¡Pues créeme! ¿O es que te piensas que ya no puedo vivir sin ti?

Él la miró profundamente y le dijo:

—Penélope, vida mía. No te pongas así. Yo te quiero, ¿no lo sabes?

Ella se quedó callada porque estaba dividida entre algo que se arrepentía en su interior, pero también continuaba aquel yo de soberbia.

—¡Venga, bella y dulce Penélope!— dijo él, con suavidad — ¡Hagamos las paces!

La joven se fue calmando. Pero no contestó, porque el "yo" estaba aún ahí.

Él le dio la mano y le dijo:

—Me ha hecho muy feliz verte en el concierto.

No hubo contestación.

—Bueno,— dijo él —¿nos vemos mañana, antes de irte?

—Me voy temprano.— respondió ella, todavía bajo los efectos de un yo de amor propio.

—No importa. Te puedo recoger y te llevo a la estación de autobuses.

—No. Déjalo. Puedo apañarme sola.

—¡Bueno, ya está bien, ¿no?!— exclamó el joven, con impaciencia —¡Para ya! ¡Deja de hablar así! ¡Estás actuando como una cría!

Pero eso no hizo nada más que volver a llamar al yo de soberbia anterior que respondió:

—¡Yo hablo como quiero, y no soy ninguna cría! ¡Ya te he dicho que me apaño sola! ¡No hace falta que vengas a por mí!... ¡Ni tampoco quiero que vayas a Villalta!... ¡Ya nos veremos después de las vacaciones!

Ulises la escuchó muy atento y le dijo enfadado:

—¿Ah, sí?

—¡Sí!— contestó ella, movida por aquel yo de soberbia

—¡Bueno! ¡Pues entonces... que tengas buen viaje! ¡Adiós!— le dijo el joven.

—¡Adiós!—contestó Penélope.

Y el joven se dio la vuelta para irse, pero después de dar dos pasos se volvió hacia ella, y la miró.

Penélope sintió un vuelco en el corazón, pero también una extraña tensión en todo el cuerpo.

—¿Has dicho algo?— preguntó Ulises.

—¡No he dicho nada!... ¡Adiós!— dijo la joven.

Y antes de que Ulises pudiera decir algo más, el yo de amor propio movió a la joven y ésta se metió en el portal de su casa y se fue a coger el ascensor.

Cuando la joven entró en casa, ya le había cambiado el yo, y se sentía arrepentida y muy triste.

No estaba ninguna de las chicas. Así que se fue a su cuarto, muy deprimida y se tumbó en su cama tal cual estaba.

Entonces empezó a recordar los últimos y fatales minutos que había pasado con Ulises y todas las cosas que le dijo. Y se puso a llorar desconsolada.

Se dio cuenta de que se había dejado llevar por un absurdo amor propio, y eso la hizo sentirse muy mal.

"¿Cómo ha pasado esto?", se dijo. "¿Cómo he llegado a este punto? He mentido, y me he dejado llevar por el amor propio. Y todo porque no quería alejarme de Ulises. ¡Esto no tiene sentido!"

La joven cerró los ojos y se puso en estado de alerta interior. Luego empezó a recordar con detalle esos momentos, analizando los diferentes yoes que habían salido: amor propio, soberbia, apego, ira... Y conforme iba analizando cada uno de ellos, posteriormente le pidió a su Madre Divina que lo eliminase de su interior. Uno tras otro.

Después de eso, recuperó la paz y la tranquilidad en el corazón.

CAPÍTULO 18

LE DIJE QUE NO VINIERA A RECOGERME

A las siete de la mañana del día siguiente, Penélope se levantó, se arregló y se fue a la cocina.

Cuando estaba a medio desayunar, apareció Casandra.

—Buenos días— se dijeron las dos.

—¿A qué hora tienes tú el autobús?— inquirió Casandra.

—A las ocho y media. ¿Y tú?

—A las ocho y media también.

Penélope sonrió.

—¿Has quedado con Ulises?— preguntó Casandra.

—No.— respondió Penélope, haciendo un gesto de resignación.

Casandra se dio cuenta y le dijo:

—¿Ha pasado algo?

—Bueno... lo que pasa es que anoche... no me porté muy bien con él. Y le dije que no viniera a recogerme.

—¡Vaya! ¿Pero discutisteis?

Penélope suspiró.

—Fui una tonta. Es todo lo que puedo decirte. El caso es que nos separamos de mala manera. Y me duele pensar que vamos a estar tanto tiempo sin vernos y así...

—Lo siento, chica... Pero seguro que hacéis las paces enseguida. Ulises es un chico muy majó. Y no creo que sea rencoroso.

Penélope asintió, con melancolía.

—Sí. Ojalá que sí.

Las dos se quedaron calladas unos momentos y luego Casandra le dijo:

—Gonzalo va a llevarme.— dijo Casandra —Así que puedes venirte con nosotros.

—Vale. Gracias.

Conchita apareció en ese momento. Las muchachas se saludaron.

—¡Chicas, me he dormido!— dijo Conchita —¡Me tomo un café y me tengo que ir! ¡Que tengo el autobús a las nueve menos veinticinco!

—Nosotras lo cogemos a las ocho y media.— dijo Casandra —Vente con nosotras, que nos lleva Gonzalo.

—¡Ah, estupendo!— contestó Conchita, poniéndose el azúcar en el café —Oye, Penélope, estarás contenta de volver a tu pueblo, ¿no?

Penélope sonrió.

—Bueno, sí. Aunque como esta vez hace menos tiempo que he visto a mi familia, estoy más tranquila.

—¡Claro! ¿Y Ulises va a ir algún día?

—Pues... creo que no.

—¡Oh, vaya! ¡Con la cantidad de días que hay ahora! ¡Chicas, dos semanas! ¡Yo me voy a aburrir!

Penélope y Casandra se rieron.

—¿Y Gonzalo?—inquirió Conchita —¿Va a ir a verte, Casandra?

—Sí. Él sí vendrá.— respondió la aludida —Pero yo no creo que estemos en mi pueblo hasta el final. Tal vez nos vengamos aquí. No sé. Ya veremos.

—¡Qué suerte!— exclamó Conchita.

Las tres se quedaron calladas hasta que Conchita dijo:

—Algún día tengo que ir a conocer vuestros pueblos. ¡Sobre todo Villalta, después de lo bonito que nos lo has pintado, Penélope!

Penélope y Casandra se rieron.

—Sí,— dijo Casandra — estoy de acuerdo en que algún día tenemos que ir a tu pueblo. El mío no tiene montaña y es sólo llano. No es feo en sí, pero no tiene las maravillas que nos cuentas de Villalta. Tendremos que ir un día a conocerlo.

Penélope volvió a reírse.

—¡Veo que he sabido hacer buena propaganda de mi pueblo!— exclamó.

Las otras chicas se rieron también.

—Bueno,— dijo Penélope —venid cuando queráis. Seréis bienvenidas. Pero ahora nos vamos a tener que dar prisa para no perder el autobús.

Las otras dos asintieron y cada cual se fue a su dormitorio para terminar de recoger todo.

Un par de minutos más tarde llamaban al portero automático. Era Gonzalo.

Y poco después, las tres partían hacia la estación de autobuses, en el coche del joven.

CAPÍTULO 19

YA ESTOY OTRA VEZ EN CASA. PERO ESTA VEZ, SIENTO QUE ME FALTA ALGO.

Durante el viaje hacia Villalta, Penélope recordaba una y otra vez a Ulises, y el desencuentro de la noche anterior.

"¿Será éste el fin de nuestra relación?", se dijo. "No sé si voy a poder aguantar estas dos semanas sin poder hablar con él para pedirle perdón. Y quién sabe si en estos días él... puede arrepentirse de haber estado conmigo... Debe de estar muy dolido... ¡He sido tan cruel con él!".

Muchos pensamientos y emociones negativas le inundaban, hasta que se acordó de sí misma y haciendo un esfuerzo por estar autoconsciente, en autoobservación, trabajó psicológicamente los defectos que le provocaban ese estado interior negativo.

Y cuando por fin llegó el autobús a Fuerte Real, la joven ya estaba mucho más tranquila.

En la estación la esperaban su prima Paladia y su marido Laureano.

—¡Hola Penélope!— le saludó Paladia, cariñosamente, mientras se acercaba a ella para darle un beso.

—¡Hola Paladia! ¡Hola Laureano!—contestó Penélope.

—¡Hola universitaria!— le dijo Laureano.

—¿Qué tal el viaje?— preguntó Paladia.

—Bien. Tranquilo.— respondió Penélope.

—¿Estás cansada?—le preguntó su prima.

—No. ¿Por qué?

—Es que nosotros aún no hemos terminado de hacer las gestiones que habíamos venido a hacer.— contestó Paladia, mirando a su esposo con gesto de fastidio.

—¡Ah, bueno!— dijo Penélope, oliéndose algún tipo de desacuerdo —Por mí, no hay problema. Yo no tengo prisa. En fin, mis padres ya se imaginarán que estamos haciendo cosas aquí, ¿no?

—Sí.— contestó su prima —Saben a lo que veníamos, pero no saben lo que íbamos a tardar.

—Bueno, no te preocupes. No pasa nada. Si queréis hacer cosas, yo me puedo quedar en el coche o acompañaros. Me da igual.

—Lo que pasa es que hemos venido a buscar los regalos de navidad para nuestros hijos.— explicó Paladia — Y no nos ponemos de acuerdo. Abdiel y Macedonio ya no son unos niños, y los adolescentes de ahora, no son como nosotros a su edad. Ahora les gustan otras cosas.

—¡Ah, ya entiendo!— exclamó Penélope, riéndose.

—El problema, — intervino Laureano —es que no se están portando muy bien últimamente. El mayor le contesta a su madre y estudia muy poco. Y Macedonio está empezando a imitarle.

—Es cierto lo que dice. A él le respetan más, — dijo Paladia — pero a mí, ya no me hacen caso.

—Yo creo que no deberíamos de hacerles ningún regalo de navidad.— dijo Laureano —Y si acaso, para los Reyes magos, que les traigan material escolar.

—Laureano es demasiado duro con ellos.— replicó Paladia — Pero yo no puedo remediarlo. Al fin y al cabo son mis hijos. Y algo tienen que recibir.

—Ya veo.— dijo Penélope —Pero ¿tan mal se portan?

—Mis hijos no son malos.— contestó Paladia —Pero sobre todo Abdiel, está muy rebelde.

—No son malos, ¡claro que no!— dijo Laureano — Pero tienen que aprender a comportarse. Hacerse hombres de bien. Con principios y con valores. Que sean humanos, solidarios, que piensen en los demás, y no sólo en ellos mismos. Que no se dejen llevar por cosas como el dinero, o la posición social. Que no sean imitadores de otros y que sepan respetar a sus mayores. Empezando por su madre... Además, me gustaría que se dieran cuenta de la suerte que tienen. Habiendo tantas familias con problemas económicos en todo el país. Niños que apenas tienen para comer, y vestirse, y, mucho menos, juguetes. Quiero que ellos aprendan a valorar su situación, y a no vivir la vida basándose en caprichos y en hacer sólo lo que les apetece.

Penélope asintió:

—Comprendo lo que quieres decir.

—Pero,— dijo Paladia —yo lo que digo es que puede haber un término medio. Ni regalarles de todo, ni no regalarles nada de nada.

—A lo mejor pueden recibir regalos prácticos.— opinó Penélope —O algo educativo. Algo que les sirva para aprender más.

—Eso creo yo.— dijo Paladia —Pero Laureano no está de acuerdo.

—Bueno, pues yo no quiero meterme.— dijo Penélope —Me parece que lo vais a tener que solucionar vosotros.

Paladia miró a su esposo con gesto de súplica y éste la miró y tras bastantes segundos pareció ceder:

—¡Está bien, está bien! Como dice el proverbio: "¡Cuando la mujer te pida que te tires por un tajo, pídele a Dios que sea bajo!"

Penélope se rio y su prima sonrió triunfante.

Así, los tres fueron a un par de tiendas y eligieron los regalos para Navidad de los hijos de la pareja.

Un par de horas más tarde, de camino a Villalta, Penélope le preguntó a Paladia por su hermana Heliodora.

—Hoy trabajaba.— contestó —Pero ya mañana, no. Creo que tiene libre hasta el veintiocho. Salvo las urgencias, claro.

—¡Ah, vale! ¿Y ha regresado mucha gente para las fiestas?

—Alguna, sí.— respondió su prima, mirándola desde el asiento del copiloto — ¿Por qué lo dices? ¿Es que hay alguien especial que quieres ver?

—¡No, no!— contestó Penélope — Era por saber nada más.

—Creo que Jenofonte sí ha vuelto.— dijo Paladia, con una sonrisilla traviesa.

Penélope resopló.

—¿Jenofonte es el hijo menor de Oberta?— preguntó Laureano.

—Sí.— respondió su esposa —Ése que siempre ha estado detrás de Penélope.— Laureano se rio.

—¡Ya estamos otra vez con eso!— exclamó Penélope, con fastidio — Yo no estoy interesada ni lo más mínimo en él. Así que dejadlo ya. Además, yo ya tengo novio.

—¡Anda!— exclamó Paladia —¡No lo sabía! ¡Qué bien, Penélope! ¡Me alegro mucho! ¿Y cómo es tu novio? ¿Es un chico de la capital?

—Pues sí. Es de allí, sí.

—¿Un compañero de la universidad?

—No. Él no es alumno. Pero su hermana es compañera mía.

—¡Ah! ¡Pues a ver si nos lo presentas pronto!

Penélope sonrió algo cortada, mientras pensaba: "Ni siquiera sé si nuestra relación continuará o se ha acabado."

Por fin llegaron a Villalta, y Paladia y su esposo dejaron a Penélope en la puerta de su casa y luego se marcharon.

Y los padres y los hermanos de Penélope la acogieron con gran entusiasmo.

Y ella se dijo: "Ya estoy otra vez en casa. Pero esta vez, siento que me falta algo. Me falta él."

CAPÍTULO 20

CIERTAMENTE AIMÓN LLEVABA RAZÓN

Las vacaciones de Navidad comenzaron bastante bien, a pesar de lo que Penélope creía. La Nochebuena se celebró en familia como era la costumbre, y también la Navidad. Y pudo pasar muy buenos ratos con sus padres y sus hermanos.

También fue a visitar a sus tías Flaminia y Filomena, las cuales parecían estar respetando el trato de intentar llevarse bien. Así como también tuvo tiempo de ir a ver a otros tíos. Incluso se juntó en varias ocasiones con algunas amigas del pueblo.

Y por supuesto, casi todos los días se veía con Heliodora, y a veces también con Andrés.

Como éstos le preguntaron por Ulises, ella les contestó:

—Él está bien. Pero no creo que venga.

Los otros dos parecieron quedarse satisfechos con la respuesta, pero cuando Heliodora y Penélope se vieron a solas, la primera le preguntó a la segunda:

—¿Va todo bien con Ulises?

Penélope la miró dubitativa y por fin le respondió:

—No. La verdad es que no va muy bien.

—¿Os habéis peleado?— inquirió Heliodora.

—En realidad la culpa fue mía. No sé si es porque estaba cansada o qué, pero de la forma más tonta, me identifiqué con algunos yoes y me porté muy mal con él. ¡Y mira que tuvo paciencia conmigo y aguantó! ¡Pero al final se enfadó y... yo me fui por mi lado y él, por el suyo!

—Bueno, seguramente que ya te ha perdonado.— dijo Heliodora.

—¡Ojalá! — Pero no sé... Lo que más me disgusta es que elegí el peor momento para ponerme así. Ahora, hasta que no vuelva a la capital, no sé lo que va a pasar entre nosotros. Y son muchos días... y él puede conocer a otra...

—¡Oh, venga ya! ¡No pienses eso! ¡Seguro que él no se va a olvidar de ti así, como así! ¡Pero si vino hasta aquí para darte un regalo! ¡Eso no lo hace cualquiera!

—No sé.— dijo Penélope, sin estar convencida de lo que le dijo su prima.

—Bueno, ¿y por qué no le llamas por teléfono?—

—Es que no tengo su teléfono.—

—¿No? ¡Vaya! ¡Qué raro!—

—Lo que pasa es que como yo no tengo móvil, ¡pues para qué iba a dármelo!

—¿No tienes móvil?— preguntó Heliodora, sorprendida.

—No. Es que mis padres ya hacen mucho esfuerzo para que yo estudie y no quiero que se gasten más de lo necesario. Y hasta ahora he podido tirar sin teléfono móvil.

—¡Ah, ya!... Bueno, no te preocupes. ¡A lo mejor se presenta un día de estos!

—Pero es que yo le insistí en que no quería que viniera. — dijo Penélope, con un nudo en la garganta —¡Es que cuando meto la pata, la meto bien!

Heliodora sonrió y abrazó a su prima.

—¡No te preocupes, Penélope! ¡Ya verás cómo cuando vayas y le veas, hacéis las paces inmediatamente!

Penélope asintió, con melancolía:

—Sí. ¡Ojalá que sí!

La joven a pesar de estar bastante ajetreada visitando a unos y otros, no olvidaba a su amado, y pedía interiormente que él pudiera perdonarla.

Unos días después, exactamente el día veintisiete, recibió una grata sorpresa pues Mar y Juan se presentaron en el pueblo. Heliodora y su marido los acogieron en su casa y ellos cuatro, junto a Penélope, pasaron muy buenos momentos hablando sobre el simbolismo de la Navidad, y del nacimiento del Cristo en el corazón del hombre⁵.

Y pasó el lunes, y el martes. Y llegó el día anterior a la nochevieja.

Por la mañana Penélope estuvo con algunas de sus amigas del pueblo. Y luego se marchó a su casa a la hora de comer.

Mientras la joven preparaba la mesa, su hermano Aimón le dijo:

—Penélope, ¿has visto a tus amigas?

—Sí. Vengo de su casa. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque te estaban buscando.

Penélope se quedó un poco extrañada por la respuesta.

—¿Que me estaban buscando?

—Sí.— dijo Aimón

—¿Pero cómo que me estaban buscando?— dijo Penélope sin entender

—¡Pues eso! ¡Que te estaban buscando!— exclamó Aimón, con impaciencia.

—¡Bueno!— contestó Penélope —¡No sé! ¡No entiendo eso, pero bueno!

El padre de Penélope llegó y se sentaron todos a comer.

—¿Y dónde van a dormir?— preguntó Aimón a Penélope.

La joven miró extrañada a su hermano.

—¿Dónde van a dormir, quiénes?— preguntó.

—Tus amigas.— dijo el niño.

Penélope no entendía nada.

—¿Pero de qué estás hablando?

—¡Pues de tus amigas!— contestó Aimón.

—¿Mis amigas? ¿Pero y por qué me preguntas esas cosas?— dijo Penélope.

—Porque no sé si van a dormir aquí o en el hotel.— respondió Aimón.

Penélope se quedó más extrañada aún.

—Pero vamos a ver, — dijo ella —¿tú de qué amigas me estás hablando?

—¡Pues de las que han venido a Villalta! ¡De quién va a ser!— contestó su hermano.

—¿Te refieres a Deifila y a Vinebalda?

—¡No! ¡Me refiero a las otras dos!

Penélope se quedó callada, pensando.

Y por fin su padre intervino:

—Vamos a ver Aimón, ¿cómo se llaman esas amigas de Penélope?

⁵ Véase más sobre el nacimiento del Cristo en el corazón del hombre en la obra "Una Navidad Reveladora", en elenasantiago.info

—No lo sé.

—¿No lo sabes? ¿Y cómo sabes que son amigas de tu hermana?

—Porque ellas me lo han dicho.

—¿Pero no son del pueblo?

—No.

Penélope empezó a sospechar algo.

—¿Pero ellas qué te han dicho?— preguntó.

—Me han dicho que si estabas en casa.

—¿Y tú qué les has dicho?— preguntó Penélope.

—Que no.—

Penélope miró a su padre y éste hizo el gesto de resignación.

—¿Y qué más te han dicho ellas?— preguntó el padre.

—Me han dicho que estaban buscando a mi hermana Penélope.

—Bueno, pero y ¿cómo sabían que tú eras su hermano?

—No lo sé.

—¿Y te han dicho de dónde venían?— preguntó Penélope.

—No.

—¿Pero te han dicho que eran amigas de Penélope?— preguntó el padre.

—Bueno... —dijo el chaval como pensativo— no me han dicho que eran amigas.

—¿Y entonces, por qué has pensado tú que eran amigas de tu hermana? ¿De dónde has sacado eso?

—Porque me han dicho que eran compañeras de Penélope. Y yo he pensado que compañeras y amigas era más o menos lo mismo.

Penélope se echó a reír.

Sus padres y el resto de sus hermanos la miraron expectantes.

—¿Sabes ya quiénes son?— preguntó su madre.

—¡Sí! ¡Creo que sí!— contestó Penélope muy contenta — Creo que son Casandra y Conchita. Ellas tenían muchas ganas de venir a conocer el pueblo. Pero no pensé que vendrían en estas vacaciones.

—¿Y cómo han venido?— inquirió el padre.

—Pues... no sé... a lo mejor han venido con Gonzalo, el novio de Casandra. Aimón, ¿te has dado cuenta de si con ellas había algún chico?

—¡Chico, no!

Penélope le miró sorprendida, hasta que creyó comprender y le dijo:

—Quiero decir con un hombre joven. Más joven que papá.

—Sí. Eso sí. Estaba metido en el coche, mientras ellas me hablaban.

Penélope sonrió:

—¿Lo veis? Debe ser Gonzalo. ¡Pues qué bonita sorpresa! ¡Por fin podré presentaros a mis compañeras de piso!... ¡Y ciertamente Aimón llevaba razón! ¡Porque ellas son amigas mías!

CAPÍTULO 21

¡QUÉ SORPRESA TAN AGRADABLE!

Después de comer, Penélope salió para ir en busca de sus amigas. Pero no iba sola. Sus hermanos la acompañaban, en alegre algarabía.

El primer lugar en el que pensó fue el hotel. Así que muy contenta, se dirigió hacia allí, con toda la compañía.

Al llegar al hotel, entraron al hall, y vieron a Doña Nunila, la dueña del hotel, hablando con su nuera Tulia. Éstas, al ver a todos los hermanos entrando, sonrieron y les saludaron.

—¡Hola mozos!— saludó doña Nunila.

—¡Hola chicos!— dijo Tulia.

—¡Hola!— contestaron los cinco hermanos.

—¿Qué os trae por aquí?— preguntó doña Nunila.

—Venimos buscando a las amigas de mi hermana Penélope.— contestó rápidamente, la pequeña Marfisa.

Penélope sonrió.

—¡Ah, muy bien!— respondió doña Nunila.

—Sí, las he visto.— dijo Tulia —Están en el restaurante, tomándose un café.

—Vale, gracias, Tulia.— contestó Penélope.

—¡Vamos a conocerlas!— dijo Marfisa, muy entusiasmada.

Y los hermanos de Penélope se fueron hacia el restaurante, mientras Tulia y doña Nunila se reían.

—¿Y cómo te va a ti, muchacha?— le preguntó doña Nunila a Penélope.

—Muy bien, doña Nunila.

—¿Qué estás estudiando?

—Estoy haciendo filología inglesa.

—¡Ah! ¡Muy bien, muy bien!— contestó la amable mujer —¡Tus padres deben estar muy contentos!

Penélope sonrió.

—Sí, ellos son muy buenos.— contestó —Es todo lo que puedo decir.

—Di que sí, hija. Hay que ser agradecidos y querer mucho a los padres porque lo dan todo por sus hijos. Y tus padres son unas excelentísimas personas.

Penélope asintió.

—Gracias, doña Nunila.

—Bueno, hija, te dejo para que vayas a buscar a tus amigas.

—Gracias, de nuevo.— dijo la joven.

—Hasta luego.— dijo Tulia.

—Hasta luego.— respondió Penélope.

La joven se dirigió hacia el restaurante del hotel muy contenta y deseosa de ver a sus amigas.

Cuando entró en el salón del restaurante, vio a sus hermanos rodeando a dos chicas, pero al ver a éstas, Penélope se quedó parada. Aquéllas no eran Casandra y Conchita.

No. No eran sus compañeras de piso.

Pero tampoco eran unas extrañas.

Y su hermano Aimón había dicho la verdad: aquéllas eran efectivamente sus compañeras.

Pero compañeras de clase.

Se trataba de Adela y Marta.

Eso la dejó muy sorprendida y bloqueada.

Pero entonces se dio cuenta de algo más. Y es que ellas no podían haber venido solas...

Así que la joven se acercó, con una mezcla de gozo y nerviosismo, hasta ellas, y les dijo:

—¡Adela, Marta! ¡Qué sorpresa tan agradable!

Las otras le miraron sonrientes.

—¡Hola Penélope!— saludaron las dos.

—¡Cuántos hermanos tienes!— exclamó Adela.

Penélope se rio.

—Sí.— respondió, mientras los miraba uno por uno, satisfecha —¿os habéis presentado ya, chicos?— les preguntó a sus hermanos.

—No.— respondió Marfisa.

—Bueno,—dijo Penélope a sus amigas —a Aimón ya lo conocéis. Y ella es Marfisa, él es Palmacio y ella, Nicerata.—

Adela y Marta se rieron.

—¡Qué nombres tan originales!— exclamó Marta.

—¡Sí!— dijo Adela.

Penélope sonrió.

—Pero Penélope, — dijo Aimón —ellas no se llaman Casandra y Conchita.

—No.— contestó Penélope —Es que me he confundido. Ellas son también mis amigas y mis compañeras, pero no de piso, sino de la facultad. Son Adela y Marta.—

—¡Ah!— exclamaron sus hermanos.

Entonces Marfisa gritó:

—¡Ulises!

Sus hermanos, incluida Penélope, miraron hacia atrás y vieron al joven en el umbral de la puerta del restaurante, muy sonriente.

Penélope sintió que se le aceleraba el corazón, y de nuevo sintió la mezcla de alegría y nerviosismo.

Sus hermanos se acercaron rápidamente al joven y le saludaron muy contentos. Y él se reía.

Entonces Penélope se acercó también hasta él y le dijo con cortedad:

—Hola.

—¡Hola, bella Penélope!— contestó él.

Los hermanos de Penélope les miraban entre risitas.

Y Ulises también se reía.

Pero Penélope no se atrevía a decir nada más delante de todos.

Y él pareció leerle el pensamiento, pues dijo:

—Bueno chicos, me encanta veros a todos tan bien y tan felices. Pero ahora Penélope y yo tenemos que hablar en privado. Así que mientras vosotros habláis con Adela y con Marta, nosotros vamos a salir afuera.

Y los chicos siguieron riéndose y haciendo bromitas sobre los enamorados.

Ulises cogió de la mano a Penélope y se la llevó afuera.

—Bueno, por fin, solos.— dijo Ulises, pasándose la mano por la frente, como si aquello le hubiera costado mucho esfuerzo.

Penélope sonrió y luego le dijo con timidez:

—¡Has venido!

—¡Pues claro!— contestó él —¿No te dije que sí iba a venir?

Penélope le miró a los ojos y le respondió con pena:

—Pero... yo te dije cosas... me porté muy mal contigo.

Ulises sonrió mirándola también a los ojos, pero no dijo nada.

—Perdóname, Ulises. Llevabas razón, dije cosas que no sentía. Me dejé llevar por...

Pero no le dio tiempo a terminar porque él se acercó a ella y le besó.

Luego los dos se abrazaron y volvieron a declararse su amor sincero.

CAPÍTULO 22

¡ÉSTAS HAN SIDO LAS VACACIONES MÁS MÁGICAS DE TODA MI VIDA!

Al final Penélope supo que Ulises no le había guardado rencor, aunque él le confesó que sí sintió cierto temor a que ella le rechazara cuando le viese en el pueblo. Pero su amor le impulsó a arriesgarse.

La joven volvió a pedirle perdón y le repitió varias veces lo contenta que se sentía de que él se hubiera presentado allí a pesar de las negativas de ella, aquella noche.

Por otro lado, lo de ir Ulises con su hermana fue idea de él, para que Adela pudiese acercarse más a Penélope y crear un vínculo afectivo mayor. Aunque también invitó a Marta, pensando que a su hermana se le harían las vacaciones más amenas, y además así él podría estar a solas con su novia cuando quisieran.

Y parece que acertó, porque Adela se veía estar disfrutando de aquellas vacaciones. Y tanto ella como Marta, fueron creando una relación más estrecha con Penélope.

Pero no sólo con Penélope, pues Adela parecía divertirse con los hermanos de aquélla. Y como la vida en Villalta era muy distinta a la que ella estaba acostumbrada en la capital, el cambio le hizo abrirse más, y dejar de lado sus costumbres de "niña rica". Incluso, tanto ella como Marta, hicieron amistad con algunos chicos y chicas del pueblo.

Por supuesto, Penélope y Ulises pasaron también muchos ratos con Heliodora y Andrés, y con Mar y Juan. Los seis tuvieron largas conversaciones acerca del trabajo sobre sí mismo y sobre otros temas como el retorno, la reencarnación, el karma, y la vida más allá de la muerte.

Y finalmente, las vacaciones llegaron a su fin, y Penélope tuvo que regresar a la capital con los demás.

Ulises dejó primero a Marta en su casa y luego fue a llevar a Penélope.

Mientras Adela esperaba en el coche, la pareja se despedía en el portal de Penélope.

—Ulises,— dijo ella, sonriente —¡Éstas han sido las vacaciones más mágicas de toda mi vida!

Él sonrió y le contestó:

—¡Las mías también!

Luego se dieron un beso y Ulises se marchó, mientras ella se metía en su portal.

CAPÍTULO 23

ULISES, TENGO UNA MALA NOTICIA

Las clases comenzaron de nuevo, pero Penélope recibió una noticia que no le gustó nada de nada. Es más, se produjo en ella cierta frustración, porque no la esperaba.

Y así se lo dijo a Ulises, cuando se vieron por la tarde.

—Ulises, tengo una mala noticia.

—¿Qué ha pasado?— preguntó él, extrañado —¡No me irás a decir que Casandra ha cambiado de opinión!

—¡No, no!— exclamó ella, negando con la cabeza —¡Nada de eso! Casandra sigue adelante con su embarazo. Y parece ser que se va a ir a vivir con Gonzalo. Por un lado me alegro por ellos, pero por otro, Conchita y yo nos quedamos solas en el piso y vamos a tener que pagar más. Y no sé si mis padres se lo van a poder permitir. Así que he pensado que tal vez tenga que ponerme a trabajar.

—¡Ya entiendo!— dijo Ulises, pensativo — Bueno, si quieres trabajar, tal vez pueda ayudarte a buscar un trabajo.

—Sí. Aunque ya sé que no es fácil en estos momentos.

El joven asintió y le contestó:

—Voy a hablar con mi hermano. Tal vez él tenga algo para ti.

—¿De verdad?

—Pero no puedo prometerte nada.

—Bueno, no importa.— contestó Penélope —De todas maneras, ¿cuándo me vas a presentar al resto de tu familia?

Ulises la miró y sonrió.

—¿Quieres conocer a mi madre y a mi hermano?

—¡Claro! ¡Algún día tendré que conocerles! ¿No?

Él asintió, contento. Y ella sonrió.

—Bueno, entonces no es una noticia tan mala.— dijo Ulises.

—¿Cómo?

—Pues eso, que tampoco era tan mala la noticia. Que si encuentras trabajo podrás solucionar lo del alquiler del piso.

—¡Ah! ¡Pero es que no era ésa la mala noticia!

—¿No? ¿Entonces?— preguntó el joven, extrañado.

—Pues es que Frella ya no está de profesora en la facultad. Ahora tenemos un profesor.

Ulises la miró sorprendido.

—¿Pero ella no te advirtió que iba a dejar la facultad antes de las vacaciones?

—No. No me dijo nada.

—¡Vaya! ¡Pues tienes razón! ¡Ésa sí que es una mala noticia!

Penélope se quedó callada.

—¿Y qué habrá pasado?— dijo él.

—No lo sé. — contestó ella.

—No puede haberle pasado nada, ¿no?— dijo Ulises.

—Pues... no sé.— contestó la joven —Yo creo que... La verdad es que nunca se me ocurrió que podía pasarle algo.

—¡Vaya! ¡Con la de cosas que tenía yo para preguntarle!— exclamó Ulises.

—¡Y yo!— respondió ella.

Los dos se quedaron en silencio. De repente, Penélope tuvo una idea. Pero, al parecer Ulises también, porque los dos dijeron al mismo tiempo:

—¡La librería!

Y los dos se rieron.

—¡Vamos!— dijo Penélope.

—¡Sí! ¡No perdamos tiempo!— dijo el joven.

Y los dos se fueron rápidamente hacia allí.

Al llegar, Frella salió de la librería y les dijo:

—¡Habéis tardado, chicos!

Y ellos se rieron, muy contentos.

—¡Hola, Frella!— saludaron los dos.

La mujer se rio.

—¡Hola, muchachos!

—Frella, ¿ya no vas a dar clases en la facultad?— preguntó Penélope.

—No. Tengo que hacer otros trabajos en otro lugar.

—¿Vas a dar clases en otra facultad?— inquirió Ulises.

—No. Esta vez no daré clases. Es otro tipo de trabajo.

—Ya entiendo.— dijo Penélope —Vas a entregar el conocimiento a otras personas.

—¡Eso es!— contestó Frella.

Los jóvenes sonrieron.

—Pero entonces, ¿ésta va a ser la última vez que nos veamos?— dijo Penélope.

—No. Nos veremos más adelante. Aquí, y en el mundo astral, si sois capaces de manteneros conscientes.

Penélope y Ulises volvieron a asentir.

—¿Nos tomamos algo caliente?— propuso Frella.

—¡Claro!— contestó Penélope.

—¡Por supuesto!— reafirmó Ulises.

Y los tres se encaminaron una vez más hacia la cafetería.

CAPÍTULO 24

ME SIENTO MUY AGRADECIDA DE HABER PODIDO CONOCER A FRELLA

—Bueno, chicos, hoy os voy a hablar sobre las leyes de evolución y de involución.— dijo Frella.

—¡Estupendo!— exclamó Ulises —Precisamente yo quería preguntarte sobre la evolución.

Frella sonrió.

—Bien, primeramente quiero hacer un prólogo para explicar la diferencia que existe entre la conciencia y la esencia. La esencia es lo que hay de divino en cualquier ser. Es una parte del propio Ser interno, del propio Dios interno. Es la que nos motiva a trabajar sobre nosotros mismos. Como sabéis, el ego tiene atrapada la esencia en su mayor parte. A nivel general, digamos, en la humanidad actual existe más o menos un tres por ciento de esencia libre y un noventa y siete por ciento atrapada por el ego. De ahí, el estado de sueño psicológico generalizado. Porque la esencia se manifiesta en virtud de su condicionamiento. Es decir que el ser humano, no actúa libremente, sino que todo le sucede.

Frella hizo una pausa y luego continuó:

—La conciencia en realidad es la esencia con experiencia. Es decir, la esencia es algo inocente, pero la conciencia ya tiene experiencia. Es como comparar un niño pequeño que no tiene experiencia de la vida, y un anciano que tiene ya mucho vivido y aprendido. La diferencia es que la conciencia contiene la experiencia y al mismo tiempo la inocencia. Y la experiencia de la conciencia viene dada por el trabajo psicológico, por el esfuerzo interior, y por las facultades que se le van despertando a medida que el ego va muriendo. ¿Comprendéis?

—Sí.— contestaron los jóvenes, al unísono.

—Bien, pues la esencia inocente sale del Absoluto que es el origen de todo lo que existe, para justamente adquirir experiencia y para autorrealizarse. Para ello comienza descendiendo de dimensión en dimensión hasta tomar un cuerpo físico en la tercera dimensión. La primera vez toma un cuerpo en el reino mineral. No es que la esencia esté exactamente dentro de una roca o de una piedra preciosa o de cualquier mineral, pero sí está ligada a ellos. En este estado pasa muchísimo tiempo, pasando de tanto en tanto a otros minerales o piedras diferentes para ir adquiriendo distintas experiencias. Durante ese periodo de tiempo, la esencia es un elemental de la naturaleza que habita en la cuarta dimensión pero que permanece ligado a la parte física. En ese mundo, en la cuarta dimensión, los elementales forman familias y tienen Maestros que les enseñan. Por eso, las piedras preciosas tienen ciertas virtudes medicinales o de otros tipos, porque los elementales se las dan.

Frella hizo otra pausa, mientras Penélope y Ulises, le miraban con gran atención.

—Después de un cierto tiempo, — prosiguió Frella —la esencia, que en esos momentos es un elemental de la naturaleza, pasa a un grado de evolución superior y deja el mundo mineral, incorporándose al mundo vegetal. Entonces empieza a tomar cuerpos físicos de plantas. Al principio pequeñas plantas muy sencillas, y

paulatinamente va evolucionando hacia plantas de tipo más superior, como grandes árboles. El elemental ya no sólo está ligado, sino que entra y sale de la planta según le convenga. También durante este periodo, el elemental forma familias, por ejemplo la familia del pino, o la del rosal, o la del enebro, etcétera. Y por supuesto, tienen Maestros que les enseñan. Los elementales pueden verse claramente si uno se mueve en la cuarta dimensión. Allí se pueden ver los gnomos, las nereidas, las sílfides y las salamandras, que son los elementales de la tierra, del agua, del aire y del fuego, pero que tienen cuerpos físicos de plantas. Y de ahí vienen los poderes medicinales y mágicos de las plantas: de sus elementales.

De nuevo otra pausa, y Frella continuó:

—Más tarde en el tiempo, esos elementales, con toda la experiencia adquirida en los reinos mineral y vegetal, siguen su proceso de evolución y comienzan a tomar cuerpos en el reino animal. Al principio cuerpos muy sencillos, de animales muy pequeños, y luego de animales cada vez más evolucionados. En este caso, los elementales ya sí se introducen en el cuerpo del animal mientras están despiertos. Cuando duermen, se salen del cuerpo, tal y como lo hacemos los seres humanos. Los animales que están en el proceso de evolución, tienen facultades de la esencia despiertos. Por eso, ellos tienen facultades que el ser humano dormido de conciencia no posee. Ahí vemos por ejemplo, casos de perros que salvan vidas, o que viajan kilómetros en busca de sus dueños. Sabemos que los gatos son clarividentes. También las serpientes. Los cuervos, cuyos elementales trabajan con el rayo de la muerte, saben cuándo va a morir alguien, con antelación. Los delfines o las ballenas se comunican en la distancia, etcétera. Y después de muchas existencias con cuerpos de animales, cada vez más evolucionados, la esencia ingresa en el reino humano, y toma cuerpo físico de hombre o mujer por primera vez.

Penélope y Ulises asintieron, manifestando su comprensión.

—Como seres humanos, la esencia tiene ya la capacidad de poder trabajar para su auto—realización, mediante el trabajo psicológico y con la alquimia, por dos motivos fundamentales, necesarios los dos: uno es que ya tiene intelecto, y el otro es que en sus glándulas sexuales tiene la semilla que convenientemente trabajada puede dar lugar a la creación de los cuerpos superiores. En las primeras existencias, la esencia es ciertamente muy inocente, no tiene aún sabiduría, no tiene experiencia del bien y del mal y comete errores, los cuales producen karma y dolor. Lo que hace que poco a poco se vayan creando los primeros yoes, que alimentados mediante la identificación se van robusteciendo. Y así, a lo largo de muchas existencias, la esencia se va viendo atrapada por los diferentes defectos psicológicos. El número de existencias como ser humano es limitado. En total son ciento ocho. Como las ciento ocho perlas que tiene el collar del Buda. O las ciento ocho vueltas que da el brahmán alrededor de la vaca sagrada, y otros símbolos de distintas religiones o mitologías antiguas. ¿Me seguís?

—Sí.— respondió Ulises.

—¿Y qué ocurre después de las ciento ocho existencias?—preguntó Penélope.

—Si durante esas ciento ocho existencias como humano, no se ha trabajado sobre sí mismo, entonces viene la involución. La esencia atrapada por el ego, pasa por todo el proceso inverso. De manera que vuelve a tomar formas animaloides,

vegetaloides y mineraloides en las infradimensiones del planeta. Pero ¡ajo!, que también puede ocurrir que haya humanos que han llegado a tal grado de degeneración por haber robustecido de tal forma el ego, que pueden involucionar incluso antes de las ciento ocho existencias, de manera que pueden incluso tomar cuerpos de animales de tipo involutivo como son los simios por ejemplo. Hoy día se habla de la evolución de la especie y dicen que el hombre viene del mono, pero eso no es así. Es todo lo contrario. Los simios son humanos en estado involutivo, restos de humanos de razas muy antiguas que ya desaparecieron. Otro animal involutivo es el cerdo, por ejemplo. Su carne es perjudicial ingerirla cuando se quiere trabajar con la alquimia, pues posee unos átomos demasiado pesados que dificultan el trabajo de transmutación. Las ratas, por ejemplo, también son animales involutivos. Y otros animales...

Los jóvenes escuchaban con atención.

—En las Infradimensiones de la naturaleza, el ego se irá petrificando hasta llegar a la Muerte Segunda. Esto de la Muerte Segunda, es la forma que tiene la propia Madre Divina en su aspecto negativo, de eliminar el ego a la fuerza, pues si no hubiera un fin para el ego, el mundo podría ser algo inimaginablemente horroroso. Entonces es necesario un dique al mal. Y ese dique es la Muerte Segunda que es lo último que sobreviene al final de la involución. Y es la propia Madre divina la que se encarga de eliminar el ego. Después de la Muerte Segunda, la esencia queda libre del ego y vuelve a salir limpia e inocente. Y tras ese proceso, comienza de nuevo a cogerle la ley de evolución, volviendo a entrar en el reino mineral evolutivo, y recomenzando de nuevo otra vez. Esto es lo que se conoce como la rueda del Samsara. La rueda gira de derecha a izquierda. Por la derecha se asciende en evolución, pasando por los reinos mineral, vegetal y animal. Al llegar arriba se tiene la oportunidad como ser humano, durante ciento ocho existencias, y si no se ha trabajado sobre sí mismo, se involuciona descendiendo por la parte izquierda de la rueda pasando de nuevo por los estados animaloides, vegetaloides y mineraloides, es decir en estado de involución. Y abajo de la rueda el ego se encuentra con la muerte segunda, donde es eliminado totalmente. Y cuando la esencia se libera, vuelve a empezar. Todo este ciclo se repite durante tres mil vueltas completas. La esencia tiene la oportunidad de autorrealizarse sólo cuando está en estado humano. O sea, ciento ocho vidas multiplicadas por tres mil vueltas que gira la rueda. Si en ninguna de esas existencias trabaja sobre sí mismo, al final de la última vuelta, después de la muerte segunda, la esencia liberada pero sin autorrealización, regresa al Absoluto sin maestría, más o menos tal y como salió. Pues no todas las esencias tienen el anhelo de la autorrealización, puesto que existe el libre albedrío. ¿Comprendéis?

Los jóvenes asintieron.

—¿Y cuál es la diferencia entre trabajar sobre sí mismo para eliminar el ego y que lo haga la Madre divina en la muerte segunda?— preguntó Penélope.

—La diferencia es que cuando uno trabaja sobre sí mismo de forma voluntaria va adquiriendo la experiencia, la sabiduría, y la esencia se vuelve conciencia y el Ser va adquiriendo la maestría. Pero tened en cuenta que la maestría también tiene grados. Todo depende de hasta dónde llegue uno en el trabajo interior. Porque el mundo de la Sabiduría es infinito. Y todo lo que yo os he hablado de dimensiones superiores o de partes del Ser es sólo algo para empezar, porque como os digo, la sabiduría es infinita.

Hasta convertirse uno en un Cristo viviente y más allá. Una Fuerza del Universo. Conocer todo el Universo. Es algo que la imaginación de alguien dormido de conciencia no puede ni alcanzar.

Los jóvenes se quedaron callados tratando de imaginar todo lo que les decía Frella. Hasta que Ulises preguntó:

—¿Y qué nos dices de las infradimensiones?

Frella los miró como pensativa y luego contestó:

—Las infradimensiones las veremos en otro momento.

—¿En otro momento?— dijo Ulises —¡Pero Frella! ¿Cuándo? Si te vas, ¿cuándo las vamos a ver?

Frella sonrió, y le contestó:

—¿No estás de acuerdo en que las veamos en otro momento?

Ulises quiso contestar, pero algo le retuvo, y al final sólo dijo:

—Está bien, Frella. Cuando tú veas conveniente.

Penélope escuchó a los dos en silencio y luego pensó: "Frella sabrá mejor que nosotros cuándo será el momento. Pero eso es una buena noticia, porque quiere decir que nos veremos otra vez."

Frella les sonrió a los dos y les dijo:

—Bien. Ahora me voy. No me despido de vosotros porque ya nos veremos. Ya tenéis una buena base para empezar a trabajar sobre vosotros mismos. También os recomiendo que mantengáis la relación con las personas que ya sabéis que conocen este Trabajo interior, porque aunque el Trabajo es algo muy individual, ciertamente en el estado de comienzo en el que estáis, os viene bien tener amistades que también estén en la Senda del Conocimiento, para avivar la llama de la inquietud y compartir fuerzas y conocimiento. Teniendo en cuenta siempre que las experiencias son muy personales, y que tampoco es recomendable ir contándoos cada una de esas vivencias, especialmente las enseñanzas que recibáis de forma individual en dimensiones superiores. ¿Comprendéis?

—Sí.— contestaron los dos.

Frella sonrió y se levantó de la mesa. Luego les dijo:

—¡Hasta luego, chicos! ¡Nos vemos!

—Hasta luego, Frella!— contestaron los otros.

Y Frella se marchó.

Los jóvenes se quedaron callados unos momentos y luego Ulises dijo:

—¿Crees que volveremos a verla pronto?

—No lo sé.

El joven miró a su novia y le sonrió.

—Bueno, Penélope, Frella tiene razón. Ya tenemos las bases del trabajo y mucho más. Además también conocemos a otras personas que lo conocen y con las que podemos quedar a menudo. Incluso Gonzalo y Casandra parecen estar interesados, y tal vez quieran saber más. Ahora es sólo cuestión de ponerse manos a la obra. De hecho, ya lo estábamos haciendo, pero se trata de ir ahondando más, ¿no crees?

—Sí. Claro. Lo que pasa es que ya me había acostumbrado a verla todos o casi todos los días, y me van a faltar sus consejos y sus conocimientos.

—Pero es que ya tienes que echar a andar tú sola. No puedes estar siempre cogida de su mano.

—No, claro. Llevas razón.— dijo Penélope pensativa —Ahora me doy cuenta de que he creado un yo de apego a Frella. ¡Qué tonta!

Ulises sonrió.

—Es posible. Pero ya sabes que no podemos ser seguidores de nadie, aunque sea un gran Maestro. Que nuestro verdadero Maestro es nuestro propio Ser. Y más nos acercamos a Él, cuanto más trabajamos sobre nosotros mismos.

Penélope asintió y sonrió.

—Sí. Estás en lo cierto. En todo caso, me siento muy agradecida de haber podido conocer a Frella.

—Sí, eso sí. Estoy de acuerdo contigo. Y yo también le estoy agradecido.

CAPÍTULO 25

¿A TU CASA?

Al día siguiente era sábado, y los jóvenes habían quedado por la tarde.

Ulises le dijo a la joven:

—He hablado con mi hermano acerca de si tenía algún trabajo para ti, pero me ha dicho que no. Bueno, en realidad necesitan a alguien pero tiene que estar disponible desde las ocho de la mañana hasta las nueve de la noche. Y no creo que eso te interese a ti, ¿no?

—¡No, claro! Si no, ¿cómo voy a continuar los estudios?

—¡Pues eso me he dicho yo! Pero en fin, quizás encontremos otra cosa. Yo puedo ayudarte económicamente, desde luego.

—No, Ulises.— contestó la joven sonriendo —Eso, no.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea.

—Sí, mi amor. Ya lo sé. Pero en este caso, prefiero buscar otra solución.

—Bueno, pues... a ver qué pasa.

Los jóvenes se quedaron pensando.

—¡Ah! ¡Otra cosa!— dijo él —¿Quieres venirte a comer a casa mañana?

—¿A tu casa?

—¡Sí! ¡Así conocerás a mi madre y a Ramiro!

—Bueno... Vale... Pero... la verdad es que me da un poco de corte.

Ulises se rio.

—¡Vaya, vaya! ¡Eso no lo esperaba de ti! ¡Rebelde Penélope!

Ella también se rio.

—Está bien.— dijo —Mañana iré contigo.

Y al día siguiente, Penélope se presentó con Ulises a la hora de comer.

La familia de su novio vivía a las afueras de la ciudad, en una casa de lujo, enorme, con un gran jardín en la entrada.

La muchacha le dijo al joven:

—¡Vaya, Ulises! ¡No sabía que erais tan ricos!

—Bueno, la empresa que fundó mi padre ha dado mucho de sí. Pero a mí esto no me importa. No tengo ningún apego por esta casa. Por eso quiero independizarme lo antes posible.

—Ya veo.— dijo Penélope.

Enseguida vio la joven que tanto la madre como el hermano de Ulises eran muy diferentes de Ulises. Ellos la trataron correctamente, pero le daba la sensación de que no se encontraba en familia. Parecía más bien, que estaba en una comida de trabajo. Claro que era la primera vez que se veían, pero ella estaba acostumbrada a otra cosa... Además, también notó que la relación entre ellos y Adela y Ulises, era muy diferente de la que ella tenía con sus hermanos.

—Ulises me ha dicho que buscas trabajo. — le dijo Ramiro a Penélope.

—Sí. — respondió Penélope —Pero sólo algunas horas y por las tardes, porque tengo que seguir estudiando.

El joven asintió.

—Estás viviendo en un piso de estudiantes, supongo. — dijo la madre.

—Sí. Pero una de mis compañeras se va a marchar y mi otra compañera y yo tendremos que asumir su cuota para el alquiler. —

La madre asintió.

Luego le preguntó a la joven por su familia, pero parecía interesarse solamente por cortesía, porque con la primera respuesta de Penélope, no volvió a hablar del tema.

—Penélope,— dijo de repente Adela —¿por qué no buscáis otra chica que sustituya a tu compañera?

—Pues... es que ¿dónde vamos a encontrar a estas alturas alguien que busque piso para compartir? Todos los estudiantes están ya instalados.

Adela se quedó callada, pensativa.

Luego la conversación fue por otro lado. Hasta que Adela volvió a hablar:

—Yo podría irme a vivir con vosotras. Si me aceptáis, claro.

Penélope miró sorprendida a Adela. Pero no fue la única. Todos la miraron sorprendidos.

—¡Adela! ¡Qué tonterías estás diciendo!— le regañó su madre.

—¡Pues a mí me parece muy buena idea!— exclamó Ulises, riéndose.

—¡Eso es una niñería!— exclamó Ramiro —¡Adela, no sé cuándo vas a madurar!

La aludida se quedó callada, cabizbaja.

—¡Ramiro!— dijo Ulises, claramente enfadado — ¡Tú eres el que dice tonterías! ¡Adela ya es mayor de edad y puede empezar a decidir sobre su vida! Y si yo voy a independizarme, ¿por qué no lo puede hacer ella?

—Pues muy sencillo,— contestó la madre con frialdad —porque tú te puedes pagar tu independencia, pero ella no.

—Bueno, pero no me dirás que vas a negarle que pueda vivir en otro sitio. — dijo Ulises.

—Si se quiere ir, que se vaya. Pero yo no voy a mantenerla.— dijo la madre.

Penélope no sabía qué hacer o decir.

Pero Adela estaba realmente afectada.

—En fin.— dijo ésta — No pasa nada. Sólo era una idea.

—Muy bien, — dijo Ulises, con más calma — ya veo cómo están las cosas. Adela, no te preocupes, luego hablamos tú y yo.

—¡Ya está Robin Hood!— exclamó Ramiro —¿Acaso vas a mantenerla tú?

—Eso es cosa entre ella y yo. — respondió Ulises.

El hermano se rio con sarcasmo.

—¡Ten en cuenta que Adela resulta muy cara!— le dijo —¡Ella no se conforma con cualquier cosa!

Adela se levantó de la mesa y se fue corriendo hacia las estancias interiores.

Penélope se compadeció de la muchacha y comprendió absolutamente la explicación que le había dado semanas atrás Marta sobre la relación de Adela con su familia. Y también entendió por qué al principio Adela estaba celosa de ella.

Ulises se quedó pensativo y miraba a Penélope y a la puerta por la que había salido su hermana alternativamente. Como si estuviera debatiéndose entre ir a ver a Adela o quedarse con su novia. Luego cogió la mano de su novia y le dijo en voz baja:

—Penélope, vida mía, no te preocupes por nada, ¿vale?

La joven asintió.

—Disculpa esta escena, Penélope,— dijo la madre, con frialdad — pero es que mi hija está acostumbrada a tener todo lo que quiere. Hasta ahora no le he negado nada. Pero ese capricho ya me parece fuera de lugar. Aquí tiene de todo. No sé qué se le ha pasado por la cabeza para que se le ocurra tal insensatez. Está claro que tú tienes que vivir así, porque no tienes a tus padres aquí, pero ella... ¿No estás de acuerdo conmigo en que eso es un capricho absurdo?

—Pues...

—¡Madre!— dijo Ulises, con fuerza —¡No metas a Penélope en esto!

La madre miró al joven y le contestó:

—¿No pretendes que forme parte de la familia? Entonces ¿qué hay de malo en que conozca realmente a su futura cuñada?

—¡Eso!— dijo Ramiro, con una sonrisa burlona —¡Y que sepa que va a tener que cargar con ella, si quiere estar contigo!

Ulises miró a Penélope, con un gesto de pena y le dijo:

—Penélope, ¿quieres que nos vayamos?

—Pues yo... — la joven no sabía cómo reaccionar, hasta que al final decidió intentar quitarle hierro a la cosa y dijo —¡Vaya! ¡Pues sí que la he liado buena! ¡Mira que hablar de lo del piso! ¡Seguro que Adela ha pensado que era algo muy romántico o tal vez como una aventura! Pero estoy segura de que esta discusión no es nada. ¡En todas las familias se lía alguna de vez en cuando, y luego se soluciona y ya está! ¡Si vierais la de jaleos que se forman en mi familia con mis hermanos! Y luego... nada. ¡Un chaparrón, y al rato vuelve a lucir el sol! Así que por mí no os preocupéis... Y por cierto, que algún día tendréis que ir a mi pueblo, que es precioso. Unos paisajes maravillosos y una gente muy buena. Espero que podáis conocer a mi familia pronto.

Ulises la escuchó, y a medida que la joven iba hablando, se le iba relajando el gesto, hasta que al final, sonrió.

—Tu novia es una muchacha muy sensata.— dijo la madre a Ulises —Me alegro de que lo entiendas, Penélope.

Ramiro volvió a reírse.

—Sí.— dijo —¡A ver si logras reformar a mi hermano!

Pero ese comentario no le gustó nada a Penélope y sin pensarlo, contestó:

—Yo creo que más bien es a ti a quien hay que reformar.

Ulises se sorprendió por el comentario y se rio.

Mientras que Ramiro la miró, y como la muchacha le observaba retadora, él se sonrió.

—¡Vaya!— exclamó él—¡Me gusta tu novia, Ulises! ¡Parece valiente!

Ulises se rio.

—¡Tú no sabes cuánto!— contestó, cogiéndole la mano a la muchacha y besándosela.

Y ahí parece que acabó la tensión.

Así que terminaron de comer, y luego Ulises y Penélope se marcharon. Pero antes, Ulises pasó por el cuarto de Adela y habló con ella unos minutos.

CAPÍTULO 26

¿LE DIRÁS A TU HERMANA QUE SE VAYA A VIVIR CONTIGO?

Después de comentar el momento tenso de la comida, Ulises dijo:

—Voy a ver si logro encontrar un piso o un apartamento pronto. No es que me lleve especialmente mal con mi hermano, pero no me apetece seguir estando en casa. Además, prefiero vivir en la ciudad.

—¿Le dirás a tu hermana que se vaya a vivir contigo?

Ulises miró sorprendido a su novia.

—¿Cómo se te ocurre eso? ¡Claro que no!

—¿Por qué? Yo creí que ibas a proponérselo.

—No, no. Eso, no.

La joven lo miró curiosa.

—¿Entonces cómo vas a solucionar el tema de Adela?

—Bueno, yo... no sé. Puedo ayudarle económicamente, pero es cierto que no puede seguir manteniendo el estatus que tiene ahora.

—¿Y por qué no quieres decírselo?

El joven la miró y le dijo:

—Penélope, no quiero que se venga a vivir conmigo.

La joven se quedó sorprendida por la afirmación de su novio.

—¡Pero yo creí que querías mucho a tu hermana!

—¡Claro que la quiero! ¡La quiero muchísimo! Pero también soy consciente de que yo no puedo estar siempre ahí para ella. En el fondo, mi hermano y mi madre llevan razón. Tiene que aprender a independizarse primero psicológicamente de mí, y después podrá irse a donde quiera. Y tiene que saber que todo tiene un precio. Y que si se independiza de mi madre, ya no va a poder tener todo lo que tiene.

—Comprendo. Pero la verdad es que creí que te la llevarías a vivir contigo.

—No. No puede ser. Ya vamos a ser dos, y con ella, no puede ser.

—¿Vais a ser dos? ¿Es que te vas a vivir con un amigo?

Ulises se sonrió y dijo:

—No, con un amigo, no.

—¿Entonces?— inquirió Penélope.

—Supongo que ha llegado la hora de proponértelo. Penélope, vente a vivir conmigo.

La joven volvió a sorprenderse.

—¿Hablas en serio?

—¡Claro! Vente a vivir conmigo.— repitió él.

—Pero... ¿te refieres a vivir juntos, como pareja?

—¡Por supuesto!

Penélope se rio.

—¡Tú estás loco!— le dijo.

—¡Pues si estoy loco es por tu culpa!—exclamó Ulises.

Penélope volvió a reírse, y luego se quedó pensativa y le dijo:

—Pero es que...vivir juntos... ¿así como así?... no sé yo...

Él la observó detenidamente y luego contestó:

—Ya comprendo. No quieres venirte a vivir conmigo de esa forma.

—No es que no quiera, es que... no sé, me pillas un poco de sorpresa.

—Está bien. Te lo diré de otra manera: Casémonos.

Penélope, primero sonrió y luego se rio. Después se quedó callada mirándole, mientras sentía que el corazón le latía con fuerza.

Y luego contestó:

—Sí. Acepto.

Ulises se rio contento.

—Pero con dos condiciones.— dijo ella.

—¡Vaya!— exclamó el joven —¿Y cuáles son esas condiciones?

—Pues la primera es que esperemos a que yo termine el curso. Así tendremos tiempo de conocernos más y si alguno se arrepiente, pues nada...

—¿Eh? ¿Qué dices de arrepentirse? ¡Yo no me voy a arrepentir!—

Penélope se rio y contestó:

—Pero a lo mejor yo sí.

—¡No me digas eso, cruel Penélope!

La joven se rio y le abrazó diciéndole:

—No, mi amor. Estoy segura de que no me voy a arrepentir. Pero... creo que es mejor conocernos un poco más. Apenas llevamos un mes saliendo.

El joven resopló.

—Además, todavía no tienes ni siquiera un piso o un apartamento donde irnos. — añadió Penélope —Y desde luego que no pienso irme a vivir a la mansión con tu madre y con tu hermano.

—Pero juntos lo encontraremos enseguida.— rebatió Ulises — ¿Y por qué esperar hasta el final del curso? Puedes seguir estudiando cuando nos casemos.

—Pero, Ulises... ¡no puedo dejar a Conchita en la estacada!

—¡Ya entiendo! ¡No había contado con eso!— exclamó el joven.

—Tal vez se están poniendo las cosas para que no nos precipitemos.— dijo ella.

Los dos se quedaron callados.

—Está bien.— dijo, por fin Ulises —haremos algo. Si logramos encontrar una solución para lo del piso que compartes con Conchita, antes del verano, nos casaremos, ¿estás de acuerdo?

Penélope se quedó pensativa y luego asintió.

—Vale. Si se soluciona ese tema, tendremos vía libre.

Ulises sonrió.

—¿Y cuál es la otra condición?— preguntó él.

—Pues que nos casemos en Villalta.— dijo Penélope.

Ulises se rio.

—De acuerdo. Para eso no tengo ninguna objeción.

Penélope se rio, y luego los dos, muy contentos, se abrazaron y se dieron un beso.

CAPÍTULO 27

SIMPLEMENTE, ¡HAZLO!

Por la noche, cuando Penélope y Ulises llegaron al portal de la joven, ella le dijo a él:

—Oye, ¿qué te parece si esta noche cuando hagamos por desdoblarnos en astral conscientemente, quedamos en algún lado?

—Pues me parece muy bien. Pero no sé yo si seré capaz. En fin, lo intentaré.

—¡No lo intentes!— le dijo Penélope.

—¿Eh?— exclamó Ulises extrañado —¿Cómo que no lo intente? ¿Pero no me has dicho que...?

—Lo que te digo,— le interrumpió ella — es que no lo intentes. Simplemente, ¡hazlo!

Ulises la miró y luego sonrió asintiendo.

—Sí. Lo haré.

—Nos vemos en la plaza Al Ándalus, ¿vale?

—¿En la plaza Al Ándalus? ¿Y por qué allí?

—Porque fue en esa plaza donde hablamos por primera vez y es donde está la librería en la que Frella me habló por primera vez también, de todas estas cosas.

Ulises sonrió.

—De acuerdo. — contestó.

Los dos se despidieron y cada uno se fue a su casa.

Un rato después, Penélope se acostó y se concentró en su interior, convirtiéndose en espía de su propio sueño. Cuando notó aquella lasitud característica, se levantó y se vio desdoblada.

Luego salió del piso y se marchó volando hacia la plaza AlÁndalus. Se paró junto a la librería y esperó a ver qué pasaba.

Poco después apareció Ulises.

Los dos se alegraron del éxito conseguido.

—¡Esto es maravilloso, Penélope!— exclamó él —¡Es la primera vez que consigo tanto!

Penélope sonrió, mientras asentía.

—Bueno, chicos, veo que habéis sido puntuales.— dijo alguien, por detrás de ellos.

Los dos se giraron y vieron a Frella.

Los jóvenes se rieron, de la alegría. Pero de la emoción notaron una especie de tirón que les atraía hacia el cuerpo físico.

—¡Agarraos a cualquier cosa que haya cerca de vosotros! ¡Rápido!— les dijo Frella.

Y ellos obedecieron. Y al hacerlo, se tranquilizaron y sintieron que se estabilizaban.

—Cuando os sintáis atraídos hacia el cuerpo, podéis hacer ese truco,— explicó Frella — y de esa manera podréis permanecer desdoblados.

Los jóvenes asintieron.

—Bien,— dijo Frella —¿queréis que veamos las infradimensiones?

—¡Sí, claro!— contestó Ulises.

—Sí.— respondió también Penélope.

—En ese caso, ¡vamos allá!— dijo Frella.

Y cogiendo a cada uno por un brazo, se echó a volar y ellos también.

Entonces los llevó a las afueras de la ciudad hasta una casa que parecía abandonada desde hacía muchísimo tiempo. Allí se dirigieron a un patio, y desde ahí entraron por una puerta a un pasadizo con muy poca luz. El pasadizo tenía las paredes en forma de túnel, y desde allí se veía como si estuviera bajando, como en cuesta.

Penélope sintió un escalofrío, pero no dijo nada.

—Frella, ¿dónde estamos?— preguntó Ulises.

—Desde aquí os voy a mostrar las infradimensiones.— dijo.

Penélope se sobrecogió un poco, pero siguió callada, diciéndose: "Si estamos con Frella, no creo que nos pueda pasar nada."

—Quiero antes que nada,— dijo Frella, sonriendo —que comprendáis que en el interior de la tierra se interpenetran de manera perfecta todas las dimensiones. Tanto las dimensiones superiores o supradimensiones, como las infradimensiones o dimensiones inferiores. Y lógicamente también la dimensión física. Ahora vais a ver las nueve infradimensiones del planeta Tierra, pues cada planeta tiene las suyas propias. Esto se corresponde con los nueve círculos dantescos de los que habla Dante Alighieri en su "Divina Comedia", de forma alegórica, claro está. En cada uno de esos círculos, se pueden ver yoes de todos tipos, pero siempre hay unos que destacan más con la vibración de ese círculo. Los círculos se corresponden con las vibraciones de los nueve planetas del sistema solar, en su polaridad negativa. Y si cuando viajamos en dimensiones superiores las leyes van disminuyendo haciendo cada mundo superior más sutil, cuando nos metemos en las infradimensiones ocurre lo contrario, pues en cada círculo van aumentando el número de leyes, hasta que la densidad se vuelve insoportable.

—Frella,— dijo Penélope —cuando tenemos pesadillas, ¿estamos en alguna infradimensión?

—Sí. Estás en lo correcto. Pero tened en cuenta que en el interior de la psiquis también existen las infradimensiones interiores que se encuentran en el subconsciente, y en el infraconsciente.

—¡Vaya! ¡Pues no es muy agradable, no!— exclamó la muchacha.

—¿No quieres venir?— le dijo Frella — ¿Prefieres esperar a que regresemos?

—¡No, no! ¡Yo iré con vosotros! ¡Pero Frella, estate todo el tiempo a mi lado!, ¿vale?

Frella sonrió y asintió.

—Bien, vamos.

La mujer echó a andar con Penélope detrás, y Ulises después.

Algunos metros más allá, empezaron a bajar unas escaleras de piedra, estrechas y haciendo una curva, hasta que llegaron hasta una puerta. Frella la abrió y Penélope sintió que se le encogía el corazón.

Había una oscuridad extraña, pues podían ver a través de ella. Y a Penélope le parecía como si en aquel lugar, los colores fueran diferentes. Allí se veían muchas gentes andando de un lado a otro, actuando como si estuvieran vivos. Ellos proyectaban sus sueños, y parecían creer que sus proyecciones eran reales.

—Éste es el primer círculo dantesco.— dijo Frella —es lo que se conoce por el Limbo, o el Orco citado por Virgilio. O sea que no es el infierno, en sí. Es el círculo de la Luna. En él viven todos los difuntos que no han trabajado con la alquimia. Se dice que aquí viven los que no han sido bautizados. Pero realmente el bautismo al que nos referimos no es el bautismo de una religión concreta, pues el verdadero bautismo es algo mucho más antiguo que la religión cristiana. El bautismo real es un pacto de magia sexual, a través del cual se trabaja con la alquimia y se crean los cuerpos superiores, como ya sabéis. Los difuntos que viven aquí, no tienen cuerpo astral creado y por eso, esperan en este círculo que les llegue el momento de volver a nacer, o simplemente, si han llegado al final de sus ciento ocho vidas, comienzan por aquí, para después continuar en los círculos siguientes. Sigamos.

Frella continuó andando hasta llegar a otra puerta. Frella la abrió y se metieron en otro pasadizo.

Éste descendía más aún, hasta que volvieron a ver más escaleras que bajaban haciendo una curva bastante cerrada, que conducía a otra puerta.

Frella la abrió, y Penélope sintió como un viento huracanado. Frella entró y los jóvenes le siguieron.

Lo que vio en ese círculo Penélope, no es posible describirlo suficientemente bien, para que alguien que no hubiera estado allí, pudiese imaginarlo. Mas diremos que lo que verdaderamente resaltaba en aquel lugar era la lujuria en su forma más cruda y violenta... Seres cohabitando por todas partes..., sumidos en el vicio..., derramando el esperma sagrado..., blasfemando y odiando a muerte todo lo referente al trabajo con las energías sexuales..., por todos lados criaturas pasionales..., instintos brutales..., gentes sin sentido, sólo guiadas por la lascivia impulsada por la violencia...

La joven sintió que se le sobrecogía el corazón.

—Frella,— dijo Ulises, que parecía también impresionado —¿Quiénes son estos seres?

—En este segundo círculo dantesco, o círculo de Mercurio estáis viendo los yoes de lujuria tal y como son realmente.— contestó Frella —El ego se manifiesta de una forma más o menos sutil, en la vida diaria, pero en el inconsciente, el subconsciente y el infraconsciente, el ego, o mejor dicho los yoes son realmente monstruosos. Con el sentido de la autoobservación ya habréis podido captar algo de la naturaleza del ego, pero solamente en las capas más exteriores de vuestra psiquis. Tened en cuenta que la mente tiene cuarenta y nueve niveles cada uno más profundo que el otro. Y en el último nivel de la mente se mueven yoes que ahora mismo no podríais admitir que los tenéis. Pero a medida que se va despertando, uno puede meterse en niveles más profundos, y descubrir todos esos yoes ocultos. En este círculo, se ven los yoes tal cual son. Aquí, la fornicación es el leitmotiv general. Es decir el ego de lujuria que busca la pérdida de la energía sexual para robustecerse y para que la esencia no pueda crear los cuerpos superiores y autorrealizarse.

—En este círculo el ambiente está realmente enrarecido.— comentó Penélope.

—Sí. En realidad, esos yoes están bajo el efecto de más leyes, y por tanto más densidad.

—Pero Frella,— dijo Ulises —¿ellos son conscientes de donde están?

—Sí. Tanto el ego, como la esencia. Pero el ego actúa como es y cree que lleva la razón. Mientras que la esencia va aprendiendo.

—Pero, ¿y no sufren?— preguntó Ulises.

—¡Claro que sufren! Sufren por sí mismos, y por el lugar en el que están.

Los dos jóvenes estaban realmente impresionados por las escenas que estaban viendo.

—Vamos a continuar.— dijo Frella.

Penélope y Ulises siguieron en silencio a Frella, que salió de allí por otra puerta que daba a otro pasadizo descendente, hasta llegar a otras escaleras.

Enseguida llegaron a otra puerta y Frella la abrió.

Entonces Penélope notó aún mucha más densidad, y oscuridad. En aquel lugar se veían verdaderos festines, bacanales y orgías con gentes emborrachándose, devorando comida de una forma atroz y salvaje, todo aquello mezclado con una lujuria espantosa, mientras se escuchaban de tanto en tanto unos ladridos lúgubres y tétricos.

La joven sintió que se le ponía el bello de punta, mientras sentía un escalofrío helador, a pesar del calor que hacía allí.

—¿Qué círculo es éste?— preguntó Ulises a Frella.

—Éste es el tercer círculo dantesco, el círculo de Venus. Como veis, aquí destacan los yoes de glotonería, de borrachera y de lujuria.

—¿Y esos ladridos que se oyen, son del famoso can cerbero?— preguntó el joven.

—Exactamente. El perro en términos de alquimia, simboliza el poder sexual. Aquél que desea trabajar con sus energías tiene que sacar a su propio Cerbero de sus infradimensiones y utilizarlo para crear los cuerpos superiores. Tal y como hizo Hércules. Pero aquéllos que pierden la energía sexual, abandonan a su perro interior y se extravían en el camino de regreso al Ser y se precipitan hacia abajo. Por eso, los habitantes de este círculo escuchan los ladridos de Cerbero.

—Pero entonces,— dijo Penélope —todo esto que estamos viendo son yoes con su verdadera forma, ¿no?

—Así es.— respondió Frella

—Y entonces, cualquiera de nosotros que no haya trabajado, puede tenerlos, aunque no se manifiesten tan crudamente normalmente, ¿no?

—Eso es.— respondió Frella.

Los jóvenes se quedaron callados observando todo.

—Bueno, sigamos.— dijo Frella.

De nuevo, volvió a salir por otra puerta, seguida de la pareja, y atravesaron otro pasadizo, más escaleras y otra puerta.

En el siguiente círculo, los jóvenes pudieron ver que había como una ciudad en la que existían tiendas, bares, bancos..., todo formas mentales que proyectaban los que allí vivían. Pero esas criaturas estaban como metalizadas, caminaban despacio, y en sus miradas y en sus movimientos se veía en forma muy clara la codicia y la avaricia. Había jugadores de cartas, de lotería, de maquinitas. Había gentes con responsabilidad,

políticos, sacerdotes, banqueros, etcétera, que habían robado y se habían acumulado grandes riquezas. Pero también se veían gentes que aparentaban ser muy pobres, incluso miserables.

Las aguas eran negras, y el ambiente era muy, muy pesado. Penélope sentía la densidad del lugar, no físicamente, pero sí psicológicamente. Y se acercó más a Frella.

—¿Qué círculo es éste?— preguntó.

—Estamos en el cuarto círculo dantesco, el círculo del Sol. — contestó Frella — Aquí podemos ver los yoes relacionados con la avaricia y con el derroche. Habéis de saber que el Sol es la fuente de toda vida, y trabaja de acuerdo a “la ley del Eterno Trogo Auto Egocrático Cósmico Común”, que es una ley de equilibrio. La ley del tragar y ser tragado. La antítesis la vemos en este círculo. Tanto los avaros como los derrochadores forman un desequilibrio en la sociedad. Tanto el que acumula excesivamente, como el que derrocha sin sentido, está haciendo que se desequilibre la balanza. Tanto los unos como los otros perjudican a los pueblos, a la sociedad, al mundo, creando pobreza. Y eso trae consecuencias kármicas muy fuertes. Los yoes de este tipo, los vemos en este círculo que vibra según la antítesis del Sol.

Los jóvenes asintieron, mostrando su comprensión.

—Esta infradimensión está regida por más leyes, ¿verdad?— preguntó Penélope.

—Así es. Como podréis apreciar las gentes que habitan en este círculo están casi mineralizados. Existe una densidad enorme, para ellos. Bien, vamos a continuar.

Una vez más, Frella y la pareja salieron de aquel círculo y tras atravesar un nuevo pasadizo y bajar más escaleras, penetraron a otro círculo.

Penélope se sintió horrorizada al ver allí gentes gritándose, persiguiéndose, intentando matarse, unos huyendo de otros, cuerpos deformes, gritos, espanto...

—¡Oh, Frella!— exclamó la joven —¿qué círculo es éste?

—Éste es el quinto círculo dantesco, el círculo de Marte. Aquí estáis presenciando la multitud de yoes de ira, orgullo, soberbia, altanería, ironía, furia, etcétera que se persiguen unos a otros, y hasta la esencia dividida se ve perseguida.

—¡Es horrible, Frella!— exclamó Penélope.

—Sí. Pero ten en cuenta que esos yoes existen en el interior del ser humano, aunque no sea consciente de ello, por estar dormido de conciencia. Aquí la esencia se hace consciente de ello. Por eso se puede decir que algo de conciencia sí que adquiere al pasar por este proceso de involución. No es el mismo tipo de conciencia que se despierta cuando se trabaja voluntariamente sobre sí mismo, pero sí se puede decir que adquiere un gran aprendizaje.

—¡Vaya!— dijo Ulises, que también parecía afectado por las escenas que les rodeaban — ¡Viendo esto, verdaderamente se da uno cuenta de que es preferible trabajar directamente con la eliminación del ego en vida!

Frella sonrió.

—¡Me alegra que pienses eso!— dijo —Bien, vamos a seguir.

Y de nuevo salieron de aquel círculo, y se dirigieron al siguiente, a través del pasadizo y de más escaleras que descendían.

En el siguiente círculo Penélope sintió un extraño miedo al ver cantidad de sepulcros abiertos en la tierra. Las gentes que había allí, andaban muy, muy

lentamente, como si casi estuvieran petrificadas. Unos caminaban con altanería, pero también había quienes iban con poses pietistas. Pero por todas partes se escuchaban blasfemias contra la divinidad, y gritos y llantos...

—Éste es el sexto círculo dantesco, el círculo de Júpiter.— explicó Frella — Como sabéis, Júpiter representa el padre de los dioses en la mitología griega... Y es el padre generoso y amoroso con sus hijos... Y es el rey, el jerarca. En este círculo, podemos ver los yoes de la antítesis de Júpiter. Aquí vemos a aquellos regidores que han sacrificado a su pueblo. Jefes de gobierno, reyes que han empobrecido o han llevado a la miseria a su país... Jerarcas religiosos que han hecho tanto daño a los seguidores de su religión... Padres de familia que han negado a sus hijos lo necesario en sus vidas... Tiranos, dictadores... Ateos, enemigos de la divinidad... maltratadores... gentes hipócritas que muestran una cara amable frente a los demás, pero que de puertas adentro de su casa, le hacen la vida imposible a los que dependen de ellos... etcétera.

—¿Y qué significan los sepulcros?— preguntó Penélope.

—Significa que aquí viven gentes que se encuentran en estados sepulcrales, limitadas por el estado de infraconsciencia y de subconsciencia en el que se encuentran. Tened en cuenta que el número de leyes que rigen este círculo es muy grande ya. Y ellos debido a ese estado, están casi petrificados... ¿Comprendéis?

—Sí.— respondieron los dos jóvenes a un tiempo.

— Bueno, vamos al siguiente círculo.— dijo Frella.

Después de un recorrido parecido a los anteriores, llegaron hasta el siguiente círculo.

Allí, Penélope captó enseguida el aura que rodeaba a los que allí moraban, de un color rojo sanguinolento. La muchacha, una vez más, sintió el corazón compungido, pues por todas partes se veía violencia extrema, golpes contra todo y contra todos, destrozos, gritos, blasfemias contra Dios...

—¡Qué horror, Frella!— exclamó Ulises —¿Qué círculo es éste?

—Estamos en el séptimo círculo dantesco, el círculo de Saturno.— contestó Frella — Aquí viven los yoes violentos contra natura, contra el propio cuerpo incluidos los órganos sexuales, contra el arte, contra Dios, contra la naturaleza y sus especies naturales, contra sus propios bienes y contra los de otros, los fraudulentos, los que engañan, etcétera.

Los jóvenes se quedaron callados y reflexivos mientras miraban las escenas que allí había.

—Bueno, sigamos.— dijo Frella, al cabo de unos minutos.

Continuaron la marcha y llegaron hasta el siguiente círculo.

Cuando entraron, Penélope se quedó casi petrificada de espanto por lo que allí vio. Se arrimó a Frella y se pegó a ella. Ésta la miró y sonrió.

—No temas.— dijo — Sólo aprende.

En aquel lugar se veían entre una especie de lava incandescente, cuerpos descuartizados y llenos de sangre, junto a una enorme serpiente de proporciones jamás vista, que los iba devorando.

—¡Frella!— dijo Ulises, acercándose también a ella —¡Explícanos qué círculo es éste y qué estamos viendo!

—Muchachos, estamos en el octavo círculo dantesco o círculo de Urano. — contestó Frella —Aquí encontramos a los que falsificaron la magia sexual usándola de forma negativa, practicando la magia negra, despertando poderes para el mal y por el mal. También falsificadores de moneda, falsificadores de personas, suplantadores de personas, gente mentirosa que prometen y no cumplen, que engañan, que provocan escándalo, etcétera. La serpiente que estáis viendo es el aspecto negativo de la Divina Madre que está devorando el ego. Está devorando a los yoes. Ya os comenté que en las infradimensiones, en los últimos procesos de la involución, el ego moría a través de la muerte segunda. Aquí empieza el ego a morir en las entrañas de la naturaleza. De esa manera, la esencia terminará liberándose al fin.

—¡Oh!— exclamó la joven —¡Ya comprendo!

Ulises también asintió, mostrando estar de acuerdo.

Tras unos minutos, Frella les dijo:

—Vamos. Vayamos al último círculo.

Los jóvenes le siguieron.

Cuando entraron en el noveno círculo, pudieron ver que allí lo que había eran trozos de cuerpos, casi petrificados que se desintegraban poco a poco al tiempo que se movían muy, muy lentamente. Cabezas que hablaban repitiendo lo que oían, brazos que se doblaban, manos que se abrían y cerraban con gran lentitud, etcétera.

—Frella — dijo Ulises —¿Qué yoes son los que se caracterizan en este círculo?

—En el noveno círculo dantesco, el círculo de Neptuno, se encuentran los traidores.— contestó Frella —Bien, como veis aquí, el ego está siendo completamente desintegrado. Cuando finalice ese proceso, la esencia se libera y asume una apariencia bellísima infantil. Entonces los Devas de la naturaleza la examinan con detalle para comprobar que ya no existe ningún elemento psíquico, que ya no existe ningún yo, y entonces le dan vía libre para que comience de nuevo la evolución, entrando en el reino mineral ascendente.

Los jóvenes asintieron, sonriendo después de todo.

Frella también sonrió.

—Bien, chicos. Creo que esta noche habéis aprendido algo, ¿no?— dijo.

—Desde luego que sí. — contestó Ulises.

—Así es. — respondió Penélope.

—Entonces salgamos ya de aquí. Hasta a mí me resulta pesada esta materialidad.

—Sí.— dijo Ulises, suspirando.

Entonces Frella los condujo hacia afuera de aquel círculo por otro lado. Salieron por otra puerta y se encontraron en una especie de estancia redonda bastante pequeña en cuyo techo se abría una gran abertura hacia arriba. Frella les dijo:

—Subamos por aquí. Seguidme.

Y entonces dio un salto para volar y se metió en aquel túnel ascendente. Penélope le siguió, y a ésta, Ulises. Los tres estuvieron ascendiendo, ascendiendo, y a medida que subían iban sintiendo cada vez más ligereza. Hasta que al final salieron de aquel gran agujero que resultó ser un pozo. La estancia donde estaba situado el pozo era bastante oscura, pero Frella abrió una vieja puerta de madera y los tres salieron al patio de la casa abandonada.

—Bien.— dijo Frella —Aquí termina mi misión, por ahora. Ya nos veremos más adelante. Espero que todo lo que habéis aprendido pueda servir a vosotros, y también pueda servir a otros...

Penélope y Ulises sonrieron.

—Muchas gracias, Frella, —dijo Penélope— por todo lo que nos has enseñado.

—Sí.— dijo Ulises —Te estamos inmensamente agradecidos por el tesoro que nos has hecho descubrir.

Frella sonrió.

—Sólo os deseo una cosa. — dijo —Trabajad mucho y Despertad.

Los jóvenes asintieron.

—¡Hasta pronto, chicos!— se despidió Frella.

—¡Hasta pronto!— respondieron los otros dos.

Frella se marchó y Penélope se despertó.

La joven se quedó quieta para no perder ningún recuerdo de aquella experiencia inolvidable.

TERCERA PARTE

TRAZANDO EL FUTURO



CAPÍTULO 28

¡GRACIAS DIOS MÍO! ¡GRACIAS FRELLA!

Después de aquella experiencia que los dos jóvenes recordaban con claridad hasta el más mínimo detalle, volvieron a tener algunas más de forma individual o estando los dos.

Y los días fueron pasando... Y las semanas... Y los meses...

A lo largo de ese tiempo, Ulises encontró un apartamento que les gustó tanto a él como a Penélope, y lo alquiló. Entre los dos lo pintaron y lo arreglaron. Pero Penélope no se fue a vivir con él todavía, pues las circunstancias indicaban que debían esperar un poco.

La muchacha encontró un pequeño trabajo de algunas horas como cuidadora de dos niños. Algo que para ella era sumamente fácil, y además disfrutaba con ello. Así pudo ganar lo suficiente para poder pagar el resto del alquiler sin necesidad de pedirselo a sus padres.

Por otro lado, Adela fue madurando también, a partir de que su hermano Ulises se marchó a vivir fuera de la casa familiar. Y la relación con Penélope se fue estrechando mucho más.

Ulises y Penélope tuvieron oportunidad de reunirse con Ana e Iván y con Mar y Juan, y los seis formaron un grupo de amigos muy especial. Y poco después se unían a ellos Casandra y Gonzalo, a los que Penélope y Ulises les habían ido explicando muchas cosas sobre el conocimiento de sí mismo.

Y llegó el verano, y con él las vacaciones. Y por fin Penélope y Ulises, pudieron poner la fecha de la boda: el sábado veintitrés de julio.

Por supuesto, el enlace iba a tener lugar en Villalta. Y aunque ellos quisieron celebrar una boda sencilla, invitaron a sus amigos de la capital, aparte de los familiares más directos.

Los casó Lelio, que había sido elegido alcalde de nuevo, hacía pocos meses.

Penélope y Ulises se veían felices, y muy enamorados.

Luego lo celebraron en el hotel de don Cenobio.

Durante la celebración, Adela se acercó a los recién casados y les dijo:

—¡Chicos, tengo una buena noticia!

—¡Dinos!— contestó Ulises.

—Mamá está tan de buen humor que ha aceptado que me vaya a vivir a un piso de estudiantes el curso que viene, para experimentar el salir de casa.

—¡Vaya!— exclamó su hermano riéndose —¡Al final lo has conseguido!

—¡Sí!— respondió la joven, contenta —He hablado con Conchita y voy a irme al piso que teníais. Y Marta también se ha apuntado. Así que vamos a estar las tres.

Penélope se rio.

—¡Estupendo!— contestó.

—Por cierto,— dijo Adela en voz baja, y entre risillas —que ha pasado algo muy divertido. ¡Cuando Conchita ha visto a nuestro primo Evaristo se ha quedado que flipaba!

Penélope y Ulises se rieron.

—Ulises,— dijo Penélope — fue una buena idea que le invitases a la boda.

—Bueno, es que él y yo nos hemos criado juntos. Ahora nos vemos poco, pero siempre ha sido como un hermano para mí.

Adela sonrió y dijo:

—Sí, es verdad. El caso es que me ha preguntado por él y yo le he dicho que era nuestro primo. Entonces, como la he visto muy interesada se lo he presentado. Como Evaristo, claro. No como Filipo Estívenson. Y Conchita estaba completamente fascinada. Y a Evaristo también parece haberle gustado. — dijo Adela riéndose —Así que ahí los he dejado hablando.

Los recién casados se rieron.

Adela se marchó, y al rato, Conchita se acercó a la pareja muy entusiasmada, y les dijo:

—¡Ulises, estoy alucinada! ¡He conocido a tu primo Evaristo que es idéntico a Filipo Estívenson! ¡Es que hasta la voz es la misma!

Ulises y Penélope se rieron.

—¡Es increíble!— continuó Conchita —¡He hablado con él y se lo he comentado y me ha contestado que sí, que se lo dice mucha gente!

Los otros jóvenes seguían riéndose, divertidos.

Conchita sonrió y les dijo:

—Bueno, aunque no sea él, me ha parecido muy simpático y me ha gustado mucho. Me ha preguntado que si iba a estar unos días por aquí y como yo le he contestado que sí, me ha propuesto conocer el pueblo juntos. Y yo he aceptado. En fin, es verdad que yo creí que Filipo Estívenson era el amor de mi vida, pero creo que Evaristo me gusta más.

Penélope y Ulises se miraron riéndose.

—¡En fin, chicos!— continuó Conchita —¡Tengo que deciros que esta boda me está encantando!

—¡Bueno, me alegro mucho!— contestó Penélope.

De repente algo pasó al otro lado del salón, pues se organizó un poco de revuelo.

—¿Qué pasará?— se preguntó Penélope.

—No sé.— dijo Ulises — Vamos a ver.

Los dos se iban a acercar, cuando Gonzalo dijo:

—¡Por favor, un médico! ¡Casandra está de parto!—

—¡Oh, Dios mío!— exclamó Penélope —¡Pero si todavía le faltan dos semanas!—

—¡Llévala a mi casa!— dijo Heliadora —¡Allí estará más cómoda! ¡Venid conmigo!

—¡Iré a buscar a Servio!— dijo su esposo Andrés.

Penélope se habría ido también con ellos, pero no podía dejar a sus invitados y tuvo que permanecer con ellos.

Pero los invitados ya no tardaron en ir yéndose, y poco después la joven y Ulises se fueron a casa de Heliadora para ver cómo iba el parto.

Servio, el médico, ya estaba con Casandra. Y Heliadora también.

Y mientras, en el salón de la casa, Penélope esperó junto a Ulises, Andrés y Gonzalo.

Los demás amigos esperaban noticias pacientemente en el hotel.

Alrededor de una hora después se escuchó un llanto:

Era el llanto de Mari Luz, la hija bien nacida de Casandra y Gonzalo.

Y Penélope sonrió y oró en silencio: "¡Gracias Dios mío! ¡Gracias Frella! ¡Porque habéis ayudado para que esta niña pudiera nacer!"

FIN

Más obras de la autora en: <http://www.elenasantiago.info>

Para quienes quieran profundizar:
http://www.elenasantiago.info/para_profundizar.elena_santiago.htm



Reconocimiento - No Comercial - Sin Obra Derivada (by—nc—nd):

No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas.

<http://creativecommons.org/licenses/by—nc—nd/3.0/deed.es>